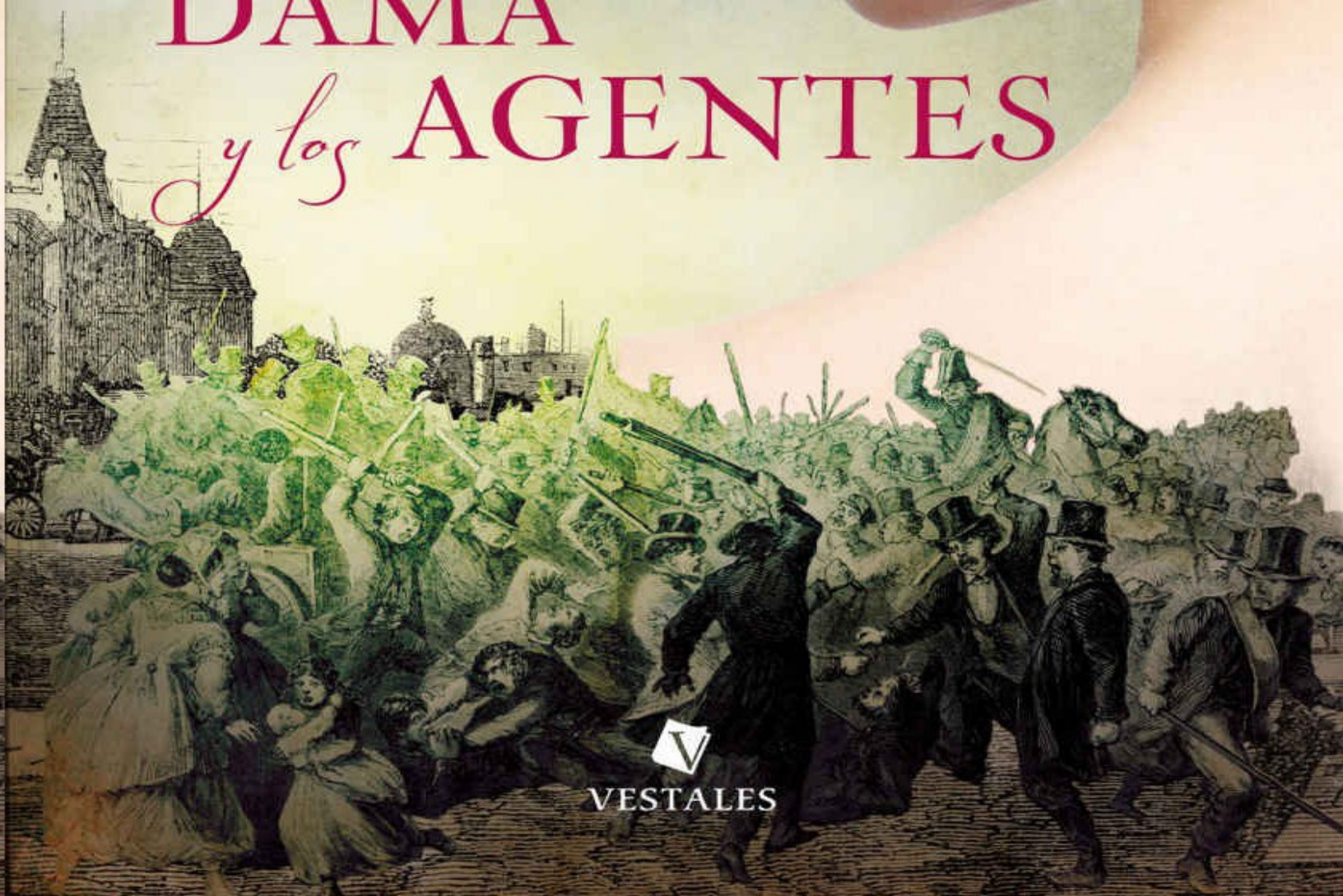


VERONICA LOWRY


LA
DAMA
y los AGENTES




VESTALES

VERONICA LOWRY

LA
DAMA
y los AGENTES


VESTALES

Lowry, Veronica

La dama y los agentes / Lowry, Veronica. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-93-6

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2016

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-93-6

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Marta, Horacio, Carmen y Carlos;
nosotros somos y seremos “Los Cinco”.*

*Para Laura, Mónica y Valeria;
maravillosas compañeras de eternos aquelarres.*

CAPÍTULO I

Marzo de 1856.

"Ah, un buen día de trabajo por delante", se dijo confiado Adam Baker, orgulloso propietario de la agencia de investigaciones de la calle Essex de Islington, Londres, esa bonita mañana de primavera. En ese particular momento de la vida, su mundo iba acomodándose poco a poco siguiendo el meticuloso plan que había elaborado veinticinco años atrás cuando solo era un miserable reparador de abolladuras en cacharros y ollas en Limehouse y Stepney, y la vida –o más bien John Mullrooney– lo había pateado, ensañado con él cuando estaba caído en el duro y sucio suelo.

Quién hubiera dicho que aquella noche de humillación a manos de la banda de rufianes del irlandés le dejaría una clara visión –además de heridas y contusiones varias– de su futuro objetivo en la vida: acabar con la acción impune de ladrones, estafadores y asesinos que se ensañaban con los más débiles de la sociedad. Desde ese momento catártico, había dedicado su existencia a aprender cuanto había podido y, a tal fin, hasta había servido unos cuantos años en la policía de la ciudad, lo que claramente le había deparado dos cosas buenas: haber obtenido capacitación y experiencia para su futura empresa y haber conocido a Roy Balling, quien lo había secundado y lo había ayudado a cumplir su sueño desde una franca y sólida amistad. Y si de algo se vanagloriaba Adam, era de que no olvidaba ni a los que lo ayudaban ni a los que lo atacaban, razón por la cual, en el cuarto de siglo

transcurrido, muchos delincuentes habían caído gracias a él y a su amigo... Al menos hasta seis años atrás cuando un desengaño amoroso había llevado a su compañero a la bebida.

En fin, meditó Adam, él no abandonaba a los amigos en la desgracia, y Roy seguiría bajo su cuidado siendo uno de Los Cinco. Le gustaba pensar en sus hombres como “Los Cinco”. Todos habían demostrado ser excelentes agentes, cada uno en lo suyo y, aunque sus orígenes y antecedentes no estaban del todo limpios, trabajaban muy bien para él y habían llegado a formar un buen equipo.

Aún recordaba el comienzo del grupo hacía seis años cuando realizaba las primeras entrevistas para contratar a un par de hombres que los ayudaran en trabajos temporales. Las actividades de la agencia, más como deseo que como realidad, requerían, en esa época, de personas hábiles para seguir a maridos o mujeres infieles, salir ilesos después de hacer preguntas difíciles en lugares peligrosos, guardar las espaldas de algunos personajes de dudosa reputación pero con dinero, y hasta poner el cuerpo en una que otra situación complicada en la que un cliente se hubiera involucrado.

Así fue como había contratado al primer hombre, Abe Jones, exboxeador –más bien peleador callejero en el momento en que lo incorporaron– con treinta y seis años poco más o menos, un hombre de temperamento borrascoso, poca instrucción y mucha fidelidad, muy hábil luchando, que difícilmente fuera vencido en una contienda cuerpo a cuerpo.

El siguiente en agregarse había sido Louis Montrose, un exsoldado de veinte años que había trabajado en el área de artillería, buen conocedor de las más variadas armas y excelente tirador. Un joven agradable y jovial que gustaba de socializar con todos y era bien recibido por su naturaleza afable, lo que favorecía la obtención de pequeños detalles esenciales aquí y allá, útiles para las investigaciones.

Al poco tiempo, en oportunidad de ocuparse de la infidelidad de una mujer de la alta burguesía, Montrose había aportado a Jack Primm, un espécimen de gran apostura y belleza, en sus veintiséis, que vestía con cuidada elegancia y era un gran conocedor de la alta sociedad capitalina. Para beneficio de la futura agencia de la calle Essex, el señor Primm se hallaba en ese momento concreto en la más absoluta bancarrota debido a gastos excesivos en relación con su guardarropa, enfrentando el fracaso de un par de desafortunadas relaciones galantes y con necesidad de ocultarse por un tiempo de un marido receloso por lo que carecía de ingresos regulares que lo mantuvieran. La única mancha que había observado Adam en su pasado era que, hasta poco tiempo antes de decidirse por una vida algo más “convencional” –y quedar sin sus otras fuentes de manutención–, había sido un poco gigoló, un poco tahúr y otro poco notorio ladrón de guante blanco con, eso sí, la ostentación de un record más que envidiable: aunque por todos conocidas sus destrezas delictivas, jamás había sido atrapado por sus víctimas masculinas... o denunciado por las femeninas.

La última adquisición del grupo, tres años atrás, había sido Bertrand Calvert, otro exsoldado con una peculiar habilidad que había resultado de suma utilidad: no había cerradura, esposas o caja de seguridad que se le resistieran. Hombre callado y tranquilo, de una mente racional, era un conciliador por naturaleza. Por su temperamento equilibrado, los demás compañeros pronto comenzaron a considerarlo el segundo al mando y era el destinatario inevitable de las consultas que no podían hacer al jefe, el que no había dudado en aceptarlo como su reemplazo cuando las circunstancias lo requerían.

Mientras Adam rememoraba todo esto con gran autocomplacencia, traspasaba el umbral de la antigua casa de dos plantas que había logrado adquirir en una de las calles más activas y progresistas de Islington –casi frente al Green mismo– con los ahorros provenientes de años de duro y persistente trabajo. No había sido fácil: habían tenido que tomar las tareas más desagradables por mucho tiempo, pero el último año la fortuna les había comenzado a sonreír y llevaban varios casos de cierta repercusión con los

culpables atrapados y alguna que otra mención breve en los diarios. Los buenos pedidos comenzaban a “lloviznar”, aunque todavía no podían dejar de aceptar casos de infidelidad, guardaespaldas y vigilancia; aun cuando los agentes entendían que, para sobrevivir como empleados con un aceptable salario quincenal, debían hacer ciertas concesiones, ya comenzaban a sentirse orgullosos de ser parte de la Agencia Essex, como ya todos la conocían, y de la resolución de casos notorios les había dado un definitivo *esprit de corps*. Adam había logrado unirlos como un equipo de investigación y solo le faltaba posicionar a la empresa en lo más alto para poder dedicarse a tener una vida propia.

Hasta las finanzas habían mejorado lo suficiente como para permitirle incorporar personal de apoyo: los recaderos Jim y Bob; la fidelísima señora Walloski, el ama de llaves; y el viejo McColl, el portero, tan devoto de su empleador que les daba problemas a los demás con su obsesión por que nadie fuera contra las reglas del “patrón”. A tal punto llegaba el celo y el empeño del viejo, que había tenido que sofrenar los encontronazos que este había tenido con su más reciente adquisición encargada de organizar los papeles que iban acumulándose día a día, de las diligencias administrativas y la atención de los clientes. Facturas, cartas, planos y mapas de consulta, apuntes de las reuniones, informes de casos: todo había estado tirado desde el inicio en húmedas cajas roídas y ya hacía falta que la agencia luciera como Adam la soñaba: una organización de primer nivel que atrajera a clientes de escalones sociales más altos, mejor conectados y con mayores medios.

Cada vez que recordaba el día de la entrevista un mes atrás, el rostro se le distendía. Después de una intensa jornada en la que había entrevistado a cuatro postulantes para el puesto, se hallaba evaluando a los interesados cuando McColl anunció con gesto de desagrado que había “alguien” más.

—Déjelo entrar, me ha sobrado tiempo. Pensé que habría más interesados —había comentado negando extrañado por la escasa repercusión de su anuncio.

Arregló los papeles sobre el escritorio antes de acomodarse en la silla. Su mirada se desvió hacia la vieja taza despostillada en la que el portero le había traído té, frío para ese momento, y sintió sed y cansancio. Llevaba algo más de cinco horas con las entrevistas y los clientes y se hallaba entumecido, necesitado de estirar un poco las piernas.

La puerta se abrió con el habitual chirrido disonante que acompañaba las bisagras de la vieja casa. Adam levantó la vista y, por un instante, el corazón se le detuvo. Parpadeó varias veces incrédulo: el candidato era, en realidad, una candidata. Y no una cualquiera. Joven, de estatura mediana y cabello castaño claro, de refinada apariencia, vestía con ropas de excelente confección y calidad en castaño oscuro. Llevaba una fina capa –orlada de piel en el borde y el cuello– hasta la cadera, un sombrero discreto y elegante con un breve velo, guantes, pero no bolso. De inmediato, la atención de Adam fue atraída hacia la seriedad y la determinación en las líneas firmes de la boca y al incongruente par de pesados anteojos de metal con vidrios tan oscuros que velaban la mirada de la mujer, lo que daba por resultado un anticlímax en tanta elegancia.

A la espera de ser invitada a pasar, la joven dama se había detenido en la puerta que el escocés acababa de cerrar de un golpe expresando su desaprobación por la inaudita presencia femenina en un ámbito solo destinado a hombres. Parapetado detrás de la vieja y algo destartada barricada de madera que llamaba escritorio, Adam la contempló largo rato sin poder reaccionar. Ella se quedó quieta, para permitir que el hombre alto de facciones agradables terminara de adaptarse a la idea de su presencia. Sabía que contaba con las cualificaciones requeridas para el trabajo y solo tenía un pequeño e insignificante problema: convencer al hombre que la miraba con indisimulado azoro del gran beneficio que le reportaría contratarla sin importar su género.

Adam logró reaccionar poniéndose de pie con brusquedad y tirando sin querer la silla en la que había estado sentado hacia atrás con un movimiento violento. Se giró torpemente y se dobló para levantarla mientras las palabras se perdían sofocadas contra la pechera de la camisa.

—Usted perdone, no entendí lo que... —dijo ella.

Se enderezó de golpe en su metro noventa con la silla en la mano y mientras la acomodaba, observó de refilón a la mujer que había dado tres tímidos pasos hacia el escritorio esquivando bultos y sillas y ahora adelantaba con precaución el rostro con la pequeña oreja derecha hacia él. Su voz había sonado muy educada, de refinada modulación, definitivamente suave; sus movimientos fluían delicados y graciosos. Pudo distinguir que el cabello estaba sujeto cuidadosa aunque sencillamente en un moño de color castaño oscuro a la altura de la nuca. Su primoroso y pequeño sombrero parecía de diseño francés.

—Disculpe, señorita...

—Randolph, señor, Emily Randolph —respondió mientras se adelantaba un poco más y extendía con cautela la mano enguantada para estrechar la de Adam.

—Ah, sí, señorita Ran..., claro, sí —repitió nervioso mientras se abalanzaba a tomar la mano de la joven y la estrechaba con fuerza—. Oh, lo siento —agregó ante el rictus de dolor en el rostro femenino.

—No se preocupe.

—Tome asiento, señorita... eh... ¿Randall? —balbuceó mientras pensaba de inmediato en lo tonto que se veía, molesto consigo mismo por la imagen que daba.

—Randolph.

Tomó aire con fuerza. No podía seguir pareciendo un idiota; la invitó a sentarse con un gesto de la mano.

—Espero que sepa perdonar el asombro por su presencia. Soy Adam Baker.

—Lo sé, señor Baker. Su nombre figuraba en el anuncio.

—Sí, claro. Mmm, entonces, ¿viene usted por el puesto de asistente?

—Sí, señor. Creo que cumplo con los requisitos del anuncio. Hablo, leo y escribo cuatro idiomas, incluido por supuesto el propio. —La sonrisa brillante que le brindó anonadó a Adam que a partir de ese momento ya no pudo sustraer los ojos de la boca femenina—. Estudié lenguas clásicas, gramática, historia, arte, matemática, geometría, física y química; soy ordenada y tengo experiencia en organizar una oficina en sus tareas administrativas y contables. También tomo notas al dictado.

—¿Y dónde adquirió esa experiencia laboral, señorita?

—Trabajando en el estudio de lord Mallory Stephens. Aquí tiene una carta de recomendación; permítame que le dé los datos para que corrobore con él la autenticidad del texto.

Adam vio cómo la joven echaba un lado de la capa hacia atrás y llevaba las manos a la cintura donde distinguió una especie de bolso rectangular de cuero que la ceñía y se amoldaba a su firme contorno —por cierto, bien demarcado por el vestido entallado— del que extrajo un sobre y un anotador con un lápiz de impecable punta afilada. Ella le entregó la carta, luego escribió rápidamente unas palabras, desprendió la hoja y se la dio con mano un poco temblorosa. Al darse cuenta de que la joven fingía una firmeza que estaba lejos de sentir, Adam se relajó en la silla con una recuperada sensación de control. Leyó la carta con tranquilidad y, algo más sereno, le sonrió amable.

—Bien, verificaré los datos. La referencia es francamente irreprochable; vaya, vaya, uno de los más famosos abogados de la Corona. Y dígame, ¿por qué una dama como usted solicita un puesto como este?

Había empleado uno de sus trucos de interrogación: descolocar al interrogado con una pregunta directa y sin ambages. La vio apretar los labios y endurecer la mandíbula. Demonios, esos lentes oscuros no lo dejaban ver sus ojos.

—Por favor, ¿sería tan amable de quitarse los anteojos? —demandó no sin cierta brusquedad que traslucía fastidio.

El tono de voz irritado sacó a la joven del trance en que había caído al oír la pregunta. Se recompuso y volvió a ser la misma persona decidida de minutos antes. Se quitó los anteojos con un movimiento cuidadoso que no la despeinara y, para definitiva desgracia de Adam, dejó ver unos bellísimos ojos almendrados del color de la miel dorada coronados por unas cejas claras en perfecto arco y protegidos por unas pestañas de seda bronceína que se abatieron un par de veces para adaptarse a la luz ambiente, ojos que capturaron por completo la atención del hombre que había dejado de contemplar la seductora superficie rosada de los sensuales labios para hundirse en la intensidad áurea de la mirada que lo enfocaba. El resto del rostro se difuminó; apenas si percibió los pómulos no tan altos que redondeaban un poco el rostro femenino, la nariz no del todo pequeña y graciosa como estaba de moda, la frente amplia y despejada que denotaba inteligencia y la boca que parecía demasiado sensual para la dulce belleza angelical de esos ojos.

Estaba tan encandilado que tardó en darse cuenta de que las perfectas cejas estaban curvadas hacia un ceño por demás fruncido, que los maravillosos ojos se entrecerraban cautelosos y que una comisura de la gloriosa boca se curvaba en un manifiesto gesto de prevención.

—Ejem, ¿por qué...? —Calló de nuevo.

—Porque, como usted, yo también siento un anhelo que debe ser satisfecho.

Ante la peculiar respuesta, se enderezó en la silla.

—He tenido la gran fortuna de ser muy bien educada e instruida y, como sin duda le es evidente, de no haber pasado penurias hasta el momento, pero como usted bien sabe, más allá de la necesidad, algunos de nosotros no podemos contentarnos con lo que tenemos... o no tenemos —agregó esto último con medida intención—. Y buscamos más.

“Demonios, ¿cómo podía ella describir tan bien lo que él sentía sin conocerlo?”.

—Nada hay más triste que no hacer lo imposible por cumplir nuestros sueños —apuntó con tranquilidad después de echarle una mirada penetrante—. Nada es peor que no poner nuestras capacidades y esfuerzos al servicio de una causa justa y noble. Y eso es lo que usted hace aquí, ¿no es cierto? Bien, pues la suya es una causa a la que deseo adherir y brindarle mis habilidades desde el lugar que pueda. Soy muy buena organizando, señor, y creo que, desde ese modesto aporte a su misión, mi vida tendrá más sentido. La ociosidad de una persona capaz es un insulto al don que Dios le haya dado.

La joven había terminado su discurso con un tono tan sereno como aquel con el que había empezado mostrando sus hermosos ojos brillantes que enfocaron los de un Adam fascinado como si estuviera ante una cobra. Una cautivante cobra, por cierto.

—No cabe duda, señorita Randolph, de su... interés por el puesto —señaló cerrando los ojos con la clara intención de escapar al hechizo que la joven había conjurado—. Pero debo considerar algunos aspectos negativos derivados del hecho de contratar a una joven dama para esta tarea. No, no, permítame continuar; usted es una dama, todo en su persona lo trasunta. Por otro lado, el trabajo que realizamos en esta agencia nos lleva a codearnos con gente de muy baja ralea amén de enfrentar a diario las consecuencias de los actos más bajos y degradantes del ser humano: la ambición, la avaricia, la corrupción, las pasiones, la degeneración. Los agentes que trabajan para mí son hombres con experiencia de vida; correctos y honestos, aunque no demasiado cultivados, gente que ha nacido y crecido en los barrios bajos de Londres; definitivamente, no es gente a su altura y de la que deba estar

rodeada. Y hay algo más que me siento obligado a mencionarle; me extraña – y mucho– que, con su referencia y preparación, se encuentre solicitando un simple puesto en una agencia de investigaciones.

La expresión de alarma que tensó el rostro femenino no le pasó desapercibida. Allí había algo: quizá también la joven tuviera un “pasado” como muchos en la agencia.

—Verá, señor Baker, no puedo mentirle. De hecho, usted no me deja hacerlo —ironizó con una sonrisa ladeada que obtuvo una réplica torcida de Adam, sumada a una chispeante mirada aprobadora de la expresiva franqueza femenina—. Pertenezco a una familia de buena posición y fui educada como una dama, pero también con expectativas fuera de mis posibilidades; para que me comprenda, fui criada como el hijo que mi padre no tuvo. La educación tan poco apropiada para una mujer que he recibido no fue bien aceptada por mi progenitor a pesar de haberla fomentado. Según se me ha señalado infinidad de veces en los últimos tiempos, una dama no puede tener los intereses y los objetivos poco adecuados que tengo y por eso me sentí invitada a dejar la casa paterna y seguir mi vida bajo mi única responsabilidad.

Asombrado por la explicación, Adam se echó hacia atrás en la silla y analizó la situación bajo una nueva luz: “Necesita el empleo”.

Ella suspiró mientras bajaba la vista hacia las manos entrelazadas sobre la falda a la espera de que no le pidieran más explicaciones para no tener que mentirle al hombre que ya empezaba a caerle bien.

—Podría haber acudido a conocidos, pero no quiero avergonzar a mis padres con las habladurías que eso provocaría. Debo ver por mi misma y tengo confianza en poder salir adelante.

—Qué actitud tan decidida y valiente —la alabó impactado—; sin embargo, permítame que insista: este ambiente no es para usted... Emily —utilizó a propósito el nombre de pila, un poco para que viera lo que perdería

en rango y otro poco para mostrarle el rol de obediencia que debería tener con él si la contrataba.

Ella pareció captar la intención al instante. Su inteligente expresión de entendimiento y resignación volvió a enternecer a Adam que ya se había dado por enterado de su peculiar incapacidad, en tan escaso tiempo, para manejar lo que le pasaba con la dama.

—Aquí, usted sería Emily para mí y yo me transformaría en “Sí, señor Baker”, “No, señor Baker” y poco más. Los restantes agentes, personas de estrato socialmente inferior, tendrían más jerarquía y prevalecerían por sobre usted.

—Pero trabajaría bajo sus órdenes, ¿verdad?

—En efecto. Usted comprende que vivimos en un mundo de hombres; el de la investigación lo es aun más. ¿Podría aceptar eso? ¿Podría recibir las órdenes en lugar de darlas? ¿Servir sin discusiones ni quejas?

El silencio que acompañó las palabras flotó en el aire. La dama meditaba lo dicho mientras lo miraba de frente, con la cabeza inclinada y la barbilla levantada, exhibiendo una actitud segura y superior.

—He aquí un buen ejemplo. Esa mirada suya denota demasiado su posición en el mundo; tendría que abandonar esa actitud de autoridad, de control. Además, permítame explicarle con el mayor de los respetos que mirar así a un hombre en estos ámbitos, le traería problemas de otra índole con los que no podría lidiar, créame. Por su bien, señorita Randolph, deténgase a pensar esto antes de decir nada.

Lamentablemente para Adam, ese no había sido su día. Y para empeorar la situación, los ojos de miel tibia que nublaban su raciocinio no dejaban de mirarlo.

—Si estoy de acuerdo en aceptar lo que me plantea, ¿estaría dispuesto a darme el empleo?

—¡Señorita Randolph, por favor! —exclamó con tono entre agobiado e indignado fuera ya del arrobamiento inicial.

—¿Lo haría? Empeñaré mi palabra de hacer mi mayor esfuerzo por aprender lo que necesite para desempeñarme en este ámbito y seré callada e invisible.

“¡¿Callada e invisible ella?!”. La observó una vez más negando, pero tuvo que ceder ante la bella y dulce mirada de ruego. Exhaló con fuerza.

—Podríamos llegar a un compromiso. La tomaré a prueba. No, no se alegre; la prueba será para ambos —le advirtió con severa resignación—. Digamos un mes.

—Tres meses —propuso ella con destellos encantadores en los almendrados ojos ambarinos.

—Dos meses. Probaremos cómo se dan las cosas. En fin, no se hable más. —Se puso de pie, contento a pesar de todo, y ella lo imitó—. La espero mañana a las nueve. Su primera tarea será ordenar esto.

Emily siguió el gesto circular de la mano con la que Adam abarcó la oficina llena de papeles desordenados en cajas húmedas y rotas, dispersas sin orden ni concierto entre muebles desvencijados o viejos. Era de esperar que también hubiera toda clase de bichos y alimañas, pensó asqueada.

—Hay una oficina comunicada con esta que tiene otras cajas para usted. Le sugiero que traiga ropas más acordes con la sucia tarea que la espera, Emily.

—Sí, señor Baker —respondió ella con gesto serio y determinado.

—Espero que lleve mi agenda y concierte las entrevistas que se me soliciten.

—Sí, señor Baker.

—Se encargará también de organizar y supervisar las tareas del resto del personal, no así de los agentes a los que solo les entregará las órdenes de trabajo cuando se lo indique. También deberá pedirles los informes de los casos para mantener los archivos al día.

—Sí, señor Baker.

—Trámites bancarios y facturaciones serán suyos y se ocupará de las actas de las reuniones.

—Sí, señor Baker.

Adam la observaba: mientras había ido dándole indicaciones, ella había tomado sin pérdida de tiempo su libreta y anotado con letra clara y rápida cada punto. Parecía saber lo que hacía, se entusiasmó. Además, ese aspecto distinguido y eficiente era lo que él quería mostrar.

—Hay una cosa sobre la que debo instruirla y en la que seré en extremo quisquilloso —adoptó una expresión severa—: nada de lo que usted escuche en mi oficina o le indique como privado deberá salir de su boca.

—Sí, señor. Es decir, no, señor Baker.

—Su discreción y fidelidad hacia mí son dos cosas que doy por descontadas.

—Sí, señor Baker —le aseguró con los labios apenas fruncidos como deliciosa muestra de decisión.

—Bien. La veré mañana.

Emily hizo una breve reverencia, le dirigió una mirada de profunda gratitud que lo encandiló una vez más y colocándose los peculiares anteojos se dirigió a la puerta. Antes de salir, oyó la voz masculina:

—Una nueva experiencia para ambos, Emily, ya lo creo.

CAPÍTULO II

Miró una vez más en derredor y sonrió complacida. Le había costado una semana convencer al señor Baker de invertir en algunas de las mejoras, pero lo había logrado y el resultado era muy bueno por haber pasado tan solo un mes desde que había comenzado a trabajar en la agencia.

Aquella lúgubre casona de cuartos cerrados, oscuros y malolientes se había convertido, tras muy ardua tarea, en una serie de oficinas decentes con mejor aspecto para recibir a clientes de más categoría. El mayor desafío había sido devolver la entrada y la fachada de la casa a su antigua gloria. Los trabajos habían sido hechos en corto tiempo y no poca gente se detenía a admirar el resultado de la labor: las perfectas líneas de las pilastras a ambos lados de la gran puerta de nogal pulida y lustrada que ahora exhibía un llamador de bronce con cabeza de león brillante, los muros inmaculadamente blancos y el reparado dintel con forma triangular en cuyo interior se habían tallado hojas de laurel y acebo con frutos pequeños creciendo algo dispersos, recuperado todo para mayor gloria de la renovada Agencia de Investigaciones Essex, tal como se leía en la nueva chapa dorada sobre el llamador.

Pero sus mayores logros estaban en la planta alta: la oficina principal y la recepción para los clientes. Con el retiro de los muebles rotos y las cajas con papeles, el despacho había ganado amplitud para colocar una mesa de reuniones, una biblioteca, un par de sillones para los clientes y un escritorio de caoba más grande en reemplazo del anterior a fin de que el señor Baker pudiera trabajar con mayor comodidad.

Orgullosa de su obra, se detuvo un momento ante la puerta abierta de la oficina para admirar el elegante efecto que le había merecido encendidos halagos de su jefe. Con la cabeza apoyada en el restaurado y lustroso marco de la entrada, contempló complacida el antiguo escritorio cerca de la ventana –con las lámparas de bronce y tela– que relucía y olía a lustre como el resto de los muebles que lo rodeaban: los sillones retapizados en bordó con botones dorados, los estantes con libros que nadie había leído pero que lucían impactantes y la mesa de reunión junto a la segunda ventana con seis sillas de roble oscuro de segunda mano dispuestas para las futuras reuniones de trabajo. Los bronces resplandecían, los viejos pisos renacidos brillaban con la cera que había hecho pasar cada semana, el ambiente ya no olía a moho y humedad y las paredes recién pintadas estaban decoradas con un par de cuadros bucólicos y un impactante tapiz detrás del sillón del señor Baker que representaba una escena de caza del siglo XVII en la que un zorro era perseguido por feroces canes ante la vista de un noble señor de altivo porte, lanza en ristre, que apuntaba, magnífico, con el índice sobre el animal en inminente captura y le mostraba el camino a la jauría.

Había sido imposible para ella no reírse interiormente cuando su jefe, después de admirar con ojos brillantes la escena, había comentado algo entristecido que solo había cuatro mastines; sin duda había corporizado a cada participante de la escena con los investigadores y él era el noble caballero que alentaba a sus fieros canes a acabar con la violencia, la astucia criminal y la injusticia representadas por el zorro. El hilo de sus pensamientos se cortó de forma abrupta cuando se dio cuenta de que no había nada que la representara a ella. Quizá tendría que hacer bordar un ave de alas desplegadas que sobrevolara la escena, propuso para sí misma riéndose por la imagen del pájaro con anteojos y un estuche en la cintura, que planeaba sobre los personajes. Ese sí sería un mensaje para que la contratara por más tiempo, pensó divertida por la tonta idea.

En cuanto a ella, se había instalado en la oficina comunicada con la de su jefe, una de las dos que daban a la sala de recepción, para estar siempre al alcance. En su despacho, había puesto los únicos detalles femeninos de toda

la decoración y había tenido un resultado más que aceptable: era sorprendente lo que unas ventanas limpias con cortinas y flores, y colores más claros en las paredes, hacían por la oficina de una joven asistente. En cuanto al resto de la casa, los cuartos ya arreglados habían sido limpiados a fondo y los pisos y maderas habían sido pulidos hasta sacar brillo de lo imposible; también se habían instalado lámparas por doquier, alejando lo tenebroso y oscuro de la vieja casa junto con buena parte de los pequeños habitantes debajo de las maderas del piso, los rincones y los cuartos otrora penumbrosos y húmedos.

Incluso había comenzado a arreglar en la planta baja la habitación que daba al frente como cuarto de los agentes para que pudieran reunirse cuando lo necesitaran y también había preparado, a instancias del jefe, un par de cuartos con algunos muebles –camas, sillas, jofainas, un armario– para que ellos pudieran dormir en caso de tener que quedarse y guardar una muda de ropa para cambiarse.

Durante el mes transcurrido entre obras y ordenamiento, Emily había llegado a sentirse discretamente feliz. Se veía como el ama de una casa destinada a una gran familia de la que el señor Baker le hablaba entusiasmado. Incluso los encontronazos con el viejo escocés habían mermado, no tanto por su no siempre eficaz esfuerzo para mantener una imagen difuminada en el fondo de la escena masculina general, sino por la orden tajante que había recibido el anciano para que la tratara con respeto. Por supuesto había oído cuando el viejo se alejaba refunfuñando que una “dama” no hacía lo que ella y se quedaba en casa cuidando a un esposo y criando hijos, pero la miríada de tareas en sus manos la ocupaban más de las nueve horas de trabajo diarias y no le dejaban tiempo para atender al anciano cascarrabias.

Según Emily creía, parte de su felicidad tenía que ver con el hecho de que, aun cuando era tratada por el señor Baker como una empleada, era siempre caballeroso y gentil con ella: le había reconocido su labor y su eficiencia, había alabado su buen gusto y aplaudido sus decisiones, alentándola a tomar

las riendas de los cambios en la agencia después de ver, admirado, lo que había hecho con el sucucho sucio y maloliente que llamaba despacho y que solo ahora merecía tal nombre.

Después de una última mirada, fue hacia la planta baja. Se detuvo por un instante en el recibidor: todavía había que mejorarlo mucho, pero ya no lucía como la oscura boca del infierno gracias a la acertada elección de telas claras ¡y limpias! en las paredes y a la eliminación de las terribles cortinas oscuras que separaban el recibidor de las escaleras.

Con un suspiro de satisfacción, se preparó para salir. Afuera todavía había algo de luz y se relajó ya que su departamento estaba a cuatro calles de distancia. No solo cerca, sino también barato, ya que el alquiler le costaba mucho menos que el del que había rentado hasta dos meses atrás, lo que resultaba óptimo; si bien tenía lo que ella llamaba su “fondo de reserva” –a pesar de lo que el señor Baker había asumido en la entrevista y ella no se había molestado en desmentir–, también era verdad que se negaba a tocar nada de su vida anterior a menos que fuera una real emergencia.

Con todo, aun cuando en general se sentía más tranquila por sus propios logros, entendía lo frágil de su situación como mujer sola en la sociedad en la que vivía. En los momentos en que descansaba de las numerosas tareas que realizaba a diario, una sensación mezcla de angustia y melancolía la asaltaba. Echaba de menos a sus padres y la seguridad de su cómoda vida anterior.

Se colocó los anteojos oscuros, se arregló los guantes y bajó los pocos escalones de la entrada para sumarse a las personas que todavía circulaban por Essex. Llegó a Saint Peter y subió hasta William. Dobló a la derecha y caminó hasta Dame donde vivía en un bonito edificio perteneciente a la señora Lydia Zachary, una viuda seria y honesta, miembro activo de la Iglesia de Saint Peter y de la Liga de Mujeres Cristianas por la Templanza de la calle Packington. La dama, de reconocida labor en Islington, había heredado la propiedad –de instalaciones muy modernas para la época como la caldera

central, las tuberías para los baños privados y las flamantes estufas para las cocinas— de su previsor marido después de que falleciera a causa de una penosa enfermedad.

El departamento que alquilaba allí era pequeño comparado con su anterior hogar, pero resultaba suficiente para sus nuevas necesidades. Tenía una cocina reducida, aunque en extremo moderna, un recibidor diminuto, una sala-comedor de dimensiones bastante aceptables con una gran ventana frontal que daba a la calle, otra que se abría sobre un angosto pasaje lateral, y un dormitorio cuyo armario era de dimensiones correctas, la cama grande y confortable y hasta tenía otra linda ventana que también daba al pasaje que desembocaba en un patio interior compartido por varios edificios.

De todas formas, ella solía estar allí solo el tiempo necesario para comer, dormir y arreglarse en vista de que pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina y muchas veces llegaba a la casa después de las ocho; circunstancia que había motivado que la señora Zachary la hubiera retado varias veces por el largo tiempo que trabajaba y la conminara a “cantarle las cuarenta a ese jefe esclavista que tenía”, lo que causaba mucha gracia a Emily que terminaba siempre contándole lo imposible de plantarle cara a un jefe tan amable como el suyo que trabajaba aún más horas que ella y con más ahínco.

Sin embargo, había otra razón más profunda para pasar tan escaso tiempo en el departamento: la agencia era el único lugar en el que no la invadía la horrible sensación de desasosiego y soledad que experimentaba cuando estaba sola; ese sentimiento de vacío que la embargaba provocándole llanto y desesperación, incapaz de desprenderse de esa emoción paralizante.

La agencia.

El trabajo se había vuelto vital para su existencia actual y haría lo necesario para quedarse junto al señor Baker cuanto le fuera posible. Era un refugio y una posibilidad de cambio y sería una persona distinta si eso era lo que se requería para mantener el *statu quo*. Renegaría de su habilidad y la escondería en lo más profundo si esa era la garantía de una vida más serena.

* * *

Pero, como se sabe, el hombre propone y Dios dispone, según pudo meditar la noche del día siguiente después de la primera experiencia negativa con uno de los miembros de la “familia Essex”.

Todo había comenzado esa misma mañana cuando el señor Baker le había informado que estaría con Roy Balling en el bar del otro lado del Green, reunido con un cliente. Cuando su jefe estaba a punto de salir rumbo al Ganso de Oro, llegó a los trompicones, ayudado por una jadeante señora Walloski que se tropezaba cada dos pasos, un hombre delgado y no muy alto, desprolijo, que farfullaba frases incoherentes y del que emanaba un hedor a alcohol que explicaba a las claras su estado miserable.

Pálido, Adam se había arrojado sobre el hombre y lo había tomado de los brazos de la mujer mayor para transportarlo a la silla más cercana, sosteniéndolo cuando el cuerpo comenzó a deslizarse hacia el suelo.

—¡Maldita sea, Roy!, ¡¿qué demonios has hecho?! —lo escuchó decir en un susurro entre dientes al hombre estupidizado por el alcohol que apenas podía emitir barboteos y sonidos inconexos. ¿Era este el famoso Balling, el amigo del que su jefe hablaba con tanto afecto y orgullo?

—Señora Walloski, café cargado y amargo —ordenó Adam mordiendo las palabras, ocupado como estaba en que el cuerpo inerte no se le escapara de entre las manos.

—¿Puedo ayudarlo? —ofreció Emily que intentaba salir del estupor de ver por primera vez a un hombre ebrio al punto del desmayo. “Es tan desagradable”, pensó disgustada por la escena.

—Ayúdeme a sostenerlo.

Se apresuró al lado de la silla y recibió el cuerpo contra su costado, la cabeza de boca abierta y babeante sobre el pecho derecho. Invasa por la repugnancia, lo rodeó como pudo con los brazos y, tras girar la cabeza para que el olor agrio del agente no la descompusiera más, hizo fuerza para retenerlo contra ella.

Adam se disculpó cuando se dio cuenta del estado en que se hallaba la joven y, aunque ella negó esforzándose por sonar sincera, sabía que su gesto de asco contradecía brutalmente las palabras. Apenas si pudo contenerse al ver que un hilo de saliva amarillento le manchaba el vestido.

El ama de llaves entró con el café y fue instruida para que ocupara el lugar de Emily. Esta se sentía tan aliviada de poder alejarse que se dirigió sin perder tiempo hacia la taza y se la alcanzó a Baker. Mientras él no la veía, ocupado como estaba en hacer entrar la bebida por la boca blanda, mojó el pañuelo en un vaso de agua y lo pasó por la mancha que había dejado la saliva. Frotó con fuerza excesiva como muestra de su asco. Si todos iban a ser así, no sabía cuánto tiempo duraría en ese empleo. No se veía con las fuerzas suficientes para trabajar con gente que dejaba que los vicios la dominasen hasta volverse pobres fantasmas de sí mismos.

De no haber sido por la mirada desolada que le dirigió el señor Baker junto con un musitado “ayúdeme”, jamás habría vuelto a acercarse al despojo humano; pero había algo en el inusual desvalimiento de su jefe, algo en su desamparo y pesadumbre que le dio energía para actuar.

—Necesita más café, ¿verdad? —lo interrogó para empujarlo a la acción, algo que lo activaba al darle un sentido de propósito.

Adam asintió y se esforzó por hacerle tragar el que quedaba en la taza.

—Usted tiene una entrevista ahora, quizá deba dejar que la señora Walloski y yo nos ocupemos del señor Balling mientras atiende ese asunto —ofreció no muy convencida pero decidida a colaborar.

—No puedo; Roy debía darme el informe de las averiguaciones que había hecho. Quise que lo hiciera anoche, pero insistió en que hoy vendría antes para contarme y confié en él. ¡Maldita sea! Disculpe, Emily.

—Entonces no hay muchas dudas. —Hizo caso omiso de la maldición en vista de la situación y continuó—: Hay que enviar a uno de nuestros recaderos para que ubique al cliente y le diga que la reunión debe posponerse. Mientras, ocuparemos el tiempo en recuperar al señor Balling.

—Eso si averiguó algo antes de emborracharse hasta la inconsciencia — señaló al tiempo que le echaba una mirada furiosa.

Aun cuando el cliente protestó con vehemencia y se quejó de lo que consideraba una falta de respeto, aceptó ver a Baker por la tarde. El médico llegó una hora después cuando ya Balling estaba algo más consciente tras cuatro tazas de café que Adam le había obligado a tomar intercaladas en dosis parejas con cachetes, exhortaciones y maldiciones susurradas.

Para el mediodía, después de que el doctor indicó un emético y más café como único remedio para sacarle la borrachera rápido, el agente estaba sentado en un sillón del despacho principal, parpadeando torpemente, oliendo a vómito y deshaciéndose en incomprensibles excusas ante su amigo que ni siquiera lo miraba, dedicado como se hallaba a repasar una y otra vez la carpeta del caso. Balling parecía tener alguna dificultad con el habla que le imposibilitaba expresarse, aunque de vez en cuando realizaba un nuevo esfuerzo fútil por tratar de decir algo. Sin hacer caso del hombre acurrucado en el sillón envuelto en mantas y culpa, Adam se echó irritado hacia atrás en la silla y se pasó una mano por el cabello.

—¡Maldita sea! No tengo ni idea de lo que voy a decirle a este hombre. Ya estaba enojado por tantas demoras y esto no ayudará. ¡Y es uno de los miembros de la Sociedad de Tenderos de Islington! ¡Demonios!

Emily acababa de entrar y la sostenida retahíla de juramentos sumada a la terrible expresión en el rostro del jefe la detuvieron en seco. Con una exhalación cansada, Adam se disculpó.

—¿No hay nada en el informe que pueda usarse?

En un gesto inesperado, él le extendió la carpeta con las dos hojas de frases garrapateadas para que las leyera. Esa escritura era casi imposible de comprender y resultaba el fruto obvio de los estados etílicos del hombre, observó Emily mordiéndose el labio inferior. Se dedicó a tratar de desentrañar los informes: al parecer, se trataba del robo de valores —dinero y acciones— del lugar donde el señor Roberts, el acaudalado carnicero que tenía varias tiendas a lo largo de Upper y New North, los guardaba en su casa de la calle Moon donde vivía con su joven hijo. No había habido entradas forzadas ni daños en el cuadro que tapaba el hueco en la pared en la que ocultaba la caja fuerte. Emily miró un momento al señor Balling sin poder evitar una mirada de compasión y se arriesgó a acercarse a prudencial distancia.

—Discúlpeme, señor Balling, ¿podría decirme quiénes son los vecinos del señor Roberts y quiénes viven en su casa además del joven Roberts? ¿Quizá podría darnos una idea del lugar?

La mirada hosca de ojos vidriosos e inyectados de sangre le dijo que no le gustaba que ella lo interrogara. Se volvió al señor Baker con expresión de desaliento.

—Roy, responde y hazlo con coherencia —siseó—. Estamos en este embrollo por tu culpa. ¡Esfuézate, demonios!

Ante la reprimenda, el aludido se frotó torpemente la cara e intentó decir algo, pero sus farfullos no eran inteligibles, apenas podía sostener la cabeza erguida. A duras penas, ella logró rescatar palabras sueltas y sin terminar como: “Avanda”, “mor”, “uyayo”, “caejón”. Impaciente, se dio vuelta hacia el señor Baker sin prestar más atención al titubeo del hombre postrado.

—Haría falta ver el lugar para recabar información sobre la que poder trabajar —dijo Adam—. Me ocuparé de eso.

Tomó el abrigo, el sombrero y salió como una exhalación dejando solos a su asistente y al enojado agente. Durante una hora y poco más, Emily entró desde su oficina cada quince minutos para ver cómo estaba el señor Balling a quien había dejado con la señora Walloski en vista de que no parecía provocarle la misma reacción de rechazo que ella. Cuando había intentado ofrecerle otra taza de café, la mirada que el hombre le había dirigido la había helado: había desagrado, rabia y dolor, pero sobre todo un profundo desprecio. Lo vio observarla de arriba abajo con agresividad mal contenida, deteniéndose en cada detalle de su aspecto: en el delicado terciopelo del vestido gris, en el exquisito encaje de los puños y el cuello, en el reloj de plata que adornaba el sobrio atuendo, en la costosa cinta de raso trenzada con hilos plateados con la que sujetaba los cabellos en la nuca y cuyas colas caían sobre los hombros. Era sencillo leer las emociones que lo asaltaban; no lo conocía y, sin embargo, entendió que ella representaba para él lo peor de las mujeres. ¿Alguien lo había herido? ¿Alguien que se parecía a ella? No pudo seguir al sentir los pasos fuertes y firmes del señor Baker resonando en los escalones.

Después de echar una breve mirada hacia su amigo que lo seguía por entre los párpados con ojos enturbiados, se sentó detrás del escritorio y despejó la mesa. Comenzó a describir la casa de Roberts en la calle Moon colindante con Studd. Mencionó las callejas traseras de la residencia que daban a Studd donde se veían otras casas más sencillas. En la casa de Roberts, vivían él, su hijo, la cocinera, un par de criados y un ama de llaves que estaban con ellos desde que se habían mudado allí. Sus vecinos eran los Benson, una pareja de hermanos —mujer y hombre— llegados diez meses atrás; los Anglebyn, conocidos de Roberts desde que se había mudado a Moon hacía años, y luego había un taller de costura cuya entrada se encontraba por la calle Studd y del que solo se veían las ventanas.

Sobre la base de esta información, Emily bosquejó en un papel las calles y las casas con las correcciones que él le iba haciendo. Al terminar, Adam asintió y ella le mostró a Balling el dibujo. El hombre parpadeó su asentimiento con renuencia. Hombro con hombro, recomenzaron la difícil lectura del informe. Luego, ella narró los hechos en orden cronológico.

—De acuerdo con su rutina diaria, el señor Roberts desayuna, va a su estudio privado, lo abre con la llave que guarda y después de un rato de trabajo, descubre que el cuadro que oculta la caja en la pared donde guarda los valores está fuera de posición. Así descubre que alguien la ha abierto y ha retirado acciones y dinero.

—De las averiguaciones de Roy, sabemos que la noche anterior había habido una cena con los vecinos, que las ventanas del estudio estaban trabadas sin daño aparente y que la puerta había sido cerrada con llave como siempre. No había huellas o indicios por el lado exterior por lo que podríamos decir que nadie entró por allí, lo que nos lleva a pensar, dado que no había roturas o daños en los accesos, que fue alguien que conocía la existencia de la caja, su ubicación y que podía tener acceso a las llaves del estudio de alguna forma. Eso nos deja con la servidumbre y el joven Roberts.

—“Uyayo”...

Ambos se volvieron hacia el agente con miradas expresivas: él, de rabia y dolor; ella, de conmiseración por el pobre borracho, según imaginó Roy, resentido. Esforzándose por sonar más claro aunque sin éxito, repitió el mismo sonido de antes.

—Un momento —se detuvo Emily con una expresión iluminada—, ¡muchacho!

A su pesar, Roy tuvo que parpadear afirmativamente.

—¡Bien! —aprobó Adam.

Algo en la cabeza femenina resonaba y se acoplaba a otra idea, luego a otra y a otra más.

—Lavanda... —musitó pensativa seguida por la mirada de Adam y la de Roy que abría los ojos al darse cuenta de que estaba uniendo lo que él había dicho antes y que era probable que entendiera lo que su amigo no. Lo que él había averiguado antes de caer ebrio después de pasearse por todas las tabernas de Upper hasta Cannonbury—. Puede haber una mujer involucrada.

Roy asintió con la vista fija en los ojos de su amigo.

—También dijo “rumor y callejón” —se detuvo cuando vio a Balling negar con debilidad.

La cabeza de Roy le daba vueltas y sentía la lengua adormilada e hinchada por efecto del emético con el que lo habían hecho vomitar. De todas formas, intentó otra vez.

—“...mor”.

Adam y Emily se sentían impotentes.

—¿Temor? —probó ella.

—¿Amor? —propuso él que vio a su amigo parpadear y echar la cabeza hacia atrás, fatigado.

—¿Quién vive del otro lado del callejón? ¿Los Benson o los Anglebyn? —inquirió Emily.

—Los Benson tienen la puerta de la cocina hacia el callejón, los Anglebyn la tienen hacia Moon.

—Me pregunto cómo será la señorita Benson.

—¿Por qué?

—Amor, señor Baker. El señor Balling dijo “muchacho, lavanda, amor y callejón” lo que sugiere que el joven pudo hacerse de las llaves para usarlas o dárselas a alguien más a quien tal vez instruyó sobre cómo encontrar y abrir la caja.

—Deberé repreguntar a los criados sobre la cena —se planteó Adam.

—Pero, sobre todo, debería buscar a quién use un distintivo perfume de lavanda.

—En fin, al menos podré presentarme con algo más que nada y ganar tiempo si resulta necesario —señaló Adam más relajado evaluando cómo sonsacaría al joven Roberts su más que posible participación en el robo.

Con una mirada brillante en los ojos, la observó en silencio. Se regodeó en los contornos de su cuerpo y en las líneas de las manos ágiles. No pudo dejar de hundirse en el ámbar dorado de los ojos de almendra que le mostró al levantar la cabeza. Cuando ella lo descubrió haciéndole tan intenso escrutinio, se apresuró a sonreírle con calidez.

—Gracias.

La joven se ruborizó y negó al mismo tiempo. Era lo menos que podía hacer por quien le había dado una oportunidad. Con la mente concentrada en el hombre desmadejado en el sillón, no pudo dejar de pensar en que no debía de ser tan malo como había imaginado si, a pesar del estado de ebriedad, que, sin duda, no era circunstancial, casi había logrado cerrar el caso.

—No hice gran cosa —señaló con modestia y una mirada hacia Roy Balling que asistía, imposibilitado de intervenir, a las felicitaciones de Adam a la joven.

Adam dirigió la vista hacia su amigo: había en ella tal reconvención y dureza que Roy sintió como si lo estuvieran golpeando en el estómago. Se quedó sin aire por un momento y fue testigo de cómo la mirada de su compañero y camarada se volvía amable y afectuosa al enfocar a la mujer.

—Me ayudó a pensar y a centrarme en lo importante, por eso le agradezco.

Emily se llevó el dorso de una mano a la ardiente mejilla y bajó la cabeza murmurando algo ininteligible. La actitud de candoroso embarazo lo entibió de pies a cabeza.

Definitivamente esa era la mujer que había estado buscando.

CAPÍTULO III

Los dos hombres que avanzaban por el Green divisaron a la pareja detenida en Essex y Saint Peter; apuraron el paso. Cuando se encontraron en la esquina, se saludaron con cabeceos secos y se quedaron parados. Habían acordado hablar antes de entrar a la agencia y ese había sido el lugar elegido, a pesar del ir y venir de gente y del ruido de los transportes.

El esbelto hombre rubio de mediana estatura, cabello lacio y mirada lánguida que vestía como salido de un figurín fue el primero.

—¿Qué tal compañeros? ¿Cómo están? ¿Sus misiones fueron coronadas por el éxito? —preguntó con un dejo de burla mientras echaba hacia atrás con cuidada afectación un mechón de cabello que le caía sobre la frente, lo que dejó a la vista un admirable par de ojos celestes claros como un cielo diáfano.

Uno de los interpelados, de cabellos rojos al ras y algo más alto, cerca de los cuarenta, robusto y pesado, la cara marcada por algunos golpes bien encajados, le respondió de mala manera.

—Déjate de jodidas finezas, Dandi, quiero saber qué cuernos está pasando.

El Dandi miró a los otros con la misma expresión falsamente aletargada y le dijo:

—Puños, tus modales y tu lenguaje nunca mejorarán si sigues dejándote llevar por tu temperamento impaciente.

El aludido le echó una mirada desagradable. El hombre joven a su derecha, que rondaba los veinticinco años, de rasgos suaves y atractivos, con arrugas diminutas en las comisuras de los ojos pardos y de la boca, tomó la palabra.

—¿Recibieron la carta? —Todos asintieron—. ¿Y qué opinan?

—Que hay alguna maldita cosa en todo esto, eso es lo que opino —declaró groseramente Puños.

—No es habitual que volvamos de una misión larga y Baker nos dé una semana de descanso para luego citarnos por carta —apuntó con tono confundido el joven al mostrar un papel escrito con grafía cuidada y elegante que había sacado del bolsillo de la chaqueta.

—Concuerto, Sonrisas —apuntó el Dandi mostrando la suya, idéntica a la otra—. Está firmada por Baker, pero no es su letra. ¿A qué se referirá con “cambios”?

—Maldita la gracia que me causa esto. Todo el asunto me huele a podrido, sí, a podrida cloaca —volvió a enfatizar su opinión el pelirrojo del selecto léxico.

—Suficiente, Puños —lo amonestó el cuarto hombre, un serio exponente que echaba miradas impasibles a los transeúntes que pasaban junto a ellos, apenas más alto que el rubio, de constitución delgada pero sólida, cabellos negros y oscura mirada, que se había dedicado a escuchar sin intervenir hasta ese momento.

Todos lo enfocaron y el interpelado se calló de inmediato sin una sola manifestación de enojo.

—¿Alguien habló con Whisky? —preguntó Sonrisas.

Negaron y volvieron al común silencio ponderativo.

—Es el único que debe saber qué pasa, pero rara vez se lo encuentra sobrio de un tiempo a esta parte —comentó el Dandi con una mueca.

—No voy a negar que, después de leer la carta, me preocupé lo suficiente como para darme una vuelta por la agencia. Al llegar, el frente estaba cubierto con telas y poco se veía; había gente trabajando y, cuando quise entrar, el perro McColl me prohibió el paso diciendo que tenía órdenes de Baker. ¿Vendió la agencia? ¿Se cerrará? ¿Va a echarnos? —inquirió el joven con preocupación.

—No lo creo —apuntó sereno el cuarto hombre.

—Vamos, Monje, es una posibilidad que hay que considerar. Cuando tan finamente nos citan por carta a una reunión después de regalarnos una semana de descanso que hace más de cuatro años no se nos daba, bueno: lo primero que me viene a la mente es que nos van a...

—...dar por detrás —concluyó Puños la frase del Dandi, por completo fuera de sí.

—Nada de consideración a la fidelidad manifestada todo este tiempo, cobrando migajas para que “la agencia crezca, podamos ser conocidos y tener mejores casos” como dice Baker —acotó el Dandi.

—Sí, hasta yo sentí algo de aprensión al leer el mensaje —señaló con una mueca escéptica Sonrisas.

—No tenemos ninguna evidencia de que eso vaya a pasar. Debemos conservar la calma y hacer lo único que acabará con nuestras dudas —intentó aplacar el cuarto hombre a sus compañeros con un cabeceo en dirección a la agencia—. Vamos y terminemos con esto.

Se puso en marcha seguido por Puños como un perro obediente y detrás de ellos, el Dandi y Sonrisas que comentaban entre sí lo que pensaban de la situación. A unos pasos de las escaleras de la agencia, se detuvieron de golpe para absorber con azoramiento los arreglos en el frente del edificio.

—¿Qué carajo pasó aquí?! —exclamó Puños en voz alta, lo que causó que unas mujeres que pasaban trastabillaran y se dieran vuelta horrorizadas ante el exabrupto.

—Ustedes disculpen, señoras —enmendó de inmediato el Dandi con una sonrisa brillante y una reverencia que aplacó apenas a las conmocionadas mujeres—. ¡Puños! —agregó admonitorio en dirección del hombretón que seguía observando la remozada fachada con la boca abierta.

—Creo que hicieron algunas mejoras —comentó Sonrisas dando unos pasos hacia atrás.

—Obrdeabja —oyeron una voz pastosa que venía de los escalones donde estaba más tirado que sentado Balling con la cabeza casi hundida entre las rodillas.

—Ah, hola, no te habíamos visto —saludó con una mueca el más joven—, ¿qué dijiste?

—Naa. Yúenme, shason lassonce, y a Adam e moleshta sheguemos tarde —farfulló y recibió de inmediato la ayuda de cuatro pares de brazos que lo sujetaron por hombros y mangas, lo levantaron en el aire y lo sostuvieron de pie para evitar que cayera.

—¿No podías por esta vez venir sobrio? —le preguntó en voz baja el Monje. Whisky denegó sin poder controlar los movimientos del cuello y la cabeza, que sacudió como si fuera un muñeco de feria.

El Dandi se adelantó a los otros, tomó el resplandeciente llamador de bronce con cabeza de león y lo hizo sonar. La puerta se abrió y reconocieron los inconfundibles rasgos añosos del escocés que, a diferencia de su entorno, no había cambiado en lo más mínimo.

—Llegan tarde —les ladró como bienvenida.

Cuando los cinco hombres entraron, el viejo atestiguó con una sonrisa maliciosa la sorpresa en los rostros. Cerró rápido para seguirlos y disfrutar de cada momento de confundido asombro que iban a experimentar “los malditos agentes”.

—¿La reunión es arriba? —preguntó Sonrisas sin recibir respuesta del escocés mientras pasaban del renovado recibidor al pie de la escalera lustrada y olorosa a cera, iluminada por las lámparas de vidrios brillantes y la luz que entraba por las ventanas del cuarto de descanso. Con miradas de asombro, subieron hasta la sala de recepción.

—¿Qué diablos pasó aquí? —preguntó Puños al enfrentar la decoración con alfombras, plantas frondosas y las nuevas ventanas abiertas en la pared de atrás adornadas con cortinas claras; recibió un codazo del Monje que le indicó la presencia de un par de personas, envaradas y oscuras, esperando en los sillones. El escocés emitió una risa cascada llena de gozosa malicia y golpeó la puerta del jefe.

—¿Ahora hay que anunciarse? —inquirió Sonrisas mientras esperaba en la reluciente y elegante sala mirando perplejo a su alrededor, como el resto.

—Este lugar comienza a valer la pena —aseveró el Dandi.

—Adelante.

Los agentes entraron y se detuvieron pasmados. El lugar ya no era la penumbrosa estancia desastrada que conocían, sino un despacho distinguido y elegante. Parecía la oficina de un mandamás de categoría, pensó Puños con la boca abierta. Una de las ventanas dejaba pasar la luz tibia del mediodía que se derramaba sobre una hermosa mesa lateral cubierta con un grueso vidrio sobre el que se veía una delicada taza con plato, cuchara y servilleta en cada puesto más tres tinteros dorados con sus plumas en el centro. Las paredes recién pintadas, la biblioteca con los finos volúmenes, los cuadros y el magnífico tapiz atrajeron de inmediato la atención sorprendida de los hombres. Baker se sintió complacido.

—Señores, pasen. Acomódense, enseguida vuelvo.

Imposibilitados de reaccionar, lo vieron salir por la restaurada puerta lateral. “¿Dónde están todas las porquerías?”, preguntó Puños en voz baja, impactado por el refinamiento del nuevo despacho. Al cabo de un par de minutos, Baker volvió.

—Bien, tomen asiento. Veo que han notado algunos de los cambios en la agencia. Ustedes conocen cuáles son mis objetivos para esta empresa que empecé hace seis años: transformar la Agencia de Investigaciones Essex en una organización privada de alto nivel dedicada a la lucha contra el crimen. Gracias a su dedicada labor en los casos del último año, nos hemos consolidado como agencia y podemos ocuparnos de dar una imagen acorde con nuestro nuevo nivel. Para ello, nos hemos planteado...

Adam se detuvo, miró con el ceño fruncido el reloj sobre el escritorio y luego hacia la oficina adjunta.

—Mientras esperamos a mi asistente —un bufido desdeñoso procedente de la derecha lo interrumpió y las miradas de los cuatro hombres pasaron de Whisky a Baker especulativamente—, podemos comenzar con las asignaciones. Primm, ¿qué sucedió con el caso del robo en la casa del banquero?

—Asunto concluido. El culpable fue el yerno que necesitaba dinero para cubrir su dispendioso estilo de vida con la última muñequita de lujo francesa. Me reuní discretamente con el banquero y le reporté lo averiguado y qué fuentes apoyaban mis hallazgos.

—¿Las mismas de siempre? —preguntó con picardía el más joven.

Jack Primm, alias el Dandi, se encogió de hombros con una expresión de mundano hastío.

—Pidió continuar él mismo a partir de allí.

—Bien. Dele luego los datos a mi asistente para que haga una factura por los servicios. ¿Qué hay de ustedes, Montrose, Jones? —preguntó al joven gentil y al pelirrojo de limitado vocabulario.

—Escoltamos al barón durante su estadía en York y nos dividimos, según lo pedido, para proteger a la joven dama con la que se encontró. Jones tuvo que actuar contra los hombres enviados por el marido de la joven durante la huida del barón, y yo debí ingeniármelas para traer a la esposa infiel sana y salva a casa de sus padres en Canterbury. El barón estuvo muy conforme con nuestra actuación y le envía una carta.

Louis Montrose extendió la mano con un sobre que extrajo del bolsillo interior de la chaqueta, en el que se distinguía el sello del muy mencionado y satisfecho barón.

—¡Bravo, camaradas! —los felicitó Primm con una sonrisa de lado.

—¿Qué hay del caso Stockes, Calvert? —Adam se giró hacia el aludido.

—El intercambio tuvo un episodio inesperado. Ya había logrado que los obsequios y las cartas terminaran en las manos correctas cuando el padre de la dama agregó un toque dramático al encuentro hasta ese momento civilizado. Para hacerlo breve, el hijo del conde fue herido por el ofendido progenitor, aunque no de gravedad, y tuve que convencerlo de no denunciar al ofensor. Todo concluyó bien hasta donde pude ver y aquí está el pago y una nota que le envía la condesa.

Adam lucía muy satisfecho con la labor de sus agentes en los medios aristocráticos y así lo manifestó. En ese momento, la puerta de comunicación se abrió, y una figura femenina cargada de papeles atravesó el umbral. Adam se paró y le acomodó una silla entre él y Roy.

Jack Primm se puso de pie e hizo una reverencia; con interés, la recorrió de arriba abajo en detalle, desde el cabello sencillamente recogido en la nuca con una cinta de terciopelo roja carmesí y los peculiares anteojos hasta la

figura femenina destacada por el vestido azul marino de terciopelo con encaje en los puños y el cuello que marcaba a la perfección la figura; a la altura de las caderas tuvo que detener la admirada evaluación porque la mesa le impedía llegar más lejos. Como reacción en cadena, Montrose y Calvert se pusieron de pie; como retribución a su gesto cortés recibieron una inclinación delicada de cabeza.

—Jones, Roy, cuando una dama entra en una habitación, corresponde ponerse de pie.

Jones bajó la cabeza, enfurruñado por haber sido reprendido delante de una desconocida, y Balling ni siquiera reaccionó dada la carga ética que tenía. La joven mujer negó en dirección de Baker y tomó asiento rápido con la cabeza casi tan baja como el pelirrojo.

—Señores, permítanme presentarles a mi asistente, la señorita Randolph, quien ha sido la encargada de la organización de la agencia y la única responsable de la nueva imagen de Essex. Trabaja bajo mis órdenes directas, será el nexo entre ustedes y yo cuando no pueda atenderlos personalmente. Se encargará de recibir los informes escritos sobre las misiones y a ella deberán referirse para el pago de las facturas y salarios. ¿Tuvieron algún problema con el giro de dinero para sus asignaciones?

Negaron sin dejar de observar a la mujer. O más bien su coronilla, en consideración de que permanecía con la vista fija en el anotador sobre la falda.

—Buen trabajo, Emily. —Adam dirigió una rápida mirada a los cuatro hombres silenciosos—. Antes de retirarse, le entregarán la rendición de gastos. ¿Le falta algún informe para el archivo, Emily?

La joven levantó apenas la cabeza para susurrar algo cerca de Adam quien se inclinó hacia ella. Los presentes asistían a la peculiar relación entre ambos, desconcertados por la inusual, llamativa y silenciosa presencia femenina de ojos velados por raros lentes. Adam asintió y ella se puso en pie.

—Sí, primero eso, luego escucharemos lo que tiene que decir. —La mirada cálida que el hombre dirigió a la joven puso en alerta a los agentes que esperaron hasta que salió para hablar.

—Vaya, Baker, era hora de que el personal de la agencia fuera elegido con mejor gusto —comentó irónico el Dandi.

—Primm, no quiero ningún tipo de incorrección. La señorita Randolph es una empleada y debe ser respetada como miembro de la agencia, pero, sobre todo, por ser una dama —subrayó—. Está altamente capacitada para las tareas que desempeña; como ya han visto, al menos en parte, ha demostrado sin lugar a dudas su dedicación al trabajo y su eficiencia en este último mes.

—Pero, jefe, ¿una mujer nos dará órdenes? —protestó amoscado Jones.

—No, Jones, yo daré las órdenes y ella las transmitirá cuando no me sea posible.

—¿Quién es? —preguntó serio Montrose, tratando de ocultar la atracción que experimentaba.

Adam lo miró sin hablar, más que nada porque no tenía respuesta.

—...na brja —balbuceó Balling.

—Roy, ya hablamos de esto, mide tus palabras.

—Psss... —Fue toda la respuesta del hombre a la admonición de su amigo.

—La señorita Randolph no interferirá con las investigaciones, pueden quedarse tranquilos. Entiendan que ya es hora de hacer cambios en nuestra presentación, no necesariamente en nuestros métodos que todavía serán los que nos resultan exitosos. Además —se decidió a agregar ante las miradas cerradas de los agentes—, necesita el trabajo.

Nadie habló por unos segundos; cruzaron miradas escépticas sobre la necesidad que podía tener la mujer elegantemente vestida que habían visto.

—Calvert, usted no ha dicho nada —se volvió Adam al hombre a su izquierda.

El agente se encogió apenas de hombros y señaló:

—Usted toma las decisiones.

Cualquier comentario de Adam quedó cortado cuando entró la señora Walloski con una bandeja. Los siguientes minutos, el ama de llaves se dedicó a servir a cada uno. Emily entró y se paró detrás de su silla a supervisar las acciones. Se sentía nerviosa ante el escrutinio masculino. Para distraerse, se acercó a Balling y sirvió en su taza una buena dosis de café caliente y cargado; lo dejó junto a la mano que descansaba como muerta sobre la mesa. El hombre le dirigió una mirada aburrida y volvió a su abulia.

—Roy, toma tu café —ordenó Adam—. Mientras tanto, los presentaré a la señorita Randolph. Aquí a mi derecha, al lado de Roy, está Abe Jones.

Emily hizo un saludo cortés no respondido por el hombretón que se veía hosco y cortado en dosis iguales.

—En la cabecera...

—Primm, Jack Primm, estimada señorita. Su presencia iluminará nuestra existencia entre estas grises paredes. Bienvenida —se presentó a sí mismo el Dandi con una mueca burlescamente gentil que ella correspondió con una expresión seria y un cabeceo mínimo.

—Mmm, gracias, Primm. A su lado está Louis Montrose, el miembro más joven de la agencia.

El joven agente le brindó una sonrisa luminosa que ella respondió con el mismo cabeceo cortés que dio a los otros, reprimiendo una sonrisa refleja.

—Y a mi izquierda, Bertrand Calvert.

Ambos presentados se saludaron con una inclinación breve.

—Bien, antes de ver y asignar los casos nuevos, ¿hay algo que esté olvidando, Emily?

Ella hizo una rápida lectura silenciosa del contenido de una carpeta y luego señaló con voz suave:

—No he recibido el informe del señor Jones ni las indicaciones de modificación de facturación por su intervención extra. También necesitaría el agregado de tarifa por la acción como “mediador” del señor Calvert que se reporta en su informe.

—Oiga usted, mujer —se encrespó Jones de inmediato.

—Jones —advirtió Adam secamente al pelirrojo que se volvió a sentar refunfuñando.

—Señorita Randolph —intervino Calvert, sereno, mirándola con interés —, no hay tarifa por mediación; esa fue una gentileza que no cobraré a la ya muy atribulada familia.

Emily se ruborizó, asintió y bajó la cabeza para tomar nota.

—No hay problema con lo de Calvert, pero usted, Jones, deberá presentar informe y ser específico con sus acciones, todas ellas tienen un precio que debemos cobrar si queremos que esta agencia perdure. Bueno. Pasemos a los casos nuevos. Emily...

Ella se puso de pie y tomó una serie de carpetas de cartulina que tenían las iniciales AIE en color negro con un dibujo a tinta de la bella cabeza de león de la aldaba. Las colocó al alcance de los agentes que la miraron sin saber qué hacer con ellas o con el delicado aroma a rosas que los envolvió cuando pasó a su lado. Adam tomó la primera.

—En el interior de cada carpeta, se detalla un caso presentado a esta agencia para nuestra consideración. Este primero corresponde...

Emily se perdió en sus pensamientos mientras Baker explicaba los casos a los agentes que se olvidaron de su presencia al instante, incluido Balling que hasta se enderezó y tomó la taza de café para darle un sorbo. Lamentablemente para ella, no había habido tiempo de anotar la solicitud de la pareja que acababa de atender y su jefe le había indicado que se los relatara, lo que la había puesto en extremo nerviosa.

Volvió a tomar asiento y trató de concentrarse en sus notas, pero su mente se iba una y otra vez a los gestos de los clientes que había entrevistado. Una sensación de pánico comenzó a invadirla; hasta ese momento todo había salido bien, pero ahora se le presentaba esto y las cosas comenzaban a írsele de las manos. La sensación de descontrol que siempre la acompañaba en esos momentos la tenía paralizada. Ni siquiera se había dado cuenta de que el señor Baker la había llamado un par de veces.

—Emily, ¿le sucede algo?

Levantó la vista y se obligó a reaccionar.

—No, disculpe, señor Baker, estaba tratando de recordar lo que los señores Fenton me dijeron —se excusó con voz clara de tono cultivado, olvidada de su papel de evanescente sombra del jefe.

—No se preocupe, preguntaremos lo que haga falta.

Dirigió una sonrisa desmayada al hombre que la calmó con una mirada serena.

—Los señores Fenton, Clarissa y Elliot Fenton, este último importador de té de la China —le extendió a su jefe la tarjeta—, solicitan nuestra intervención a fin de establecer el paradero de su hija, Prudence, desaparecida hace quince días.

—¿Por qué demoraron tanto en iniciar la búsqueda? —inquirió extrañado Calvert.

Emily respondió al agente sin recordar que debía hablar en voz baja, no mostrar una actitud que pudiera ser malinterpretada como desafiante o descortés o, incluso, provocativa, sea lo que fuere que eso último quisiera decir.

—Al segundo día de la desaparición, recibieron una nota diciéndoles que devolverían a su hija con vida contra el pago de un rescate de mil libras en un lugar que se les indicaría más adelante, siempre y cuando no interviniera la policía.

Los hombres se enderezaron de golpe con los ojos agrandados por la sorpresa, y Jones silbó su azoro ante el importe del rescate. Con un gesto de la mano, Adam los llamó al orden y luego la alentó a continuar.

—El señor Fenton reunió la cantidad pedida y esperó a recibir la nota en la que le indicaban dónde dejar el dinero. Se la entregaron varios días más tarde. Si todo estaba bien y la policía no era avisada, una vez que pagase, vería a su hija llegar a casa antes del anochecer del día que se estipulara. Pero a pesar de que recibió la nota y procedió a dejar la cantidad requerida cuándo y dónde se le había señalado, la señorita Fenton no apareció. Ante la falta de noticias, decidieron venir a la agencia.

—¿Tenemos las notas que le dejaron? —preguntó Adam.

Emily abrió la carpeta de cuero sobre la falda y le entregó dos hojas de papel. Él las leyó y luego las hizo circular entre los agentes. Primm fue el primero en observar que el papel era de poca calidad. Emily asintió y atrajo la atención de Baker.

—¿Emily? ¿Algún comentario?

—La redacción, señor —observó ella bajando la vista.

Calvert tomó ambas notas y las miró con cuidado.

—¿Qué hay con ellas? —intervino Balling por primera vez.

—La escritura aquí deja ver que... —comenzó a decir Calvert, pero Baker lo cortó para darle la palabra a su asistente lo que provocó que el agente frunciera el ceño, contrariado por la actitud, al igual que Primm y Montrose.

—Mano y redacción femeninas en ambos casos, pero las notas corresponden a dos mujeres diferentes, señor. La primera es algo tosca en la construcción de las frases y aunque legibles, los rasgos son poco delicados. La segunda fue escrita por alguien instruido acostumbrado a redactar, no solo a escribir.

Las miradas que recibió por su intervención fueron renuenteemente admirativas y francamente muy hoscas. En un par de casos, hasta hostiles. La sensación que le atenazó la boca del estómago por el rechazo le resultó conocida.

—Calvert se ocupará de entrevistar a los Fenton y hará las averiguaciones necesarias. Emily, pásele la dirección. Roy, tú irás con él. Nos reuniremos mañana a las seis y media para evaluar la información. En cuanto a ustedes tres, ya tienen sus asignaciones. Se reportarán mañana a las cinco, cinco y media y seis respectivamente —instruyó apuntando a cada agente a medida que fijaba los horarios—. Emily, creo que ya estamos listos para dar una rápida recorrida por la casa. Señores, acompañennos.

Mientras los hombres iban a la puerta comentando la suma pedida como rescate y las características del caso, ella se acercó con el corazón apretado por lo que iba a hacer, pero incapaz de poder controlarlo.

—Señor, ¿me permite una palabra? —le susurró y el hombre la tomó por el codo para llevarla a la oficina adjunta.

—¿Qué sucede?

—Hay algo; una idea que me quedó después de hablar con el señor Fenton.

El hombre la alentó a continuar. Ya había visto —y experimentado en carne propia— cómo las ideas de la joven, surgidas de una observación cuidadosa, solían dar lugar a comentarios interesantes caracterizados por una captación fuera de lo ordinario.

—Es un hombre que oculta algo. Siento que me mintió cuando le pregunté a qué se dedicaba. Creo que su fortuna no proviene del comercio de té. Bueno, no del todo. Quizá la importación de té sea una... —Se detuvo con el ceño fruncido.

—¿Fachada? —sugirió con aparente seriedad, deleitado por los intentos que hacía ella por emplear la jerga de trabajo. Ella asintió con vigor.

—¿De qué?

—Mmm, ¿contrabando? ¿Alguna sustancia nociva o ilegal?

Baker la miró intrigado, pero no hizo comentario sobre cómo la joven había llegado a esa conclusión.

—Quizás ambas. En vista del precio del rescate... —dudó—. Muy bien, le diré a Calvert que investigue a Fenton. Si así fuera, quizás el motivo sea una venganza.

Emily le sonrió aliviada, pero se puso seria enseguida.

—¿Qué más? —preguntó atento a la reacción.

—Su mujer sabe algo y tiene miedo.

—No preguntaré ahora cómo dedujo todo eso, pero, si resulta cierto, tendremos una conversación.

Asintió cauta y retrocedió un par de pasos.

—¿Empezamos la visita? —preguntó él con una sonrisa torcida mientras abría la puerta de la oficina para que ella pasara.

CAPÍTULO IV

La mañana del día siguiente había transcurrido sin sobresaltos para Emily, ocupada en completar los archivos de los casos resueltos por los agentes. Había catalogado los detalles de gastos y los había incorporado a los libros contables y a los archivos también. Las facturas para cobrar habían sido confeccionadas, Jim y Bob las habían dejado en los domicilios correspondientes y ella tenía a mano las copias. Solo faltaba que les avisaran que el pago estaba listo para hacer los depósitos en el Savings Bank de la calle Compton Terrace en Cannonbury, cerca de la oficina, además de asentar los registros contables en el libro.

Después de tomar un té ligero, se dedicó a cargar las asignaciones y nombres en la gran pizarra negra que había hecho instalar frente a su escritorio. Acarició distraída el libro de citas mientras miraba su pequeño reloj sujeto en el lado izquierdo del pecho. Observó que faltaban diez minutos para las cinco. Tomó una tiza y se apresuró a completar lo que había comenzado a escribir un rato antes.

—Mmm... Agente Montrose a las 5, caso del coleccionista Paxton; agente Jones, 5:30, caso Lord Almody y... agente Primm a las 6, caso Eglantine —murmuraba mientras anotaba con letra clara y redondeada en la superficie negra—. Ymm... a las 6:30, caso Fenton, agentes Calvert y Balling.

Dejó la tiza y se limpió las manos con un trapo mientras se alejaba unos pasos para ver todo.

—Muy organizado, señorita Randolph.

La voz masculina la sorprendió y giró sobresaltada; el hombre que había hablado se hallaba apoyado en el marco de la puerta con la gorra en la mano. Bertrand Calvert, Montrose y Jones parecían haber estado observándola por algún tiempo.

—¡Oh! —apenas si pudo emitir y, de inmediato, hizo una breve reverencia —. Buenas tardes.

Más compuesta, asistió alerta a la expresión de fascinado interés que cruzó la cara de los varones y se instaló en sus miradas cuando la vieron sin los anteojos.

—Vaya —señaló con poca elocuencia Montrose, los ojos grandes, la boca entreabierta.

—¿Sucede algo? —inquirió ella con seriedad.

—Sus ojos: son muy bellos.

Emily miró a Jones que la observaba a su vez con el ceño más fruncido de lo habitual, luego a Calvert que se había enderezado y la contemplaba con una expresión inescrutable. Exhaló cansada.

—Gracias, señor Montrose, es muy amable. ¿Necesitan entregarme algo? ¿Su informe, señor Jones?

—¡Maldita sea, mujer, yo no hago informes!

La expresión asombrada de la joven y el sobresalto que tuvo ante el exabrupto motivaron a Montrose a acercársele y tratar de salvar la grosería de Jones.

—Lo que quiso decir, es que soy yo quien hago los informes cuando trabajamos juntos.

—Por desgracia, señor Montrose, esa parte de la misión la llevó adelante el señor Jones solo, por lo que según las instrucciones del señor Baker, se requiere que él lo haga —lo corrigió con voz suave, no exenta de firmeza. El hombre joven miró a Jones y se encogió de hombros.

Calvert se adelantó y le entregó las dos notas del secuestro de Prudence Fenton.

—No quisiera perderlas; guárdelas en el archivo del caso, señorita Randolph.

—¿No las necesita? —El agente tuvo un gesto de indecisión, y Emily le ofreció hacerle copias antes de guardar los originales.

Se hizo el silencio en la oficina. La joven sintió que el cuarto se abatía sobre ella. No estaba acostumbrada a estar rodeada por hombres tan... hombres y a la escasa distancia de medio brazo.

—¿Quizá desean esperar en la sala abajo? Puedo hacer que les sirvan té mientras aguardan —consultó su reloj y dijo—. Señor Montrose, un minuto para su reunión. Permítame, iré a avisar que está aquí.

Sujetando la falda, giró pegada al escritorio y se escapó rauda hacia la puerta. Con actitud modosa, golpeó; a las cinco en punto, volvió a abrir la puerta de comunicación y le indicó a Montrose que podía pasar.

—Tengo media hora, voy a la cocina. Avíseme —le espetó Jones y huyó sin darle tiempo a nada.

Calvert se quedó en el mismo lugar que había ocupado hasta ese momento, contemplándola sin disimulo. Emily intentó no hacer caso de la actitud descortés y se ubicó bien parapetada detrás del escritorio. Después de un rato de silencio, lo invitó a sentarse en una silla con un ademán de la mano. Qué más daba, debía acostumbrarse a la natural curiosidad que su presencia despertaba.

—Gracias. —Calvert se acomodó en el asiento sin dejar de verla—. En verdad sus ojos son hermosos.

Pareció darse cuenta del comentario tan personal y giró la cabeza hacia la ventana por donde entraba la luz de la tarde apenas sofocada por las ligeras cortinas.

—Es una oficina agradable. Ha hecho un trabajo excelente en la agencia —comentó a media voz mientras jugaba con su gorra.

—Gracias, señor Calvert —le respondió complacida. De sus ojos siempre había recibido elogios, eso no le interesaba mayormente, pero, sobre su trabajo, después del señor Baker, el agente había sido el único que había hecho un comentario positivo, sin contar, por supuesto, las frases burlonas e insidiosas del señor Primm durante todo el recorrido del día anterior.

El silencio volvió a reinar. Se concentró en la copia de las notas de secuestro. Mientras lo hacía, comenzó a sentir la particular sensación que la embargaba cuando su mente empezaba a analizar algo. “La grilla”, pensó dejándose llevar por el fluir de ideas sin obstaculizar el proceso que avanzaba como una ola arrolladora.

Miró la hoja delante de ella y comenzó a ver surgir las líneas rectas atravesadas por otras perpendiculares a exacta distancia unas de otras; cada espacio del papel quedaba dividido en un cuadrado perfecto y su vista barría rápidamente uno tras otro: primero de izquierda a derecha y luego de arriba hacia abajo. Los rasgos de cada letra, más gruesos, más finos, redondeados o alargados, crispados o fluidos, fuertes o débiles, las pequeñas gotas de tinta aquí y allá, los raspones en el papel, todo era velozmente absorbido llevando esa información a una grilla mental interior en la que se difuminaban las líneas hasta formar una imagen: una mujer, casi una niña, nerviosa en el momento en que escribía la nota, de clase baja, educada apenas para leer y escribir lo mínimo... Incluso podía sentir la presión que habían ejercido sobre ella para que escribiera al observar la profundidad del surco dejado cada tanto por la punta de la pluma. Parpadeó dos o tres veces y volvió a mirar el papel

para continuar copiando, pero la grilla volvió a aparecer: esta vez su mente rastreaba otros detalles: manchas, aromas, cortes o marcas en la hoja. Pudo detectar de inmediato varias manchas blanquecinas y otras cerúleas apenas perceptibles. Había un polvillo negruzco en los bordes que sugería que la nota había sido escrita cerca de algún lugar con cenizas y la sombra agrisada de algo que se había apoyado y había dejado marca... quizás el tintero, imaginó. Levantó el papel hacia la nariz y aspiró: el olor le resultaba conocido. Observó que el papel bajo las manchas blanquecinas estaba más rígido. Luego las tocó y continuó hasta detenerse en las marcas resbalosas, volvió a pasar un dedo por ellas, lo frotó contra el otro y después lo olió. Incluso lo pasó aprensivamente por la punta de la lengua. La imagen que se había formado se completó: ¿una lavandera?

—¿Sucedee algo, señorita Randolph? —inquirió Calvert con los ojos abiertos por la sorpresa, el gesto entre confundido y curioso.

Volvió de golpe al momento presente. Se había olvidado por completo del agente como le sucedía siempre que actuaba su grilla. Negó nerviosa y, por completo avergonzada, retomó la tarea.

—Pronto le tendré sus copias.

El aludido se echó hacia atrás en la silla. Cuanto más la observaba, más peculiar la encontraba. Con evidente refinamiento en las maneras, instruida y educada, vestía a la moda y muy bien, tanto en calidad como en confección, a pesar de la severidad de sus atuendos. Y si agregaba a eso el par de bellísimos ojos almendrados color miel dorada, la boca deliciosa y la figura bien delineada —“Concéntrate, Bertrand, viejo”, se llamó al orden, “pareces el libidinoso de Primm”—, no podía menos que sentirse azorado y apabullado por la joven mujer.

—¿Qué edad tiene? —disparó en voz alta sin saber cómo o por qué lo había hecho, enrojando levemente al darse cuenta de su descortesía.

—¿Perdón? —Ella levantó la cabeza del trabajo y parpadeó un par de veces.

—Disculpe, solo estaba haciéndome una idea de por qué una dama como usted está trabajando en un lugar como este —intentó explicar, molesto por la falta de tacto del que solía jactarse.

—Verá, señor Calvert, no es una pregunta que una mujer responda con facilidad —intentó ella con liviandad.

Él asintió con una media sonrisa tensa y siguió a la espera de una respuesta. Ella suspiró; en ese ambiente, era obvio que las finas sutilezas de los caballeros que siempre la habían rodeado no tenían cabida.

—Tengo veinticuatro años. —Prefirió declarar la edad que explicar la razón por la que se hallaba allí. Las relaciones entre la gente que ahora frecuentaba eran más directas, sin tantas delicadezas y florituras, y eso la ponía a la defensiva. Todavía no sabía manejarse con las personas de clases humildes y se sentía en desventaja, torpe, lo que le provocó enojo con el hombre por haberla puesto así—. ¿Y usted? —le espetó con resentida seriedad y nada de educación como observó al instante mismo de hacer la pregunta.

Sin disimular la diversión por el contraataque, él se rio, lo que causó un peculiar estremecimiento en la columna vertebral de Emily que no supo a qué adjudicarlo.

—He cumplido treinta y uno el mes pasado. Realmente, señorita...

Ella nunca supo que iba a decir, porque la puerta de comunicación se abrió, y Adam entró en la oficina con el entrecejo fruncido. Los miró con expresión desconfiada que se tornó severa cuando detectó la inusual sonrisa en la boca masculina y la comodidad con la que el agente se hallaba departiendo con su asistente.

—He concluido con Montrose. ¿Sigue usted, Calvert?

Emily se apresuró a ponerse de pie. Había interpretado la reprensión en la mirada de su jefe y estaba nerviosa.

—No, el señor Jones. Está en la cocina, iré a avisarle que...

—No se moleste —la interrumpió Baker serio—; pase, Calvert, lo atenderé ahora.

El aludido se puso de pie y tomó la gorra. “Vaya”, pensó con un dejo de malestar, “parece que he entrado a un coto de caza exclusivo”.

Emily se dejó caer en la silla y exhaló. En su nueva vida, las experiencias de aprendizaje se sucedían de forma continua y no acababa de absorber una información que otra le llegaba. Era agotador. Se pasó una mano por el cabello para verificar que el peinado se mantuviera en el estado correcto y luego volvió a concentrarse en las copias. Terminó la primera y pasó a la segunda nota. El papel era el mismo, de poca calidad, muy común en las tabaquerías más modestas, pero la sensación al verlo era diferente. Dejó la mente en blanco y comenzó a copiar. Como le sucedía a menudo, su cabeza se encargó de proyectar la cuadrícula sobre la hoja y volvió a ver cuadro por cuadro. Esa vez, la lectura le deparó otra información que se cristalizó en una imagen distinta. Volvió a tener la visión de una mujer quizá joven, pero ya no humilde. Los rasgos cuidados, aun cuando había intentado imitar con bastante buen efecto la caligrafía de la nota anterior, la fluidez en el diseño de cada letra, la elegancia innata en el trazo, todo hablaba a las claras de una mujer con una instrucción esmerada. En esa escritura no había habido presión, las palabras fluían tranquilamente, la tinta no parecía absorbida en profundidad por el papel. La única tensión que se percibía de vez en cuando era la que se observaba en aquellos rasgos que le había costado imitar.

Parpadeó para limpiar de la mente los primeros datos obtenidos y pasó a la segunda observación. No había marcas de ningún tipo —excepto por las minúsculas salpicaduras de tinta; la pluma no era de buena calidad—, aunque el papel tenía un aroma levísimo a alguna esencia femenina que le llamó la atención.

La entrada de Abe Jones en la oficina interrumpió sus pensamientos. El hombre la miró hostil.

—¿Y? Vi irse a Montrose.

—El señor Baker hizo pasar al señor Calvert.

—¿Por qué? ¿No le dijo que estaba? —levantó el tono de voz.

—Sí, pero el señor Baker estimó apropiado atender al señor Calvert primero.

—Mujer inútil —farfulló enfurruñado como una criatura.

Se quedó apoyado con la cadera contra el escritorio, los brazos cruzados sobre el pecho, mientras la miraba condenatoriamente.

—¿Qué desea que le diga al señor Baker si pregunta por su informe, señor Jones?

El hombretón se encrespó como un gallo dispuesto a la pelea.

—Usted y el maldito informe pueden...

—¡Señor Jones, por favor! —lo detuvo enojada. No era su culpa si ese tosco rufián de modales callejeros no quería trabajar—. No sé si entiende que no es un capricho mío, somos empleados de la agencia y debemos cumplir las normas que tiene.

El hombre se quedó en silencio mascullando su enfado.

—No le pido el informe para molestarlo —mintió Emily en voz más baja pues esa había sido su intención con el comentario anterior—; bien sabe que es su obligación hacerlo y la mía requerírsele para que el señor Baker lo vea, lo conforme y luego yo pueda archivarlo.

La expresión del hombretón cambió de cerrada a hoscamente compungida. Era tan fácil saber lo que sentía, pensó; las dos o tres emociones básicas que manifestaba se traslucían en el rostro de facciones deformadas. El rechazo que había sentido ante la tosca vulgaridad de ese hombre violento se derritió un poco al ver su aire perdido e indefenso. No podía no ofrecerle ayuda, aun cuando suponía que la rechazaría con sus innatas malas maneras; al fin y al cabo, había sido educada como una buena cristiana. Suspiró.

—¿Cuál es el problema, señor Jones?

El hombretón vaciló, desconfiado.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —lo instó con delicadeza una vez más, fue con levedad hacia adelante, un gesto de atención en el rostro inclinado apenas hacia la izquierda y abrió las manos para dejarlas con las palmas hacia arriba. Sabía por experiencia que ese gesto de apertura e interés le brindaría confianza para hablar. Jones se soltó del borde del escritorio para iniciar una caminata ida y vuelta por el espacio delante del mueble como si debatiera algo consigo mismo. Se paró en seco.

Ella esperó, paciente. Trató de imprimir la mayor dulzura posible a su mirada.

—Es que... escribir no es lo mío —confesó bajando avergonzado la cabeza.

Se condolió de la situación del hombre y se sintió mal por su actitud anterior. De origen humilde, difícilmente habría recibido instrucción suficiente para enfrentar el desafío de redactar un sencillo párrafo, ni hablar de un informe. ¡Había sobrevivido siendo peleador callejero!

—Quizá me permita que lo asista en esta oportunidad. El señor Baker dice que soy buena con la redacción. ¿Por qué no toma asiento y me cuenta qué fue lo que hizo?

El hombre se acomodó con torpeza en la silla que había ocupado Calvert. La diferencia en las posturas y la forma de enfrentar la vida eran evidentes, observó al tiempo que tomaba papel, mojaba la punta de la pluma en el tintero, la descargaba un poco y con una sonrisa suave, lo instaba a comenzar.

Habló por unos cinco minutos contando todo lo que le había pasado en el lapso en que Montrose no había estado con él. Su forma de relatar era sencilla, de frases cortas y muy simples; tenía muy buena memoria para los lugares, las horas y los sucesos. Emily terminó de tomar nota y se abocó a la tarea de volcar en una nueva hoja todo lo dicho poniendo primero la hora y el lugar y luego escribiendo en frases con la impronta sencilla del exboxeador lo acontecido. Cuando terminó, le pasó el papel a Jones que había permanecido en actitud de colegial castigado el tiempo que ella escribía. El hombre leyó lentamente cada palabra. Al concluir, la expresión de su rostro era relajada.

—Yo puedo escribir así —señaló entre asombrado y molesto al descubrir que ella había hecho parecer que el texto podía ser suyo con tanta facilidad.

—Claro que sí. Yo no he hecho más que escribir lo que usted me contó —consintió benévola sin explicar el proceso sutilmente complejo que conllevaba imitar un estilo y organizar la información.

—Bueno, lo hizo algo mejor —murmuró concesivo.

A Emily se le escapó una sonrisa.

—Le agradezco. Pero, sin duda, habrá visto que no existe una sola forma de hacer un informe.

El asentimiento fue renuente.

—Es que Sonrisas escribe muy bien —se justificó mientras le devolvía el papel que Emily colocó en la carpeta para el señor Baker. La expresión de la joven se tornó confundida y Jones sonrió por primera vez, adoptando un aire más seguro.

—Verá, en nuestro trabajo, tenemos apodos que dicen quiénes somos. Sonrisas es Montrose, Jack Primm es el Dandi, Calvert es el Monje, Balling es Whisky y yo soy Puños —le explicó ufano.

La distensión en los rasgos masculinos le dejó claro que era hora de ser instruida. Siempre se aprendía algo nuevo de las más variadas fuentes y no tardó en conocer el valor de tener sobrenombres en la línea de trabajo de los agentes y lo que representaban en el medio en que se desempeñaban.

—Ya veo.

—Los apodos dicen todo de uno. De la vida, de nuestra experiencia, de cómo nos ven los otros.

—Muy interesante. Y dígame, ¿tiene el señor Baker un apodo también? —le preguntó en voz baja temerosa de que alguien la atrapara interesada en asuntos que involucraban a su jefe.

Jones lanzó una risotada que retumbó en el cuarto.

—Claro que sí, solo que el es el jefe ahora, ya no lo usa. Se lo dieron en su época de policía.

Emily se puso en pie, rodeó el escritorio y se apoyó contra el mueble mientras se inclinaba hacia Jones para cuchichear.

—Y cree que podría decirme, entre nosotros, claro... —El pedido, que había comenzado coronado por otra sonora y prolongada carcajada de Jones, fue cortado por la aparición de Baker y Calvert.

—Jones, pase —indicó con sequedad.

Para sorpresa de Adam por lo imprevisible y descarado que resultaba, Jones se levantó de la silla y, al pasar junto a la asistente, intercambió con ella una mirada cómplice murmurándole “quizás” mientras le guiñaba un ojo.

Ella se sonrojó, bajó la cabeza y volvió con pasitos cortos y rápidos detrás del escritorio.

—Continúe según lo que hablamos, Calvert.

El aludido asintió, se colocó la gorra y, tras sentirse licenciado, se fue después de hacer un saludo vago en dirección de Emily. Ella miró con timidez a su jefe quien suavizó la expresión y antes de volver a la oficina, le sonrió. La joven soltó el aire que retenía. Cuando se disponía a continuar con sus tareas, se dio cuenta de que el agente se había ido sin las copias. Con los papeles en la mano, corrió hacia la escalera.

—¡Señor Calvert! Sus copias —le dijo al extenderle las hojas. Él las tomó y, con un cabeceo cortés, se despidió. No iba a meterse con Baker y su coto de caza, no importaba cuán linda y atractiva le resultara la presa. Su reputación como agente estaba creciendo y su nombre se iba haciendo conocido gracias a su trabajo en la agencia. La señorita Randolph no sería para él más que la asistente del jefe.

“Seguro”, se dijo un par de minutos después al llegar a la esquina de la calle Pickering con Essex, “eso si te quitas de la cabeza ese par de ojos seductores y los labios que hacen perfecto juego”.

CAPÍTULO V

Adam había acabado con las primeras tres reuniones de trabajo y se disponía a descansar un par de minutos. Jones acababa de irse y las notas que en cada reunión había garabateado en un papel estaban ante él. Tendría que dictarle a Emily las ideas, su escritura era tanto más bonita y legible...

El golpe en la puerta de comunicación lo trajo de vuelta.

—Pase.

Silenciosa y ágil, Emily entró y se paró frente a él. Traía una bandeja.

—¿Desea tomar un poco de té? —le ofreció mientras la apoyaba en el escritorio.

—Excelente idea —aceptó agradecido e hizo a un lado los papeles que tenía delante.

La observó con disimulada atención mientras ella preparaba el té como a él le gustaba: bien cargado, mucha leche, dos cucharadas de azúcar. La siguió por el rabillo del ojo mientras fingía que leía una carta que había tomado del montón a su izquierda; fingió desinterés cuando ella colocó ante él la taza y le dejó la cuchara sobre la servilleta, pero el corazón le latía agitado por la cercanía. Para que no se fuera, tuvo que decir algo:

—Consiga otra taza y acompáñeme. Podemos conversar mientras descansamos.

Minutos más tarde, Emily se encontraba sentada con la espalda erguida y sorbía modosamente té ante el escrutinio interesado de su jefe.

—Ha hablado con Calvert y Jones. ¿Qué le han parecido?

—Muy correctos.

—¿Jones también?! —exclamó algo sorprendido por la afirmación femenina—. ¿De qué hablaron?

Emily bebió; con delicadeza apoyó la taza en el plato y ambos en el escritorio. Se secó los labios con gesto medido y dejó la servilleta junto a la taza. Baker siguió hechizado los movimientos. No era un hombre sin experiencia con las mujeres, pero aquella era especialmente interesante para él. Lo había sido desde el primer encuentro.

—El señor Jones me entregó su informe y luego charlamos sobre el uso de apodos.

La miró extrañado.

—Sí, cómo definen a una persona y le dan identidad y arraigo dentro de un grupo.

Adam se echó un poco hacia atrás asombrado; ya debía estar acostumbrado a la instruida forma de hablar de ella, pero podía sacarlo de eje de vez en cuando.

—El señor Jones me ilustró sobre cómo describen con exactitud una característica definitoria de cada uno de ellos. La mayoría son correctos y bastante exactos, aunque en el caso del señor Balling creo que, en fin, me parece que es algo cruel.

Baker suspiró.

—Lo es, pero, por desgracia, como usted bien dijo y ha sido forzada testigo, define la situación de Roy de un tiempo a esta parte. Ojalá encontrara la forma de ayudarlo, pero no me deja.

Emily vio conmiseración en los ojos negros y el gesto de preocupación que siguió le reconfirmó cuánto afecto sentía por el amigo descarriado. Trató de distraerlo.

—Hay uno de los apodos que se me escapa. Al señor Calvert le dicen ¿“Monje”?

—Sí, por el tiempo que pasó en un monasterio.

Manifestó su asombro con un “¡Oh!” prolongado que incitó a Adam a contarle.

—Todos tenemos un pasado; no necesariamente tenebroso, no tema — aclaró con una mueca—, pero pasado al fin. Calvert se licenció del ejército después de una traumática experiencia: causó por accidente la muerte de un compañero de armas y pasó dos años en un monasterio. De por sí un hombre tranquilo y equilibrado, aunque muy golpeado por la terrible experiencia, la estancia en reclusión lo ayudó a ponerse en pie de nuevo. Allí aprovechó el tiempo con la lectura de los no muy abundantes libros de la biblioteca monacal; algo que por haber crecido en los barrios bajos en el seno de una familia de trabajadores manuales no le había sido posible.

La joven mujer, atrapada por el relato, se acomodó para escuchar mejor mientras tomaba su té.

—¿Qué hay de los demás?

Complacido por ser el centro de atención, Adam continuó contándole en confianza lo que podía de cada uno de los integrantes de la Agencia Essex que no hiriese su sensibilidad, algo que limitó bastante su discurso cuando llegó a Primm y su vida de “acompañante de damas”.

—¿Y usted? —preguntó con una mirada intensa de los ojos color miel.

—¿Le interesa de verdad?

—Claro que sí.

Se deleitó con la curiosidad femenina, pero decidió que una charla tan personal tendría lugar en circunstancias más agradables para los dos y no en su oficina a poco de la llegada de uno de los agentes.

—Creo que ya nos hemos tomado demasiado tiempo de descanso, y en breve llegará Primm. Dejaré para otro momento en que estemos más tranquilos el relato de mi pasado oscuro —expresó con una pequeña elevación de las comisuras. Emily sonrió, asintió conforme y se levantó para recoger todo. Después de dejar la bandeja en la cocina, volvió al despacho principal dispuesta a retomar su labor.

—Calvert estuvo haciendo algunas averiguaciones discretas sobre los Fenton y, en efecto, hay algo cuando menos misterioso sobre la procedencia real de su fortuna. Cree que la pista de las actividades ilegales que le di es buena y continuará sobre ella. Mañana o pasado intentará encontrar a la señora Fenton sola para poder hablarle y comprobar si realmente es una mujer atemorizada.

Ella aceptó el comentario sin decir palabra. Estuvo tentada de contarle lo de las notas, pero, a esa altura de las cosas, él le pediría explicación del origen de sus ideas y no quería enfrentar la expresión de menosprecio o desdén que tendría si se enteraba de las “grillas” mentales y las percepciones. De todas formas, todavía le faltaba entender un poco más además de cumplir con su decisión de no inmiscuirse en las investigaciones de los agentes por no corresponderle.

—En cuanto a Montrose, le asigné el caso de la sustracción de artículos de valor en la casa del coleccionista de armas medievales Emanuel Paxton. Se ha infiltrado entre la servidumbre para intentar descubrir quién está

sustrayendo pequeños objetos valiosos de la colección. Pasado mañana se reportará en cuanto pueda hacerse una escapada. Hágalo pasar de inmediato.

—Sí, señor.

—El caso de Jones está vinculado con la vigilancia y custodia del hijo de lord Alfred Darnell, asiduo visitante de casas de juego. Es un muchacho de diecisiete años, mal orientado, que es explotado por los que regentan los garitos y por las mujeres de la vida que frecuenta, usted disculpe —se excusó por las referencias crudas que hacía—, que se abusan de su falta de luces. El conde teme que, en cualquier momento, su heredero quede vinculado a un escándalo o aparezca muerto en un callejón. No le envidio la tarea a Jones, créame. Se reportará al mediodía, lo dejaremos dormir un poco.

Se oyó un golpe en la puerta; Jack Primm entró en la oficina desplegando sus exquisitas plumas de pavo real. Ese día en particular, lucía muy atractivo con una levita de corte fino hecha en color azul oscuro con immaculados pantalones gris perla. Se quitó el elegante sombrero a tono y los guantes celestes y los dejó sobre el escritorio para luego saludar a Emily con una reverencia. Tomó asiento y con una mirada lánguida y provocativa pidió algo de té para su garganta seca.

Baker le envió una mirada de disculpa a la joven que volvió con la señora Walloski un par de minutos después. El ama de llaves dejó el té delante de Primm dirigiéndole una sonrisa maternal que recibió un guiño en respuesta y se fue.

—Gracias, señorita Randolph —enunció Primm con ese tono grave de alcoba que usaba—. ¿Se quedará a tomar notas?

—No —cortó Adam—. Cuando termine, Emily, puede retirarse.

Adam esperó a que la joven saliera y se volteó hacia el agente.

—¿Qué cree que está haciendo, Primm? Lo que usted va a contar no es apto para los oídos de una dama. Enderécese en la silla, beba su té y comience a hablar —le rugió por lo bajo, provocando una reacción inmediata en el hombre—. Usted es un muy buen elemento, pero no sabe cuándo salir del papel —terminó por decirle con reconvención que el Dandi aceptó sin chistar—. Hable, lo escucho.

—Aquí tiene el informe de los interrogatorios al personal de servicio y a los asistentes a la reunión del día 25. Con ayuda de Longbury, entré al círculo en que se mueve *madame* Eglantine y, finalmente, podré hacer contacto con ella mañana. La vi y debo decir que es una mujer de extrema belleza y muy selectiva en cuanto a sus prospectos amorosos, pero estoy seguro de poder establecer una conexión exitosa. Intentaré hacerle un ofrecimiento más que tentador para que sea mi amante. Una vez que lo acepte, estaré dentro; estimo que me será más fácil acceder a los cuartos y obtener información sobre los chantajes que orquesta.

—Bien —aprobó Adam—. Mañana lo espero con la información. ¿Algo más?

Primm negó, se puso de pie, recogió el sombrero, los guantes y salió. Bajó las escaleras de dos en dos y se encontró con Emily que se disponía a ponerse la capa para salir. Algo incómodo por su actitud anterior, se le acercó y sostuvo el abrigo para ella. Emily le agradeció con fría cortesía y salió seguida por el hombre.

—¿Qué camino toma usted, señorita Randolph? Quizá pueda acompañarla.

Fue cortado en seco por una Emily severa que lo censuró con la mirada.

—No se preocupe, vivo cerca. Hasta mañana, señor Primm.

Antes de que pudiera reaccionar, la vio alejarse a paso firme, caminando con un agraciado y suave balanceo de las caderas en dirección a Saint Peter. El desaire lo hizo experimentar una conocida sensación de inferioridad que odiaba. La rabia que lo embargó alimentó un poco más su rencor hacia la gente como aquella mujer pretenciosa y soberbia, que lo rechazaba al darle ostentosamente la espalda.

* * *

“Un nuevo día y nuevos aprendizajes”, se pronosticó en voz alta al entrar dos días después en la oficina. No acababa de quitarse el abrigo y el sombrero y de descorrer las cortinas que oyó la voz del señor Baker desde la puerta de comunicación. Estaba discreta pero cuidadosamente vestido, atildado como siempre, sonriéndole mientras le daba los buenos días.

—Me gusta esa actitud suya. Yo también veré qué nuevos aprendizajes me depara el día de hoy.

—¡Buenos días, señor Baker!

—Es una hermosa mañana para aprovecharla desde el inicio —comentó feliz Adam sin aclarar que también había querido verla a ella antes de que el ajetreo del trabajo le impidiera disfrutar de su compañía.

En ese estado de sencilla camaradería, transcurrió la mañana y llegó el mediodía. Aun cuando se los esperaba en distintos horarios, los agentes fueron llegando casi al mismo tiempo para reportar novedades y recibir instrucciones, incluido Montrose que se había escapado de la casa Paxton con la excusa de una diligencia. Como el jefe estaba atendiendo clientes y otros lo esperaban en la recepción, Emily los invitó a que aguardasen en la sala de la planta baja hasta que ella les avisara.

Alrededor de media hora más tarde, Adam le preguntó por los agentes. Ella se ofreció a ir a buscar al primero que quería ver: Jones.

Imbuida del bello y tranquilo día, descendió relajada y desde el pie de las escaleras fue hacia la sala de los agentes con paso ligero. El ruido de las carcajadas masculinas la detuvo. Al oír las risas graves y divertidas de los hombres, sintió una estremecedora sensación en el vientre y una extraña curiosidad por lo que pudiera motivar tal diversión. Se acercó para ver si podía captar algo: ¿de qué hablaban los hombres cuando estaban a solas? Las voces eran cada vez más fuertes y después de cada comentario estallaban nuevas carcajadas que resultaban un imán perfecto para su curiosidad. Una vez cerca de la puerta, no pudo evitar oír lo que decían.

—Si hubiera sabido que en la habitación iba a tener tal obsequio, me hubiera preparado mejor —se escuchó la voz lánguida de Primm.

—Menuda sorpresa —pudo distinguir a Montrose.

—Pasen esa botella —pidió Jones al parecer más interesado en otros temas.

—¿Estabas tan ebrio en serio? Ey, Monje, ¿de dónde sacaste ese diez de corazones? —escuchó a Balling, asombrada de que su voz sonara bastante firme y clara.

—Presta atención al juego, Balling, o perderás hasta la camisa —lo amonestó en broma Calvert.

—Casi te diría que como una cuba de ebrio y, además, el ron no había sido ni por lejos tan bueno como este —continuó con su relato Primm—. Hubo un momento en que no sabía con cuál de las dos estaba.

—¡Eso fue porque eran gemelas y estabas con las dos! —acotó Balling, que estalló en carcajadas que los demás corearon.

—Les hubieras puesto listones para distinguirlas —agregó la voz grave de Calvert.

—Si hubiera podido tenerme en pie o saber lo que pasaba, lo habría hecho, pero apenas podía levantarme de la cama; ¡hicieron todo el trabajo ellas!

Las carcajadas aumentaron en volumen. Emily se ruborizó por completo al comprender lo dicho: le ardían las mejillas con fuego arrebatador y sabía que ese horrible sentimiento de embarazo era merecido por escuchar conversaciones ajenas, tal y como se recriminó de inmediato molesta consigo misma por haberse puesto en esa situación inconcebible.

Sin pérdida de tiempo, con la evidencia de su vergüenza en el rostro, se forzó a cumplir con la misión como justo castigo por su descortesía y falta de buenos modales y porque el señor Baker esperaba. Llamó a la puerta con suavidad.

Las risas cesaron de golpe y Emily no esperó a que le dijeran que podía pasar para abrir y entrar, mortificada como estaba por su mala acción y tratando de acabar en forma rápida con la tarea para volver al refugio de su oficina. Para su sorpresa, encontró a los hombres que escondían las cartas, la botella y varios vasos con un sospechoso contenido oscuro en ellos.

¡En verdad estaban jugando a las cartas y bebiendo! No daba crédito a sus ojos como no había dado crédito a sus oídos minutos antes. Los agentes sabían a la perfección lo que el señor Baker opinaba de eso y aún así estaban infringiendo las normas. Miró a cada uno con un gesto de profunda reconvención que decía a las claras su opinión acerca de diversiones de tan bajo nivel que degradaban el espíritu y la moral. ¡Y en la agencia!

Cada uno de los agentes recibió la mirada de glacial superioridad y admonición por parte de la ruborizada asistente con una mezcla de malestar y resentimiento. ¿Quién era ella para juzgarlos con esa actitud suficiente y esa mirada de reprobación como si fueran unos depravados? Apenas si habían

bebido un dedo o dos de ron y jugado a las cartas hasta que Baker pudiera atenderlos, eso no era ningún crimen. La vieron envararse y buscar con la mirada a Jones sin perder ni un ápice de la expresión disgustada.

—Lamento interrumpir su... reunión —dijo con gesto de desdén y subrayó con una mueca de desagrado la última palabra—, pero el señor Baker desea ver al señor Jones... primero.

—Enseguida —acató Jones, que se metió en el bolsillo el vaso que no había podido esconder y salió por la puerta como una locomotora, lo que la obligó a entrar en la sala para evitar ser arrollada.

—¿Qué tanto oyó de nuestra conversación, señorita Randolph? —quiso saber un perspicaz Calvert que no podía evitar mirar con un dejo de resentida suspicacia a la indignada, y ruborosa por demás, dama.

El nuevo ramalazo de vergüenza que volvió a incendiar las mejillas fue respuesta suficiente.

—Carajo —dijo Balling y el rubor pasó a ser una ola carmesí que sirvió de fondo a los ojos abiertos y los labios apretados de la joven mujer petrificada en su sitio.

—Balling —lo retó Calvert antes de volverse hacia ella—. Por lo que veo, oyó más de lo apropiado.

—Le resultaría mejor no escuchar conversaciones ajenas detrás de las puertas —sugirió Primm enojado.

Emily tenía la garganta cerrada y no podía superar el profundo estado de embarazo en el que se hallaba. Sin decir una palabra, dirigió una mirada entre mortificada y de menosprecio a los hombres y salió de la sala con la misma energía que Jones.

—Demonios, ahora iré a contarle a Adam lo que estábamos haciendo y recibiremos uno de sus retos —apuntó con rencor Balling mientras el resto bajaba los hombros y resoplaba ante lo que vendría.

Pocos metros más allá, a mitad del ascenso a lugares más seguros, Emily encontró a Adam Baker que bajaba a paso rápido los escalones con una mirada tenebrosa en los ojos oscuros y un vaso en la mano.

—Emily, ¿ha visto a los demás?

Ay, por favor, otro problema, ¿podía un día que había empezado tan bien terminar tan mal?, se preguntó consternada.

Ante el silencio de su asistente y el rubor febril de su rostro, Adam se tornó sospechoso.

—¿En dónde encontró a Jones?

Sin poder demorar más una respuesta, Emily apuntó hacia la sala, con la esperanza de que los hombres hubieran ocultado todo, aunque la evidencia del vaso ya resultaba irrefutable.

De acuerdo con lo que la señora Walloski le contó más tarde, el señor Baker había arremetido contra ellos como un toro furioso. Para su tranquilidad, el jefe había dejado en claro que había sido la actitud sospechosa de Jones la que lo había alertado; después, se había despachado a gusto sobre las normas de la agencia, sobre los juegos de cartas y la bebida y, sobre todo, acerca de la indignidad de ciertas charlas en un ámbito de trabajo en el que había mujeres. Le dijo que el señor Baker había manifestado que por el estado de su asistente, deducía que la conversación había sido por demás inapropiada y que debían entender que, si ellos querían seguir con sus hábitos de origen, debían hacerlo fuera de la agencia donde no hubiera señoras que no necesitaban oír los relatos... Bueno, la señora Walloski no dijo la palabra “procaces” o “subidos de tono”, pero elevó las cejas varias veces como si eso le diera a Emily alguna indicación.

Emily no pudo evitar un escalofrío al oír la última parte: todos sabrían que era la razón de buena parte de tal discurso y en vista de que ya no la veían con buenos ojos, ahora directamente la odiarían. Como mucho después pensaría, al recordar ese momento, en ningún instante se le ocurrió que ella tenía algo que ver en el resentimiento que ellos pudieran manifestarle.

En fin, que, sin saberlo, Emily no obtendría un aprendizaje ese día, pero sí más adelante, y la comprensión cabal cambiaría toda su actitud hacia la vida.

CAPÍTULO VI

En el reloj de péndulo del pasillo, sonó la una y cuarto. El escocés salió en ese preciso momento de la cocina frotándose el abultado estómago al tiempo que manifestaba su complacencia con la comida que el ama de llaves le había servido con un “mmmm” profundo y un eructo sostenido. Sonó la campanilla de la entrada que la Randolph, “maldita entrometida”, había hecho instalar conectada a las otras habitaciones para que se oyera mejor en toda la casa y el viejo se encaminó hacia el recibidor. *Puños* Jones estaba de pie en el último escalón; en cuanto vio la puerta abierta, se metió y subió por las escaleras a toda velocidad.

McColl cerró de un portazo. “Simio estúpido”, farfulló en voz baja como única salida de escape a su enojo. No era tan tonto como para provocar al enorme bruto sin cerebro que con una sola mano lo quebraría como a un palillo.

Sin detenerse, el agente entró como una locomotora a toda marcha en la oficina de Emily, llevándosela por delante cuando esta pasaba junto al escritorio rumbo a la pizarra.

—¡Uffff! —exclamó soltando el aire por el impacto del cuerpo contra su pecho—. ¿Le hice daño?

Algo ahogada por el golpe contra la pared de sólidos músculos, negó suavemente. Jones la dejó ir con renuencia; era tan cálida y suave...

—Debería tener más cuidado —lo amonestó sin demasiada severidad, retrocediendo mientras se arreglaba el cabello y la blusa.

—Lo siento, estaba llegando tarde.

—El señor Baker aun no ha vuelto del ministerio, puede esperarlo en la recepción si lo desea.

—Mejor aquí —afirmó y, sin que lo invitaran, se sentó en la silla.

Con un encogimiento de hombros, Emily se puso a completar la pizarra. Se sintió observada y giró la cabeza; desde el umbral de la puerta, McColl les dirigía una mirada de grosera especulación.

—¿Necesita algo? —preguntó sin poder evitar el tono duro. Ese hombre era mezquino con todos y parecía sentirse celoso del reconocimiento que el señor Baker le brindaba.

—Una nota para el jefe.

El escocés no hizo ademán alguno de entregarla, y Jones intervino:

—Vamos, viejo, ¿qué espera?, déselas.

McColl se sobresaltó; miró al agente con rabia antes de tirar el papel sobre el escritorio e irse. Con un suspiro, Emily lo tomó.

—Dice “urgente”.

Jones se paró y se puso a su lado.

—Ábrala.

—Es para el señor Baker.

—Él no está y dice “urgente”; léala, la letra es de Sonrisas.

Montrose informaba que acababa de suceder otro robo y tenía a todos detenidos en la casa. Había llamado a la policía, pero el coleccionista requería la presencia de Baker con urgencia.

—¿Qué hacemos? —preguntó preocupada.

Jones se pasó la mano por la cabeza y después de un momento sugirió:

—Iré a buscar a Baker. Usted avise a Montrose que vamos en camino. ¿En qué ministerio está?

—El de Guerra... —Emily no tuvo tiempo de decir más que ya Jones había salido. Para ser un hombre pesado, se movía con mucha agilidad, se le ocurrió.

Los recaderos estaban ocupados: ¿tenía que ir ella? En fin, Jones era un agente y se lo había indicado. Verificó la dirección en los registros, dejó la nota sobre el escritorio del señor Baker por si se desencontraba con el señor Jones, tomó su estuche, lo sujetó a la cintura y una vez en el recibidor se colocó la capa y salió a la calle Essex en busca de un coche de alquiler. Media hora más tarde se encontraba a las puertas de una lujosa mansión de cuatro plantas en el corazón del barrio más exclusivo de Londres. Un agente de policía custodiaba la entrada. Con timidez, se le acercó y pidió hablar con el señor Montrose o el señor Paxton. A pesar de los nervios, tuvo la suficiente claridad mental para indicar que venía de la agencia.

El policía la miró con escepticismo ante la incongruencia de la apariencia de la dama y lo que decía, pero fue a consultar. Un momento después, la hacían pasar; no tardó en ver a Montrose que bajaba las escaleras de dos en dos.

—¿Señorita Randolph? —preguntó extrañado—. ¿Dónde está Baker?

—Buen día, señor Montrose. Recibimos su nota, pero el señor Baker aún no volvió de la reunión en el Ministerio de Guerra.

—¿Quién más estaba? Dijo “recibimos” —quiso saber ansioso mientras estiraba el cuello para ver detrás de Emily.

—El señor Jones. Él fue en su busca y me envió para avisarle.

—¡Demonios! —maldijo el hombre por lo bajo—. Usted disculpe.

Ella echó una mirada en derredor. La casa era un verdadero museo de objetos de arte dispuestos en un ambiente lujoso exquisitamente decorado. Mientras apreciaba los detalles de construcción, los dorados a la hoja y las tallas en las columnas de madera que enmarcaban el hall circular, apareció un individuo alto, delgado, bien vestido y con un aire de soberbia autocomplacencia que resultaba chocante.

—¿Dónde está Baker?

El joven le explicó lo sucedido y luego intentó presentar a Emily, pero el hombre apenas la miró.

—Subamos mientras esperamos —ordenó con un tono que no admitía réplicas.

—Usted espere a Baker y después puede volver a la oficina —la instruyó el joven.

—Señor Montrose, disculpe, pero ¿le molestaría si voy con usted? —preguntó mientras echaba una mirada inquieta alrededor—. No me siento cómoda sola aquí abajo.

Montrose la miró un segundo, luego asintió y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Subieron hasta el último piso y fueron por un amplio pasillo en el que desembocaban una media docena de puertas cerradas. En la última habitación, había dos hombres parados ante la única puerta abierta. Un tercer individuo a cuatro pasos de los otros vigilaba a un muchachito de unos nueve años, con las ropas sucias y gastadas colgando de su cuerpo flacucho y largo, que estaba esposado con la cabeza caída sobre el pecho, hundido por el agobio. Cuando vio llegar al agente, se enderezó y barboteó nervioso:

—Yo no fui, patrón, le juro que yo no fui... Yo solo limpié la chimenea; yo no fui, por favor, escúcheme, créame...

Montrose pasó a su lado sin mirarlo, los hombros hacia adelante y la cabeza hundida como si todo él se cerrara. La manera en que hacía lo posible por no verlo le dijo del malestar que sentía el agente: sin duda no quería que el muchacho fuera el responsable.

Entraron en la sala. Emily quedó anonadada ante la vista de la amplísima estancia luminosa en la que se encontraban decenas de vitrinas y gabinetes vidriados en los que se exhibían una enorme variedad de armas. Los ojos de Montrose brillaban mientras caminaba entre los exhibidores hacia una esquina junto a una de las ventanas. Cuando llegaron a destino, la joven pudo ver una columna de un metro de altura, de forma rectangular, sobre la que se hallaba un soporte de madera vacío. Montrose se inclinó hacia ella.

—En este soporte estaba una de las piezas más preciadas de la colección, una espada alfanje de ochenta centímetros hecha en España en sólida plata labrada.

Emily observó un dibujo en tinta junto a la base del soporte en el que se reproducía la espada y su intrincado decorado.

—Mmm, dinastía Almorávide del siglo XI —leyó en voz baja—. Parece facturación toledana.

Siguió observando con detenimiento el dibujo. En la hoja, se veía una inscripción en árabe que se destacaba.

—¿Qué dice allí? —susurró la pregunta mientras apuntaba con el índice hacia los caracteres grabados en la hoja.

La voz aguda de Paxton la sobresaltó.

—“Alá es mi guía. Alá sostiene mi mano.” La espada alfanje que debería estar allí se usaba para atravesar cotas de malla enemigas. La pieza tiene un diseño especial con piedras de azabache y rubíes que la hacen invaluable. Se

dice que el mismísimo Yusuf ibn Tasufin la recibió como obsequio del rey Al-Mu'tamid de Sevilla que lo había convocado para que lo ayudara a vencer al rey español.

—El rey de León —murmuró distraída Emily.

—Alfonso VI, sí. Yusuf ibn Tasufin dejó el sitio de Ceuta en el que se hallaba y atacó a Alfonso a quien derrotó. Pero en la contienda perdió a su hijo y dejó el lugar sin continuar la lucha. De todas formas, Al-Mu'tamid le regaló la espada alfanje como muestra de respetuoso agradecimiento.

Los dos jóvenes escucharon atentos la historia. Miraron de nuevo el lugar y se quedaron en silencio cerca de un Paxton que se tornaba cada más impaciente.

—¿Ese muchacho es el que ha estado robando objetos de mi colección? —preguntó con dureza.

—Por mucho que me pese, todo apunta a él. Según usted mismo me ha señalado, nadie puede entrar a esta habitación sin que usted le abra y en ningún momento perdió de vista su llave.

—Hasta me baño con ella, joven —aseveró sin ninguna consideración por la presencia de Emily.

—Esta mañana a las nueve abrió para que la criada limpiara, pero según dijo no la dejó sola.

—Correcto.

—Cerró y volvió pasado el mediodía para retirar una pieza que quería tasar.

—En efecto. Aquella daga que adquirí recientemente —señaló para mayor precisión.

—Y allí fue cuando corroboró el robo. Según comprobamos, las ventanas están aseguradas con trabas que no han sido tocadas... La única forma de acceder es por la chimenea y hace un par de horas Will se encargó de la limpieza de las de esta ala de la casa, incluida esta. Le aseguro que lo lamento, pero el muchacho parece ser el responsable.

—¡Entonces hágalo confesar qué hizo con la espada! —le ordenó levantando por primera vez la voz, fuera de su actitud fría y compuesta.

Mientras este diálogo sucedía, Emily observaba concentrada a su alrededor. Su atención había sido atraída por el espacio entre la chimenea y la ventana junto al exhibidor vacío. La grilla apareció y la aplicó sobre el área seleccionada. Cuadro por cuadro relevó la información que el lugar así acotado le ofrecía. Focalizó el análisis en la chimenea y en el pilar yendo y viniendo mentalmente por el espacio entre ambos cuadrados. De improviso, su vista pareció adquirir vida propia y se deslizó en una dirección impensada.

La entrada de Baker cortó en seco cualquier otra consideración. Después de saludar a Paxton, se acercó a Montrose que lo puso al tanto. Antes de decir nada, comenzó a revisar cada punto de la teoría del agente. Emily aprovechó que el coleccionista y su jefe estaban ocupados para acercarse al joven.

—Señor Montrose... —lo llamó en un susurro. Al no tener respuesta, insistió un poco más fuerte.

El interpelado se dio vuelta y la miró con el ceño fruncido. Ella hizo caso omiso, extendió la mano para tomarlo por la manga y tiró con suavidad. Montrose manifestó asombro por el gesto y se acercó sin dejar de fruncir el entrecejo.

—Hay algo sobre el robo...

La voz de Baker la interrumpió.

—Señorita Randolph, ¿qué sucede?

Emily se irguió de golpe.

—¿Tiene alguna idea que desee compartir con nosotros? —la azuzó con una mirada directa. Ella tragó con dificultad, dirigió una mirada de disculpa hacia Montrose, velada por los anteojos y dio un paso adelante—. Señor Paxton, ¿tiene inconveniente en que escuchemos a mi asistente?

—Para nada, Baker —consintió lacónico; quizá pensaba que una mujer con los conocimientos históricos que ella había demostrado bien podía decir algo inteligente.

—Hable —ordenó el jefe con seriedad.

—No creo que el muchacho lo haya hecho.

Montrose se puso a su lado.

—¿Por qué no? —la cuestionó entre esperanzado por el muchachito y molesto por la contradicción.

—Por el piso.

—¿El piso?

—Sí —Emily miró su reloj y luego continuó—. Son las dos y veinte en este momento. Hace algo más de media hora, usted señaló, señor Montrose, que el criado Will había comenzado su tarea de limpieza hacía un par de horas con lo que él empezó a eso de las...

—Doce menos diez o menos cuarto más o menos —contribuyó Adam.

—Sí. Bien. El hollín que se desprende de una tarea así queda normalmente en el radio cercano a la chimenea, de hecho, podemos ver claramente que hay polvo en la zona circundante inmediata al hogar.

Todos giraron, vieron y voltearon hacia ella.

—Entre la chimenea y el pilar de exhibición, el suelo está perfectamente limpio como lo dejó la criada que entró más temprano a asear la habitación.

Hubo una ronda de asentimientos.

—Si tal y como se dijo la única entrada posible es la chimenea, debería haber marcas que demuestren que alguien se deslizó por el conducto, pisó el hollín y luego entró para robar la espada y sacarla por el mismo camino. Es imposible no haberlo pisado...

—En efecto —confirmó Paxton—, ¿pero entonces cómo lo hicieron?

Ella echó una mirada de reojo a Montrose quien la observaba ceñudo.

—No hay huellas en ventanas, puertas o piso lo que me llevó a buscar una opción diferente —explicó al tiempo que apuntaba con el dedo índice hacia arriba guiando la atención de los hombres hacia el techo.

—No veo cómo —apuntó dubitativo el coleccionista mientras escudriñaba el techo.

—No desde aquí; acerquémonos al pilar, por favor —pidió adelantándose a los demás e invitándolos a ponerse de espaldas a la ventana.

—No veo nada.

—¿Quizá podríamos correr las cortinas? —solicitó.

A una indicación de Baker, Montrose se ocupó de hacerlo. Los hombres se ubicaron junto al pilar y echaron la cabeza hacia atrás.

—¡Por San Jorge! —exclamó Paxton olvidado de su impasibilidad.

—Vaya, vaya —acotó Montrose asombrado.

Adam miraba en silencio cómo se distinguía en el techo una ranura circular por la que se filtraba una suave luz curvada. Era tan fina que resultaba apenas visible cuando la estancia estaba iluminada.

—Pero ¿cómo...? —preguntó el caballero.

—La respuesta está en el piso —explicó ella al tiempo que descorría los pesados cortinados.

Miraron alrededor del pilar y Montrose se agachó para tocar el polvillo fino y claro: “Aserrín”.

—Muy bien, señorita. Ahora sabemos dos cosas: el chico no fue e hicieron un agujero en el techo de madera para entrar. Solo falta identificar al responsable y hallar la espada —apuntó Paxton.

—El hecho de que se haya detectado de inmediato el robo y de que Montrose haya procedido tan rápidamente a cerrar la casa nos permitiría suponer que el ladrón todavía está aquí y que aún no pudo sacar la espada —apuntó Baker.

Montrose y Emily concordaron.

—Permítanme un momento —señaló de pronto el joven agente y salió disparado de la habitación.

En el siguiente cuarto de hora, esperaron aguzando el oído a los ruidos arriba de ellos. Hubo una pausa y entonces vieron cómo se abría un círculo en el techo que dejaba pasar la luz radiante del sol.

Se taparon los ojos con la mano hasta que el rostro de Montrose apareció por el agujero con una sonrisa luminosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam seguro de que había buenas noticias.

Por la abertura en el techo, apareció un envoltorio alargado que el agente bajó con ayuda de una soga hacia las manos ávidas del coleccionista. Paxton emitió una exclamación triunfante, desenvolvió las telas que protegían el contenido y extrajo la espada alfanje, que examinó por todos lados. Cuando se convenció de que estaba en orden, la devolvió a su lugar con veneración.

En ese momento, entró Montrose en la habitación limpiándose la ropa.

—¡Excelente, señor Montrose! —lo felicitó con calidez Emily. Él la miró sonriente por un instante, luego la sonrisa se le desvaneció.

—Estoy impresionado, Baker —Paxton halagó los oídos de Adam que miró con gran satisfacción a la joven pareja—. Solo nos queda el “pequeño” detalle de quién fue el ladrón.

—Señor Baker, ¿me permite decir algo?

El que respondió fue Paxton.

—Por supuesto, señorita, adelante, hable.

—El agujero en el techo es circular y de tamaño pequeño...

—Espacio solo suficiente para alguien muy pequeño —aportó Montrose— como... ¡un niño!—exclamaron al mismo tiempo los dos jóvenes, mirándose.

—¿Qué quieren decir? —inquirió Paxton.

—Que sería lógico suponer un vínculo entre un niño y un adulto combinados para este robo, pero no Will... —razonó Montrose—. Y se me ocurren dos personas: su hijo, señor Paxton...

El hombre reaccionó iracundo.

—¡¿Está acusando a un niño de seis años?!

—No, señor Paxton, de ninguna manera —intervino Baker conciliador—, lo que Montrose señala es que alguien pudo inducir al pequeño a hacerlo.

—¿Cómo se le ocurre que participó en esto?

El agente se irguió.

—Tal vez porque creía que era un juego, señor Paxton; hay una persona que le ha enseñando al joven Lawrence un truco muy festejado por ustedes: sustraer objetos sin que la gente se dé cuenta.

La velada admonición en las palabras del agente irritó al coleccionista, pero no dijo nada al respecto.

—Mi hermano... ¿Lo acusa usted?

—No, señor Paxton, en esta etapa de la investigación, el agente Montrose “sugiere” solamente. De las averiguaciones hechas por la agencia, solo hay dos personas en su entorno con problemas financieros para justificar los pequeños robos de que fue objeto: su hermano, Richard, y su suegro, Lawrence Simon. Quizá, si seguimos la sugerencia de Montrose, debemos verificar primero con aquel de los dos que tiene más llegada a su hijo.

A partir de allí, los eventos se sucedieron en cascada. El interrogatorio al que Baker y Montrose sometieron al nervioso Richard Paxton terminó dando como resultado una confesión. Will quedó libre de culpa y cargo; y volvió a su trabajo. En cuanto a Emanuel Paxton, su agradecimiento fue expresado con el pago inmediato por los excelentes servicios prestados y el ofrecimiento de una carta de referencia.

Antes de salir de vuelta a la agencia, el mayordomo entregó a Baker dos sobres cerrados de parte del dueño de casa. Una vez en el coche, se dirigió a los jóvenes que, sentados una al lado del otro, no se miraban, aunque compartían un sentimiento de vergüenza nacido de razones diferentes.

—Han hecho un excelente trabajo —los felicitó mientras le entregaba un sobre a cada uno—. Esta es una manifestación del agradecimiento del señor Paxton por su labor.

Los dos tomaron los sobres y los abrieron. Montrose silbó apreciativo.

—Lo que ha sucedido hoy ha sido en extremo interesante. Creo que debo considerar el tema —comentó Adam que evaluaba alternativamente a sus acompañantes—. Sí, este asunto tiene que ser examinado.

CAPÍTULO VII

Se pasó las manos por los cabellos y se quedó en esa posición unos segundos. Se acomodó en la silla y bostezó. Después de un rato, inclinó el cuerpo hacia adelante y terminó apoyando los codos en la mesa: tenía ante sí las tres carpetas de los casos activos y, un poco más allá, la del caso Paxton a la que solo le faltaba el informe de Montrose. El agente era un buen elemento que, a veces, oscilaba entre la inseguridad y la impetuosidad propias de la juventud, pero, en ese caso en particular, se había potenciado en su competencia inconsciente con la joven al punto de brillar con una acción rápida y eficaz que había permitido recuperar la valiosa pieza robada e identificar al ladrón.

Al pensar en ella, su mente volvió a la idea que había tenido cuando los había visto trabajar juntos. Había sido suficiente solo un momento de compenetración entre los jóvenes para dar excelentes resultados.

Una pregunta surgió en su mente: ¿sus intervenciones eran golpes de suerte o producto de una mente analítica y observadora? A su memoria, acudieron las pistas que le había sugerido sobre Fenton y que estaban resultando ciertas. La del opio, por ejemplo. Y el hecho de que, aunque Calvert todavía no había podido ver a solas a la señora Fenton, ya había obtenido uno o dos comentarios de la servidumbre confirmatorios del control que el señor ejercía sobre ella y lo atemorizada que la mujer se mostraba ante él.

Apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas; un recuerdo de lo observadora que era su asistente lo hizo sonreír avergonzado: era de aquella oportunidad que había pasado un par de noches con una vieja conocida que

veía de vez en vez. Cuando al día siguiente se encontraban en la oficina, Emily le había hecho un comentario acerca de que sería buena idea que él tuviera ropa de recambio en la agencia. Le había preguntado la razón y le había respondido que, si no iba a dormir a su casa, le convenía poder tener una muda en la agencia. Incómodo, él se había apresurado a justificarse con una mentira acerca de que se había quedado trabajando en la oficina y ella solo había comentado con su educada voz: “Necesita tener una noche completa de descanso en su casa, trabaja demasiado”. El comentario aunado a la mirada escéptica que le había dirigido lo hizo sentir un niño pequeño mintiéndole a una madre que bien sabía que ninguna de las camas del piso inferior había sido usada. Al instante de darse cuenta de lo que había hecho, ella había bajado la cabeza y adoptado la actitud de “humilde asistente” –que no le duraba mucho tiempo, por cierto– y había intentado escaparse, pero él no se lo había permitido ordenándole que le explicara cómo se había dado cuenta. Consciente del exceso, ella había farfullado una serie de frases incoherentes sobre cejas, comisuras caídas o levantadas, temblores, marcas y aromas que no había entendido mayormente, aunque le habían quedado rondando en la cabeza. ¿Qué había visto ella en su cara que lo había delatado? Se jactaba de tener un rostro que no trasuntaba mayormente lo que pensaba, y su éxito en los juegos de cartas y en el trabajo que había elegido así lo acreditaban.

Suspiró con pesadez. Tenía que ver a Primm y había citado a Roy para darle algunas averiguaciones del caso Fenton que creía que podía hacer sin riesgos. A eso se había reducido uno de los buenos detectives de la Policía Metropolitana, pensó acongojado. Alguien golpeó la puerta.

—Adelante.

La señora Walloski entró a la oficina llevando una bandeja que dejó sobre el escritorio.

—¿Dónde está la señorita Randolph? —preguntó echando un vistazo a su reloj de bolsillo.

—Terminando algunos detalles de los cuartos de los agentes.

—Dígale que venga a tomar té.

—Y lo bien que le haría comer algo también. Ha pasado la tarde trabajando y no ha probado más bocado que esas zanahorias crudas que come a todas horas.

Adam arqueó una ceja ante el comentario.

—Dígale que es una orden, que no comenzaré hasta que llegue y solo ella será responsable de que tome frío mi té —le pidió con una sonrisa. El ama de llaves rio mientras salía a cumplir su cometido.

Cuando Emily entró rauda en la oficina de Baker tres minutos más tarde, lo encontró tableteando con los dedos sobre el escritorio.

—Venga, Emily, beba su té para que yo pueda tomar el mío... Y coma algo —le indicó mientras empujaba con un dedo el plato de pequeños sándwiches hacia ella.

La joven retiró el cubretetera, sirvió las dos tazas y llevando la suya consigo, tomó asiento. Se sirvió un sándwich que comió con gran apetito. Al momento de terminarlo, ya su jefe le estaba ofreciendo otro.

—¿No come usted? Se quedará sin ninguno —lo provocó alegre en una actitud muy distinta de la habitual señorita Randolph, toda seriedad, pudores y digna eficiencia.

—La señora Walloski puede hacernos más si hace falta. Coma tranquila y olvide sus zanahorias, señorita Conejo.

La aludida rio y sacó del estuche un pequeño ejemplar anaranjado envuelto en una servilleta.

—Como verá, estoy bien equipada —volvió a sonreír a Adam que disfrutó de ser el único destinatario de la inusual alegría femenina.

—De un momento a otro vendrán Calvert, Balling y Primm; hágalos pasar. Montrose le traerá el informe.

Baker comprobó que la sola mención de los agentes había borrado de pronto la alegre excitación y había llevado de regreso a la práctica y correcta asistente. Emily se levantó, recogió todo y lo llevó a su oficina.

Oyó a los agentes hablar mientras subían por la escalera. Salió a su encuentro para que entrasen por la oficina de Baker y se encontró con que Montrose estaba con ellos. Por la mirada hosca que los hombres le dirigieron, no quedó duda de que recordaban el reto recibido por su culpa y de que el agente les había contado lo de ese mediodía. El alma de Emily descendió aun más abajo de donde había caído minutos antes.

—Buenas tardes. Por aquí, el señor Baker los espera —les dijo manteniendo la distancia y señalándoles la puerta de la oficina principal sin dirigirles ni una mirada para luego volver, en silencio, a la suya. Fue hacia el pizarrón y lo actualizó. Revisó la agenda del día siguiente para el señor Baker y echó un nuevo vistazo al sobre que el señor Paxton le había dado como reconocimiento.

Sintió una extraña mezcla de euforia y tristeza. La cara del joven agente cuando ella había intervenido fue un recordatorio de muchas otras cercanas en sus afectos que la habían mirado así. ¿Se había sentido tan cómoda y segura exponiendo sus conclusiones! El señor Baker la había apoyado, aunque... ¿por cuánto tiempo más lo haría? La expresión de dolido embarazo de Montrose no se le quitaba de la mente. Ni las palabras de congratulación de Baker y Paxton la habían podido hacer sentir bien. ¿Por qué cada vez que creía encontrar un lugar le sucedía lo mismo? ¿Eran los otros o era ella?

La campanilla que la llamaba a la oficina contigua sonó tres veces. Tomó el anotador y se apresuró a entrar. Sentados de manera informal alrededor del jefe estaban los cuatro agentes. Avanzó hasta estar cerca del escritorio y se quedó a la expectativa sin mirar a nadie en particular. Después de unos segundos de silencio, notó que el señor Baker tenía una extraña mirada.

—Y bien, Primm, ¿cómo va el caso Eglantine? Cuénteme sus avances.

De forma inconsciente, Emily dirigió la vista al interpelado como el resto de los presentes. Con la habitual expresión hastiada en el rostro y un leve destello de desconfianza en los ojos celestes por la presencia de la mujer, Primm respondió:

—La señora Eglantine aún no ha aceptado mi propuesta.

—¿Cómo es eso? Parecía seguro de lograrlo antes de ayer —lo azuzó Adam.

—Y bien, no. No he tenido respuesta de la dama aún.

Sin poder evitarlo, Emily aspiró y Baker la miró de reojo.

—Iba a verla ayer por la noche, ¿qué fue lo que le dijo?

Primm rozó la nariz con el índice y se cruzó de brazos.

—Que debía pensarlo.

Emily se movió inquieta, y Baker la vio tan nerviosa que no le pareció extraño su intento por escapar: “Disculpe, señor, si no me necesita, me retiro”.

—Espere. —El tono cortante la detuvo e hizo que los agentes los miraran. La joven entendió que tramaba algo que la involucraba, negó apenas con la cabeza rogándole no sabía qué, pero el hombre no hizo caso—. La escucho, Emily.

—¿Señor? —intentó demorar lo inevitable. Otra vez en el centro de una situación difícil siendo usada de tal forma que luego ella, y solo ella, sería la culpable.

—¿Acaso no le cree a Primm?

Lo había dicho. El corazón se le cerró y el pecho se sentía pesado al punto de dificultarle la respiración. Adam Baker era ni más ni menos como todos los demás. Sintió los ojos masculinos fijos en ella.

—Responda.

Ya debería estar acostumbrada a que la usaran. Se irguió temblorosa y con ojos plenos de enojo mal disimulado, le preguntó entre dientes:

—¿Me lo ordena, señor?

El hombre asintió. Ella exhaló antes de hablar.

—De acuerdo. El señor Primm miente.

Se escucharon bufidos y resoplidos ominosos de los hombres que la miraron con abierta hostilidad. A ninguno le importaba que hubiera sido presionada, que ella no tuviera realmente el deseo de responder. Estaba allí para ser usada y acusada como siempre.

—¿Cómo lo sabe? —persistió Adam ajeno a las reacciones.

Emily enfocó a Primm, que la miraba furioso a la par que aprensivo y, con un desapego frío, comenzó a señalar cada indicador que había detectado.

—En este momento, sé que el señor Primm siente hostilidad y enojo hacia mí porque sus cejas se cierran sobre el entrecejo, las comisuras de la boca se elevan, las cejas caen cerrándose alrededor de los ojos, brillantes en exceso, y la frente se proyecta ligeramente hacia mí, amenazante. Cuando dijo que había visto a la señora Eglantine, se frotó la nariz tapando la boca, hurtó la

mirada, parpadeó rápida y repetidamente en el momento en que afirmó haber visto a la dama y luego se cruzó de brazos en una postura defensiva a la par que desafiante que demostraba su inseguridad sobre si había logrado que usted creyera o no lo que le dijo. Todos los gestos que describí suelen ser señales irrefutables de que una persona miente u oculta algo. ¿Puedo irme ahora, señor?

Baker se giró hacia Primm. La mirada que le envió fue terrible. Emily ahogó un gemido.

—Hay algo más, ¿verdad?

Levantó la cabeza con lentitud y enfocó a Primm por segunda vez con la mirada vacía.

—La ropa que lleva es la misma de ayer lo que señala que no ha pasado por su casa a cambiarse, algo impensable en él, y tiene una marca causada, estimo, por una mujer que usa afeites, carmín, probablemente, en el cuello de la camisa que no estaba ayer por la noche, además es evidente el aroma a...

—Suficiente, puede retirarse.

Emily salió de la oficina con la cabeza hundida entre los hombros después de dar un vistazo rencoroso a su jefe que le sostuvo la mirada, impertérrito. Se dejó caer en la silla y al segundo siguiente se encogió mientras oía a Baker rugir su enojo como un poderoso Zeus que castiga a un pobre mortal por algún desafío sin sentido.

—¿Qué demonios cree que hace mintiéndome, Primm?! ¡El marqués de Longbury me presiona a diario por una resolución al caso! ¡Y es amigo personal del duque de Connaught, el hijo favorito de la Reina! ¡Sabe que su vida privada de excesos no me interesa en lo más mínimo a menos que interfiera con su trabajo, maldita sea! Su actitud no es la adecuada en un miembro de esta agencia y, si no puede garantizarme que se comportará como corresponde, ¡comience a estudiar otras opciones de trabajo! Hay

muchas personas capaces que pueden reemplazarlo. ¿Desea continuar en la agencia? ¡Respóndame! ¡¿Quiere seguir trabajando aquí?! Bien, entonces tendrá que entender cuáles son los objetivos y principios que deben guiarnos. Todos deben considerar esto: si uno de ustedes me engaña a mí, no tardará en hacerlo con sus compañeros con la misma falta de motivo esencial; y cuando surja la necesidad de que confíen en esa persona... no quisiera estar en sus zapatos, señores, ya que tendrán una difícil elección. Y en esa duda, Primm, podría estar la diferencia entre la vida y la muerte de uno de ustedes... de un compañero. Medítelo. Por el momento, usted está bajo mi vigilancia. Hasta que vuelva a considerarlo confiable, estará supervisado. El más mínimo traspie que me sea reportado y no lo volveré a ver por aquí... ni en ningún lado. Habrá un cambio de planes en el caso Eglantine, mañana irá acompañado e interrogará en forma directa a la mujer. Si no se logra nada, deberé aceptar el fracaso de la agencia en este asunto.

Después del profundo silencio que se hizo en la oficina, el sonido agudo de la campanilla llamándola le alteró los nervios aun más. “No puede querer que vuelva a entrar, ¿verdad?”, se preguntó aterrada.

Con mano insegura, abrió la puerta y se asomó. Se quedó sujeta al marco sin querer dar un paso. La voz no le salía por la garganta, así que esperó callada. Los hombres estaban cabizbajos e incómodos; en cuanto a Primm, sus hombros levantados, la cabeza hundida y la espalda encorvada le decían todo: debía sentirse como ella, una alfombra pisoteada por un regimiento.

—Señorita Randolph, mañana el señor Primm pasará por usted aquí a las once para que lo acompañe a la casa de la señora Eglantine. El acercamiento indirecto no ha funcionado así que él interrogará en forma personal a la mujer acerca de las notas de chantaje. Lo apoyará haciendo lo mismo que hizo en casa de Paxton con Montrose y aquí hace un rato. Eso es todo, puede irse.

Cerró la puerta apoyándose contra ella. Con el alma helada que le pesaba en el pecho, se quedó allí, decidida a esperar que todos se fueran antes de bajar; no quería encontrarse con nadie hasta llegar a su casa para poder

hundirse en la cama y en su miseria. Temblorosa y titubeante, apagó las luces de la oficina y aguardó en la oscuridad hasta que oyó al señor Baker y a los agentes retirarse.

Después de unos diez minutos de silencio, tomó solo los guantes, olvidada del sombrero en su afán por salir de prisa de la agencia y dejar atrás la horrible experiencia. Apagó las luces de la sala de espera, bajó despacio las escaleras y, agobiada, caminó arrastrando los pies hasta el recibidor con la cabeza hundida entre los hombros. Se quedó de una pieza al llegar a los cortinados: los agentes la esperaban callados, adustos, amenazantes, apoyados en las paredes en diferentes posturas de brazos cruzados o pulgares en el cinto y pies abiertos. Apenas si pudo tragar ante la imagen dominante y agresiva que le mostraban: el miedo le atenazaba la garganta y el corazón le latía dolorosamente desbocado. Esperó temblando.

—La suya no ha sido una buena actitud —comenzó Primm con voz cargada de rabia—. Entendemos muy bien en qué lado de la calle estamos nosotros, pero... ¿y usted? ¿Lo sabe? Si no, déjeme que se lo aclare: resulta que ha dejado su avenida elegante y ha venido a jugar con nosotros sin respetar nuestras reglas, desentendida de cómo se actúa en este lado del mundo y eso, señorita, no es aceptable. ¿Quién diablos cree que es? Con sus aires de dueña de la Verdad y la Moral... Ya no está más entre los suyos, entiéndalo. Está con nosotros... O, más bien, parece que está en contra de nosotros.

—Buen trabajo —aportó Balling descargando su hostilidad actual y pasada sobre ella—. Eso es lo que se puede esperar de una “dama”, ¿verdad? Una puñalada por la espalda. Ustedes no tienen códigos.

Calvert y Montrose, que se habían quedado más atrás, se acercaron en silencio y cerraron el cerco alrededor de ella empujándola sin tocarla contra una pared.

—Usted está ahora de este lado y, aunque le disguste, debe ser una de nosotros o volverse a su mundo —señaló con gesto desagradable Primm que la apuntaba con el índice—. Y en caso de que no pueda volver, deberá entender, como bien dice Baker, que hay cosas que no se les hacen a los compañeros si se quiere sobrevivir aquí. Una de esas cosas es delatarlos.

Con expresión tensa, sin poder reaccionar, Emily sentía cada palabra como una bofetada tras otra.

—Y ahora, para nuestra vergüenza —escupió Balling despectivo—, tenemos que estar bajo la “supervisión” de la señorita asistente que interfiere en nuestro trabajo para hacernos quedar mal. Primero yo, luego Sonrisas, ahora el Dandi. ¡Cuidado, Monje, tú y Puños siguen en su lista!

—Lo más gracioso es que lo peor de haberme arruinado la vida con sus delaciones, de haber hecho quedar mal a Montrose o hasta de aceptar como propio el éxito de un trabajo de Balling es que estoy seguro de que está estúpidamente confiada de que no ha hecho algo malo, ¿verdad? Es lo común entre los de su clase: creerse por encima de todos...

Emily no soportó más la tensión en el estómago, el dolor de cabeza que crecía sin control, la angustia y el miedo, sobre todo el miedo, y estalló.

—¡Ya basta! ¡Usted, señor Primm, no es más que un hombre pueril y pagado de sí mismo, incapaz de ver los resultados de sus propias acciones! ¡Cuánto más fácil es culpar a los demás de los propios errores!, ¿no? —Miró a Balling—. ¿Acaso fui yo la que casi arruina una investigación por beber hasta el estupor? —Volvió la vista a Primm—. ¿La que dijo una torpe mentira al señor Baker subestimando la capacidad de su jefe? ¿Olvida tan fácilmente que usted, no yo, tenía una obligación y la incumplió? —Los sollozos que le subían por la garganta como lava ardiendo le impidieron seguir. Se recuperó apenas y continuó con la voz ahogada—. El señor Baker me dio el empleo, a pesar de mi condición de mujer, confió en mí y en mi

capacidad, y solo me pidió una cosa: fidelidad hacia él. ¡Y le di mi palabra! Créame que hoy dudé por primera vez en todo este tiempo por haberlo hecho, pero empeñé mi palabra ¡y la mía vale tanto como la de ustedes!

—No tenía que hacer lo que hizo arriba o ayer conmigo. —Montrose aportó su frustración y enojo, aunque sin la inquina de los otros. Luego la apuntó él también con el índice—. Aquí nos cubrimos, no nos exhibimos como rarezas para complacer a los que mandan y...

El hombre se cortó al notar la alarmante palidez traslúcida en el rostro desencajado de la joven y retrocedió asustado por el violento efecto que sus palabras habían tenido cuando la vio tambalearse, desorbitarse los ojos de ámbar y llevarse una mano al pecho como si hubiera recibido un golpe mortal.

—¡Déjenme pasar! ¡Háganse a un lado! —murmuró ella entre dientes, enfebrecida, arrojándose contra ellos, tirando de una manga con violencia y empujando un cuerpo u otro con desesperación—. No tienen derecho, yo no quise... No fue mi intención... Jamás quise...

Calvert le impidió el paso con el cuerpo y la detuvo con fuerza por un brazo un segundo antes de que alcanzara el picaporte. Ella luchó ciega de temor ante la mirada extrañada de los agentes.

—Cálmese. Estamos todos muy nerviosos por lo que ha estado pasando. Espere —dijo cuando ella ya casi lograba desprenderse de la sujeción y la retuvo de nuevo acercándose a su oído para apaciguarla—. Lo entenderemos. Todos. Eventualmente.

La voz serena había impuesto un cambio de ambiente en segundos. Mientras la retenía por el brazo, se enderezó para continuar con lo que estaba diciendo.

—Primm, ya estuvo bueno. —El aludido observaba la reacción de la joven con el entrecejo fruncido—. ¿Montrose? ¿Sí? Bien. Lo dejaremos pasar, aquí hubo un aprendizaje para todos. La señorita Randolph aprendió el valor del silencio en determinadas circunstancias, Primm tendrá que aprender a no ser tan idiota y tú, Montrose, a manejarte mejor. Como dijo la señorita Randolph, debemos hacernos responsables de nuestros errores y no culpar a los demás. Eso va también por ti, Balling; en cuanto a mí... En fin, entendí que no debo meterme en lo que no me incumbe. ¿De acuerdo?

Los hombres gruñeron y murmuraron algo no muy correcto para los oídos de una dama; Emily aceptó con tal de que ese hombre la soltara y pudiera escapar de esa horrible y vergonzosa situación.

—Lo siento —se excusó con voz tensa y baja, pero aún audible. El hombre que la sujetaba y ella intercambiaron miradas; él la observó descreído de su aceptación, pero parpadeó una vez y la soltó. Ella abrió la puerta con rapidez, se arrojó ciegamente a las escaleras de la entrada y caminó rápido hacia la esquina con Saint Peter. Afligidos de alguna forma por el estado de la mujer, Calvert y Montrose la siguieron hasta la puerta de la entrada y se asomaron desde el umbral para ver la espalda encorvada y el gesto repetido que hacía con el dorso de la mano para secarse las lágrimas mientras apuraba el paso hasta desaparecer. Calvert volteó hacia los otros.

—Eso no estuvo nada bien, te excediste, Primm. Sabes en el fondo que te merecías el reto, ¡ya crece de una vez, por favor! Y tú, Balling, vete a tomar café.

—Estaba llorando —musitó Montrose dolido, culpable—; la hicimos llorar.

—Sí; y eso es algo de lo que nunca me sentiré orgulloso —murmuró Calvert al recordar los atemorizados ojos color miel empañados de lágrimas de profundo dolor.

CAPÍTULO VIII

La luz que entraba por la ventana comenzaba a dar contorno y carnadura real a cada objeto dentro de la sencilla habitación. Ya podían distinguirse con bastante nitidez las formas y volúmenes de la cama, la mesa de noche con la lámpara de madera y bronce que culminaba en una alegre pantalla floreada, el armario de puertas enteladas en la pared opuesta a la ventana y el discreto y fino secreter de nogal que era todo el lujo de que disponía la inquilina del departamento.

A medida que avanzaban los minutos, la luz se intensificaba un poco más y, al caer sobre los ojos de la mujer que yacía en el lecho, vestida aún con su ropa del día anterior, provocó que esta los cubriera con la mano. Tanteó con torpeza sobre la mesa de luz hasta encontrar los lentes y se los colocó. Dejó caer otra vez el cuerpo en la cama con toda la pesadez que aún sentía, producto de la peor noche de llanto y conmiseración de la que jamás antes había sido protagonista.

Con los ojos cerrados, reprodujo en su mente la espantosa escena de la agencia. Volvía a ver cada uno de los rostros y ante sus ojos desfilaban, lentificadas y nítidas, las marcas y características de las expresiones que había visto en cada hombre. Se sintió tan fatigada y sus ojos estaban tan secos que no pudo ni dejar caer una lágrima. Había llorado desde Essex hasta Dame y luego toda la noche, y no le quedaba ni líquido suficiente en el cuerpo ni fuerzas para volver a hacerlo. Con esa fatiga corporal que anulaba cualquier movimiento, solo le restaba la mente tan saturada de imágenes y sensaciones que por un rato quedó en blanco. Apenas salió del trance cuando el canario de los ancianos Murphy comenzó a cantar a voz en cuello. Se levantó

trastabillando y fue a abrir la ventana de par en par. La brisa fresca le produjo una sensación de alivio, como si la hubiera despejado de preocupaciones. Pensó de inmediato en un baño rápido.

Se desnudó con rapidez y se sumergió en el agua fría de la bañera. El shock le hizo sentir una suerte de entumecimiento seguido de una descarga eléctrica que se desvaneció en una contradictoria sensación de placer. Mientras tiritaba desnuda en el agua fría, su mente se limpió. Las preocupaciones volverían en algún momento, pero, por ahora, estaba en paz; “o demasiado cansada para continuar la lucha consigo misma”. Se enjabonó, se enjuagó y salió chorreando agua; se sentía renovada. No podía volver a huir infantilmente de sus responsabilidades. Se secó y se pasó la crema de rosas por el cuerpo. Además, no tenía adonde ir. Corrió a la habitación y sacó del armario la camisa y los calzones, un par de enaguas, el corsé y el vestido de lanilla color canela. Eligió las medias, los zapatos a tono y procedió a vestirse.

Cuando terminó de calzarse, prendió el pequeño reloj en la pechera y fue hacia el baño de nuevo para peinarse frente al espejo. Cepilló varias veces los cabellos castaños; luego tomó una cinta e hizo un moño perfecto a la altura de la nuca.

Fue hasta la cocina, calentó agua y preparó té. Verificó la hora y, como era aún temprano, se decidió a hacer un par de tostadas que comió con cierta voracidad por la falta de cena la noche anterior. A las ocho de la mañana, ya estaba saliendo. Lydia debió de haberla oído porque se asomó de inmediato para saludarla.

Decidió cambiar el recorrido y bajó por Milk hasta Cheapside y luego por Row Lane hasta Essex. El cambio en el paisaje habitual la entretuvo y la hizo pensar en la experiencia como solo eso, una experiencia. Una especie de luz atravesó su mente dejándola temporalmente aturdida y escuchó en su cabeza las palabras: “Aquí hubo un aprendizaje para todos, ¿de acuerdo?”. Asintió para sí misma como respuesta. Sus ojos veían con precisa nitidez como si un velo se hubiera corrido. Hubo un aprendizaje, se repitió, y no se trataba de

huir sino de construir una forma de relacionarse. No le sería fácil, todavía estaba mentalmente “del otro lado de la calle”. Entró a su oficina en la planta alta y fue a la ventana a correr las cortinas. Vio el sombrero olvidado sobre el archivo el día anterior, los papeles desordenados sobre el escritorio y se puso manos a la obra. Estuvo ocupada hasta después de las diez, momento en que hizo una pausa y bajó a tomar un té con la señora Walloski. Le avisó que debería salir con el señor Primm y que era probable que pasara por el banco antes de volver. Poco después regresó a su escritorio y esperó al agente mientras leía los informes de la carpeta del caso Eglantine y las notas tomadas por el señor Baker.

El marqués de Longbury ha sido amante de la bella y codiciada Nora Eglantine, de casada Arden, viuda de un respetable médico de la calle Harley quien, a su repentina muerte a los 30 años, solo le dejó deudas de juego. Cuando quedó viuda, la dama en cuestión vendió cuanto pudo y, a fin de evitar que ella y su hija fueran a dar a la calle, se convirtió en cortesana. Su belleza le facilitó el camino. Con la ayuda de algunos influyentes amigos de su esposo, comenzó a encontrar prospectos en círculos selectos.

Nuestro cliente, el marqués de Longbury, después de concluir relaciones con ella de mutuo acuerdo, recibió un anónimo en el que se le pedía dinero a cambio de no divulgar asuntos oficiales que él recuerda haber comentado solo con ella. El/la chantajista no ha contado con el temperamento volátil del aristócrata ni con sus amistades en los más altos niveles.

De las investigaciones hechas por Primm, el caso del marqués no es el único. Incluso el noble agregó luego un par de nombres de personas chantajeadas de la misma forma que no deseaban ahondar en el tema. Todas las pistas apuntan a la viuda y solo falta corroborar si ella es quien se beneficia de los secretos que sus amantes le confían.

La puerta abierta de su oficina le permitió ver llegar a Jack Primm, muy atractivo, vestido de sobrio color castaño y con un gesto hosco en las hermosas facciones. Llevaba el cabello impecablemente peinado y el nudo de su pañuelo era *le dernier cri de la mode*. Se lo veía descansado y con ropa limpia; sin duda, esa vez había dormido en su casa después de la filípica del señor Baker, pensó Emily sin poder evitar cierta malicia de la que se reprendió dos segundos después de haberla reconocido. Antes de que entrara en la oficina, se puso de pie, tomó sus cosas y pasó junto a él rumbo a la escalera.

—Señorita Randolph, permítame. —La detuvo con frialdad para ayudarla con la chaqueta y luego esperó con remedada cortesía a que se ajustara los guantes.

Adam apareció de pronto; evaluó la formal y correcta escena con una mirada severa dirigida al agente. Sin mirar siquiera a su jefe, dolida por su actitud, Emily instó a Primm a salir rápido, y él se apresuró a tomarla por el codo para bajar juntos la escalera. Sin mirarlo, ambos saludaron a Baker, que los siguió con mirada especulativa y luego se dirigió a su oficina.

* * *

El bamboleante coche Hansom traqueteaba por las calles atestadas de Londres rumbo a la casa de la *femme fatale* Nora Eglantine que habitaba una zona de nueva urbanización cerca de Marylebone Road. Cuando se detuvo, Primm ayudó a Emily a descender del coche y le ofreció un brazo con cierta tiesura. Baker ya había concertado una entrevista con la señora Eglantine para esa mañana por lo que el mayordomo los hizo pasar sin demora a una sala indicándoles que los anunciaría.

Mientras Primm miraba por la ventana que daba a la calle, Emily se dedicó a observar a su alrededor. Era una sala femenina en la que cada detalle hablaba de una mujer que dominaba su entorno con un alto sentido de la estética: en la elección del costoso mobiliario francés en colores blancos y celestes con un salpicado de alegres toques amarillos y rosas; en la decoración con telas de Bruselas de matices tiernos y pálidos en *crème* apagado, rosa de melocotón y azul primaveral, adornadas en su mayoría con pequeñas y primorosas florecitas y —lo más destacable en ese armonioso y festivo ambiente— en la exhibición de una asombrosa colección de cerámicas y porcelanas de bella y delicada facturación. “Limoges, Sèvres”, observó encantada. “¡Oh!, también cristales de Eslovenia y Bohemia...”, murmuró para sí al borde de la fascinación más profunda. Ese cuarto era una increíble muestra de control, lujo y dinero aunado al delicado encanto que la selección de una mano conocedora había hecho.

El movimiento del agente hacia una vitrina dividida en numerosos compartimentos pequeños en cada uno de los cuales había una figurilla atrajo la atención dispersa de Emily. Sin resistirse, caminó hacia donde estaba el hombre parado y se detuvo a su lado.

—Bonita colección —comentó él como a desgano.

—Es algo más que bonita —lo corrigió con suavidad y gesto embobado que provocó una mueca irónica en la boca masculina—, es... Aquí hay... —vaciló—; aquí hay una perfecta suma de belleza y fortuna, señor Primm. ¿Cómo habrá podido obtener todo esto?

—En el ejercicio de su labor.

No pudo evitar ruborizarse al recordar lo que había leído en el informe, y Primm se rio con crudeza.

—¿Dice usted que son... “obsequios”?

—Ajá. De clientes satisfechos —acotó para molestarla.

Emily calló y se quedó admirando cada pieza, decidida a no dejarse molestar por su origen. Caminaba con lentitud mientras acariciaba el borde de un estante, se inclinaba para apreciar de cerca algún detalle artístico o levantaba apenas los anteojos para tener una vista más clara de alguna figurilla que atrapaba su deleitada observación. Primm se mantuvo a su lado sin quitarle la vista de encima en una contemplación evaluativa; después de un rato, se encogió de hombros con gesto indiferente y giró para acercarse a los sillones en el centro de la sala.

Mientras tanto, la joven decidió concentrarse en una evaluación general de la estancia. El estilo predominante era una versión moderna y actualizada del Luis XVI francés con su sencillez y formas geométricas típicas, plenas de ligereza en las líneas y de armoniosa proporción en las dimensiones. El resultado era una sala netamente femenina, íntima y confortable que daba cabida a la “gracia y delicadeza” de las relaciones propias de la vida social galante.

En el centro de la estancia, reinaba claramente un canapé *en suite* con tapicería imitación de Beauvais en azul celeste sobre una alfombra Savonnerie de delicada y exquisita trama, y a ambos lados, dos Bergère de igual decoración. Cerrando el círculo central que formaban los muebles se veían dos sillas con espaldar *en médaillon* y una mesa baja. En la periferia, se hallaban diversos muebles que exhibían la más variada y exquisita exposición de figurillas, jarrones, *fleurisserie* y *biscuits* con motivos amorosos y pastoriles. Uno en particular, un pequeño ángel de expresión pícara que guiñaba un ojo a quien lo mirase mientras llevaba su índice a los labios reclamando silencio, reinaba solitario en la parte alta de un primoroso *bureau à cylindre* de abeto con enchapado de palisandro y detalles de marfil. Delante de este pequeño mueble, un *fauteil bureau* completaba a la perfección la exquisitez del *ensemble*.

La puerta se abrió a esa altura de las observaciones, de modo que suspendió cualquier otra consideración. Una joven de unos quince años, vestida severamente de gris oscuro con un delantal del mismo color que protegía su ropa, el cabello suelto a excepción de dos largos mechones del

frente recogidos atrás por un rígido moño negro, entró en la sala. Se detuvo sorprendida al notar la presencia de extraños, pero se recompuso enseguida. Los rasgos tenían una dureza contradictoria con su joven edad. El rostro era delgado y alargado. “Ascético”. Llevaba como único detalle en toda la oscura apariencia una pesada cruz de oro que acompañaba con un rictus amargo en la boca.

—¿Esperan a Nora?

—Buenos días, señorita. En efecto, tenemos cita con la señora Eglantine —respondió Primm.

A la entrenada vista de Emily, saltó de inmediato la levísima tensión en la comisura de la boca hierática y el tic casi imperceptible del ojo izquierdo. En ese instante, la atmósfera de civilizada comunicación se alteró: una corriente eléctrica avanzó sobre los circunstanciales interlocutores y los tensó cuando *madame* Eglantine hizo su entrada en la habitación llenando de vibrante sensualidad el espacio a su alrededor.

Atraía la vista con una *pelisse-robe* de brocado en seda rosa apropiada para esa hora de la mañana que se ceñía provocadoramente a su cintura tan fina como la de una avispa. Los larguísimos cabellos rubios flotaban sueltos para enmarcar de manera áurea la extrema delicadeza de sus rasgos, los ojos azul cobalto, la boca de voluptuosos labios, los pómulos redondeados, la pequeña nariz llena de gracia; su piel era blanca y tersa, sin afeites, y la luz matinal no hacía más que acentuar la perfección. Parecía un rubio ángel que condescendía a bajar entre los mortales.

Esbozó una sonrisa de perfectos dientes perlados —¿no había alguna imperfección en esa mujer?— e irradió el brillo de su encanto hechicero sobre Primm que la miraba sin poder ocultar la fascinación desde su propia belleza de rústico Adonis.

—¿El señor Primm? —preguntó con voz adormilada, pero sin ocultar la apreciación—. Deberá disculparme, me acosté tarde y solo recién he podido abrir los ojos.

La sensual mirada que intercambiaron ruborizó a Emily que desvió la vista, chocando con la de la joven que mostraba su disgusto por la insinuación indecente implícita en las palabras.

—Usted ha de ser la señorita Randolph. —Oyó que le decía el dorado ángel caído, evaluándola de arriba abajo y en apariencia complacida por la presencia elegante de la pareja de agentes—. Por favor, tomen asiento; me dirán en qué puedo serles de ayuda.

Primm esperó a que se sentara en uno de los Bergère e hizo un gesto a Emily para que ocupara el sillón grande, se ubicó a su lado, cerca de la dueña de casa. Comenzó a explicar la razón de la visita contándole, sin nombres ni precisiones, que habían sido contratados por una persona de su círculo de conocidos para investigar un “suceso peculiar” que le había acontecido al caballero en cuestión. Ese momento fue aprovechado por la muchacha para salir de la sala.

Apenas con un tenue fruncimiento de las cejas, demostró la anfitriona su asombro ante las palabras. Esa mujer debía de estar cerca de los cuarenta años, evaluó Emily; sin duda era esa inexpresividad la que favorecía la falta de arrugas en el rostro, imaginó distraída de la explicación que Primm continuaba dando. La puerta volvió a abrirse: una criada sostuvo la hoja de madera mientras la muchacha que habían visto antes entraba llevando una cesta cargada de flores. Se dirigió a una de las cuatro mesas circulares de hierro dorado con mármol dispersas por la sala y retiró las flores secas del florero de cristal para volver a cargarlo con una combinación de las que traía. Cuando concluyó, pasó a la mesa siguiente para repetir el procedimiento.

—¿De qué se trata? ¿Quién es el caballero? —preguntó la anfitriona con tono amable—. Faye, hija, no olvides cambiar las flores del pequeño salón.

Durante los breves minutos que Primm y la señora Eglantine habían estado conversando, Emily no había podido evitar sentirse extrañamente atraída por los movimientos precisos y secos con los que la muchacha quitaba las flores marchitas, las entregaba a la criada y reponía el contenido en los floreros en la exacta cantidad y posición del anterior ramo. La precisión en cada movimiento era perfecta, pero la falta de emoción en el proceso le producía una sensación de angustia creciente. Fascinada, sin poder quitar la vista de las acciones rígidas y automáticas de Faye, seguía paso a paso el traslado de una mesa a otra y el reinicio siempre igual que continuaba en los mismos pasos para concluir en el exacto mismo final. Algo de agobiante y sofocador se trasuntaba de estas acciones que la hacía sentir atrapada en la red de actividades sistemáticamente encadenadas que la muchacha realizaba, las que parecían formar parte de una gran y única acción total.

—Tendrá que ser indulgente conmigo, señora Eglantine, no debo dar el nombre de un cliente, pero sí puedo decirle que estamos investigando a las personas con las que ha estado para determinar qué información nos pueden brindar.

Con un suspiro de pretendida fatiga, la mujer concedió a Primm que continuara.

—La primera vez fue hace tres semanas cuando el cliente estuvo en una reunión que usted organizó aquí para algunos amigos. En esa circunstancia, encontró en el bolsillo de la chaqueta una nota.

—¿Una nota? ¿Qué clase de nota? —inquirió mientras se miraba las manos con tranquilidad.

—De chantaje.

La dueña de casa levantó la cabeza despacio con una mirada de recelosa sorpresa en los ojos azules. Emily tornó a observar a Faye que culminaba el tercer florero y tomaba todo para caminar envarada a la próxima mesa. Se giró con levedad para seguir el movimiento. No le cabía duda de que la joven

había escuchado lo dicho por Primm a su madre, pero no había habido reacción alguna. “La falta de reacción es también una acción”, recordó las palabras de su abuela cuando Emily no había podido darle una respuesta al alegar que la persona que estaban jugando a observar “no había hecho nada”. “Y la aparente falta de emoción es también una manifestación emotiva”, completó el pensamiento para sí misma.

—Alguien en esa selecta reunión le dejó una nota amenazando con divulgar un secreto de su labor oficial si no pagaba una apreciable suma de dinero. Nuestro cliente lo hizo, pero la semana pasada volvió a recibir otra nota con un nuevo pedido.

—Lamento decirle, señor Primm, que no puedo aportar nada a su investigación, sobre todo si no sé quién es el misterioso cliente.

Primm miró un instante a Emily que parecía distraída en algo más. Tenía que arriesgarse.

—El marqués de Longbury.

—¿Alan?! ¿Alguien ha sido tan torpe de querer chantajear a un hombre como él? Es ridículo. En fin, lo único que puedo ofrecerle es que usted se sienta libre de interrogar a mi personal y, si lo desea, le daré una lista de las personas que asistieron a la reunión.

—No es necesario, señora, el marqués ya lo ha hecho y hemos investigado a todos. Solo nos restaba hablar con usted.

—¿Cómo? —exclamó irguiéndose—. No me gusta la implicación de sus palabras, señor.

La muchacha había alcanzado la cuarta mesa y completaba la labor con fría sequedad, aunque algo ínfimo, sutil, casi insustancial había ocurrido cuando flotó en el aire la acusación sin palabras contra su madre. Emily no pudo ver el rostro porque la joven se hallaba de espaldas cerca del secreter.

—Los presentes en la reunión coinciden en que usted fue la única persona que salió de la sala el tiempo suficiente para dejar la nota.

—Vaya, eso es inaudito —exclamó más asustada que indignada—. Pudo haber sido cualquiera, incluso alguno de mis criados.

—Por desgracia para usted, hemos podido corroborar sus coartadas.

—¿Me está acusando de chantajear al marqués?!

—No solo a él, *madame*, sino a otros cuatro de sus amantes; usted es la única a quien estos hombres recuerdan haber mencionado aquellos asuntos por los que fueron chantajeados.

La aludida se llevó una mano a la boca y los ojos se abrieron por la sorpresa como indicador de que acusaba directamente el impacto.

“¡Los hombros!”, recordó Emily de pronto. “Se elevaron e irguió la cabeza, los brazos se detuvieron en el aire por unos segundos en un gesto de victoria”. ¿Era eso suficiente?

—No es posible, yo no... —atinó a balbucear la mujer conmocionada. Después de un breve instante agregó con debilidad—. Pruebas, muéstreme sus pruebas.

Súbitamente, Emily pudo sentir en la piel la intensidad de los sentimientos de Faye como si fueran propios. La siguió con la vista con el ansia de un cazador sobre una presa; la joven dio tres pasos hacia el secreter y se detuvo con las manos apoyadas sobre la cortina de madera. Una se elevó hasta el ángel y lo acarició. Los hombros cayeron agobiados, pero se irguieron de inmediato. Era una posibilidad, se dijo Emily, aunque en lo interior lo sentía como una certeza. Sin quitarle la atención de encima, como si con eso pudiera apresarla y retenerla, movió la mano derecha hacia Primm que se inclinó sobre ella. En silencio, la joven le indicó a Faye. Primm se aproximó

raudo al buró. Si el salto a un costado que dio una impresionada Faye no la hubiera satisfecho, la tenebrosa mirada de repulsión que dirigió a Primm habría terminado por convencerla.

—*Madame*, ¿tiene llave de este mueble? —preguntó el agente.

—¿Qué trata de hacer? Usted no tiene derecho alguno...

—No hay inconveniente —comentó sereno Primm—, llamaré al marqués, daremos intervención a la policía y esperaré aquí a que ellos lleguen. Señorita Randolph, por favor, ¿puede ir en busca de un policía?

Emily se puso de pie y se encaminó sin mucha prisa hacia la puerta con la vista sobre la muchacha.

—¡No! —Se oyó el grito de Nora—. No llamará usted a nadie, esta es mi casa y...

—O lo abre ahora o la señorita Randolph irá por la policía.

—Se equivoca —intentó la dueña de casa con el rostro desencajado—. No hallará nada.

—Si así es, le pediré disculpas y pondré mi renuncia a disposición de la agencia como compensación —propuso serio ante la mirada atónita de Emily que no esperaba tal apoyo.

Aturdida y nerviosa, Nora no pudo continuar; se levantó y fue hasta una pequeña caja de nácar sobre una de las mesas, sacó una llave del interior y se la entregó a Emily, que se la pasó a Primm, quien abrió el mueble. Descorrió la tapa en el momento en que el mayordomo y un criado entraban para ver qué estaba pasando. Ambos se quedaron congelados ante la fiera expresión de Primm.

—Señorita Randolph, este es su dominio.

La joven respiró en profundidad, cerró y abrió los puños una vez para aliviar el nerviosismo y se concentró en revisar el contenido del mueble aplicando la grilla. No tardó en encontrar bajo uno de los cajoncillos la punta de un papel plegado que estaba escondido entre unos sobres. Con el corazón palpitante, lo retiró, lo abrió y lo leyó. Primm debía de estar haciendo lo mismo sobre su hombro por la exclamación que produjo.

—Ahora tenemos la prueba que nos demandaba, *madame*. ¿Qué tiene que decir a esto?

Leyó con voz clara y fuerte el comienzo de una nota dirigida a Longbury en la que se le requería dinero. Completamente agobiada, Nora apenas susurró.

—Sí, fui yo.

—No es verdad —negó categórica Emily.

—¿No? —cuestionó Primm que giró de golpe hacia ella con una ceja alzada.

—Señorita Faye, no creo que quiera usted que su madre se haga cargo de algo que no hizo.

El desdén y el menosprecio en la mirada que Faye dirigió a su madre fueron terribles, incluso para los testigos de la escena. La muchacha juntó las manos delante de ella y con tono monocorde, enunció:

—Esa mujer no es mi madre.

Nora exhaló un grito ahogado y, si no hubiera sido por Primm, habría caído al suelo.

—Esa mujer es una Jezabel, la ramera de Babilonia. ¿Cree usted acaso que mi padre, un hombre bueno, pundonoroso, de excelentes antecedentes, que la desposó con honradez, habría aceptado como mi madre a una pecadora como

ella? ¿A una mujer que muerto su esposo se solaza en divertirse con los amigos a cambio de dinero? No, ella no es una madre, mucho menos la mía.

Primm ayudó a la llorosa mujer a sentarse y, tras enderezarse, se dirigió a la chica.

—Faye Eglantine, ¿acepta usted haber...?

Sus palabras fueron interrumpidas por la única manifestación emotiva de la joven.

—¡Me llamo Faye Arden! ¡Mi padre fue Albert Arden, médico e hijo de sir Everden Arden, doctor emérito en medicina!... ¡Y no tengo madre!

El llanto agudo y desgarrador de Nora quedó grabado a fuego en los oídos de Emily. Primm dio orden al mayordomo de que encerrara en una habitación a Faye y de que nadie se le acercara. Tomó dos hojas de papel del secreter, escribió algo en ellas y se las dio al criado para que las llevara a los domicilios que se indicaban. A la criada le pidió que llamara con urgencia al doctor que la familia consultaba. Cuando todos dejaron la sala, hizo un gesto a Emily para que se acercara a la mujer que lloraba sin detenerse con los larguísimos cabellos echados sobre el rostro, las delicadas manos agarrotadas en el borde del sillón en el que yacía desmadejada. Emily intentó correrle el cabello y acercarse, pero la mujer se negó y hundió más la cabeza entre los brazos. Se la veía frágil e indefensa, destrozada y dolorida, pensó impotente mientras retrocedía.

Primm tomó la nota y la guardó en el bolsillo de la chaqueta; luego cerró el buró con la llave que se guardó en el bolsillo del chaleco. Sin saber cómo proceder, Emily fue hacia donde estaba el agente apoyado contra el mueble, los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada preocupada concentrada en el cuerpo femenino que se estremecía de tiempo en tiempo.

—¿Qué sucederá ahora?

El hombre se encogió de hombros.

—Mandé nota a Baker y al marqués, que ellos vengán y arreglen todo. Estimo que bastará con que comparen las letras. Nosotros ya hicimos lo que se nos requirió —le respondió y le dirigió una mirada de costado con un brillo distinto—. No se angustie, no puede hacer nada más.

—¿Dejaremos a esa mujer con el corazón partido después de oír de boca de su hija palabras tan horrendas? Mírela, ¡está destrozada! ¡Y nosotros provocamos eso!

Primm miró una vez más a la mujer en el sillón con expresión inescrutable y se volvió hacia Emily.

—No lo hicimos nosotros, y usted lo sabe. Son circunstancias que surgen en el desempeño de nuestra tarea. Sí admito que provocamos un desenlace, pero sin intención de causar daño. No piense más en esto, tendrá que endurecerse un poco si quiere seguir trabajando en la agencia.

El primero en llegar fue el marqués y, detrás de él, el médico que se llevó a Nora Arden a su habitación para atenderla. Baker arribó instantes después a tiempo para que Primm le contara lo sucedido y dejara en manos de los dos hombres el curso de acción que seguirían y el interrogatorio a la joven.

—Primm, tome el coche que espera afuera y lleve a la señorita Randolph a la agencia —pidió Adam y se aproximó a la joven. Se inclinó sobre ella y le habló con gentileza—. Emily, cálmese. Vaya a la oficina; pronto estaré allí y conversaremos.

La joven asintió y siguió a Primm al coche de alquiler que los esperaba. El agente y Adam intercambiaron una mirada rápida tras la cual cada uno siguió su camino.

CAPÍTULO IX

En la planta inferior, la señora Walloski se afanaba por la sala de los agentes repasando los pocos muebles que había y acomodando las sillas alrededor de la mesa a la que estaba sentada Emily con la cabeza baja sobre la taza de té. Cuando ya no pudo más, se le acercó.

—Señorita Randolph, vamos, anímese; beba su té, querida, se sentirá mejor.

Emily no reaccionó; recordaba el impacto de otra sala y de otra mujer herida por su intervención.

—¿Cómo está ella? —preguntó Adam a Primm al minuto de entrar y encontrarse con el hombre apoyado contra la baranda de la escalera.

—Afectada.

Baker asintió seco. Llamó a Emily y los tres subieron a su despacho.

—Bien, no hay mucho más que decir. El marqués se ha avenido a no presentar cargos contra la señorita Arden a cambio de que se la interne para tratamiento. Su madre aceptó y prometió ocuparse en cuanto ella pueda, considerando que el médico debió darle una dosis fuerte de láudano para paliar la crisis de nervios que sufrió con la noticia.

—¿El motivo fue la venganza? —inquirió Primm.

—Esencialmente sí, pero el dinero tenía la finalidad de garantizarle un futuro lejos de su madre.

—Haber estado en la misma casa donde se realizaban los encuentros... — Primm dirigió una rápida mirada a Emily y se contuvo de adjetivar la palabra en su beneficio— no contribuyó a su salud mental.

—Por lo que los criados dijeron, la salud mental ya había comenzado a alterarse después de la muerte del padre; las posteriores acciones de la madre solo consolidaron lo que ya existía —aseveró Adam.

—¿Qué sucederá ahora con la mujer? —preguntó Primm.

—Necesitará apoyo sincero de alguien que la estime en verdad —intervino Emily que giró la cabeza en su dirección y enfocó los ojos dorados en los celestes. Él la miró con las cejas alzadas que dejó caer mientras bajaba la vista.

Adam los observó con curiosidad, pero no pudo ver nada en los rostros velados. Sacó del bolsillo un papel y se lo extendió a la joven que se apresuró a tomarlo.

—Envíele la factura al administrador del marqués.

Cuando ella dejó la oficina, Adam se volvió hacia Primm.

—Muy buen trabajo.

—Fue la señorita Randolph quien se dio cuenta —concedió con inusual magnanimidad.

—Sí —aceptó contemplativo Baker—, hay algo en ella...

—¿La capacidad que tiene para leer a la gente? —preguntó no sin cierta mordacidad—. Es buena, lo sé; la he sufrido en carne propia.

—Ni se le ocurra acusarla por eso, Primm, sabe muy bien que no debió haberme mentado. No me gusta cuando me subestima mi propia gente. Además, asumo la responsabilidad de haberla presionado para que ¿cómo fue que dijo? ¿“leyera”? Es una joven honorable que cumple su palabra.

—¿La de fidelidad a usted? —preguntó serio.

Adam se sobresaltó levemente.

—Tiene algo más que esa capacidad que usted señala; puede interpretar una escena criminal de la misma forma en que lee a las personas —comentó sin responderle—. En el caso Paxton, solo había estado un momento en la sala donde ocurrió el robo y pudo dar una idea bastante precisa de lo ocurrido. Los detalles... Hay algo muy especial en ella.

—Que beneficiaría enormemente a la agencia, ¿verdad? —preguntó esa vez con tono ácido el agente mientras se echaba hacia atrás en el asiento—. Pero la señorita Randolph es muy sensible; he sido testigo de cómo la afectan las circunstancias. —Se interrumpió al recordar algo incómodo—. Además, ¿cómo saber si estos dos casos no fueron aciertos fortuitos?

Con gesto sereno, Adam ponderó el comentario.

—No crea que no lo he pensado; justamente esa fue la razón de hacerla intervenir con usted ayer y luego hoy después de lo de Paxton. Y pasó la prueba brillantemente. Montrose reaccionó de forma excelente cuando ella comenzó a interpretar la escena del robo. Mmm, no esperaba resultados tan rápidos, pero en ambos casos su intervención fue decisiva. La necesito... La necesitamos —se corrigió con una expresión efímera de embarazo—. Me pregunto si podemos entrenarla.

Primm lo miró con gesto adusto. Si no la manejaba bien, la ambición de Baker terminaría por dañar seriamente a la dama. En fin, no era de su incumbencia. Tenía otro asunto más importante que tratar. Se puso de pie para despedirse.

—No olvide hacer el informe, lo leeré con sumo interés —le recordó con intención Baker. El agente asintió y salió por la puerta de comunicación.

Esa podría ser la respuesta a sus sueños: no solo la mujer adecuada para compartir una vida, sino la llave que abriría un destino de reconocimiento y gloria a la Agencia Essex que un día heredarían sus hijos.

* * *

La edición dominical de El Investigador Independiente descansaba sin tocar sobre la mesa del comedor junto al té humeante, el huevo pasado por agua y las tostadas recién hechas que impregnaban el ambiente de un agradable aroma hogareño.

Ese luminoso día había amanecido diáfano y la primavera colaba su tibieza incipiente por las hendidias de las ventanas de cortinas descorridas del comedor y llevaba al interior de la estancia olores frescos. Las ventanas del dormitorio se abrían hacia una calleja angosta que llevaba a un patio en el que desembocaban otros cuatro edificios. Los sonidos de la calle no llegaban hasta allí, lo que le otorgaba una cualidad de umbrío silencio que los ocupantes de los departamentos preservaban con celo. En ese patio al final del pasaje, se reunían los vecinos de cada edificio y los niños jugaban alrededor de las bombas de agua. Entre todos lo mantenían limpio y hasta habían plantado dos limoneros, madreselvas y hiedra que crecía libremente por las paredes de los edificios dándole un aspecto fresco y natural en la ciudad misma de Londres; aunque, a decir verdad, algo no tan inusual en Islington.

Esa mañana temprano, el silencio era absoluto y la paz reinante era ideal para disfrutar del desayuno. Después de un sorbo de té, recordó con placer aquel día en que había acudido al edificio de la calle Dame y William con el

anuncio del periódico en la mano; se había sentido nerviosa e intimidada por el gran paso que iba a dar. Acababa de conseguir su puesto como asistente en la Agencia y solo le faltaba conseguir un lugar decente donde vivir que la aceptara, algo no tan sencillo, ya que una mujer sola y trabajadora no era bien vista en general, como había comprobado en los dos domicilios anteriores en los que había probado. Para su suerte, el edificio de ladrillos nuevo que correspondía a la dirección de Dame 45 lucía bonito, limpio y tranquilo igual que todas las construcciones de esa cuadra. Ese día casi dos meses atrás, Emily había conocido a su actual casera y protectora con la que había mantenido una exhaustiva entrevista antes de que se aviniera a alquilarle el departamento del primer piso.

El encuentro había marchado bien hasta el momento en que Lydia había dado voz a su propia duda.

—¿Cuántos son ustedes?

—Solo yo, señora.

—¿No tiene a nadie? ¿Es viuda? ¿O huérfana?

—Señora Zachary, no he dicho que no tenga familia, solo que estoy sola. Le aseguro que no hay nada que pueda reprobármeme, créame, es solo que he tenido una desavenencia con mi padre y tomé la decisión de distanciarme.

—¿No es usted una hija buena y respetuosa? —le había espetado la terrible pregunta con la desconfianza en los ojos.

—Creía que sí —había susurrado con la voz ahogada por el dolor de los recuerdos que acudieron a su mente mientras intentaba secarse la mejilla con el dorso de una mano enguantada.

La mujer la había evaluado y sus únicas palabras habían sido: “Recibiré noticias mías”.

Emily recordaba ahora con una sonrisa cómo la había angustiado la espera. Y cómo había resonado una y otra vez en su mente la pregunta: “¿No es usted una hija buena y respetuosa?”. Pero tal lo prometido, al día siguiente por la tarde, la señora Zachary la había invitado a verla y la había recibido como su nueva inquilina. Le había mostrado el departamento y le había hecho preguntas sobre su “trabajo” a lo que ella solo había dicho que sería asistente de “un caballero dedicado a la investigación”.

A partir del momento en que se había mudado, la señora Zachary se había transformado en su protectora y amiga. La cuidaba y la visitaba cada tanto para ver que comiera bien, que el trabajo no la agotara, si necesitaba algo y, en suma, para que se sintiera menos sola.

Mientras comía la tostada, la joven recordó con afecto las primeras semanas de su nueva vida: la despedía al irse a trabajar y la recibía cuando volvía, invitándola a tomar un té para que le contara cómo había estado su día. Dado que no quería decir demasiado sobre lo que hacía y dónde –sin duda Lydia no consideraría su trabajo algo decente para una señorita–, pronto Emily dio vuelta las cosas: comenzó a interesarse en las actividades de la mujer, incluso en forma activa; la acompañó a una o dos reuniones de la Liga de Mujeres Cristianas por la Templanza de la calle Packington a la que pertenecía, la ayudó en las obras de beneficencia en las que participaba y fue con ella a la Iglesia de Saint Peter en varias oportunidades.

Con una semisonrisa en los labios, se concentró en el té y en el huevo que tenía frente a ella. Era domingo y, como ya era una costumbre, la señora Zachary y ella almorzarían juntas; por desgracia, ese domingo en particular, en un arrebato que luego lamentó, se había ofrecido –a pesar de su declarada incapacidad en la cocina– a encargarse del almuerzo por lo que debía apresurarse a ir a comprar a la feria lo que necesitaba. Tenía en mente una receta de pescado con salsa que le había dado a probar la señora Ribatti –una exuberante genovesa que adoraba agasajar con platos de su tierra natal– y que le había parecido fácil cuando se la había explicado. La alegre italiana vivía

en uno de los edificios que daban al patio. Emily había conocido a la alegre italiana que vivía en uno de los edificios que daban al patio cuando había tenido que recuperar un pañuelo que se le había volado por la ventana.

Terminó el desayuno, lavó la vajilla y, tras tomar al vuelo una canasta, los anteojos y una chaqueta liviana, salió con pasos ligeros imprimiendo un suave movimiento de vaivén a su cabello en cola. Bajó las escaleras mientras tarareaba una melodía alegre; en el recibidor se encontró con los Murphy, del segundo piso, que le agradecieron emocionados el canario que les había regalado para que su *Misty* tuviera pareja.

Una vez en la calle, le bastó sentir el calor tibio del sol en la cara para que su espíritu se tornara aún más jubiloso. Caminó feliz mientras aspiraba los aromas y absorbía las formas y colores a su alrededor. Los paseantes tempraneros como ella parecían compartir el sentimiento que la primavera le provocaba, puesto que la mayoría exhibía su bienestar con expresiones relajadas y contentas.

Llegó a la feria de la calle Sebbon que comenzaba a tomar vida a esa hora con los feriantes que disponían los puestos y colocaban la mercancía para la venta. Las frutas y las verduras eran las más frescas de la capital ya que eran cultivadas en las numerosas quintas de Islington, y mucha gente de los vecindarios circundantes se acercaba a alguna de las ferias dispersas por la zona para comprarlas.

Comenzó por echar un vistazo en aquellos puestos que ya conocía y, a medida que avanzaba la mañana, fue ensordecida por los gritos de los comerciantes que anunciaban los productos y la instaban con frases cómicas a que comprara los suyos los que, por supuesto, siempre eran los mejores y más frescos de todo Londres.

Media hora más tarde, con casi la totalidad de las compras hechas y acomodadas en la canasta, se dirigió al último puesto. En el trayecto, le llamó la atención un colorido carro lleno de cintas, cortes de tela, pañuelos y encajes de bolillo y se detuvo a mirar. Había ya varias mujeres y muchachas

que cotorreaban y lanzaban grititos de apreciación cuando una tomaba una cinta o un moño y se los mostraba a otra como si hubiera encontrado el tesoro más grande. Emily no pudo evitar sonreír al ver a unas niñas pequeñas imitando los modos y comentarios de las más grandes. La más bajita de las dos intentaba infructuosamente alcanzar una cinta trenzada que colgaba en lo alto del barral del puesto y se veía más frustrada con cada manoteo, cercana al estallido de llanto. Se le acercó y ya se inclinaba sobre ella con una sonrisa para ofrecerle auparla, cuando su cabeza impactó contra algo duro. Cerró el ojo bajo la zona dolorida y se enderezó llevándose una mano al lugar del golpe. Con el otro ojo, miró a quien la había chocado, seguida por la vista atenta de las niñas. Se trataba de un joven cíclope moreno, guapo y acicalado en su traje de domingo, que también la miraba con el ceño fruncido.

—¿Señorita Randolph?

—¿Señor Montrose?

Se midieron cautamente en silencio, alertas a la reacción del otro mientras frotaban la zona del golpe. Emily comenzó a sentirse muy tonta, avergonzada de su actitud poco caritativa para con el joven agente. Al parecer, por lo que pudo analizar cuando dejó de estar a la defensiva, el señor Montrose también se veía contrariado consigo mismo y el ceño ligeramente fruncido había ido suavizándose hasta casi desaparecer. “El aprendizaje, Emily”, se recordó al tiempo que se reprendía por sus pensamientos anteriores: “Aprender a convivir en este lado de la calle”. El rostro del joven pasó de la aprensión a la duda. Bastó que Emily esbozara una sonrisa tímida para que las miradas se conectaran amistosas y las bocas comenzaran a temblar dando lugar a una risa que les pareció inevitable.

—¡Vaya forma de encontrarnos! —comentó él—. ¿Cree que nos saldrá un chichón?

—Al menos estoy segura de que a mí, sí —bromeó Emily.

El hombre no pudo evitar reírse e hizo que algunas de las jóvenes del puesto lo miraran embobadas.

—No crea que yo saldré sin consecuencias —replicó y le guiñó un ojo.

Ella hizo una mueca divertida; Louis se apresuró a ofrecerle una reverencia corta a modo de saludo. Su expresión simulaba ser de circunspección y decoro.

—Permítame que la ayude —se ofreció a tomar la canasta.

—Gracias. ¿Y qué lo trajo por aquí? No creo que este sea un lugar habitual para un hombre soltero y sin preocupaciones —quiso saber mientras dejaba a un lado las prevenciones hacia el joven, despreocupada de guardar las convenciones en un día primaveral tan hermoso que inducía a la sociabilidad y a la camaradería.

—Oh, pues, bueno, me levanté temprano, salí a desayunar y luego me puse a caminar. Mis hábitos son tempraneros: nací y me crié en el campo, entre huertas y animales, y extraño un poco todo eso —explicó de un tirón. De pronto sus ojos se volvieron melancólicos y dulces—. Mi madre y mi hermana todavía viven allí y no las veo hace más de un año.

—¿Y por eso viene aquí? —le preguntó más como una confirmación que una duda mientras señalaba a su alrededor—. ¿A sentirse “en casa”?

—¿Le parece tonto?

—¡Por supuesto que no! —exclamó asombrada por el hecho de que él hubiera pensado eso—. Y, dígame, si no considera una descortesía mi pregunta, ¿qué hará luego?

Fue el turno de él para mirarla con azoro, reemplazado al instante por incertidumbre y tristeza.

—No tengo planes, iré a donde me lleven mis pies; quizás a tomar algo por allí —apuntó vagamente hacia la calle Upper.

Tocada por la melancólica expresión masculina, Emily habló sin darle segundo pensamiento a lo que ya salía de su boca.

—¿Consideraría muy atrevido de mi parte que lo invitara a almorzar? Es decir, conmigo y con la señora Zachary, mi casera, por supuesto —se corrigió de inmediato.

El embobado asombro hizo que tuviera que esforzarse por reprimir una risita nerviosa.

—¿Está segura?

Lo miró extrañada por la pregunta. El joven se recompuso al instante.

—Sí, claro, me encantará aceptar su invitación. Y espero que me deje ayudar con los preparativos —se ofreció de inmediato.

Caramba, no había calculado eso. No podía tenerlo vagando por allí dos o tres horas o esperando sentado en la calle a que ella dijera “el almuerzo está listo”. Bueno, no podía echarse atrás después de ver la inocente alegría con la que el agente había recibido la invitación. Tendría que pedirle ayuda a Lydia... después de convencerla.

Los dos caminaron lado a lado entre los puestos intercambiando comentarios sobre el día, el clima que anticipaba un verano cálido y la gente de buen humor hasta que llegaron al puesto de los pescados. Emily frunció la nariz de inmediato ante el intenso aroma procedente de las cajas con agua fría y sal. El señor Montrose se le acercó y le habló al oído, lo que le provocó un estremecimiento en la columna vertebral.

—¿Qué vamos a comprar aquí?

Muy segura, respondió con impecable acento:

—*Merluzzo*.

Al joven se le escapó una carcajada suave; ella lo miró con el entrecejo fruncido antes de volverse hacia el pescadero.

—Necesito tres piezas de *merluzzo*.

El agente volvió a soltar una carcajada cuando vio la expresión de perplejidad del vendedor lo que le mereció un ceño adusto por parte de la dama.

—Lo siento, señorita, no sé qué es eso —se disculpó el pescadero.

—Me temo que habrá que buscar un sustituto —sugirió el señor Montrose divertido—. ¿Cómo es ese *miar... lut... zou?*

Fue el turno de ella para reírse del joven.

—*Merluzzo* —lo corrigió mordiéndose el labio inferior—, pero no sé cómo es, la señora Ribatti me lo dio ya cocido.

—Pues entonces no hay mucha duda, elija cualquiera —le señaló con la proverbial indiferencia masculina a detalle tan insignificante como lo que se llevaban a la boca para comer.

—¿Usted cree? —acabó por aceptar no muy convencida—. ¿Podría elegirlo por mí? Nunca compré pescado y no sé qué es bueno y qué no.

El señor Montrose eligió tres lindas piezas de salmonete y las hizo envolver. No permitió que ella pagara ya que alegó que “esa sería su modesta contribución a los ingredientes del magnífico almuerzo al que había sido invitado”.

Sumidos cada uno en sus pensamientos, fueron caminando en silencio rumbo a la casa de Emily. Cuando faltaba media calle para llegar, ella se detuvo sin que el joven lo notara. Cuando se dio cuenta tres pasos más

adelante, se giró para verla con expresión inquisitiva.

—Señor Montrose —respiró en profundidad y desvió la vista a un costado —, excúseme, no sé cómo decir esto después de haberlo invitado, pero...

Por la cabeza del agente cruzó la idea de que la joven se había arrepentido de su gesto. Claro, era lógico que se diera cuenta de que su arrebató cortés la forzaba a estar con alguien por debajo de ella con el que había tenido, además, un par de rípidos encuentros. Sintió una repentina oleada de desilusión. Resignado ante lo que esperaba oír, cabeceó hacia la joven instándola a hablar.

—Debo pedirle que me disculpe.

“Oh, bueno, fue lindo tener la ilusión”, pensó abatido.

—No deseo que piense usted...

—No se preocupe, lo entiendo bien.

—¿Sí? Pero ¿cómo? —inquirió desconcertada.

—Lo imagino —respondió a media voz, acercándose para despedirse.

—Eso es extraordinario, ¿qué le hizo darse cuenta de que no sé cocinar? ¿Lo de la compra del pescado? —sugirió ella. El señor Montrose se irguió de golpe.

—¿No sabe cocinar?

—Bueno, un huevo, alguna verdura, pan tostado —enumeró con una mueca afligida.

El joven levantó las cejas manifestando su asombro por el rumbo de la conversación. Al parecer, ella no tardó en caer en la cuenta de que estaban hablando de temas diferentes.

—¿A qué se refería usted? —inquirió cauta.

Algo ruborizado, le respondió con sinceridad:

—Creí que se había arrepentido de la invitación.

—Oh, no, claro que no. Yo pensé que me había descubierto. Esto resulta, mmm, gracioso —terminó riéndose con una luz muy favorecedora en los ojos de miel—. Por supuesto que almorzaremos juntos.

—Es que creí que hablaba...

—¡De la comida! Sucede que todos los domingos como con la señora Zachary, y es ella la que cocina. Pero, como retribución a sus gentilezas, me ofrecí a prepararle algo. La señora Ribatti, una vecina, me dio su receta de *merluzzo al pomodoro agrodolce* —pronunció a la perfección imitando con gracia la voz y la expresividad de la mujer para suprema fascinación del joven—, que me había parecido fácil y de buen sabor; luego resulta que lo encuentro en la feria y aquí me tiene, invitándolo a una comida que usted cree que será magnífica y yo... ¡Yo no puedo garantizarle nada! —terminó el discurso con una semisonrisa angustiada.

El señor Montrose exhaló visiblemente aliviado.

—Oh, vamos, ¿la eficiente y muy capaz señorita Randolph que cambió la apariencia y la organización de la agencia y que colaboró exitosamente en dos casos le tiene miedo a unos salmonetes y a una salsa?

Al procesar lo ridículo de la situación, Emily dejó salir el aire que retenía mitad en una carcajada y mitad en un suspiro lo que produjo un sonido bastante extraño que hizo reír al hombre. Con una mano extendida, la instó a seguir caminando.

—Nos haremos cargo; yo estaré allí para defenderla, no se preocupe —bromeó ofreciéndole el brazo, contento de que aún la invitación estuviera en pie.

—A la batalla entonces —proclamó la joven con decisión; aceptó el brazo y, levantando apenas el borde de la falda, retomaron la marcha hacia el departamento.

CAPÍTULO X

Nada había salido como había esperado y, aun así, todo había salido muy bien.

Louis Montrose fue presentado a Lydia Zachary como un compañero de trabajo que se desempeñaba con el mismo caballero investigador que Emily, y la casera consintió después de muchos ruegos, finalmente enternecida por la historia del gentil y campirano señor Montrose, solo y sin familia en la gran ciudad, que se quedara a almorzar con ellas. Conseguido este difícil paso, ambos jóvenes se dedicaron a cocinar el almuerzo bajo la vigilante supervisión de la mujer.

Para contento y diversión de las dos, desde que entró, el señor Montrose no dejó de comportarse como un niño entusiasmado con cada pequeño detalle que encontraba. Comenzó por alabar el buen gusto del primoroso departamento y continuó con lo bonito y luminoso que era. Mostró una sonrisa de campesina aprobación al ver y oler los limoneros y los jazmines desde la ventana del comedor y se dejó llevar por el entusiasmo mecánico masculino ante la brillante estufa en la cocina: abrió y cerró puertas y cajones; la revisó para saber cómo funcionaba.

El alborozo infantil que mostraba ante cada objeto llevó a Emily, con la debida anuencia de Lydia, a permitirle ver los otros adelantos de la casa, como la bañera abastecida por las cañerías con agua fría y también caliente, que procedía de la caldera central ubicada en el subsuelo del edificio, las que eran provistas por las generosas aguas del río Lea y transportadas por la ingeniosa obra de Hugh Myddleton, cuya estatua veían a diario en el cruce de

Essex y Upper, en el Green, frente a la agencia. Como para llegar al baño debía atravesar la habitación de su anfitriona, el señor Montrose se había ofrecido con gracia a cubrirse los ojos cuando entraba, para lo que requirió la ayuda de la señora Zachary, que lo llevó de la mano hasta el “cuarto de las maravillas modernas”, como lo llamó para gran divertimento de la mujer que disfrutaba de las bromas inocentes. Entre exclamaciones de asombro, el señor Montrose verificó las llaves de agua, el depósito, la bañera y... nada más porque Lydia lo echó de allí diciendo que nunca había visto a un hombre tan ruidoso por cosas que “hoy en día son tan normales como lo es el afeitarse para los varones de verdad”.

Una vez que se calmó, el invitado se transformó en un hombre-orquesta: preparó té para que la señora Zachary se quedara tejiendo sentada en el sillón junto a la ventana; ayudó a limpiar las zanahorias, compartiendo algunas con la joven; peló las cebollas que su compañera picó –ambos llorando y riendo mientras lo hacían, cantando desafinadamente una rima infantil sobre cebollas y conejos a la cacerola que Lydia les festejó desde su asiento–; cortó los tomates y los echó a la sartén junto con el resto de los ingredientes que Emily ya estaba saltando en manteca mientras él le hablaba de su infancia en Kinley y hasta le enseñó a la joven cómo se limpiaban los pescados, eliminando cabezas y colas con cortes rápidos, tarea que asumió caballerosamente, ya que la cocinera había dado un par de pequeños gritos cuando vio a los indefensos animalitos “mirándola con sus vacíos ojos acusadores”, como había descrito un tanto dramática mientras los apuntaba con un dedo y se tapaba la boca.

El señor Montrose se divertía mucho con las bromas y las torpezas de ella que se reía con alegría cada vez que confundía los pasos de la receta y se sintió muy bien al ser el primero en saber que la presumida, seria e inteligente dama era una joven encantadora cuando se lo permitía. Se sintió mal por el recuerdo de cómo la había acusado aquella noche y se dijo que no debía hacerse ilusiones: no esperaba en realidad que ella tuviera una actitud

diferente con él después de esos momentos juntos, aunque no podía negar que le hubiera gustado contar con su amistad. Además, tenía esos ojos tan maravillosos y esa boca cautivadora que invitaba a...

Una exclamación proferida por el objeto de su interés lo arrancó de sus pensamientos; la vio dando pequeños saltitos impacientes alrededor de la sartén en la que revolvía el contenido mirándolo con enojo.

—¿Qué sucede?

—Esta salsa está haciendo algo mal —replicó ella, lo que provocó una mirada enternecida del hombre ante la actitud pueril.

—¿La salsa? —cuestionó divertido.

—Bien, no la salsa —se permitió una mueca de comisuras hacia abajo—, más bien la cocinera. Uff, está como ¿cortada?

El señor Montrose se asomó por sobre el hombro de Emily y se inclinó un poco rozándola apenas. La joven sintió de nuevo la corriente que pasaba por su espalda, allí donde el cuerpo masculino la había tocado.

—Sí, se ve extraña; ¿siguió todos los pasos?

—Pues sí —dudó ella—: saltar los tomates en aceite de oliva, agregarle las especias y el caldo, luego las verduras cortadas. Revolver mientras se cocina. Agregarle la crema y el vinagre...

—¿Vinagre? ¿Está segura de que dice eso? ¿Crema y vinagre?

—Sí, bueno, eso creo, la letra de la señora Ribatti no es clara —apuntó mientras se dirigía al estante sobre la piletta y tomaba un papel—. ¿Ve?

—Es difícil de entender, pero no puede decir vinagre.

Emily se puso a su lado y cabeza con cabeza fueron leyendo cada ingrediente en voz alta. La proximidad de los cuerpos era fuente de incómodo placer en los dos, pero aun así siguieron cerca. De pronto, molesta por las sensaciones y por no poder ver qué estaba mal, tomó la hoja de la mano masculina y la colocó a media distancia: la observó con detenimiento comparando los trazos dentro de la cuadrícula que había proyectado.

—¿Qué hace? —preguntó él, a sabiendas de que era la misma expresión que había tenido en lo de Paxton.

—Analizo la grilla —respondió sin prestar atención a sus palabras. El texto estaba escrito mitad en inglés dificultoso y mitad en italiano genovés lo que obstaculizaba la tarea.

—¿Qué es esa “grilla”? —preguntó usando un tono de voz suave junto al oído femenino que no distrajera demasiado a la joven como para sacarla de su concentración y, al mismo tiempo, le permitiera dar una respuesta sin pensar como la de recién.

—Una división en cuadros para reducir y focalizar la observa...

Se irguió de golpe consciente de que había hablado de más. Su invitado la observaba con una mirada mezcla de falsa inocencia e indisimulado interés. Volvió al papel en absoluto estado de alerta.

—¡Vino! —exclamó de pronto y lo miró—. No es vinagre sino vino; ¡oh, no, he cortado la salsa!

El rostro acongojado y el puchero en los labios sensuales fueron demasiado para el hombre.

—¿Tiene almidón de maíz?

Emily negó.

—Señora Zachary, ¿por casualidad tiene usted almidón de maíz? —inquirió el joven asomándose a la sala—. La sonrisa masculina fue tan amable y dulce que la mujer misma se ofreció a bajar a su departamento, no sin antes echarle una mirada de advertencia que el hombre acató, tras asentir varias veces.

Tal y como recordaba, el almidón dio consistencia a la mezcla que bullía en la cacerola y aunque su aspecto distaba mucho de parecer comestible, los jóvenes dieron por cocido el menjunje rosa y se dedicaron a los pescados que, después de varias aproximaciones y alejamientos de Emily con gesto asqueado, el señor Montrose terminó por cocinar en la salsa.

Al cabo de dos horas de risas, charlas y resolución de crisis varias, el almuerzo por fin quedó listo. Tras la comida, el pastel de ruibarbo hecho por Lydia fue acompañado con té de menta.

—Muy bien, Emily —la felicitó la señora como una madre generosa con las alabanzas a los primeros pininos torpes de una pequeña hija. El joven se limitó a asentir con expresión satisfecha.

—Les agradezco la tolerancia —manifestó la anfitriona complacida por el éxito de su primer almuerzo con invitados—, pero ha quedado demostrado que la cocina y yo no tenemos afinidad. Si no hubiera sido por usted...

—No diga eso —la retó amablemente el señor Montrose—, fue su primera vez y resultó muy bien.

Emily sonrió fatigada después de las tensiones. Se puso de pie.

—¿Qué les parece si ustedes conversan mientras arreglo la cocina? —se ofreció con una sonrisa valiente—. Les traeré más té.

Lydia prefirió sentarse un rato a descansar en el sillón y el señor Montrose se puso de pie con agilidad para seguir a la anfitriona.

—La ayudaré. Entre dos será más rápido —le ofreció con su incansable sonrisa.

En cuestión de poco tiempo, todo estaba limpio, seco y en su lugar. Emily dejó preparada la vajilla y el agua para el té más tarde y quitándole al señor Montrose la tela con la que había secado, lo invitó a ir a la sala. Lo hizo sentar en una de las sillas y se dejó caer en la que estaba al lado. Le habló en voz baja para no molestar a Lydia que empezaba a cabecear una siesta.

—Gracias, por su ayuda.

El negó restando importancia a su acción.

—Ha sido un placer. Me hizo acordar de cuando vivía con mi familia. Pasar el tiempo con ustedes ha resultado algo mucho más agradable que vagar sin rumbo por la ciudad.

—¿Y los otros agentes? ¿No sale usted con ellos?

Él se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—Es que no entienden que no me interese ir a beber, a jugar o a casas de... Bueno, ya sabe. —Una ruborizada Emily asintió con cabeceos cortos.

—Pero imagino que hay muchas otras cosas que hacer en esta ciudad.

—¿Usted también pasa su tiempo libre aquí encerrada?

—No es correcto ni seguro que salga sola y la mayor parte del tiempo estoy en la agencia. Algunas veces veo a la señora Ribatti en el patio o acompaño a la señora Zachary a sus actividades en Saint Peter o en la Liga, aunque debo confesarle —bajó la voz y lo miró cómplice— que no resulta tan divertido como usted debe creer.

El señor Montrose rio fuerte, y Emily estiró inconscientemente la mano hacia la boca masculina para acallarla mientras echaba miradas rápidas hacia su casera. Al apoyar las yemas, sintió la calidez de los labios. Retiró la mano con brusquedad y se mostró abochornada.

El joven la contempló serio. El corazón le latía a toda velocidad y tenía las palmas humedecidas. Sacó voz de su garganta reseca.

—Si me lo permite, quisiera pedirle algo.

Emily echó un vistazo de reojo al sillón donde dormía Lydia. Debió de expresar el temor a las palabras del señor Montrose porque él frunció el ceño y se calló. Pasaron unos segundos observándose y evaluando cuál sería el próximo movimiento del otro. Tras un titubeo, el agente pareció tomar una decisión.

—Señorita Randolph, ¿puedo llamarla Emily? ¿No? Disculpe el atrevimiento... Señorita Randolph, quisiera pedirle, si lo estima usted apropiado, por supuesto, que me permita, es decir, en tanto no crea muy fuera de lugar que alguien como yo le pida esto a alguien como usted...

Las vacilaciones del hombre estaban poniéndole los nervios de punta. ¿Qué iba a decirle si le pedía algo a lo que no podía acceder? Acababa de descubrir que el señor Montrose era un hombre muy agradable, fácil de tratar y hasta atractivo, pero ella no lo conocía; ella aún no podía, su posición actual...

—En fin, quería saber si usted me haría el honor de considerarme su amigo —concluyó exhalando y mirándola con tímida expectación.

Una sensación de alivio —y desilusión— la embargó. Era lo que debía ser, pero, aun así, su natural femineidad clamaba por oír palabras de otro tipo, así vinieran de alguien de una posición social tan distinta. Se quedó helada por un momento. ¿De qué estaba hablando? Ella no pertenecía más a esa otra clase; su propio padre la había separado del seno familiar. Era obvio que en

algún rincón de su mente guardaba la esperanza del arrepentimiento paterno, pero había comenzado a dudar que tal cosa fuera a suceder dado el tiempo transcurrido y el poco interés mostrado, pensamiento que la llevó a tomar, sin mayor consideración por las potenciales consecuencias, una decisión algo intempestiva y poco meditada, que agregó a las numerosas decisiones correctas o incorrectas que había estado tomando en los dos meses que llevaba de vida independiente.

—Señor Montrose, tomo nota de lo mucho que valora usted una posición que no detento, según bien señaló el señor Primm —al murmurar esto último, el hombre tosió su embarazo—, y que empiezo a dudar que alguna vez recupere, pero creo que no debe hacerlo... Exagerar la valoración de nuestras respectivas posiciones sociales, quiero decir.

La expresión confundida la decidió a usar un lenguaje llano y directo.

—Quiero decir que puede llamarme Emily y considerarme su amiga —concedió ruborizada, inclinando la cabeza a un costado.

El rostro del joven se transfiguró. Comenzó a asentir con vigor y a sonreír. Cuando se relajó, solo dijo:

—Emily, puede... puedes llamarme Louis y considerarme tu amigo.

Ambos sonrieron sin saber muy bien qué hacer.

—Guardaremos las apariencias en la agencia.

Ella se quedó pensativa un segundo y aceptó.

—Solo le pido, te pido, que me ayudes a que nadie malentienda nuestra amistad, por favor —le rogó, y Louis creyó entender el mensaje de que él fuera el primero.

—No temas, me ocuparé personalmente del que no entienda. Bueno, creo que ahora podremos planificar alguna salida, conocer algo de Londres, divertirnos juntos... —propuso cortándose de pronto al ver el rostro alarmado de la joven—. ¡No!, ¡no! Con la señora Zachary o con quien creas oportuno, por supuesto.

La joven se arrepintió de su reacción al momento de observar el embarazo en el hombre. Nuevos aprendizajes a cada instante. Una idea cruzó su mente.

—Louis.

—¿Sí? —preguntó sin esconder el placer que le daba oír su nombre. Era tan linda y dulce...

—¿Me has disculpado por mi intromisión en tu caso?

—¿Me has perdonado tú por el mal trago que te hice pasar en la agencia? —le replicó con gesto avergonzado—. Me asusté de muerte cuando vi tu reacción. Nunca había hablado así a una mujer y jamás había hecho llorar a ninguna. No me siento orgulloso de eso.

—Hagamos un pacto de amigos: si tú olvidas mi intervención en el caso Paxton, yo no recordaré la emboscada.

Él le sonrió. Un ruido procedente del sillón les indicó que Lydia acababa de despertarse.

—¿Qué hora es? —preguntó entre bostezos buscando con la mirada a los jóvenes y quedándose tranquila al verlos sentados a la mesa a correcta distancia, manos, piernas y caras donde debían estar.

—Es hora de tomar un té con otra porción del excelente pastel de ruibarbo que usted hizo y luego permitirme que invite a las damas aquí presentes a pasear un poco por Essex o Upper.

Estuvieron de acuerdo con el plan, y Emily se abocó a la tarea de calentar el agua y traer las tazas, los platos y los cubiertos... nuevamente. Al recordar cuantas veces llevaba lavada la misma vajilla, comprendió la vida cómoda y regalada que había tenido antes de su independencia.

—¿Dónde está Lydia? —preguntó cuando salió de la cocina con la tetera.

—Está “peinándose” un poco —explicó Louis con un guiño.

—Un caballero no sugiere esas cosas de una dama —lo regañó con falsa actitud modosa. Louis se rio y tomó la tetera para ponerla sobre la mesa. Sabía por experiencia propia lo pudorosa que su nueva amiga podía ser respecto de algunos temas.

—¿Lees el diario? ¿Me permites?

Lo alcanzó, lo desplegó y le echó un vistazo a la primera plana.

—¡Demonios! —lo oyó exclamar sobresaltado—. Disculpa. Mira.

Rodeó la mesa, intrigada. En la hoja del tabloide, se veía un artículo de media página con un dibujo que decía en grandes letras: “El misterio del robo de la espada alfanje”. En la ilustración que lo acompañaba, había una habitación en la que se exhibían armas y, al frente, una pobre aproximación del alfanje del señor Paxton. A cada lado de la caja de vidrio vacía en la que supuestamente se mostraba la pieza, estaban una mujer algo desdibujada con un par de anteojos oscuros junto a un hombre delgado y moreno, y sobre ellos se veía una soga que colgaba del techo y, por la que bajaba o subía, eso no estaba muy claro, un hombre.

—¡Oh! —exclamó sorprendida, irguiéndose de golpe imitada por su compañero—. ¡Somos nosotros!

Louis asintió y ambos se inclinaron al mismo tiempo sobre el texto. Emily lo leyó en voz alta, y Montrose siguió la lectura en silencio, fluctuando entre diversos grados de asombro y confusión según absorbía el contenido. Cuando

ella concluyó, se miraron aturridos.

—Es el caso Paxton y cómo lo resolvimos —señaló Louis—. Bueno, casi. ¿Cómo pudieron enterarse?

—No lo sé, lo único que se me ocurre es que alguien de la agencia o de la casa de Paxton habló. Probablemente alguien que no estuvo en la sala porque hay numerosos errores en la descripción del lugar.

—Y el dibujo tampoco es correcto.

—Lo que corrobora nuestra suposición de que es alguien al tanto, pero no demasiado.

—Y lo que descarta a Paxton, a Baker y a nosotros dos —comentó intrigado Louis ahora que el primer asombro daba paso a la curiosidad.

—¿Qué crees que dirá el señor Baker? —preguntó nerviosa.

—Esto es buena publicidad para la agencia —respondió con un encogimiento de hombros.

—Pero no creerá que fuimos nosotros, ¿verdad?

—No te preocupes, si lo hace, le explicaremos. Lo entenderá, es un hombre inteligente. Vaya, caramba, así que soy el famoso agente M —se ufanó divertido—, y tú eres la misteriosa señorita R.

—No te burles, por favor, esto es serio. A los otros agentes no les caigo bien, y se ensañarán conmigo —se quejó con voz lastimera dejándose caer en una silla—. ¡Y lo único que yo quería era pasar desapercibida!

—¿Por qué, querida? —inquirió curiosa Lydia al entrar al comedor.

—En verdad, Emily, eso es imposible —señaló Louis con una mueca mientras la observaba de arriba abajo sin prestar atención a la mirada confundida que le dirigió la mujer mayor, la que se volvió decididamente azorada cuando oyó la respuesta de la joven.

—Pero, Louis, no es bueno para mí. Si el señor Baker se enoja...

Lydia se recuperó rápidamente y con una actitud feroz, decidida y firme que no admitía réplicas, demandó saber todo lo que se había perdido durante su siesta. El honor de una joven dama —y la natural curiosidad de una hija de Eva, debía admitirlo— así lo requería.

Louis fue quien se hizo cargo de las explicaciones sobre la reciente amistad, luego le garantizó que siempre habría una tercera persona para atestiguar sus buenas intenciones y terminó por explicar el comentario de la joven en relación con su trabajo en la agencia. Emily no tuvo más remedio que intervenir para aclararle en qué consistía su trabajo y se afianzó en la silla para soportar el vendaval que arreciaría en cuestión de segundos.

—¿Una agencia de detectives?! ¿Ese es tu trabajo, Emily?! Oh, no, no, no, eso no es posible, no es una tarea adecuada para una dama como tú, siempre rodeada de hombres groseros y vulgares relacionados con los estratos más bajos y despreciables —exclamó al borde de un ataque de histerismo.

—Pero Lydia, los agentes no son así; Louis es uno de ellos —arriesgó como argumento a favor de la corrección de los modales de los empleados de la agencia—. Además, estoy siempre con la señora Walloski y trabajo directamente con el dueño de la agencia, el señor Baker, que es todo un caballero; de hecho, soy su asistente. Debes creerme que no hay nada incorrecto en mi trabajo. Por favor, Louis, explícale.

—Señora Zachary, es verdad; quizá deba pasar un día por allí para comprobarlo. La agencia está muy bien ubicada en Essex, cerca de Saint Peter, y los clientes que se atienden son de muy buena posición y recursos.

Muchos de ellos son nobles. Podría conocer al señor Baker, nuestro jefe.

La mujer, aunque aún nerviosa por la noticia, comenzó a apaciguarse. Ese fue el momento que la joven aprovechó para sugerir que sería una buena idea caminar un poco después del té y para asegurarle a Lydia que durante el paseo ella podría hacerles todas las preguntas que deseara para quedarse tranquila. La mujer aceptó a regañadientes tratando de ver la trampa en la proposición, pero solo pudo atestiguar las expresiones de inocente ansiedad en las caras de los jóvenes.

Una hora más tarde, los tres salieron del departamento, no sin que antes Louis ocultara en el vajillero de Emily el diario y le comentara al oído con tono apesadumbrado: “Solo espero que McColl, Puños y Whisky no estén allí cuando ella vaya”.

CAPÍTULO XI

"Van a alcanzarme... No, por favor, Dios, ayúdame... Me atraparán y me matarán... ¡Billy! Billy, ¿por qué? Yo te amo... Nunca debí haber aceptado, no debí haberte oído... Fue algo malo, y Dios me castiga así. Él no querrá ayudarme después de lo que hice... Oh, Billy, ¿por qué?, ¿por qué?"

Sus pensamientos se cortaron de improviso cuando una mano fuerte la sujetó por el brazo y tiró de ella de modo que detuvo la enloquecida carrera. Trastabilló y podría haber caído si quien la había atrapado no la hubiera estado sosteniendo con fuerza. Sintió el dolor donde la apretaba y ya casi no tenía aliento por la huida. El hombre, cuyos rasgos amaba tan profundamente, la puso de frente a él y la miró en agitado silencio. Eran tan lindos sus ojos, pensó; y sus brazos, los mismos que ahora la lastimaban, la habían protegido tanto cuando el mundo se le echaba encima...

Por un instante no supo qué había sido el ruido sordo que oyó a su espalda cerca del oído, pero, de inmediato, la alcanzó la sensación de la punta aguda perforando la piel del cuello y el filo del largo metal abriéndose paso en la nuca con inusitada fuerza. Si un alma que abandona el cuerpo tuviera un olor, un sonido o provocara una sensación, serían esos que sentía en ese momento, imaginó. El aroma a óxido, el calor dulzón saliendo de su cuerpo, la oscuridad progresiva, los ruidos mitigándose lentamente hasta concluir en un extraño y bienhechor estado de pacífica ligereza. Cuando ella comenzó a experimentar lo etéreo en su actual estado, ya no era más que un recuerdo de sí misma, una ilusión que se desvanecía en un espacio sin tiempo. En pocas palabras, se le ocurrió, ya no era.

* * *

Ese era un extraño golpe de suerte, sin duda, pero debía indagar cómo se había filtrado la información a los diarios por más beneficioso que pudiera ser el resultado.

Adam entró en el edificio con el periódico en la mano y después de saludar a McColl y a la señora Walloski, pasó directamente por la oficina de su asistente. La amable expresión femenina mudó cuando vio el ejemplar en la mano de su jefe. Trató de guardar la compostura, pero sin mucho éxito a juzgar por la expresión de cejas alzadas de Adam.

—Buenos días, Emily. Convoque a los agentes a una reunión para hoy al mediodía. Prepare los casos que tenemos para que los asigne y esté lista para tomar nota. Ah, consígame ejemplares del *Morning Post*, el *Daily Chronicle* y el *Daily News*.

Para hacer de un día complicado uno verdaderamente difícil, Lydia se presentó esa misma mañana dispuesta a verificar las condiciones de trabajo de su inquilina y protegida. Un McColl desagradable como siempre la llevó hasta la puerta de Emily y la dejó sin anunciarla. Al verla, la joven se puso de pie con una exhalación de agobio: había dos clientes para hablar con el señor Baker, uno dentro en ese momento, ella tenía que atender a los que esperaban tomando los primeros datos personales y una breve descripción de la razón de su visita y, además, debía avisar a la señora Walloski de la reunión del mediodía para que preparase algo para los agentes. No era el mejor momento para sentirse presionada, se lamentó.

Recibió a Lydia con una sonrisa amable y la invitó a sentarse al otro lado del escritorio. Por lo que pudo detectar en el rostro de la mujer, parecía bastante impresionada por lo que había visto hasta ese momento —con

excepción del escocés, estaba segura— y su expresión de severa firmeza al menos no era dura.

Suspiró y le anticipó que era un día complicado y que aún no había tenido oportunidad de comentarle a su jefe de su visita; la lacónica respuesta por parte de la determinada mujer fue: “Mejor”.

En cuanto salió el cliente, Emily le explicó a un impasible Adam todo sobre la señora Zachary, su amistad, su sobreprotección y la reacción que había tenido al enterarse de donde trabajaba. Con cierto ahogo en la voz continuó con las dudas de la casera de que continuara en un trabajo “así” por lo que ella había tenido que ofrecerle una visita a la agencia para calmarla. El hombre escuchó en silencio. Sin mirarlo a los ojos, la joven terminó de decirle que la mujer se hallaba allí y que quería hablar con él.

—Hágala pasar.

Fue a buscar a Lydia y juntas fueron a la puerta de comunicación. Con apenas un titubeo, se decidió a detenerla.

—Por favor, Lydia, no menciones a Louis.

La mujer la observó con severidad antes de entrar al despacho de Baker. Poco después, ambos salían por la misma puerta; uno, sonriendo encantadoramente y la otra, con gesto de suma complacencia.

—Señorita Randolph, la señora Zachary y yo daremos una rápida recorrida por la agencia. Avise a los que esperan que me demoraré unos minutos.

—Sí, señor —le respondió asombrada, más aún por el guiño que él le dirigió a espaldas de la mujer—. Les haré servir té mientras lo aguardan.

Cuando Lydia salía por la puerta del brazo del hombre, escuchó que le decía “¿Ve? Es lo que le comentaba; la señorita Randolph es invaluable para esta agencia. Ella sola fue quien...”

Se apoyó un momento en el borde del escritorio. Una sonrisa confiada brotó en sus labios y, en ese momento preciso, tuvo certeza de dos cosas: su casera no pondría ninguna objeción más a su trabajo y ella había pasado el plazo de prueba con éxito.

* * *

—Apresúrense. Ya todos están reunidos —los urgió el ama de llaves al pasar junto a ellos.

Louis y Emily se miraron una vez más y subieron a paso veloz los escalones. Acababan de tener una rápida conversación en la que habían convenido que no hablarían a menos que se lo solicitaran. “Observar y escuchar”, instruyó Louis y la joven acató obediente con un asentimiento.

—Bien, señores, el orden del día comienza por un asunto que ha llamado mi atención esta mañana. —Adam acompañó las palabras con la distribución de los diarios que Emily le había entregado—. Observen los artículos que marqué en cada ejemplar.

Leyeron en silencio hasta que las exclamaciones en voz baja comenzaron a superponerse. Primm se hizo oír con claridad.

—¿Cómo demonios...?!

—El lenguaje, Primm —indicó Adam con un cabeceo en dirección de su asistente.

—¡Este diario es de hoy!

—¿Esperaba algo diferente, Montrose? —inquirió Adam con una ceja alzada.

La expresión de contrariedad que cruzó el rostro juvenil al darse cuenta de que se había puesto en evidencia lo delató ante los demás que enfocaron las miradas curiosas en él. Adam tomó la palabra sin dejar de observar al joven agente durante el tiempo que habló.

—Habrán observado que los artículos señalados son comentarios más o menos iguales del caso Longbury. No escapa a ninguno de ustedes el hecho de que la noticia de lo sucedido en casa de *madame* Eglantine, aun con iniciales en lugar de nombres completos y alusiones veladas en lugar de afirmaciones, fue dado a conocer de alguna forma.

—¿Filtrado? —murmuró Balling con voz pastosa—. ¿Por quién?

—Eso quisiera saber. Más allá del lado positivo respecto de la buena publicidad, este hecho me plantea un serio interrogante: ¿alguien está filtrando información de asuntos sobre los que yo prometí discreción y silencio? —concluyó con un tono falsamente suave, evaluando uno por uno los rostros alrededor de la mesa.

Los agentes cruzaron miradas.

—Y a eso debo sumar ahora la reacción de Montrose, no tanto al contenido del artículo, sino a la fecha de los periódicos. ¿A qué se refería usted?

—En *El Investigador Independiente* de ayer encontré algo que me sorprendió tanto como a usted lo de Longbury —respondió Louis con una exhalación de entrega.

Emily sintió que no podía dejar a Louis solo en un momento en que todos resultaban sospechosos de haber dado información de los casos.

—Yo también lo vi.

Adam se giró hacia ella con una expresión gentil en el rostro.

—¿Qué es lo que usted y Montrose leyeron que los demoró conversando para llegar tarde a la reunión?

—Una nota sobre el caso Paxton en la que se mencionaba la intervención de la señorita Randolph y mía —respondió Louis—. Observamos que los hechos no eran del todo exactos y hasta la ilustración tenía errores por lo que pensamos que había hablado alguien que desconoce los detalles. De haber sido uno de los que estuvimos allí, serían más precisos.

Adam meditó un momento y terminó por asentir su acuerdo. Louis y Emily suspiraron aliviados.

—Sí, algo que lamentablemente no podemos determinar en el caso Longbury dado lo escueto de las notas. Emily, consígame una copia de *El Investigador Independiente* de ayer. ¿Algún comentario?

Todos negaron, y Calvert intervino.

—Por lo menos se trató de dos casos concluidos; lo que en realidad importa un grave riesgo, es que, de haber sido investigaciones en curso, habrían podido dañar seriamente nuestro trabajo.

—En efecto, Calvert y, aun cuando no fue así, hay un pequeño daño lateral: la potencial pérdida de confianza de nuestros clientes —señaló echándose hacia atrás en el asiento—. El fundamento del servicio que ofrecemos es la discreción y la eficiencia de nuestra labor, si no podemos garantizar lo primero y lo segundo se pone en peligro con casos en marcha, como bien señala...

Un silencio pesado cayó sobre los presentes.

—En fin, solo nos queda ser mucho más cuidadosos que de ordinario. Estén atentos a quién se les acerca y de qué hablan. Y tú, Roy, presta atención. —Adam dejó flotando el comentario—. Bueno, vayamos a lo nuestro: hay dos casos nuevos: Isaac Abramowitz nos ha contratado para que investiguemos el paradero de una ahijada suya, perdida en el puerto hace

quince años cuando llegaron de Rusia. Tengo la descripción de la joven, prometida de su hijo menor según un acuerdo entre familias, aunque creo que eso no ayudará demasiado. El señor Abramowitz desea saber si la joven aún vive y, si ese es el caso, dónde se encuentra.

—¿Por qué se demoraron tanto? —quiso saber Primm.

—No tenían dinero para la búsqueda. Actualmente, el señor Abramowitz tiene un próspero negocio en la zona y pueden hacer frente a los gastos que implica la investigación. ¿Alguien interesado?

Primm levantó la mano.

—Este caso no me pondrá de nuevo en las páginas de los diarios —comentó con una mueca.

—Montrose, el siguiente es para usted. Debe reportar los pasos y actividades diarias hasta el próximo viernes por la mañana de Helga Schmidt, integrante de la Compañía Lírica Helvética. El viernes antes de las 3 de la tarde entregará su informe a la señorita Randolph para que lo haga llegar a nuestro cliente. Jones, cuénteme, ¿cómo le está yendo con el hijo de lord Almody?

—Ese puñete... ese bendito muchacho —se corrigió de inmediato mirando a Emily de costado lo que provocó risas reprimidas alrededor de la mesa— es un dolor de cabeza. Se la pasa metiéndose en líos a cada momento: con las mujeres, con los tahúres, con otros nobles... ¿Tendré que seguir de niño por mucho tiempo?

Los hombres se rieron abiertamente esta vez, y Jones los miró con cara de pocos amigos.

—Solo un poco más, Jones, veré de hablar con lord Almody y le explicaré que un buen elemento como usted no puede desperdiciarse en ser la nana de nadie. ¿Qué hay del caso Fenton? —preguntó volviéndose hacia Balling y Calvert.

—Estamos en un callejón sin salida —aceptó Calvert con un encogimiento de hombros—. Hemos averiguado que Hummel, el adversario de Fenton en el manejo y distribución del opio en Londres, no ha dado un paso en falso, y la señora Fenton es tan imposible de abordar como la misma Reina de Inglaterra.

—Nadie sabe nada sobre la chica o no quiere hablar a causa del padre. Está duro conseguir información —acotó Balling bostezando—. Seguiré presionando a mis contactos.

El ama de llaves llegó con un almuerzo ligero y, por un rato, ella y Emily se ocuparon de retirar los papeles y acomodar platos y vasos. Al pasar junto a Louis, la joven lo oyó murmurar “no será *miarlutzou*, espero” y tuvo que sofocar una risa espontánea que subió burbujeante por su garganta. La mirada que le dirigió al joven desde detrás de Balling fue de pretendida amonestación dando pie para que esa vez fuera él quien tuviera que ocultar una sonrisa.

Tras el último bocado, Adam retomó la palabra.

—Bien. Lo último que quiero comentarles antes de concluir, es que me estoy haciendo cargo en forma personal de una investigación en el Departamento de Asuntos Navales del Ministerio de Guerra. En vista de que ustedes están ocupados, necesitaré contratar a un par de personas para que trabajen conmigo. Una vendrá esta tarde a las cinco, Tadeo Fargg. —Hizo un gesto a Emily para que lo agendara—. Esperaba que al otro me lo recomendara alguno de ustedes. Si saben de alguien capaz y discreto que pueda venir hoy, avisen a la señorita Randolph. Eso es todo.

Los hombres se pusieron de pie y se retiraron por la puerta de comunicación. Louis se distanció del resto para hablar con Emily.

—Te dije que todo saldría bien.

—Lo admito, estaba preocupada.

—¿Te imaginabas lo del caso Longbury? Te estás volviendo conocida.

—Créeme, Louis, no es lo que busco.

—No creo que te vea esta semana, pero puedes “agendarme” —imitó la voz de Baker con bastante acierto provocando una sonrisa en la boca femenina— para el viernes a la noche. He oído decir que habrá un concierto de la cantante Mary Lindford en el teatro de Essex y Norfolk. ¡Dile a la señora Zachary! —se apresuró a agregar en voz baja, disparándose hacia la salida cuando oyó que se abría la puerta de comunicación.

Una vez en la escalera, echó un vistazo hacia atrás y la vio junto a Baker, lo miraba y asentía con suavidad con una comisura de los labios apenas levantada. Sonrió para sí seguro de haber sido el causante y bajó tarareando una canción de moda con el corazón alegre y los pies ligeros.

CAPÍTULO XII

Los días siguientes se sucedieron rápidos y ajetreados. Con el tema del ministerio en sus manos, Adam apenas aparecía por la oficina más que para firmar lo necesario y aceptar confiadamente las decisiones que su asistente tomaba respecto de la organización de la agencia. Después de comer algo, salía hacia el Departamento de Asuntos Navales con los hombres que había contratado y allí permanecía hasta altas horas de la noche. Mientras tanto, Emily pasaba el tiempo sin más visitas que algunos clientes dispersos, haciendo notas, organizando archivos o tramitando diligencias bancarias. Pocas eran las oportunidades en que veía a los agentes, por lo que su existencia parecía irse encarrilando en paz por la calle que ahora transitaba.

El nublado amanecer del tercer día fue frío debido a un violento viento del norte que había bajado la temperatura de manera sorpresiva, lo que obligó a la gente a olvidarse del tiempo primaveral.

Esa mañana en particular, Emily se quedó dormida. Sin siquiera desayunar, se había cambiado rápido desentendida del cambio de clima al elegir su ropa de media estación y había caminado a toda prisa hacia la oficina. En el breve recorrido, notó lo cerrado del cielo y el hecho de que el abrigo apenas le alcanzaba para protegerse del viento helado que soplaba con fuerza; al menos cuando llegara, le podría pedir una taza de té caliente a la señora Walloski y, quizá, Jim o Bob le pudieran comprar unos escones.

Al llegar a Essex, pudo divisar un coche delante de la agencia y al señor Baker que la esperaba. Apuró aun más el paso, avergonzada por el retraso.

—¿Sucede algo, señor Baker? —apenas si pudo preguntar antes de que él la tomara de improviso por el codo y la llevara hacia el coche.

Sin ninguna explicación, la subió al vehículo y le dio orden al cochero para que fuera a toda velocidad a los muelles en Wapping. Durante el trayecto, Emily tiritó y se estremeció por las corrientes heladas que entraban en el coche, pero Adam parecía sumido en profundas reflexiones y no se daba cuenta de nada mientras su vista se perdía del otro lado de la ventanilla de vidrios sucios. De pronto volteó hacia ella.

—No sé cómo decirle esto. Lo que le voy a pedir será difícil para una joven sensible como usted, pero, en verdad, necesitamos conseguir toda la información posible de la escena cuanto antes. Vamos a ir a.... Lo lamento, no sé cómo hacer esto menos duro: se ha encontrado el cuerpo de Prudence Fenton en los muelles de Wapping; un informante de Roy le avisó por la madrugada y con Calvert han preservado el lugar hasta el momento, pero la mañana avanza y pronto será imposible ocultar la presencia del cadáver. Lo siento —se disculpó apesadumbrado al ver la expresión de horror de la joven—. Debemos llegar antes que la policía y obtener toda la información posible. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Ya estoy aquí —le respondió con una mueca que había querido ser una sonrisa valiente, pero fallaba en forma miserable—; lo intentaré.

Adam apoyó una mano sobre la enguantada de Emily y le sonrió con confianza.

—No sé qué encontraremos, Emily; haga lo que esté a su alcance. Significará mucho para mí.

Ella asintió sin saber qué más decir. Tiritaba y se estremecía sin parar, un poco por el frío, otro poco por el resquemor ante lo que la esperaba. ¿En verdad le estaba pasando eso a ella? ¡¿La estaban llevando a los muelles a ver un cadáver?! Con un nudo en la garganta y una creciente sensación de opresión en el pecho, enfrentó los siguientes quince minutos de viaje como

alelada, incapaz tan siquiera de sentir el debido terror. Cuando llegaron a la zona portuaria, el viento frío que procedía del Támesis terminó por congelarla provocándole la sensación de separarse de su propio cuerpo. Su jefe la ayudó a descender del coche y con su cuerpo como protección contra el viento, la condujo por el callejón. Al menos allí no hacía tanto frío, fue lo único que pudo pensar antes de que el señor Baker se corriera y la dejara de cara a un angosto espacio de calle limitado por altas y sucias paredes de ladrillo, piedra y madera que, por lo poco que se podía vislumbrar en la mañana oscura de nubes plomizas, sin duda eran viviendas pobres o barracas de los muelles. No más de cuatro pasos más adelante, reparó en la presencia de los agentes, arrebujados en sus abrigos, frotándose los brazos para entrar en calor.

Los hombres giraron cuando oyeron la voz de Baker. El asombro de ambos fue manifiesto cuando la vieron junto al jefe.

—¿Qué demonios está haciendo, Baker? —murmuró Calvert irritado al ver la pequeña figura temblorosa.

Balling vio al equilibrado Monje enojado como nunca antes. Adam estaba perdiendo el balance por la maldita agencia, se dijo, y escupió a un costado para mostrar su desacuerdo. Baker y Calvert cruzaron miradas tensas.

—¿Qué pasó?

—Un trabajador del puerto encontró a la mujer esta madrugada. La muerte parece reciente, quizá de ayer. ¿No es así, Calvert?

Con una mirada de reojo a la mujer que se estremecía frente a él, Calvert asintió.

—La lividez detenida, la rigidez de los miembros y el grado de sequedad en los labios y los ojos así lo indicarían. De todas formas, no hay que olvidar el efecto de la baja de temperatura que ayudó a conservar un poco el cuerpo.

Emily ahogó un gemido y se llevó la mano a la boca.

—Roy, consigue más luz. Emily, venga.

La joven temblaba por el frío y todo pensamiento se detuvo cuando vio los costosos zapatos y parte de las piernas de una mujer enfundadas en medias de seda blanca cuyo cuerpo tapaba Calvert. Aspiró con fuerza emitiendo un sonido angustiado. “Maldita sea”, se oyó decir a Calvert por lo bajo.

Ella los miró con ojos llenos de aflicción; se quitó los anteojos y, con una mano que apoyó en el brazo del agente, hizo una leve presión para que se corriera; él vaciló por un instante, pero se apartó, y Emily tuvo una vista completa del cuerpo: una muchacha joven yacía boca arriba, pálida, los labios amoratados, los ojos cerrados, los brazos prolijamente a los costados, los cabellos sueltos apenas movidos por las corrientes de aire, la fina ropa envolviendo el cuerpo delgado. Tenía la cabeza apoyada sobre telas dobladas y lo único que alteraba la imagen de profundo sueño que alguien había intentado representar era el movimiento de la falda por efecto del viento que se colaba cuando arreciaba desde el río.

Frente al cuerpo de la muchacha, la sensación no fue de rechazo, sino de alejamiento. La cuadrícula apareció sin esfuerzo ante sus ojos en apariencia vacíos. La grilla se ajustó a los límites del espacio del callejón y luego de forma más acotada al cuerpo y bajó sobre este hasta atravesarlo y apoyarse en el piso. Cada cuadrado fue analizado escrupulosamente y cuando pasados unos minutos terminó la observación, ajena por el momento al frío que la atería, retrocedió hasta dar la espalda contra una pared. Allí se quedó – estática, excepto por el leve movimiento de las pupilas– y esa vez la grilla abarcó el callejón completo. Parecía que se hallaba viendo una obra teatral a la distancia con una escena cargada de utilería: una muñeca apoyada en el piso, un farol roto apagado, las paredes desnudas, descascaradas y húmedas, las pocas ventanas de postigos rotos e irregulares cerradas, más allá dos hombres viéndola con alguna emoción que su mente –focalizada como estaba en los objetos– no podía discernir y, en dirección de ellos, un hombre acompañado por un niño que entraba en escena con antorchas. Sus ojos fueron atraídos de inmediato por la luz oscilante, pero sobre todo por el calor que emanaba de ellas. Olvidada de lo que hacía, la mente embargada por el

frío atroz en su interior, caminó sin ver hasta ellas y elevó las manos al corazón de las llamas para atrapar el calor del fuego. Alguien tiró bruscamente de ella y sintió que la envolvían y la apretaban contra un cuerpo caliente y firme. Se dejó hacer sin protestar, la cabeza vuelta hacia la llama, los ojos aún atrapados por el color y el calor.

—¿Hacía falta someterla a esto, Baker? —Emily sintió que la voz enojada de Calvert le llegaba a través de una nebulosa, mientras se hacía más clara de manera progresiva—. Quédese quieta, señorita Randolph, está helada, necesita calentarse. Espere, es mi abrigo, no tiree, trataré de taparla mejor.

—Está resultando difícil impedir que la gente se quede fuera del callejón —dijo Balling—. Los hombres que puse no aguantarán demasiado y en cualquier momento vendrán los muchachos de la Metropolitana por la Fenton.

—No es... —apenas oyeron desde el interior del abrigo de Calvert. Con la idea de que no había tiempo que perder, Emily intentó salir del refugio e ir hacia el cadáver, pero el agente se lo impidió y la apretó de nuevo contra él.

—Deje que me acerque, señor Calvert. Estoy bien.

—¿Segura? —Cuando ella asintió, concedió tenso—. Iremos juntos, no dejaré que vuelva a enfriarse. “Y a asustarnos como recién”, pensó para sus adentros.

Los dos avanzaron con cierta torpeza a causa de la incomodidad de la prenda compartida, seguidos por los demás. Cerca del cuerpo, ella intentó ver a la mujer.

—Abajo —ordenó seria.

Calvert la miró con una ceja levantada, pero acató la orden esbozando una mueca. Emily se asomó, tocó con aprensión los dedos helados y los giró un poco para observar las yemas, tomó la muñeca yerta, dio vuelta las manos para examinarlas y luego se inclinó más sobre el cuerpo llevando una mano

de la joven a la nariz para olerla. Dejó el congelado miembro en su lugar, hizo un gesto a Calvert con la barbilla para subir y este se plantó bien sobre la punta de los pies para levantarlos a los dos.

—No se llevarán a Prudence Fenton, me temo.

La sorpresa en los rostros masculinos fue evidente.

—Nunca la he visto, pero estoy segura de que no es ella, sino alguien a quien quieren hacer pasar por Prudence. Lo poco que puedo decir es que es casi una niña, probablemente lavandera de ocupación, y que no murió por causas naturales.

Los pasos y voces fuertes llegaron hasta ellos traídos por el viento que arremolinaba. Los agentes de policía estaban a punto de entrar al callejón. Calvert la soltó con una disculpa, se arrodilló junto al cuerpo y lo giró rápido atrayendo la atención de Baker al cuello de la mujer. Balling le acercó la luz y se escuchó el juramento del hombre. Emily se arrodilló junto a él para ver.

—Una entrada circular pequeña pero profunda en la nuca, todavía hay restos de sangre seca alrededor del orificio —apuntó rápido Calvert. Sin pérdida de tiempo, volvió el cuerpo a la posición inicial y lo acomodó; un segundo después, se sintieron los pasos de los policías que ingresaban decididos en el callejón.

—Y ni una mancha en el cuello del vestido —acotó Emily seria. Baker y Calvert asintieron.

Con decisión, el último se paró de golpe, abrió el abrigo y, tras levantar de un tirón a la mujer, la envolvió otra vez, hasta tapparle parcialmente la cara y la cabeza. “Quédese quieta”, le ordenó. Ella aceptó sin discutir, arrebujándose en el abrigo y reanimándose con el bienvenido calor del cuerpo masculino, desentendida de lo indecoroso de la situación. Calvert se apresuró a sacar a la joven al tiempo que se mezclaba con los curiosos; por el rabillo del ojo advirtió a un hombre de muy baja estatura que los seguía. Paró el primer

coche que avistó, y se subieron a él. Cuando el coche inició la marcha rumbo a la agencia, pudo distinguir al hombrecito que los contemplaba con ojos ávidos y astutos. Antes de perderlo de vista, lo vio volver con pasos apresurados al callejón donde desapareció entre la gente.

* * *

Calvert llevó a Emily a la agencia, la dejó en manos del ama de llaves con una breve explicación y volvió al muelle. La mujer se hizo cargo de la joven: la llevó a la cocina –donde el escocés se hallaba junto al fuego mientras bebía de una petaca– y, en cuanto se enteró de que había salido de su casa sin abrigo y sin desayunar, le preparó té con leche caliente al que agregó pan, manteca y miel.

En medio de varios estornudos, Emily le explicó sobre la emergencia de esa mañana. Sin darle mayores detalles de la truculenta experiencia que había vivido, deslizó el comentario de que la joven encontrada no era Prudence Fenton y luego bostezó audiblemente. La mujer decidió que la joven necesitaba descansar y la llevó al cuarto de reunión de los agentes. Con la promesa de que no la dejaría dormir más de media hora, le alcanzó un pequeño brasero y una manta. Emily no tardó en caer en un sopor resultado del cansancio físico y la tensión nerviosa.

Un tintineo, pasos, una silla que se corría, unos murmullos graves fue la secuencia de sonidos que la devolvió de los brazos de Morfeo. Con un estremecimiento, se desperezó sin mucha idea de donde se hallaba, mientras dejaba deslizarse la manta que la cubría; se frotó los párpados y, al lograr abrirlos, se encontró con cinco pares de ojos masculinos observándola, sus dueños parados o sentados alrededor de la mesa de la sala.

—Lo siento —balbuceó. Se humedeció los labios y el movimiento fue un nuevo ímán para la atención masculina. Se frotó los brazos para entrar en calor.

—¿Se siente bien? —preguntó con voz ronca Adam—. La señora Walloski dijo que no desayunó esta mañana. No debe volver a hacerlo, ¿entiende?

Emily aceptó la amable reconvención, dejó las mantas en un brazo del asiento y tras bajar los pies del sillón, se sentó derecha y acomodó la falda. Se arregló rápida y eficientemente el cabello desordenado y se enderezó la ropa torcida seguida por ojos atentos.

—Bien. —Adam se aclaró la garganta para llamar la atención de los demás que volvieron a sus tazas de té con expresiones inescrutables—. ¿Puede comentarnos lo que observó?

Parpadeó un par de veces y, con la vista al techo, los labios apretados y las manos cruzadas sobre la falda, pensó por un instante en lo que había visto esa mañana. Un estremecimiento la recorrió al recuperar la imagen de la mujer muerta, los labios púrpuras, la piel traslúcida, los ojos de finos párpados cerrados en un sueño eterno.

—Lo primero que me llamó la atención fue la disposición del cuerpo. —Tragó con dificultad al usar la despojada palabra—. Estaba acomodado con cuidado, los brazos y las piernas rectos, el cabello bien peinado, la ropa en su lugar y telas colocadas bajo la nuca.

—¿Qué significa eso? —preguntó Louis, que fue a sentarse junto a Emily en el sillón seguido por la mirada ceñuda de Baker.

—Dispusieron el cuerpo como si estuviera durmiendo en su cama, la cabeza en una suerte de almohada —le respondió enfocándolo—. Y eso me parece importante.

—¿Por qué? —intervino Primm.

—Porque dice que quien la dejó allí sentía algo por ella —completó Calvert la frase, mientras recibía una mirada aprobatoria de Emily.

—Exactamente. Quien la dejó en ese callejón la quería.

—Lo que también nos lleva a pensar que, si donde fue dejada representa en cierta forma su habitación, por así decirlo, el lugar todo sería el “hogar” de la joven —razonó Calvert.

—¿Quiere decir que la joven vive en esa zona? —inquirió Adam.

—Es una idea —respondió el agente pensativo.

—Lo segundo que observé fue que la ropa no le era, cómo decir... —Emily rebuscó en su mente las palabras— ...natural; aun cuando le quedaba, era un poco grande o un poco chica en algunas partes.

—Lo holgado podría deberse a que adelgazó durante el cautiverio —sugirió Primm.

—Es cierto, pero no es lo que quiero decir: es un vestido hecho a medida, pero no para ella. La vistieron con la clara intención de hacerla pasar por Prudence Fenton. Recuerden que la nuca tenía manchas de sangre seca, no así el cuello del vestido que sin duda le pusieron después de matarla. No, esa ropa no era suya: el busto estaba flojo y el torso era algo más ancho de lo que al diseño original correspondía. Es evidente que no era para una mujer como ella.

Algunos párpados se entornaron resintiendo el comentario hecho con un dejo despectivo.

—Era una lavandera y las lavanderas no visten atuendos hechos por modistas, de fino *cashmere* con encaje de Bruselas —concluyó como si fuera un concepto demasiado elemental para debatirlo más.

—Tengo una duda —interrumpió Louis—, ¿cómo sabes que era lavandera?

El lapsus del agente no pasó desapercibido ni tampoco la naturalidad con la que la joven lo tomó.

—Las manos. Manos acostumbradas al trabajo, fuertes, secas y ásperas por el uso de jabones y almidón; y algo decoloradas por efecto del amoníaco y la lejía. En sus dedos perduraba, aunque algo desvaído, el fuerte olor de los dos últimos y se sentían resbalosos como las marcas en la nota.

Los hombres la miraron confundidos. Calvert fue quien preguntó esta vez.

—¿Qué nota?

—La primera nota de rescate —dijo como si fuera evidente. Se dio cuenta de que no había mencionado sus observaciones a nadie—. Estuve examinando las notas de rescate cuando las copiaba para el señor Calvert y, más allá de las diferencias de escritura, noté que el papel de la primera carta, escrito por alguien sin demasiada educación, estaba más blanco y duro en algunos puntos y algo resbaloso en otros: tenía restos de almidón y jabón en algunas partes, además del característico olor de esos productos. En el canto de la hoja, se veía el polvillo agrisado de la leña quemada con la que suelen calentarse las aguas para algunos lavados, según me explicó Lydia. En ese momento pensé que la había escrito una lavandera o alguien vinculado a una lavandería. Conectando las ideas, deduzco ahora que la mujer fallecida fue la que escribió la primera nota.

Una expresión de rápido entendimiento cruzó el rostro de Calvert. Los demás escuchaban el razonamiento de la mujer, azorados por las ideas que habían surgido en la mente femenina por el reconocimiento de detalles en apariencia insignificantes.

—Eso nos daría la siguiente hipótesis: la primera nota fue escrita por esta joven lavandera que tal vez estaba relacionada con el secuestrador o alguien de su grupo, si es que fue un grupo de personas: lo que creo así ya que no es fácil secuestrar a una persona tan cuidada y protegida como la hija de Fenton, sobre todo si tenemos en cuenta los negocios del padre. La segunda, quizá, fue escrita por Prudence Fenton misma obligada por sus captores —planteó Calvert.

—Sí y no —intervino Emily siguiendo la idea—, adhiero en general, pero disiento respecto de que Fenton fue obligada a escribir la segunda nota.

—¿Por qué?

—Porque fue escrita sin marcas o surcos en el papel, como si quien la hubiera escrito lo hubiera hecho en un estado de calma que no se condice con alguien desesperado por estar retenido contra su voluntad, a merced de criminales.

—¿Está sugiriendo acaso, señorita Randolph, que la Fenton es una secuestrada voluntaria? —inquirió Calvert fascinado: la pregunta fue coreada por varias exclamaciones de sorpresa.

—Al momento de escribir la segunda nota, mmm, sí. De todas formas, la pregunta que no deja de rondarme es: ¿por qué el o los secuestradores mataron a la joven lavandera a quien sin duda los unía un vínculo afectivo fuerte por la forma cuidada en que dispusieron su cuerpo en el callejón?

—Se me ocurre algo —señaló Calvert llevando su silla frente al sillón para una conversación *tête à tête*—. Prudence Fenton fue secuestrada por, digamos, “X” solo o como miembro de una pandilla, y por la lavandera que era amante de este. Durante el cautiverio, la señorita Fenton capta la atención de X y reemplaza a la lavandera en los afectos del hombre. Con la aceptación de Prudence Fenton, decide quedarse con el dinero y con la joven dama y huir juntos —esto podría explicar los lapsos entre las notas y la falta absoluta de noticias de la Fenton después de cobrar el rescate—, pero, para eso, debe

deshacerse de la muchacha, su antiguo amor, que resulta un testigo molesto y un obstáculo para la nueva relación. A fin de aprovechar la muerte, deciden hacerla pasar por la hija de Fenton.

—Algo bastante idiota, por cierto —apuntó Balling—. La familia la reconocerá en cuanto la vea.

—No tienen por qué saber que la agencia los busca. Lo que sí pueden creer es que, quizás, esta acción les permitiría ganar tiempo para huir: la policía no está al tanto de ningún secuestro —sugirió Louis.

—Es probable —aceptó Calvert.

—Entonces la primera nota fue escrita por la lavandera en los tiempos en que ella aún era el afecto central del secuestrador y la segunda, cuando la señorita Fenton la reemplazó —resumió Emily al borde del sillón, a escasos centímetros de Calvert.

—Por eso la señorita Fenton nunca apareció —terminó él.

—Eso explicaría muy bien todo —se asombró Louis.

—Demasiado bien —señaló escéptico Balling—. O quizá la Fenton esté muerta en algún otro lado.

—Sí, muy bien todo, pero no dejan de ser especulaciones. Hasta ahora lo único que se sabe es que la joven puede no ser quien buscamos —señaló Primm con un encogimiento de hombros, algo asombrado por la forma en que Calvert y la dama se habían complementado en el relato de los hechos unidos por un peculiar entendimiento.

—De todas formas —intervino Balling serio, rascándose la cabeza mientras miraba a Calvert—, si la idea de hacer esta charada para ganar tiempo para la fuga fuera cierta, somos nosotros los que no tenemos mucho tiempo disponible.

—No tardarán en averiguar lo que sabemos y eso nos quitará margen. Aun cuando no deja de ser una hipótesis, es la única que tenemos. Sigamos por ese lado. —Adam llevó a todos de vuelta al momento presente—. Primero necesitamos determinar quién es la joven muerta y cuándo y dónde fue vista en este último mes como también con quién se relacionaba; eso podría llevarnos al secuestrador.

—Y en caso de que Calvert tenga razón, comprobar que los tórtolos asesinos no se hayan embarcado rumbo a quién sabe dónde —apuntó Balling dispuesto a ponerse en movimiento.

—Calvert, Balling, uno de ustedes encárguese de llevar a Fenton para que la reconozca y, si confirman que no es su hija, traten de identificarla. —Los hombres asintieron—. Montrose, no lo esperaba por aquí, ¿algún problema?

—No, Oliver está cubriendo la vigilancia en este momento. Me enteré de que la señorita Schmidt hará un corto viaje a Finchley y vine a buscar viáticos. Saldrá esta tarde y volverá por la mañana temprano.

—Bien, la señorita Randolph le preparará el dinero.

La joven volvió a su papel de asistente. Adam y Balling salieron de la sala seguidos por Primm. Calvert se demoró.

—¿Ya se siente mejor?

—Sí, muchas gracias por su ayuda —respondió avergonzada por el recuerdo.

—Debió haberse abrigado mejor —la reconvino mientras la miraba con peculiar intensidad.

—Sí, eh, es que me quedé dormida y salí sin fijarme en el cambio de temperatura —comentó bajando la vista invadida por el recuerdo del calor masculino—. Excúseme, debo preparar los viáticos del señor Montrose.

Pasó junto al agente y le dirigió una mirada nerviosa. Él vio cómo Montrose la seguía de cerca y una sensación de malestar lo invadió. “No, Bertrand. Cuidado. Acuérdate del coto de caza el que, al parecer, ahora tiene otro cazador... furtivo”, agregó desconcertado, frotándose la barbilla con suavidad.

CAPÍTULO XIII

No, Roy, no vas a convencerme; tú mismo lo vis-te. Su sola intervención “renueva los bríos” de los otros agentes. Todos, incluido tú, reaccionaron a su teoría.

—El Monje es inteligente y no necesita de ella para trabajar bien.

—Por supuesto, pero tú fuiste testigo de las chispas que saltan cuando ella interviene.

—Sí, pero esas chispas tienen otro origen, Adam; no te equivoques.

—¿Qué insinúas?

—Yo no insinúo, digo de frente. ¿Escuchaste al cachorro de Montrose tutearla? Ella no dijo nada.

—No se dio cuenta: estaba concentrada en explicar sus observaciones.

—Cuando no quieres ver algo frente a tus narices...

—Te equivocas. Además, he estado pensando en entrenarla para aprovechar mejor su capacidad.

—¿Te has vuelto loco?! ¿Entrenar a una mujer como ella?! Una dama de sociedad —escupió las palabras entre dientes.

—Roy, no mezcles tu historia personal con Emily.

—¡Ja! La llamas “Emily” con voz de borrego enamorado, ya veo, has caído como los otros estúpidos. ¿No te das cuenta? Es por eso que no hay mujeres en trabajos como el nuestro, distraen, enturbian.

—Ella no. La viste actuar: es eficiente, organizada y tiene un don especial. Sola ha cambiado la imagen de la agencia, ha intervenido de forma más que satisfactoria en la resolución de dos casos y debes admitir que sus observaciones de hoy han aportado por lo menos un camino de investigación para ustedes.

—Lo habríamos encontrado eventualmente.

—No lo pongo en duda, pero les ahorró tiempo y esfuerzo. Basta ya, Roy, esto no lleva a ningún lado. Lo único que te pido es que te comportes en forma decente con ella, deja de molestarla.

—¿Yo la molesto?! Vaya, vaya, creí que era tu amigo, pero veo que no. Déjame decirte algo, Adam, y tú sabes que lo aprendí por dura experiencia propia —señaló con amargura—: cuando una falda se cruza entre amigos, el resultado es terrible para ellos.

—Vamos, Roy, Emily no es...

Enfurecido por la obcecación de su amigo, Balling se fue dando un portazo. Adam se encogió de hombros; decidió que más le reportaría revisar algunos de los informes y de los prospectos de casos antes de ir al Departamento Naval a presentar sus conclusiones. Media hora más tarde, dejó los papeles a un lado porque se dio cuenta de que no se concentraba en la tarea, la conversación con Roy le había dejado un regusto amargo en la boca. No le gustaba discutir con él y lamentaba sobremanera la distancia que crecía entre los dos.

Su comentario sobre el interés de algunos de los agentes en Emily lo puso a considerar el asunto desde otra perspectiva. A decir verdad, no creía que ninguno de ellos fuera competencia para él, pero sí se planteó la necesidad de

conquistar a la joven. Tenía su respeto, lo sabía, pero quería su amor. En cierta forma, eso de que hubiera potenciales obstáculos le era más afín a su espíritu; las cosas fáciles nunca las disfrutaba de la misma manera que las que conseguía con su habilidad e inteligencia. Quizá ya era tiempo de empezar a cortejarla; de hecho, se le ocurrió que podría comenzar por invitarla a la ópera. Era una buena idea que un espíritu sensible como el de ella apreciaría. Luego la llevaría a cenar, claro, y se conocerían mejor.

Una vez definido su próximo objetivo, la mente de Adam se concentró en la siguiente crisis que podría enfrentar: las filtraciones de información sobre los casos. De más estaba decir que la publicidad sin costo que le brindaban los artículos era muy apreciada, y que el hecho de que sus agentes se hicieran conocidos y valorados aun más, pero el riesgo de que todo saliera mal si se daban a conocer circunstancias de casos en marcha, como había sugerido Calvert, lo preocupaba. Y algo más, y muy importante para él, era que debía cuidar a su recién adquirido tesoro; la exposición de Emily al público no le haría bien y podría redundar en perjuicio de la agencia el sobrevalorar a una mujer por encima de los hombres. Por interesado que estuviera en la joven y sus capacidades, era un hombre pragmático y racional que conocía bien la sociedad en la que vivía. Hablaría con los agentes sobre ese asunto; cada uno de ellos debía comprometerse a protegerla. Como un avaro, se dijo que su preciada posesión no debía exhibirse a los ojos de quienes no apreciarían, como él, su verdadero valor.

* * *

Otro domingo amaneció y trajo un poco de sol a la ciudad. El frío aun perduraba, pero, al menos, esa mañana auguraba a los londinenses la posibilidad de una salida al aire libre. El día anterior, la llovizna helada los

había forzado a mantenerse al abrigo de sus casas y a acostarse temprano, pero, durante la noche, el cielo se había despejado gracias a un fuerte viento y, en la madrugada, hasta habían brillado las estrellas.

Ese claro, aunque aún destemplado, domingo primaveral a media mañana, Louis caminaba a paso vivo y de muy buen talante por Rheidol Terrace en dirección a la casa de Emily, silbando una de las pegajosas melodías que había escuchado con ella y la señora Zachary en el Norfolk Theater el viernes por la noche.

Frente a la entrada del edificio, rememoró con sonrisa satisfecha los rostros encantados de las mujeres en la función y la alegría con la que luego volvieron a pie, compartiendo unas castañas calientes y riéndose de la torpeza de Emily para abrirlas.

La tarde del día siguiente también había sido muy buena, recordó con expresión de contento. Había llegado a las tres después de recibir una nota de Emily que lo invitaba más temprano ya que el señor Baker le había dado la tarde libre en consideración de los innumerables estornudos que había atestiguado el pobre hombre. “Pobre hombre, ¡ja!”, había pensado desconfiado de las razones de Baker que solía tratar a la joven con una particular y sospechosa deferencia. Con la sempiterna señora Zachary sentada en el sillón tejiendo, ella le había contado sobre la difícil experiencia que había tenido en los muelles de Wapping en un intento por que su casera no la oyese; él había manifestado su absoluto desacuerdo y enojo con la actitud de Baker. Luego hablaron del seguimiento que había hecho él y, más tarde, decidieron, con la anuencia de Lydia, que, si el domingo mejoraba, prepararían un almuerzo y lo llevarían hasta el campo de arquería.

—Quizás aprendas a disparar con un experto —le había dicho él con una sonrisa superior.

—¡Oh, Louis! ¿Me enseñarías a disparar un arma? —le había preguntado súbitamente excitada por la fascinante idea de aprender a usar una pistola con alguien de gran reputación como tirador.

—No, no me refería a eso, hablaba de un arco... y flechas. —Había intentado disuadirla algo asustado, pero había bastado una mirada de los adorables ojos implorantes, las manos juntas frente al pecho, para que él cediese.

Y ya era el día elegido. Una hora después de pasar por ellas, los tres estaban instalados bajo un hermoso roble en el parque anexo al campo de arquería de Cannonbury, comiendo unos sándwiches y bebiendo té tibio. Tras guardar todo en la canasta, vigilados por la mirada de halcón de su chaperona, los dos jóvenes se alejaron unos cuantos metros y se sentaron en la enorme raíz de un sicomoro. Con su propia arma, Louis le enseñó cómo se cargaba una pistola. La suya era una réplica de una Sharp americana de cuatro cañones y percutor rodante que había adquirido en una pequeña armería solo conocida por los aficionados. No era la única que tenía, pero sí la que mejor se adaptaba a la enseñanza por tamaño y peso. Practicaron la carga y descarga varios minutos y cuando ya podía hacerlo sola con cierta habilidad, pasó a la segunda lección: cómo preparar y usar un arma para disparar. Para hacer la explicación más entretenida, había traído con él unos blancos de papel de los que se usaban para los arcos y los colocó en un árbol a buena distancia.

Volvió adonde la había dejado esperando, se plantó bien sobre sus pies, observó en derredor que ninguna persona estuviera por allí y, tras verificar el arma con una mirada rápida y profesional, levantó el brazo derecho, quitó el seguro y disparó al blanco.

Los estampidos hicieron que Emily se tapara los oídos, pero nada distrajo su atención del hombre: trasuntaba una seguridad y una serenidad tales que la joven lo contempló con admiración.

—¡Emily! ¿Me puedes oír? ¿Fue muy fuerte la detonación? —le preguntó preocupado volviendo a ser el joven amable y bien dispuesto de siempre.

Ella asintió a lo primero y negó después.

—¿Quieres ver si acerté?

Se acercaron al blanco, y ella observó el papel con ojos redondos. Él sonrió con aire suficiente.

—¡Todos en el centro! —exclamó la joven—. ¡Oh, Louis, eres increíble! Enséñame, por favor, hazlo.

El joven rio fuerte, halagada su vanidad por el comentario femenino, y asintió. La tomó por el brazo y la llevó a corta distancia del blanco.

—¿No estoy muy cerca? —preguntó frunciendo los labios.

—Paso a paso, Emily. Primero repasarás todo lo que vimos hasta ahora —le indicó firme, negándose a dejarse seducir por los deleitables labios rosados.

Abrió el cargador del arma, lo revisó y se la entregó. Luego sacó cuatro balas del bolsillo de su chaleco y se las dio. La joven recibió la pistola y repitió despacio cada paso aprendido. Tenía buena memoria: aunque sus manos no eran muy hábiles, mejoraría con la práctica. Terminó de cargar el arma y sin quitarle el seguro, lo miró.

—Presta atención a lo que voy a decirte: lo primero es empuñar correctamente el arma, con fuerza pero sin apretar demasiado, permitiendo un movimiento controlado a la muñeca.

Louis tomó el arma y le mostró lo que quería decir.

—Si empuñas bien la pistola, tendrás un buen comienzo. Prueba. Correcto. Ahora, dos son las condiciones que debe cumplir un buen agarre del arma: que sea lo suficientemente firme como para mantenerla dirigida hacia el blanco mientras aprietas el gatillo y que ese agarre te permita el mayor control posible del retroceso.

—¿Retroceso?

—El retroceso en un arma es la fuerza que resulta del disparo y te provoca un movimiento brusco y fuerte hacia atrás. Si no manejas el retroceso, pierdes el disparo. Observa.

Moviéndose lentamente, Louis le mostró a qué se refería. Emily pensó un momento y con una sonrisa en la boca le dijo:

—La tercera ley de sir Newton.

—¿Qué?

—“Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria; las acciones mutuas de dos cuerpos siempre son iguales y dirigidas en sentidos opuestos”.

—Mmm, tiene sentido.

—De donde la física es realmente útil —comentó con una risita—. Tendré que repasar un poco mis conocimientos, están muy oxidados.

—Ya, sí. Volviendo al tema de disparar defensivamente. —Louis la miró con intención al subrayar la última palabra—. Quiero que tengas en cuenta que hay varias circunstancias que afectan la puntería cuando uno debe defenderse; por ejemplo, la sorpresa del momento, una distancia corta, muy poco tiempo para reaccionar, los nervios al ser atacado... Todo eso puede alterar el disparo y, muchas veces, no hay segundas oportunidades. Por eso es que resulta importante conocer el arma que disparas y empuñarla correctamente.

Ella asintió con gravedad.

—Ahora aprenderás a plantarte para que tu cuerpo acompañe la acción de disparar.

Durante varios minutos, Emily se dejó llevar obedeciendo las instrucciones de su profesor. Se las repitió al menos media docena de veces para que las memorizara:

—Ponte ligeramente de costado. Separa un poco las piernas, adelanta la derecha. Apóyate bien sobre tus pies. Alinea el arma con el antebrazo. Mantén el dedo cerca del gatillo, pero no en él, no queremos disparos accidentales. Extiende el brazo. No, no lo tenses, solo extiéndelo con una leve flexión del codo, no, relájalo... no tanto... cuida el codo y el hombro. No, mírame... Ahora tú. Sí, bien. Vuelve al principio.

Cuando ya Emily pensaba que eso era todo lo que aprendería ese día, Louis la sorprendió.

—Descansaremos un rato y luego probarás a disparar. Ven.

Con la luz de excitación que la promesa había puesto en sus ojos, se sentó en la raíz junto a él.

—¿Has tenido noticias de tu familia? ¿Cómo se encuentran tu madre y tu hermana?

—Están bien, gracias.

—¿Las conoceré algún día?

—Nada me gustaría más —señaló con un brillo particular en los ojos.

—Eres un excelente tirador y un instructor paciente, ¿por qué decidiste trabajar como investigador?

—Mmm, no sé, conocí a Baker por accidente y lo ayudé en una investigación. Le caí bien y me persuadió de trabajar con ellos. Había dejado el ejército hacía poco y no quería volver a la granja. Esto de la agencia me pareció aceptable en ese momento y aquí me tienes cinco años después.

—¿Piensas volver a tu casa alguna vez?

Louis se encogió de hombros.

—Lo más probable es que busque una chica linda y buena con la que casarme y me asiente aquí —le dijo mirándola de costado—. ¿Qué hay de ti? Tu presencia en la agencia sí que es algo muy extraño.

Con los ojos en la línea del horizonte, acompañada por el canto de las aves y la brisa suave, Emily se relajó y le pareció más que natural confiarse a su amigo.

—Como todos ustedes se han de haber imaginado a esta altura, he crecido en el seno de una familia favorecida por fortuna y posición. Siendo una pequeña de solo cuatro años, una niñera maliciosa y resentida me informó que mi padre había esperado el nacimiento de un hijo varón que ocupara su posición y que se había tenido que conformar conmigo, ya que su esposa no podría soportar un nuevo embarazo. Recuerdo que, en ese momento, no había entendido bien qué había querido decir la mujer, pero sí que sabía aquí —apuntó al corazón— que, sin importar lo que fuera, si mi padre lo deseaba, yo me transformaría en el “hijo” que anhelaba. Fue así que me dediqué por completo a satisfacerlo y me esforcé por hacer aquello que le agradaba, estudiando todo lo que él pensaba que sería correcto para un heredero. Con algunas excepciones debido a mi condición, por supuesto; ambos vivimos esa ilusión durante muchos años hasta que mi propia naturaleza se rebeló contra mi elección. Bueno, eso y los efectos indeseados de mi “habilidad”.

—¿Te refieres a la grilla esa y la lectura? —le preguntó con un vago movimiento circular de su mano.

Ella asintió, volviendo una mirada triste hacia su amigo que, tocado por la aflicción de la joven, tomó su mano entre las suyas y la palmeó suavemente. Ella le agradeció el gesto con una sonrisa apesadumbrada.

—¿Y qué es eso que haces?

—Ah, esa es una historia simple y aburrida. No hay magia ni capacidades extraordinarias, solo bastante voluntad y mucha práctica. No creo que te interese oírlo.

Louis levantó una ceja y la alentó con la barbilla a continuar. Ella suspiró. La mano que descansaba en las de él se sentía muy bien y su dueña se relajó dispuesta a contar lo que nunca había dicho a nadie.

—Cuando tenía seis años, mi padre decidió que, como su “heredero”, debía aprender a jugar ajedrez. Él es un eximio jugador, muy inteligente, por cierto, y no me fue fácil, pero, para los nueve años, gracias a mi empeño, me transformé en una contendiente aceptable. Debo admitir que la verdadera razón de tanto esfuerzo tenía más que ver con el hecho de que nuestros encuentros eran las únicas oportunidades que tenía de pasar tiempo con él y había decidido aprovecharlas al máximo. Conocía los escaques del tablero... los cuadrados —aclaró en beneficio de Louis—, como mi propia palma; ¡hasta tenía sueños en los que todos ocupábamos una posición y actuábamos según el rol que teníamos! Ya sabes, no es lo mismo ser una torre o un peón que una reina o un alfil.

Louis asintió más por alentarla a continuar que porque entendiera.

—En fin. Hubo una oportunidad en que sucedió algo que mi familia siempre contó como la gran revelación de mi peculiar capacidad; bueno, al menos hasta hace unos años atrás. No te rías, por favor. Mi abuela, una mujer maravillosa pero algo distraída, perdió los anteojos. Sí, aunque te parezca ridículo, ese fue el principio del fin —comentó con una mueca exenta de diversión ante el sonido de burla que había hecho Louis—. Estábamos con ella y mi madre en la sala y mi abuela quiso bordar. Buscó por la sala, pero los anteojos no aparecían. Comenzó a quejarse de que los había perdido y mi madre le ofreció ayuda. Las vi afanarse por la sala revisando una y otra vez los mismos lugares o buscando donde ya la otra lo había hecho y me sentí, no sé, ¿fastidiada?, ¿impaciente? Perdían el tiempo en una búsqueda desorganizada y sin resultados. Bueno, según mi abuela contó infinidad de veces a quien quisiera oírlo, fui hasta uno de los rincones de la sala con

actitud decidida, subí a una silla y de allí a una media mesa contra la pared y desde lo alto me quedé mirando toda la estancia. Ella decía que estuve así unos tres o cuatro minutos y que después bajé y fui directo al bolso de costura de mi madre que estaba sobre una mesa, lo abrí y saqué los anteojos que mamá había guardado accidentalmente allí.

Louis soltó una carcajada y Emily sonrió.

—Te pedí que no te rieras; bien, ahora viene lo trágico. Le contaron todo a mi padre y este me interrogó para saber cómo lo había hecho. Cuando le expliqué que había imaginado un tablero de ajedrez donde cada pieza tenía su lugar y función; que luego había abstraído el material para quedarme con las líneas y que las había proyectado en la habitación como si fuera un gran tablero donde cada objeto tenía su papel y todos ellos me hablaban de la gran escena general, lo sorprendí. Luego le conté que había revisado cada cuadrado y que algo me había llamado la atención en el bolso de costura de mamá; no sé, quizás estuviera más voluminoso o yo la hubiera visto hacerlo y lo hubiera olvidado, no importa; el resultado fue que mi padre me probó en otras circunstancias y pasó lo mismo. Luego tuve paperas y eso lo complicó aún más ya que tuve que permanecer en cama sin visitas y sin poder hablar, con la única atención de mi abuela. Como en ese momento no podía hacer nada más, inventó un juego para distraerme: ponía un montón de pequeños objetos sobre la colcha, me instaba a verlos por unos segundos y luego los tapaba con un chal. Yo tenía que escribir o dibujar en un papel todo lo que recordaba. Las primeras veces apenas venían a mi memoria cuatro o cinco objetos de una veintena, pero a medida que pasaban los días, comencé a recordar muchos más. Lo que hacía era trazar una cuadrícula mental —como la del tablero de ajedrez que te mencioné— y “anotar” en cada cuadrado específico el o los objetos que recordaba. Para el final de mi enfermedad, ella aumentaba la cantidad cada día y, cuando en cada oportunidad los recordaba en sus exactas posiciones, decidió inventar una variante: me dejaba mirar unos segundos, echaba el chal sobre los objetos, luego yo debía cerrar los ojos, ella hacía cambios, tenía que decirle lo que recordaba y después de comprobar los aciertos, tenía que notar si algún objeto había cambiado de

posición. Sin poder usar el papel, la grilla mental era muy útil en esos casos y empecé a aplicarla sobre las cosas dispersas sobre mi cama. Para hacer una larga historia breve, mi nivel de aciertos era muy elevado.

—Lo que no veo en tu historia es qué hay de malo.

—Verás, Louis, eso no fue todo. A partir de los diez años, mi madre y mi abuela decidieron que debía aprender sobre los vínculos sociales y comenzaron a llevarme con ellas a hacer visitas a amigas y conocidos. Era bien aceptada por las anfitrionas a pesar de mi corta edad ya que me comportaba como una señorita bien educada que se sentaba y se quedaba en cortés silencio durante todo el tiempo que duraba la visita. Solo respondía cuando se me dirigía la palabra, lo que no era muy frecuente. En una de esas oportunidades, quizás harta de mi papel de estatua viviente, me puse a jugar con la grilla y le encontré otro uso: podía aplicarla también a personas. Y así, Louis Montrose, fue como me dediqué a observar los gestos de la gente. Luego de analizar sus expresiones, unía los datos que los comentarios de mi madre y mi abuela aportaban a mis observaciones y ¡voilà!, empecé a notar que determinados gestos —y tonos de voz— se correspondían con ciertas emociones. El que mentía miraba fijamente sin parpadear o se humedecía reiteradamente los labios o tenía un tic determinado; el que se enojaba arqueaba las cejas sobre el ceño y curvaba las comisuras de la boca de una manera específica al tiempo que se erguía... Lo único que sí sé es que registré y guardé la información en mi mente, acostumbrada a acumular todo en ella; sé también que alguna vez la usé para detectar una mentira y lo dije, que mi familia se dio cuenta y pronto fui utilizada para saber cuándo mis primos, un amigo, un socio, un criado, cualquiera, decía la verdad u ocultaba algo. Y yo lo hacía confiada en que no dañaba a nadie porque, si los mayores de mi familia me lo pedían, no podía ser algo malo. Hasta mi propio padre me llevó una vez a su banco y me hizo asistir a una conversación con el banquero para preguntarme si el hombre lo engañaba. Lo hacía. Se lo dije y... tuve razón.

Emily suspiró y hundió la cabeza en los hombros. Louis le apretó la mano.

—Eso fue lo que hiciste con Primm, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pero allí no termina todo. Hace cuatro años más o menos, usé mi habilidad en una situación familiar difícil a pedido de alguien en quien confiaba, sin intención maliciosa de mi parte y causé un daño irreparable. A partir de ese momento, dejé de ser “interesante y útil” para ser un “monstruo”, “un fenómeno de circo”, como me llamaron mis primos; o una “rareza que busca complacer a los de arriba” como bien dijiste tú. —Louis la miró con angustia. Emily le apretó la mano—. No te preocupes, no podías saberlo. En fin, aunque por algunos años después de lo sucedido no intervine en nada, las terribles consecuencias de aquel acto me persiguieron. Lo peor fue que, de vez en cuando, respondiendo a ruegos y súplicas, ayudaba en secreto a alguien que me lo pedía hasta que mi padre se enteró. Me emplazó a abandonar el “acto de feria” que hacía o a que dejara la casa para evitar males mayores como el que ya había ocurrido. Tú ya sabes el resto: aquí estoy contigo, aprendiendo a disparar un arma.

Una lágrima solitaria bajó por la mejilla suave, y Louis le pasó un brazo por el hombro para atraerla hacia él.

—No todo fue malo, y debes saber que hay un sentido en cada cosa que nos pasa —la confortó.

—Tienes razón, he aprendido muchísimo en mi nueva vida. Tengo dos amigos maravillosos —le regaló una sonrisa grande que él absorbió con ansia —, me rodea gente muy interesante de la que aprender cosas nuevas y me hago cargo de un trabajo espeluznante, pero increíble. El futuro está abierto ante mí, ¿verdad?

Ese fue el turno de él de asentir mientras su mirada se perdía en la de ella. Una tos seca los interrumpió. Voltearon hacia donde estaba Lydia que los observaba con gesto reprobatorio. Louis la soltó de inmediato y se puso de pie. Ella lo siguió ruborizada, la cabeza gacha.

—Creo que es hora de que retomemos la clase —le dijo aclarándose la garganta y entregándole el arma cargada—. A ver, ponte en posición...

CAPÍTULO XIV

Mmm, recién miércoles”, pensó agotada incapaz de dar un paso. Eran las dos de la tarde, le dolían el cuerpo y la cabeza y sentía la necesidad de estornudar a cada rato. Había podido detener el resfrío que había contraído aquel día en los muelles, pero, aunque controlados, los síntomas del enfriamiento persistían. Al menos no tenía fiebre. La campanilla de entrada sonó; antes de estornudar dos veces con fuerza, rogó que no fuera otro cliente.

Las voces graves y los firmes pasos masculinos la pusieron en débil alerta. Giró con dificultad la cabeza y vio aparecer las caras de Balling, Jones, un hombre desconocido, bajito y de espantoso aspecto, y de Primm que guardaba prudente distancia con el último. Fueron directo a la oficina de Baker con excepción de Balling que entró en la de ella.

—Consiga papel y pluma, tiene una declaración que escribir.

Con un esfuerzo sobrehumano, Emily se paró, buscó lo necesario y cruzó la puerta de comunicación arrastrando los pies. Con discreción, tomó un pañuelo —el tercero que cambiaba— y se sonó con suavidad la nariz goteante. Se acomodó en la mesa de reuniones. Primm le acercó una lámpara y ella le agradeció el gesto con debilidad. Al verla a la luz, el agente se alarmó por su apariencia enfermiza.

El hombre desarreglado y sucio que había llegado con ellos estaba sentado tranquilamente; Emily tenía una vista inmejorable del desagradable hombrecito que estaba sobándose los escasos mechones de grasoso cabello en

forma reiterada. Balling y Jones lo enfrentaban, de espaldas a la joven.

—Bien, Shorty, dinos qué fue lo que viste.

—Me pasan lana por esto, ¿verdad? Estoy arriesgando el pellejo aquí, dándole a la sinhueso con ustedes —habló pronunciando las palabras con un extraño acompañamiento explosivo de aire por los dientes faltantes de su dentadura podrida cada vez que enunciaba “tes” y “pes”.

—Sí —lo calmó Balling. Luego se dio vuelta hacia Emily y le indicó secamente que tomara nota.

Aspiró con fuerza por la boca y puso manos a la obra. Su mente estaba embotada y le costaba dar continuidad a las palabras, pero se esforzó por que el dolor de cabeza no interfiriera en la tarea. Se puso a redactar el encabezamiento:

“A los 9 días del mes de abril de 1856, se presenta...”

—Perdón, ¿cómo se llama el declarante? —preguntó con voz apagada.

Como Balling no se dignó dar respuesta, Primm le respondió: “John Baptist Smith” con un alzamiento de cejas del que ella se habría reído en otras circunstancias.

Limpió la pluma en el paño y la volvió a cargar de tinta. Se enderezó con dificultad en la silla apoyando una mano en la cintura y dirigió la vista nublada hacia el escritorio. Descubrió que la miraban molestos, esperando a que terminara de arreglarse.

—Bueno, jefazo, verás, yo estaba tragando unas pintas en el Shohnessy, en el puerto, hace cuatro días, cuando escuché un rifi-rafe atrás de la taberna. No presté atención, estaba acompañado, sabe, y me quedé tragando y jugueteando con mi amiga hasta la madrugada. Cuando el patrón dijo que cerraba, la hembra me largó de cero, dijo que porque estaba trompa y no servía para nada, pero no, jefe, solo estaba achispado y tenía ganas de joder

un rato, por eso salí por atrás, que es donde arruman las putas viejas. En el callejón vi a dos que estaban dándole a la pared y di un paso, pero, ya le dije, maestro, estaba achispado y no vi el bulto. Me tropecé y caí encima de un tipo, en un costado; era carne muerta, tenía las tripas de por fuera y un ojo virado; no quedaba mucho de él, los chuchos y las ratas se dieron la buena. Bah, que me cargué un susto de putas y se me fue el cebollón de golpe... Psss... Daba para que me vaciara todo, viera, jefecito.

Registró las primeras palabras textualmente sin tener mayor idea de lo que escribía. Pero cuando el relato pasó por el estado “necesitado de servicio” del hombre y lo que sucedía cerca del hombre muerto, la mano de la joven empezó a temblar. La sucesión de horribles palabras y la expresión terriblemente gráfica de las bajas pasiones del individuo y cómo se satisfacían en esos ámbitos dejados de la mano de Dios la pusieron al borde de una reacción inesperada. En un estado que solo podría definirse como oscilante entre la atracción morbosa y el rechazo por lo ruin y vulgar del mundo marginal, siguió escribiendo tensa. Al llegar a la descripción del cuerpo, una fina transpiración cubría su frente y las náuseas amenazaban con transformarse en algo concreto. La cabeza estaba a punto de estallarle.

—Balling —Primm se echó hacia adelante, asustado—. Detente.

El agente continuó con el hombrecito.

—¿Conocías al muerto?

Shorty asintió.

—Sí, pariente del patrón de mi cuñado, el Rat, que le trabaja en los muelles. Eeh... Estacaa.

En ese momento, Adam entró en su oficina y observó la situación con calmada despreocupación. No era la primera vez que se interrogaba a alguien o se recibían informes de un soplón en su despacho, pero esa vez presintió que había una diferencia. El que hablaba era Shorty Smith, una rata de las

cloacas de Londres que Roy usaba como informante y quien tomaba nota de la declaración era su asistente. La joven estaba de espaldas a él, erguida rígidamente en la silla, y no hubiera notado nada raro en su actitud si no fuera por la expresión alarmada de Primm que se abalanzaba de golpe con los brazos extendidos hacia ella. Por desgracia, el agente no llegó a tiempo y Adam fue testigo horrorizado de la caída lateral del cuerpo. Lo peor para él fue el ruido seco que hizo la cabeza al dar contra el piso.

En dos zancadas, llegó hasta la joven desmayada y se arrodilló al lado de Primm que la levantaba con sumo cuidado y la sostenía entre los brazos. Estaba pálida y no reaccionaba. La mirada de inquietud que intercambiaron los dos hombres fue evidente; hasta Balling y Jones se habían acercado y miraban incómodos y amedrentados la escena.

—Vaya testarazo que se dio, pobre hembra —dijo Shorty, asomándose entre los dos agentes de pie.

—Jones, sáquelo de aquí, llame a Walloski y vaya urgente por un médico. Primm, ayúdeme a ponerla en ese sillón —instruyó rápido Adam y luego se volvió hacia su amigo—. Tú, quédate ahí.

En breve, apareció el ama de llaves y luego Jones con el doctor. Después de una rápida evaluación, el médico tomó un frasco y lo pasó por la nariz de Emily. Consiguió una reacción inmediata de la joven que salió de su inconsciencia tosiendo y estornudando. La examinó y, antes de retirarse, anotó algunas instrucciones que entregó a la mujer mayor.

Adam le pagó, y Jones lo acompañó a la salida. Cuando el agente volvió, no esperaba ver en la recepción la escena que lo aguardaba: el jefe enfrentaba a Balling con una mirada en la que relampagueaba el enojo. Lo tenía agarrado por las solapas de la chaqueta. Primm estaba intentando separarlos y Jones vio el alivio en su compañero cuando él apareció. En segundos, se hizo cargo de la situación alejándolos.

—Sal de aquí. —Fue todo lo que Baker le dijo a su amigo.

Con buen tino, Balling se fue en silencio.

—No debieron permitirlo —enunció tenso Adam—, ella es especial; hay que cuidarla.

La firmeza y la convicción con la que habló provocaron en los hombres un repentino entendimiento. El jefe tenía profundos sentimientos por la joven. Los dos asintieron; Baker los despidió con un cabeceo perentorio y volvió a su oficina.

Se aproximó a la joven que descansaba con el cuerpo apoyado en la señora Walloski, recibiendo pasivamente el abrazo y las palmaditas que le daba la condolidada mujer, y la miró con intensidad. No había sentido algo así en años. Bueno, no se había permitido sentir algo así, se corrigió, pero ahora se sabía liberado y capaz. Se acercó a ella y le tomó una mano que sintió laxa y fría.

—Me temo que usted no está bien y que tampoco se cuida. No atendió ese resfrío que contrajo por mi culpa y estas son las consecuencias. Necesita descansar —la amonestó con suavidad mientras se ponía de pie y pasaba un brazo por debajo del de ella para ayudarla a pararse—. Y creo que lo mejor será que se vaya a casa y descanse.

—Debo terminar la declaración —susurró con voz fatigada.

—Olvídese de esa maldita declaración —espetó enojado. La expresión asustada de ella lo obligó a calmarse—. No vale la pena, ya me ocuparé yo. Usted se sentará, esperará que termine el informe del caso del ministerio y luego la llevaré a su casa. No, no discuta conmigo. Señora Walloski, ¿qué le parece traernos una taza de té?

—Traiga algo de comer para el señor Baker, por favor, no creo que haya almorzado —pidió ella.

Sin que Emily se diera cuenta, Adam le dirigió una mirada enternecida por la preocupación que demostraba, incluso en su condición.

—Bien, descanse mientras trabajo —bajó la voz y le habló con gesto cómplice—, tengo una asistente muy severa y ordenada y no quiero que me rete por no cumplir con mis obligaciones.

Ambos sonrieron, y Emily se acomodó en el sillón. Cerró un momento los ojos apoyando la cabeza contra el respaldo, pero no quería dormirse: se quedó mirando los movimientos seguros y fluidos de Adam Baker mientras escribía. Tenía el ceño levemente contraído y se detenía de tanto en tanto para mirar a un costado, pensar algo y volver a la escritura. La señora Walloski entró y les sirvió el té.

Adam terminó el informe, juntó las hojas y las puso a un costado. Tomó su taza y se apoyó contra el respaldo con un suspiró.

—Señor Baker, no hace falta que me acompañe, puedo volver a casa sola.

—De ninguna manera. No dejaré que uno de mis elementos más valiosos caiga en el camino.

—Yo no soy...

—Ah, veo que está necesitando que la alaben, Emily; usted sabe bien el alcance de su valía, no necesita que se lo recuerden a cada instante. —La miró con falsa reconvención y luego exhaló—. Oh, qué más da, en vista de que se encuentra mal, haré una excepción. La imagen de esta agencia ha dado un giro gracias a usted, la ha organizado y ha sido un apoyo invaluable para mí, para mi sueño. ¿Se acuerda de eso? ¿De lo que hablamos cuando vino a la entrevista? —Rio con ganas mientras la miraba—. Le aseguro que sospeché algo, pero jamás habría podido afirmar que daría vuelta todo y lo pondría de pie con tanta eficiencia.

Emily se ruborizó y bajó la cabeza. Adam se puso serio.

—Sé que no la he tratado bien y me disculpo. En un par de oportunidades, la sometí a situaciones que excedían sus deberes y la expuse, pero me respondió con lealtad. Y yo no olvido. —Se detuvo al ver el gesto fatigado de

la joven—. Está cansada... Mmm, ¿le gusta la ópera?

Sorprendida, asintió.

—Bien, tenía intención de agradecerle todo cuanto ha hecho por mi invitándola un día de estos a la ópera, ¿qué le parece? No admitiré un “no” por respuesta. —Ella asintió con timidez—. Así me gusta, le avisaré.

Se oyó un golpe y, sin esperar respuesta, la puerta se abrió; Calvert entró con un ejemplar de *El Investigador Independiente* en la mano.

—¡Calvert!, ¿qué sucede?

—Buenas y malas noticias —le respondió. Cuando se acercó al escritorio, notó la presencia de Emily acurrucada en el sillón, pálida y débil—. Señorita Randolph, ¿se encuentra bien?

—Sí —lo cortó en seco Adam—, ya me he ocupado. Dígame.

El agente lo miró con reserva y continuó.

—Como tenía en cuenta lo que hablamos ayer, esta mañana fui a la casa de los Fenton para ver qué podía averiguar. Hablé con el ama de llaves, y ella me informó que el lavado de la ropa de la casa lo hace una tal *madame* Blanchard. Le pregunté cómo se manejaban con el retiro y la entrega. Me dijo que un par de jovencitas iban dos veces por semana a llevarse la ropa y la devolvían los sábados. Le pedí que me hablara sobre las jóvenes y las describiera; una de ellas coincide con la muchacha que encontramos.

Emily reaccionó aspirando con fuerza.

—Sí, señorita Randolph, creo que su deducción fue correcta. Me dijo el ama de llaves que la conocía como Annie por lo que le pedí la dirección de *madame* Blanchard. La jovial mujer que se hace llamar así es en realidad Molly Finnegan y me facilitó sin problemas el nombre completo y los datos. —Calvert sacó un papel y lo leyó—: Ann Millicent Mahoney, 15 años, hija

de Sean y Millicent Mahoney, vendedores ambulantes de comida en los muelles de Saint Catherine y Wapping, sin domicilio fijo. El último conocido es en un sucucho de la calle Cahir, en la Isla de los Perros. Por desgracia, ya no viven allí.

Adam se recostó en la silla. Emily y Calvert se miraban compartiendo una renovada excitación.

—Quizá los agentes que incorporé, Oliver y Fargg, puedan ayudarlo recorriendo los muelles.

Baker se puso de pie y salió de la oficina para ir a buscar a uno de los recaderos. Volvió a entrar en su despacho con paso rápido; sus ocupantes hablaban en voz baja. Redujo la marcha y se les aproximó sin hacer ruido.

—¿Le dijo la señora Finnegan si Annie había ido a trabajar este último mes?

—Sí, hasta hace una semana fue a la lavandería, aunque se ausentaba bastante, llegaba tarde o pedía irse temprano.

—¿Nerviosa?

—Definitivamente. La mujer se quejó de que se distraía al lavar las prendas, perdía las direcciones o las confundía, que se equivocaba con los paquetes y cobraba de menos. Me mostró el papel que usan para los registros, los recibos y las facturas: el mismo de las notas.

Adam se relajó, hablaban sobre el caso. Entró diciendo:

—Estimo, Calvert, que esas eran las buenas noticias, ya puedo escuchar las malas.

Como si recordara algo de pronto, el agente le entregó el diario abierto en la página central.

Leyó el artículo en voz alta. Se trataba de una nota en la que se hablaba del cuerpo encontrado en Wapping y de que los rumores señalaban que podría tratarse de los restos de una joven heredera secuestrada. La exclamación de Adam fue muy audible y poco apta para oídos femeninos.

—Lo siento, Emily. Pero ¿cómo es que se enteraron del secuestro?

—Siga leyendo —instruyó Calvert con gesto oscuro—. Ya viene lo interesante.

De acuerdo con el artículo, el cuerpo hallado había sido llevado a la Policía donde se había realizado la autopsia; para reconocer el cuerpo, había sido convocado un hombre de fortuna y gran importador. Según el reportero había averiguado, la razón era que, un mes atrás, la hija del reconocido caballero había sido víctima de un secuestro que estaba siendo investigado por la misma agencia de la que *El Investigador Independiente* había reportado dos exitosos casos recientemente.

—Y prepárense para el cierre —advirtió Calvert.

—“En las exitosas investigaciones reportadas por este periódico, junto a los entrenados sabuesos de la Agencia Essex, se repite la presencia de una misteriosa joven de lentes oscuros que habría resultado clave para la interpretación y resolución de los casos” —terminó de leer Adam con un bufido.

Emily estaba congelada en la silla con los hermosos ojos abiertos y desorbitados.

—¿Qué le sucede a este hombre? ¿No tiene otras noticias de qué ocuparse? —se enojó Adam.

—Debe admitir que la presencia de una joven mujer desconocida es muy atractiva para los lectores y, por ende, para la venta de periódicos. Por otra parte, cabría recordar cómo llegó la señorita Randolph a los lugares en donde

la vieron u oyeron hablar de ella —terminó Calvert su breve discurso con una crítica directa a su jefe que este encajó con una mueca torcida.

—Nunca fue mi intención, Emily. —La joven aceptó la disculpa con un débil cabeceo— Pero ¿quién demo... es el que escribe estas notas?

—Creo que lo vi cuando me iba con la señorita Randolph de los muelles. Un hombre pequeño, bajito, con sombrero hongo.

Emily intervino titubeante.

—¿Cómo es que se enteró? ¿Sería posible hablar con él?

—Podría intentarse, aunque es sabido que no revelan sus fuentes — comentó Calvert con un encogimiento de hombros.

—Veré si Montrose puede averiguar algo. La filtración sigue siendo la cuestión principal. Tengo que ir a ver urgente a Fenton. Necesito saber si quiere que continuemos investigando; me temo que el caso se nos ha ido de las manos por culpa de quien abrió la boca. Emily, debo ir ya mismo a lo de Fenton, ¿podrá volver sola a su casa?

—Yo puedo acompañarla —ofreció Calvert—; no tardaré en volver para ver a Oliver y Fargg.

El estado de debilidad de Emily era evidente por lo que Adam se abstuvo de manifestar su oposición.

—Hágalo rápido. Los hombres estarán aquí en breve.

Cuando Baker se fue, la joven aprovechó para ponerse de pie sin poder evitar un leve tambaleo.

—¿Qué le sucede?

—Los efectos indeseables de un resfrío que no pasó a mayores gracias a su ayuda —le explicó con gesto fatigado.

Calvert la miró fijamente, y ella se sintió envuelta otra vez en su calor. Sacudió con suavidad la cabeza para deshacerse del hechizo de los ojos masculinos y dio la vuelta al sillón quedando a un paso de la mesa de reuniones donde vio la hoja de la declaración. La leyó con prevención sin dejar de recordar las sensaciones que había experimentado ante la vulgar y cruda descripción. Cuando llegó al punto en que se había desmayado, se dio cuenta de que faltaba muy poco; tras evocar las palabras del desagradable hombrecito, se sentó a completar el texto.

—¿Qué hace? Mejor prepárese para que la lleve a su casa —le dijo Calvert mientras se le acercaba—. ¿Qué es eso?

—Una declaración que el señor Balling me pidió que tomara hoy. Es de...

—Ah, John Baptist Smith —se rio por lo bajo. Siguió la lectura por encima del hombro femenino y la sonrisa se le borró de la cara—. ¿Usted tuvo que escribir esto?

“Diablos, Balling está más loco de lo que creí.”

Se concentró en la lectura con el ceño fruncido. Hizo un par de gestos de descreimiento al pasar por algún punto obscuro o truculento y frunció la nariz cuando leyó sobre el estado del cuerpo encontrado. Le devolvió la hoja a Emily y se quedó pensativo. Al cabo de un minuto, la instó a salir.

—Vamos. Me queda poco tiempo antes de que lleguen los hombres.

Ella se paró para tomar sus cosas, echar un rápido vistazo en derredor, cerrar y seguir al agente.

* * *

La calle Saint Peter estaba a esa hora de la tarde con suficiente movimiento para que la pareja que avanzaba hacia William no se sintiera sola. Caminaban uno al lado del otro sumidos en sus propios pensamientos. La primera en salir del mutismo fue ella.

—Estoy pensando en cerrar los gabinetes de archivo con candado. Me preocupa que alguien pueda sacar información de ellos.

—Hasta ahora lo que se ha escrito parece más alguien que ha escuchado o visto algo.

—¿Sí? ¿Eso parece? —Volvieron al silencio por unos breves segundos—. Señor Calvert, esa declaración...

—Sería mejor que se olvide de ella —comentó disgustado.

—Sí, no, es decir, sí, en realidad querría no haberlo hecho, pero después de releerla estuve pensando.

Él giró para verla mejor. “Grave error, Bertrand”, se dijo al hundirse en los almendrados ojos color miel que lo miraban con expresión concentrada.

—¿Cree que esa declaración tiene que ver con el caso Fenton?

—Estimo que sí. —Se forzó a concentrarse en lo que le preguntaba y responderle con coherencia—. Balling está abocado a ese caso conmigo. Shorty es su soplón.

—Entonces, si el señor Smith sabía que el señor Balling trabajaba en este caso, la información debería estar vinculada con los sucesos de Wapping, ¿no es así?

Calvert se detuvo de golpe.

—Estacaa... Estacaa —repitió—. ¡Sí!, ¡Estacaa es Stockard!

—¡Oh! —expresó Emily como admirativo apoyo ante el entusiasmo del agente, pero sin entender la razón. Calvert la miró y sonrió.

—Lo que Shorty, en su pésimo inglés, quiso decir cuando mencionó a “Estacaa” refería en realidad a Richard Stockard, un matón importante de los barrios bajos, mandamás de una pandilla de delincuentes y mano derecha en las sombras del “honorable” Herbert Hummel, ¡rival de Fenton en el mercado del opio! —terminó con un brillo en los oscuros ojos.

El nuevo “oh” de sorpresa tuvo tal convicción esa vez que Calvert la observó divertido. Ella hizo un mohín y estornudó dos veces seguidas.

—Vamos, no quiero que se enferme de nuevo —la tomó apenas por el codo para que reiniciara la marcha.

—Entonces, el hombre muerto era...

—Alguien vinculado con Stockard. —Calvert se apresuró a explicarle a una confundida Emily—. Shorty dijo que el hombre muerto era pariente del jefe de su cuñado, quien tiene el gentil mote de Rat, y que trabajaba para él en los muelles. El jefe del tal Rat es Richard Stockard.

La comprensión iluminó la cara femenina.

—El muerto era familiar de Stockard que está vinculado con el rival de Fenton. Y fue asesinado.

—Claramente. La descripción de Shorty no deja lugar a dudas.

—Y el asesinato se produjo en... —Se detuvo para que él completara la información.

—La taberna de Reilly que frecuenta Shorty y que está ubicada en la calle Globe en Wapping, cerca de donde se encontró el cuerpo de Annie. Parece que esa área es un buen punto para hacer averiguaciones. Le diré a Fargg y a Oliver que estén atentos a lo que se dice en la zona respecto de la Fenton y quienes la hayan secuestrado. Si está o estuvo por allí, tal vez podamos averiguarlo.

Llegaron a la esquina de Dame, y Emily dobló lentamente para que Calvert la siguiera. No quería separarse, pero ya casi estaban en la puerta.

—Aquí es —señaló con un suspiro tenue—. Le agradezco mucho que me haya acompañado, señor Calvert. Espero que tenga suerte con sus averiguaciones.

—Esperemos que Baker haya podido conservar el caso o todo lo que avanzamos en estos dos últimos días no habrá servido de mucho.

—Tengamos confianza en que, si alguien puede lograr eso, es él —enunció con explícita convicción. Calvert apenas la miró como respuesta—. Bueno, buenas tardes. Gracias por acompañarme.

La saludó con una reverencia corta, mientras tocaba la visera de su gorra. Cuando vio que ella comenzaba a girar para subir el primer escalón, estiró la mano hacia la de ella y la atrapó. Le dio un beso firme y cálido en el dorso, que atravesó impiadosamente la suave cabritilla del guante, para luego soltarla y emprender el camino de vuelta a la agencia. Al llegar a la esquina, llevó la vista hacia la entrada del edificio impulsado por la necesidad de ver de nuevo el lugar en que ella había estado; para su sorpresa, seguía allí, mirando el dorso de la mano con asombrada atención. Atraída por alguna fuerza inapelable, levantó la vista hacia la esquina y lo vio. Con un sobresalto, se dio vuelta y emprendió una huida poco digna hacia el interior del edificio mientras el hombre en la esquina retomaba su marcha con expresión cavilante.

CAPÍTULO XV

Por qué no quieres entender lo que trato de decirte? Es un hombre peligroso y vengativo; ayer me dijo que se encargaría de ti —enunció con ojos llorosos la mujer, de espaldas a la ventana.

—No me importa lo que haya dicho. No voy a dejarte sola, y menos ahora.

—Entiéndelo, por favor, no me hará daño a mí, ¡te lo hará a ti!

El hombre restó importancia a las palabras con un encogimiento de hombros y volvió a mirar a la bella mujer. Nadie jamás podría igualar la angelical hermosura de Nora, se dijo fascinado por la tersura de la piel, la perfección del cuerpo, los largos cabellos rubios hasta las rodillas que la envolvían como una capa hecha de hebras de oro; y tampoco nadie sabría de la abnegación de madre de la que él había sido testigo.

Desde aquella vez en que Emily Randolph había sugerido que la abatida mujer iba a necesitar ayuda para enfrentar las dificultades de su vida, Jack se había propuesto ser la persona que la apoyara. Se había enamorado de ella en el momento de conocerla y lo único que había lamentado había sido no tener lo necesario para que fuera solo suya. El destino, sin embargo, había cruzado sus caminos, y Jack había decidido dedicarse a ser su sostén incondicional.

Sin que lo premeditaran, la atracción entre ambos fue inmediata y la relación física que iniciaron resultó una consecuencia lógica de la pasión que los consumía. Nora estaba sola y se sentía culpable, y Jack había sido el único que la había convencido de no mirar atrás y enfrentar juntos lo que

viniera. Por él, ella había abandonado su vida anterior, era de nuevo una madre devota y una mujer de vida recta. Pero no todos lo entendieron así. Quien pretendía ser su amante al momento de la intervención de Jack todavía la rondaba a pesar de las muchas veces en que ella le había explicado que era una mujer diferente y que ya no tendría nada que ver con su existencia anterior. Atemorizada por las amenazas del hombre, no tardó en confiar su desazón y miedo a Jack quien, a partir de ese momento, se instaló con ella y dejó bien en claro que la dama no estaba desprotegida. George Pressing, quinto hijo del vizconde de Redfing, creyó al principio que había sido contratado como guardaespaldas, pero le bastó descubrirlos juntos una noche para encender su rencor y deseos de venganza contra el “sucio perro de baja estofa” que se había atrevido a tocar lo que le pertenecía.

—Jack, comprende, si algo te sucediera, yo no podría otra vez... Después de lo de Faye, ¿qué sería de mí si te pierdo?

Él avanzó hacia la mujer, que salió a su encuentro, y se abrazaron apretadamente. Ella se acurrucó en el refugio de sus brazos y él acarició con dulzura y devoción los dorados cabellos. Se quedaron largo rato disfrutando del contacto de los cuerpos, sintiendo aflorar en la unión física la hambrienta necesidad de unirse.

—Nada me sucederá, tendré cuidado —le susurró en el oído antes de descender por el níveo cuello con su boca. Ella se echó el cabello hacia atrás para dejar libre el camino a los labios ansiosos y cálidos. Se apretó a él con fuerza.

—Jack, hazme tuya; de nadie más quiero ser. —Las últimas palabras se perdieron en el beso que le dio. Los labios y las lenguas se buscaron ávidos y las manos comenzaron a deslizarse por los contornos de cada cuerpo con preciso conocimiento.

La levantó en brazos y la llevó al sillón de la sala. Por un instante fugaz, recordó a Emily Randolph sentada allí, pero la imagen desapareció en el momento en que Nora le acarició la pierna. Un mundo de destellos y calor

estalló en su mente y todo lo que no fuera la mujer que se le entregaba se desvaneció.

Sonaron las doce en el reloj del recibidor y despertó con una sensación satisfecha. Recogió la ropa y se fue vistiendo; tenía que encontrarse con una prostituta de Limehouse que le había prometido información sobre Judith Bernsky. No podía desprender la vista de la hermosa mujer dormida. Recordó que, cuando momentos antes se había soltado de su abrazo, había protestado y se había movido entre sueños; con gesto amoroso, la había cubierto con una manta y había besado su sien.

Terminó de arreglarse y le susurró que volvería pronto; su trabajo no le tomaría más de un par de horas; estaría de vuelta antes de que amaneciera.

Dejó la casa y caminó a paso rápido por Bridgewater. Se le ocurrió que podía buscar un coche en la calle Seymour para hacer más rápido. Al llegar a la esquina, se dio cuenta del paso de un Hansom solitario y se giró para ver si era de alquiler. No tuvo tiempo de reaccionar; dos tipos saltaron del vehículo, se echaron sobre él y lo golpearon. Se defendió con cuanto truco sucio había aprendido en la calle, pero no fue suficiente: los que lo sujetaban no solo los conocían, sino que los practicaban con mayor suciedad que él. No tardó en encontrarse en el interior del coche, pateado por los gorilas y golpeado en la cabeza y la espalda por un tercer hombre que estaba oculto en las sombras. Tirado en el piso, tratando de absorber el impacto de los golpes en zonas no vitales, apenas si se dio cuenta del rejón de luz plateada que se cernía sobre él. Su mente le dijo del filo en las entrañas segundos después de abrirse camino en la carne. En la siguiente entrada, la sensación fue clara y distintiva; en la tercera, ya no hubo reacción.

Solo recuperó el sentido cuando su cuerpo impactó con violencia contra la calle. El dolor del hombro golpeando las piedras lo despertó con brusquedad, pero estaba rígido y se quedó tirado inmóvil, respirando apenas para no aumentar el malestar y los vahídos. No supo cuánto tiempo pasó así, pero, en algún momento, logró moverse y poco a poco se fue arrastrando hasta poder sujetarse de una estructura de hierro clavada en la calle. Se levantó mareado.

Abrió los ojos y los frotó para limpiar el velo que los cubría. El olor de la sangre llegó nítido a su nariz. Se llevó una mano al lugar por donde había entrado el cuchillo varias veces y trató de taponar el flujo que se le escurría entre los dedos. A corta distancia vio una reja a la que estaban atados dos caballos. Se les acercó cautelosamente. Los animales se encabitaron al oler la sangre, pero consiguió calmar a uno al que a duras penas se subió. Tendría que ver en qué calle estaba para devolverlo, logró pensar turbiamente.

Anduvo un rato sin rumbo hasta que fue capaz de identificar el silencioso lugar por el que iba como Pentonville. Con la poca lucidez que le quedaba, pensó en ir hasta la agencia para pedir ayuda. Para cuando logró llegar a Upper, pasó por su cabeza que la vida se le iba a toda velocidad con la sangre que manaba de sus heridas. Sin saber cómo, pasó el Green y llegó a Saint Peter. Como si hubiera arribado a su final, cerró los ojos y se dejó caer.

* * *

¿Dónde demonios estaba McColl?, pensó Louis medio adormilado y más que enojado. Al parecer ese pensamiento fue compartido por su compañero del otro cuarto al que oyó exclamar en voz alta:

—Maldita sea, ese hombre nunca está cuando hace falta.

Calvert y Louis se encontraron camino de la puerta de entrada de la agencia para atender a quien a esa inhóspita hora de la madrugada hacía sonar la campanilla. Al abrir, encontraron a un hombre y a un muchacho en camisón y pantalones de trabajo que reconocieron del establo de las calles Saint Peter y Bird's Building en donde alquilaban caballos de vez en cuando. Entre ambos sostenían el cuerpo sin vida del Dandi, el rostro y el cuerpo de

su compañero bañados de sangre y suciedad. Louis y Calvert se abalanzaron para agarrar el bulto inerte y lo arrastraron dentro del recibidor sentándolo en un escalón. Louis se volvió hacia los rescatadores.

—¿Está vivo? ¿Dónde lo encontraron?

El hombre apuntó hacia el caballo que estaba detenido a metros de la entrada. Calvert se apuró a agradecerles y a pedirles que se hicieran cargo del animal hasta que lo reclamaran. Como pudo, sacó una moneda de un bolsillo y se la entregó al mayor. Una vez que se fueron, comprobó que el corazón aún latía y que aunque muy débil, todavía respiraba. Para más seguridad, le levantó un párpado y vio que la pupila reaccionaba a la luz que le había acercado Montrose. Enderezándose, los hombres se miraron con idéntico fruncimiento de ceño.

—Llévemolo al cuarto —propuso Louis.

—No, aquí no... —sintieron la voz débil de Primm.

—¿Cómo que no? Necesitas un médico y debemos acostarte —protestó Louis.

—Por... fa... vor, es... conder... me... Nora...

—¿De qué habla? —preguntó Calvert confundido.

—No sé, parece que está en problemas. Tendríamos que buscar a Baker.

—No, escón... danme. —La agitación del hombre no lo ayudaba: un nuevo flujo del espeso líquido rojo volvió a manar de las heridas.

—Está bien, déjame pensar un momento —concedió Calvert mientras apretaba la mano contra los cortes—. Necesitamos un lugar donde nadie lo busque.

—Podemos llevarlo a mi cuarto.

—Muy lejos y, si lo están persiguiendo, es probable que busquen en nuestras casas.

—Lo más cercano y no conocido, mmm, la casa de Emily.

Calvert lo miró a la sola mención del nombre.

—¿Tú crees?

Se encogió de hombros.

—Puedo pedírselo.

—¿Y por qué crees que si tú se lo pides ella consentirá? —le preguntó con gesto avieso.

Louis exhaló aire fuertemente. No quería faltar a su palabra, pero la situación de un camarada en riesgo de muerte lo ameritaba.

—Porque somos amigos. —La mirada de Calvert lo forzó a aclarar—: Solo amigos. Emily es una dama, nada hay entre nosotros.

La tristeza evidente con la que terminó la frase dejó casi convencido a Calvert.

—Bien, iremos a su casa, y tú la convencerás de que oculte en su departamento a un hombre moribundo de pésima fama con las mujeres al que alguien, vaya a saber por qué razón que no creo sea buena dado sus antecedentes y el deseo de ser ocultado, ha querido matar y tal vez aún desee hacerlo.

Louis abrió los ojos afligido por la enormidad de la tarea.

—Aunque creo que antes de sacarlo de aquí hay que detener la hemorragia, vendarlo y buscar cómo lo llevaremos; ah, y conseguir un doctor en el camino.

Media hora más tarde, Calvert llevaba a sus compañeros en la parte de atrás de una carreta del establo. Custodiado por Montrose, Primm oscilaba entre breves períodos de confusa conciencia y largos momentos de desmayo. Gracias a Dios eran las tres de la mañana y no se habían encontrado con ningún policía capaz de hacer preguntas difíciles de responder.

Subido al pescante desde donde conducía la carreta tan cuidadosamente como le era posible, Calvert podía comprobar que el rostro de Primm había perdido todo color y los labios se veían de un rosado deslucido que iba tornándose por momentos en un tono levemente purpúreo azulado. “Apúrate”, oyó el improvisado cochero que le decía su compañero con palpable temor en la voz.

Por fin llegaron. Verificó que nadie estuviera en las inmediaciones y le hizo una indicación a Louis para que bajara. Él se apresuró a saltar al suelo y juntos fueron hasta la puerta de entrada. Calvert le indicó que vigilara y luego extrajo del interior de su chaqueta un pequeño estuche, seleccionó algo y se inclinó sobre la cerradura. Segundos más tarde, Louis entraba al recibidor del edificio y se dirigía sigilosamente hacia las escaleras. Ajustándose la gorra sobre la frente, Calvert bajó los escalones de la entrada, se ubicó junto al vehículo y aguardó intranquilo. Repartió el tiempo de espera entre la vigilancia de la calle y la del hombre herido. ¿Qué demonios demoraba a Montrose? Cuando ya estaba por lanzarse a los escalones de entrada, vio salir al agente y a la señorita Randolph cubierta con una bata de dormir, el camisón blanco asomando por debajo, el cabello en una despeinada trenza corta y un gesto entre el enojo y el miedo.

—Señor Calvert, ¿es verdad? ¿El señor Primm? —quiso saber poniéndose en puntas de pie para mirar dentro del vehículo.

—Necesitamos apurarnos, hace largo rato que se desangra. ¿Sabe dónde hallar un médico?

—Hay un doctor retirado en el edificio de la calle James, acá a la vuelta.

—Montrose, ve por él, yo me ocupo de llevar a Primm.

—Espera. —Emily lo detuvo cuando ya empezaba a correr hacia la esquina—. Será mejor que vayas por la calleja que da al patio, es el edificio gris con el limonero delante, en la planta baja a tu derecha. Busca al doctor Parker.

Mientras Louis iba hacia el callejón, Calvert se subió a la parte de atrás de la carreta y levantó con cuidado el cuerpo inmóvil.

—¿Está vivo? —preguntó ella al ver la palidez cerúlea.

Calvert se arrodilló al lado del agente y puso el oído sobre su pecho.

—Parece que sigue latiendo. Vamos, ayúdeme.

Emily se paró junto a la carreta y con gran esfuerzo, contuvo el pesado cuerpo inerte mientras Calvert saltaba al suelo y lo agarraba; entre ambos lo abrazaron sujetándolo con sus cuerpos.

—Indíqueme el camino —le susurró una vez que logró abarcar el cuerpo y cargarlo sobre su costado haciendo caso omiso del gemido que se oyó.

—Oh, cuidado. Haga silencio, mi casera vive allí.

Subieron la escalera con el menor escándalo posible y Bertrand, que se había echado el peso muerto encima para que ella no lo sufriera, llegó al primer piso sin aliento y viendo rojo. Poco después lo dejaba en el sillón junto a la ventana. Apenas si notó la mano que tomaba la suya y lo llevaba hasta una silla; jadeante, se dejó caer y echando la cabeza hacia atrás, cerró los ojos. Emily aprovechó para acercarse al herido y observarlo. Entre la sangre y la suciedad que recubría el rostro, podía ver moretones oscuros y cortes, los bellos rasgos masculinos deformados por la paliza recibida. Ante el estado penoso en que se encontraba, se apuró a buscar más luz. Trajo un paño y agua limpia de la cocina y con suavidad le limpió los mechones de cabello empastados de mugre y sangre que se apelmazaban en la frente para

poder seguir con la cara que secó cuidadosamente. Luego desabrochó la chaqueta manchada: debajo encontró el chaleco y la camisa abiertos y las vendas ensangrentadas. Retiró con aprensión la ropa, cortó la tela que ceñía el cuerpo y miró angustiada las rojas heridas. Notó varios puntos en los que la piel empezaba a amoratarse y no pudo evitar exhalar para liberar su espanto.

Calvert abrió los ojos.

—Parece que lo asaltaron. Llegó hasta la agencia, pero no quiso quedarse ahí y tampoco quiso que diéramos aviso a Baker. No sé qué fue lo que sucedió, solo repetía que quería esconderse.

—A pesar de lo que diga Louis, no sé si deba guardar esta información al señor Baker.

—Hágalo hasta que Primm reaccione y pueda contarnos qué pasó.

—Le dije a Louis que no podía tenerlo aquí. Si lo hago, deberé decirle a la señora Zachary, mi casera —explicó suspirando.

Calvert levantó las cejas y la miró.

—No, señor Calvert, eso no es negociable. Cuando un hombre está en mi departamento, ella está siempre presente.

—¿Habla de muchos hombres? —La provocó—. ¿O se refiere a uno en particular?

La joven se ruborizó.

—Hablo de Louis. Y él y yo somos solo amigos, no debe pensar nada incorrecto de nuestra relación. Es que lo encontré un domingo por casualidad en el mercado y almorzamos juntos... ¡los tres! —aclaró de inmediato acalorada—. Él está solo sin familia, y yo estoy sola... ¡y la señora Zachary está sola! Bueno, que los tres hemos compartido algunas salidas y tés, incluso con otros de mis vecinos.

Calvert se sintió complacido por la imagen de confusión e indignado enojo que exhibía la joven. ¡La señorita Randolph era tan inocente y transparente! Con malsano regocijo, se encogió de hombros y le dijo:

—Su vida es solo suya, lo que haga con ella y su vínculo con Montrose no son de mi... —tuvo que detenerse al ver el rojo furioso que subía por las mejillas para instalarse en los pómulos y la frente.

—¡Cómo se atreve! —lo interrumpió con voz ahogada, la bata ligeramente entreabierta dejando ver la delicada garganta entre los bordes del cuello alto del recatado camisón.

El agente levantó las manos en un gesto defensivo.

—Lo siento, señorita Randolph, era solo una broma. Una mala, pero broma al fin. Claro que le creo, usted es una dama honorable y nunca dudaría de su intachable reputación.

—Eso está mejor —aceptó con los ojos brillantes, aunque ligeramente sospechosa de la capitulación masculina, sopesando la posibilidad de que las palabras del agente hubieran sido irónicas—, no quiero que se lleve usted una impresión errónea de mí.

Calvert se animó con las palabras y se inclinó hacia adelante en el asiento, quizá demasiado cerca de Emily que retrocedió un paso asustada.

—El hecho de que haya respondido al pedido de un amigo no me hace... —comenzó a decir.

La llegada de Louis con un hombre mayor que portaba un maletín la interrumpió.

—Tendré que avisar a Lydia, Louis. No puedo ocultarle la presencia del señor Primm en mi departamento.

—Claro, le diremos juntos, tranquila.

El agente miró la mano de Montrose apoyada en el brazo de la señorita Randolph, captó el mensaje en los ojos posesivos y se sintió molesto. Tenía que salir de allí y rápido; él no se buscaba problemas gratuitos ni en el trabajo ni con los compañeros.

—Me encargaré de la carreta y del caballo. Volveré a la agencia, tengo cosas que hacer temprano. Te veo allí al mediodía para que me cuentes de Primm. Señorita Randolph, doctor.

—Te acompaño.

Cuando los hombres dejaron el departamento, Emily respiró aliviada de comprobar que la tensión de hacía un momento cedía con la partida de Calvert y se acercó al médico para ver si podía ayudarlo.

Para las seis de la mañana, Louis ya había lavado la sangre del cuerpo del hombre, el médico había limpiado las heridas y las había vendado y ella había preparado su cama para Primm.

—Se recuperará —los calmó el hombre mayor—. Las heridas cortantes fueron en la parte blanda del cuerpo y no interesaron órganos vitales, aunque la pérdida de sangre fue muy seria. Los golpes fueron muchos y duros, pero los aguantó bastante bien: el hombro dislocado y la costilla fisurada sanarán y, con el debido descanso, recuperará las fuerzas que perdió por la hemorragia. Es un hombre sano y resistente. Manténgalo en reposo y denle una cucharada de láudano si se pone inquieto por el dolor. Ya saben dónde encontrarme en caso de urgencia.

Después de que el doctor Parker se retiró, los jóvenes se miraron nerviosos. Estaban solos, fatigados, vestidos demasiado informalmente y todo eso, sumado al hecho de no ser supervisados por Lydia Zachary, les resultaba extraño.

—Ven, sentémonos un rato; no vamos a despertar a la señora Zachary hasta las siete —dijo Louis llevándola al sillón. Luego tomó una silla para acomodarse a su lado—. Veremos si podemos convencerla de echarle un vistazo a Primm de vez en cuando mientras nosotros aparecemos por la agencia.

—¿Qué habrá sucedido? ¿Crees que quisieron robarle?

—No estoy seguro. Anduvo muy misterioso últimamente, apenas se ha dejado ver estos días más que para hablar con Baker del caso que está siguiendo.

Callaron y se quedaron compartiendo la paz del momento. Por la ventana de cortinas descorridas, pudieron ver las primeras luces del alba y oyeron los ruidos iniciales de la calle que les llegaban amortiguados como si fueran una suave música urbana de fondo. Emily bostezó y Louis no tardó en imitarla.

—Falta poco para las siete. ¿Preparamos algo de té? —propuso él.

—Te haré el desayuno —se ofreció Emily enseguida—. Bueno, té, tostadas y un huevo o dos.

—Será suficiente.

Para cuando fue al comedor con el desayuno, Louis dormía el más profundo de los sueños con una expresión reposada en el rostro.

CAPÍTULO XVI

El trabajo en la oficina ese día era particularmente activo. Hubo un desfile de clientes con casos de todos los colores: pequeños robos, búsquedas de personas desaparecidas, seguimiento de cónyuges, rastreo de información o paraderos... no hubo tiempo para descansar. Para enfrentar la hercúlea tarea, Emily contó con la colaboración de la señora Walloski quien dejó la limpieza en manos de su hija y se puso a ayudarla abriendo la puerta cada vez que tocaban la campanilla, escoltando a los clientes a la recepción, sirviéndoles té para matizar la espera, acompañándolos cuando se retiraban y yendo tras Emily para hacer cualquier otro trabajo que le requiriera. ¿Dónde estaba McColl?, se habían preguntado las dos más de una vez al borde de sus fuerzas. Ese hombre desaparecía cada vez que era necesario, se enojó el ama de llaves la sexta vez que tuvo que acompañar a un cliente a la puerta.

—Es un viejo detestable, créame, señorita; no me disculpo por señalar que pasa más tiempo fuera de la agencia que dentro y que no cumple con sus tareas. Debería hablar con el señor Baker.

—Por poco aficionado que sea el señor McColl al trabajo, no quisiera que pierda el empleo.

—No se merece un trabajo tan bueno —aseveró taxativa la mujer—. Oh, el timbre otra vez...

La única interrupción en la agitada mañana, fue la nota que Emily recibió de su casera en la que le comentaba que el señor Primm se había despertado por unos minutos, pero que su mente estaba todavía confusa y deliraba.

Garabateó unas líneas de respuesta en las que le reiteraba por enésima vez lo agradecida que estaba por su ayuda. Como ella tendría que dormir en casa de Lydia hasta que el agente dejara su habitación, pues no era correcto ni decente que estuvieran en el mismo departamento un hombre soltero –sobre todo con la apariencia y la reputación de Jack Primm– y una joven en la misma condición, tendrían tiempo de sobra para conversar las razones de su decisión.

Afortunadamente, la procesión de personas cesó a eso de las tres de la tarde y el cerrajero que había puesto cerraduras a todos los gabinetes de archivo ya había terminado. Emily tenía en su poder las únicas dos llaves que los abrían y cerraban. Nadie que no fuera ella o el señor Baker tendrían acceso.

Determinada a aprovechar el tiempo hasta la comida, tomó la llave para probar cada cerradura. Todas fueron respondiendo sin problemas excepto la que pertenecía al archivero de los casos. Contrariada, probó la segunda llave, pero esta tampoco abrió.

—Tendré que volver a llamar al señor Lodge.

—Buenos días, señorita Randolph, ¿problemas? —fue el saludo de Calvert al ingresar a la oficina.

—Buenos días. Eh, sí. Hice instalar cerraduras en los gabinetes. He probado cada una y respondieron bien excepto en el archivo de los casos. Tendré que llamar de nuevo al cerrajero, pero no sé cuánto tardará en venir; el hecho es que el señor Baker estará aquí a las cuatro y quiere el informe Fenton, que está guardado justo ahí.

Con una mueca, Calvert contempló a la joven que echaba miradas desesperadas al gabinete. Resopló como si estuviera contrariado con alguna idea propia.

—Quizá pueda ayudarla con su predicamento.

Emily lo siguió hasta el archivero, donde él se soltó la chaqueta, la abrió del lado izquierdo y sacó del bolsillo interior un pequeño estuche de cuero alargado y angosto, usado al punto de que el material estaba adelgazado al extremo y descolorido por el roce. Lo abrió desplegándolo sobre el escritorio y dejó a la vista una decena de curiosos objetos de metal alargados y muy finos sostenidos por dos bandas de cuero paralelas, algunos de punta lisa, otros con una especie de imperceptible gancho en el extremo, uno acanalado, otro en zigzag, todos de distintos largos y grosores. Retiró uno, lo introdujo en el agujero de la cerradura, probó con delicadeza hacia un lado y a otro, y se oyó el suave clic de la cerradura al abrirse.

—¡Caramba! —expresó ella con admirado asombro. Él la miró de costado —. ¡Usted es muy hábil! ¿Puede hacerlo otra vez para que lo vea?

Bertrand no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo.

—Ese ya está abierto y sin la llave no lo cerrará para que pueda mostrarle.

Emily miró alrededor con los labios y el ceño fruncido.

—Traiga sus herramientas, señor Calvert, probaremos con los otros.

El agente apenas si pudo manotear el estuche antes de ser arrastrado al siguiente cuarto. ¿Cómo iba a poder negarse? Esa boca de labios húmedos entreabiertos, la mirada que relucía, la excitación que levantaba el pecho con cada inspiración profunda... Bertrand tomó la ganzúa y con movimientos precisos abrió el gabinete.

—Oh. ¡Otra vez!

Se acercó al siguiente y se dispuso a repetir el truco para darle gusto.

—Hágalo despacio, por favor, muy despacio —le pidió al tiempo que se acercaba a la cerradura y la miraba fijamente. Bertrand vio cómo los fascinantes ojos ambarinos seguían cada movimiento que su mano hacía. Aun demorándose, no tardó en abrirla.

—Impresionante —lo alabó—. ¿Es fácil?

—Sí.

—Enséñeme a hacerlo...; por favor —agregó tras la exigencia inicial que había provocado una instantánea ceja alzada en el hombre que ya comenzaba a disfrutar de la excitación que sus órdenes cortantes le provocaban.

Bertrand pensó que el destino se complotaba contra él. Ciertamente era que podía negarse, pero el solo pensar que podría tener una razón para estar a su lado lo indujo a decirle que sí.

—Podría —expresó con fingida indolencia, en una réplica perfecta del Dandi.

—¡Oh, por favor, hágalo! ¿Qué otras cosas puede abrir sin llave? —inquirió interesada.

—Ventanas, puertas, esposas, lo que tenga cerradura.

—¿Usted cree que, si aprendo bien, podré tener herramientas como las tuyas? Son muy curiosas.

—Las diseñé según mis necesidades. En fin, le enseñaré lo básico y espero que nunca le diga a nadie quién la instruyó en este arte...

—¿Delictivo?

Bertrand sintió que su pecho se agitaba ante la expresión traviesa de ella.

—Pero, como en toda clase, corresponde que haya un pago; simbólico, claro —se apresuró a explicar. Emily se puso seria de golpe.

—A cambio de instruirla en el ilegal arte de avanzar sobre la propiedad privada, usted me permitirá, mmm, no sé, llamarla Emily —le pidió lentificando las últimas palabras y acompañándolas con una mirada intensa

de los ojos oscuros.

—Pero...

—Montrose lo hace.

—Sí, pero ya dije que él es mi amigo.

—Entonces, el pago que pido es que me considere su amigo y me deje llamarla Emily —se corrigió.

Por alguna extraña razón, se sentía negociando con el diablo. Presentía que había mucho más riesgo en esa cercanía con el hombre de apariencia calmada y sencilla que tenía frente a ella que el que a simple vista observaba, aunque quizás estuviera exagerando. Por otra parte, Louis había resultado un excelente amigo que también le estaba enseñando una habilidad nueva.

—¿Y? ¿Pagará? —le preguntó con lo que la joven interpretó como una expresión mefistofélica.

—Louis y yo tenemos un acuerdo: no en la agencia.

Bertrand cabeceó afirmativamente y le ofreció la mano para que la estrechara.

—Es un trato, Emily —dijo. La estremeció con el apretón firme y la forma en que susurró su nombre—. Tengo tiempo hasta que llegue Baker. Comencemos.

* * *

Una de las muchas lecciones en esa nueva vida tan distinta de la anterior tenía que ver, como Emily bien podía apreciar, con la relación que se entablaba entre hombres y mujeres. En su actual situación, los hombres que la rodeaban se vinculaban con ella con un grado de confianza que no le era habitual y que debía considerar como de extrema e inapropiada cercanía si se regía por sus antiguos parámetros aprendidos desde la cuna. Las formas de relacionarse no atendían a las consideraciones del protocolo social y, en consecuencia, tendían a saltarse normas y reglas de comportamiento civilizado y decoroso que ella jamás habría soñado dejar de respetar. Dada la presente situación, rodeada como estaba de gente de clase trabajadora –y, como había señalado Primm, “en ese lado de la calle”–, se planteaba la pertinencia de aceptar, con cuidado, las maneras de establecer contacto que ellos usaban. Desde ya que no iba a arrojarse a un comportamiento fuera de toda discreción y respetabilidad, pero llamar por su nombre a uno o dos agentes que la obsequiaban con su amistad no podía ser algo tan incorrecto. ¡La misma Lydia se lo había pedido! Bien es cierto que ella era mujer y sus otros “amigos” varones y eso le planteaba ciertos resquemores por lo inapropiado del vínculo, mas con cuidarse de mantener las distancias apropiadas...

El sonido de la campanilla llamándola desde la oficina contigua la distrajo. El señor Baker acababa de llegar hacía unos diez minutos y el agente Calvert, su nueva “amistad”, estaba con él. ¿Tendría ella que llamarlo Bertrand? No, se instruyó mientras se aproximaba al escritorio.

—¿Ha podido ver los diarios de hoy?

—Lo siento señor Baker, hemos tenido un día muy ocupado. Se han registrado siete nuevos pedidos de investigación esta mañana.

—Bien, los veremos en un momento. Calvert, cuénteme buenas noticias, pasé la tarde de ayer negociando con Fenton que terminó por aceptar que continuáramos la búsqueda, pero sujetos a un plazo.

Calvert y Emily lo miraron a la expectativa.

—Esta semana.

—Pero no sé si es suficiente...

—Usted no se preocupe por el tiempo, déjeme eso a mí.

—Bien, de acuerdo —aceptó el agente—. De la declaración de Shorty sobre el cuerpo encontrado en Reilly, deduje que se refería a un pariente de Stockard. Oliver y Fargg estuvieron en Wapping, en la taberna, donde averiguaron el paradero de los padres de Annie. Me avisaron y llegué a tiempo para hacerles unas preguntas. No sin dificultad, pudimos sacarles que la muchacha estaba en relaciones con William Stockard, más conocido como Billy Bonito, hermano menor de Richard Stockard. Era más que evidente el miedo que tenían de decir algo inconveniente del jefe o de su hermano.

—¿Y qué dijeron de los últimos días de su hija?

—Annie estuvo con ellos hasta hace dos meses cuando les informó que se iba a vivir con Billy en Limehouse. Supieron de ella cuando se enteraron de que estaba muerta.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó Emily.

—En los bajos fondos, la información viaja por canales rápidos —le explicó Adam—. Si Annie era la mujer de Billy, seguro fue Stockard quien hizo saber de la muerte a los padres.

—Oliver averiguó también que habían corrido rumores en Reilly de que Billy había comentado que pronto dejaría Londres con su chica. Los planes se cortaron y el muchacho desapareció hasta que lo encontraron detrás de la taberna.

—Sería lógico pensar, entonces, que, si Annie estuvo involucrada de alguna forma en el secuestro de Prudence Fenton, también lo estuvo William Stockard.

—O su hermano. Son criminales que hacen lo que sea por dinero —acotó Calvert.

—Sí —aceptó Adam—, y las muertes de Annie y Billy parecen apoyar esta idea. Richard Stockard secuestra a la chica Fenton y... No, no, un momento, ¿por qué matar a su hermano y a la novia? ¿Intentaron arruinar sus planes de alguna forma?

—Si lo pensamos un momento, no tiene sentido que Stockard haya sido el secuestrador. Sería un gran riesgo meterse con el pesado rival de su jefe por un secuestro que le reportaría más problemas que beneficios. Suena más lógico que Billy se haya cortado solo sin preocuparse de las consecuencias de sus actos. Según nuestra hipótesis —comentó Bertrand, y Adam resintió la idea de una sociedad entre Calvert y Emily—, Billy secuestra a Prudence con la ayuda de su novia, surge un vínculo entre el secuestrador y la víctima, por lo que Annie debe desaparecer. Intentan irse de Londres con el dinero cobrado, pero alguien mata a Billy y, misteriosamente, la Fenton se esfuma en el aire.

—Allí pudo intervenir Richard Stockard tratando de solucionar el problema que enfrentaría por las temeridades de su hermano —aportó Emily.

—Tiene sentido —concedió Adam—. Lo que queda por averiguar es dónde está la hija de Fenton.

—Creo que lo más razonable sería ver si intervino Stockard. Es muy probable que haya matado a Billy con la idea de recuperar a Prudence y devolverla para que Hummel no tome en cuenta el desliz de su hermano —razonó Bertrand.

—Oh, pero no creo que ese hombre matara a su hermano, ¿no? —inquirió con inocencia Emily.

—Por no perder su posición, es muy capaz de haberlo hecho; las reglas por las que se manejan son duras y no siempre reconocen lealtades familiares —explicó Adam—. Creo que lo mejor que podemos hacer ahora es vigilar a Stockard para ver si tiene a la señorita Fenton y en algún momento nos lleva a ella. ¿Tenemos idea de dónde vive? Habrá que averiguarlo. ¿Se sabe algo de Montrose?

—Debe de estar al caer —comentó Bertrand mirando su reloj.

—Señor Baker, permítame —intervino Emily—, he hecho poner cerraduras en los gabinetes de archivo y hay solo dos llaves para abrirlos. “Bueno, sin contar las herramientas del señor Calvert”—. Una la tengo yo y la otra usted.

La campanilla de la puerta sonó y dos minutos después, Louis aparecía.

—Señor Baker, señorita Randolph. Ah, hola, Calvert. Vengo de *El Investigador Independiente*; no tuve mucha suerte —comentó mientras avanzaba hacia el escritorio y, a una indicación de Adam, se sentaba.

—¿Pudo hablar con el periodista?

—No, no fue a trabajar, pero conversé un rato con John Epps, el ilustrador de los artículos. El hombre que nos interesa se llama Tom Dolman y está en el diario desde hace seis meses. Tipo ambicioso, comenzó con noticias breves de crímenes y, hace un mes, le pidió al editor que lo dejara escribir artículos más importantes. Al parecer logró un trato: si probaba que podía conseguir un par de buenas historias que aumentaran la circulación, tendría más espacio. El señor Epps dice que el hombre tuvo bastante éxito con dos casos muy morbosos de la Metropolitana de los que gustan a los lectores del periódico y las imprimieron con buen resultado. A partir de ahí, pudo conseguir para sus siguientes publicaciones el espacio que quería con los casos Paxton y Longbury, y ahora anda tras el caso Fenton. Como sus artículos fueron muy comentados y la circulación aumentó, Dolman pidió un ilustrador y le asignaron a Epps.

—¿Sabe Epps cómo obtiene la información? —quiso saber Baker.

—En los asuntos de la policía, me dijo que era conocido del médico patólogo a quien, sin duda, había sobornado, pero no tenía idea de quién le había soplado información en los demás. Intentó averiguarlo invitándolo a unas copas en una taberna, pero lo único que Dolman dejó caer después de media docena de pintas fue que “la fuente siempre brota desde adentro”.

—Parece que no aprecia al periodista —comentó Bertrand con una mueca.

—Y no es el único. Me confiaron que son muchos los que están enojados porque usó sus cabezas para ascender.

—¿Es habitual que el señor Dolman no vaya al trabajo por la mañana? —quiso saber Emily.

—No. Según cuenta Epps, Dolman es metódico y concienzudo, de hábitos arraigados.

Asintió interesada y alentó a Louis a continuar.

—Entre las nueve y las doce está en el periódico armando su artículo y organizando las investigaciones. Consiguió del editor que le diera una oficina para él que siempre tiene cerrada con llave. Luego sale a almorzar y pasa la tarde buscando información para las notas.

—Emily, por favor, ¿quiere decirnos en que está pensando? —le solicitó Adam con la frente arrugada y una mirada paternal—. Tiene usted esa expresión...

—Un hombre de hábitos que no hace lo habitual, ¿por qué? Quizá porque algo inusual pasó o bien porque le avisaron de la visita del señor Montrose. Si fue el primer caso, lo sabremos en la edición de mañana; si fue el segundo, “la fuente siempre brota desde adentro”.

—¿Uno de nosotros? —inquirió con expresión ceñuda Bertrand.

—¿Quién? —se sumó Louis.

Escucharon a Baker murmurar agobiado “Roy”.

—¿Alguien lo ha visto?

Los tres negaron en silencio.

—¿Y a Primm? —preguntó Adam de pronto.

Las expresiones en los rostros mudaron. Por la sorpresa, Emily dejó caer su anotador y se apresuró a agacharse, tratando de calmarse para enfrentar el momento en que tendría que mentir a su jefe. Bertrand miraba impasible al frente y Louis rebuscaba en el bolsillo del chaleco algún objeto que debió parecerle importante.

—¿Y bien? ¿Calvert? ¿No ha visto a Primm?

—Aún no —respondió sin mentir del todo ya que desde la madrugada no lo había visto.

—¿Montrose?

Louis lo miró apenas e hizo un cabeceo circular parecido a una negación abierta que nada respondía mientras continuaba con la búsqueda del importantísimo objeto en los bolsillos.

—¿Emily?

—El señor Primm no se ha reportado esta mañana —dijo desde abajo.

—Bien, entonces tendremos que ver qué escribe Dolman para buscar información sobre la “fuente”. De todas formas, sus palabras fueron claras: es alguien de la agencia. Emily, encárguese de la lectura de los artículos de Dolman. Por el momento, no sabe del segundo cuerpo y eso nos da cierta ventaja.

—Pero cómo —lo cortó Louis—, ¿no leyeron el diario de hoy?

En la hoja central de *El Investigador Independiente*, con un dibujo que representaba el frente de la taberna de Reilly, estaba el artículo que hablaba del descubrimiento del cuerpo de un hombre vinculado a los bajos fondos y relacionado con el secuestro de la heredera. Señalaba que el cuerpo de mujer encontrado en Wapping correspondía a una lavandera que había sido amante del muerto. Si bien se cuidaba mucho de mencionar a Fenton, los comentarios que filtraba aquí y allá daban pistas suficientes para suponer la identidad de los personajes de ese “drama de la vida real que fielmente llevaban a sus estimados lectores”.

Adam golpeó el escritorio con el puño; una sombra oscura le atravesó el rostro. Los testigos cruzaron miradas intranquilas.

—Señor Baker —Emily llamó su atención rozando la manga de la chaqueta y atrayendo de inmediato la mirada tormentosa—, no es seguro que el señor Balling sea quien informa; no lo creo de él.

—¿Tiene alguna idea? —le preguntó con una mirada esperanzada.

Emily no pudo darle una respuesta que lo tranquilizara y el hombre volvió a su expresión abatida.

—Entonces —Calvert atrajo la atención de todos—. Creo que lo mejor sería buscar por Limehouse para ver si encontramos el lugar donde vivían Billy y Annie y donde pudieron tener escondida a la señorita Fenton. Tenemos que establecer el paradero de la muchacha, es nuestra prioridad.

—Busquen a Jones y pónganse a investigar; el tiempo apremia y quiero devolver a la heredera a su familia. Y Emily, por favor, trate de ubicar a Primm; yo veré de encontrar a Roy.

Tras dar por concluida la reunión, Adam bajó la cabeza sobre los papeles frente a él con la intención de que lo dejaran solo. Tenía que pensar sobre el informante y hallar a su amigo; no quería, más bien no podría soportar,

confirmar que él fuera quien lo traicionaba, pero debía ocuparse de eso y lo haría sin importar las consecuencias.

CAPÍTULO XVII

Los tres conspiradores se reunieron en la oficina adjunta.

—No puedo seguir mintiendo al señor Baker —comenzó ella en voz baja—. Le prometí que no lo haría. A decir verdad, ninguno de ustedes debería.

—Pero Primm necesita nuestra ayuda.

—Louis, por favor, ponle prioridades a tu lealtad; el señor Baker es tu jefe y el hombre que confió en ti dándote un empleo. Señor Calvert, convénczalo de...

—No, Emily, disculpe, pero no estoy de acuerdo con usted.

Louis se puso en alerta: él la había llamado por su nombre, ella no se había inmutado y miraba al agente entre la sorpresa y el enojo.

—¿Cómo puede decir que es más importante proteger al señor Primm de algún error que cometió por su habitual imprudencia que cumplir con la palabra empeñada! Es al señor Baker a quien deben lealtad.

—Emily, en estos casos hay otros códigos.

—¿Y en esos códigos no hay honor? ¿Qué clase de caba...?

—Alto, no se confunda, no está usted entre “caballeros”, sino entre hombres. La amistad tiene un valor; ayudar a un compañero salva vidas, ¿recuerda?

—Usted no entien...

—No, es usted quien no comprende. En este trabajo sobrevivimos apoyándonos —levantó apenas el tono de voz.

—Calvert, cálmate; Emily no quiso decir lo que crees.

—¿No? —le preguntó. Lo enfrentó con una expresión dolida mientras apoyaba una mano en el brazo del joven agente—. Montrose, ¿qué estamos haciendo? Ella no es una de nosotros.

Louis se desprendió con brusquedad al tiempo que ella abría los ojos ante las duras palabras.

—Es mi amiga y comprenderá —la defendió. Se dio vuelta hacia ella—. ¿Verdad que sí?

Emily lo miró consternada; cerró los ojos y suspiró.

—No, Louis; no entiendo demasiado. —Lo vio mirarla con dolor, oyó a Calvert aspirar con fuerza y se apresuró a agregar—. Pero no importa. Tú eres mi amigo, confiaré en tu juicio y tal vez en algún momento puedas hacerme comprender.

—Así funciona, confías en un amigo y lo ayudas —aprobó Louis. Ella volvió a suspirar, derrotada.

—¿Qué le diré al señor Baker?

—Piénselo esta noche —sugirió Bertrand con un dejo de fastidio por el obsesivo apego de la joven.

—Iré por Jones y nos encontraremos en la taberna de Reilly, ¿está bien? —propuso Louis a Calvert. Este asintió y el joven salió. El cuarto se volvió de pronto muy pequeño.

—¿Quiere que siga enseñándole? —le preguntó a boca de jarro.

—Dejó bien en claro que no soy como ustedes y entiendo que eso hace imposible una amistad entre nosotros, condición impuesta como pago de las lecciones.

—Tiene razón, es imposible que seamos amigos —aceptó, aunque sus razones eran bien diferentes de las que ella había señalado.

Se quedaron en obstinado silencio. Con el paso de los segundos, Emily comenzó a sentirse extrañamente aprensiva. No quería volver al principio, no deseaba estar distanciada de Louis o de él. La sorpresa que el pensamiento le produjo la hizo volver el rostro. Sus pensamientos quedaron en suspenso al notar que la expresión enfadada del hombre se desvanecía para dejar paso a una de entrega.

—Emily.

—¿Sí?

Los hombros de él descendieron con brusquedad y exhaló de golpe, acompañando el movimiento con expresión de afligido asombro por lo que su sola voz le había provocado.

—No queremos entender todo.

Esta vez fue ella la que extendió con timidez la mano para que sellaran el nuevo acuerdo, pero Bertrand la tomó y la giró para besarla en el dorso. Ella bajó la cabeza y retiró la mano con lentitud.

—La veré mañana. Vea a Primm y averigüe qué pasó.

—No querrá hablar conmigo —dijo en voz baja y grave.

—Lo hará, usted sabe cómo hacer que un hombre deje sus prevenciones a un lado y se abra. ¿Acaso no somos eso para usted: libros abiertos a sus lecturas?

—Señor Calvert, Bertrand —se corrigió para placer del agente—, es usted un hombre... —“¿Duro? ¿Oscuro? ¿Atrayente?”, enumeró para ella sintiendo como se hundía con cada palabra—... difícil —terminó con abatimiento.

* * *

Cuando llegó al departamento, asomó la cabeza por la puerta entreabierta del dormitorio y encontró a Lydia y a la *signora* Ribatti afanándose por atender a un despierto Primm que se dejaba hacer con la naturalidad que solo podían mostrar los hombres acostumbrados a ser servidos por las mujeres en todos sus caprichos. Revoleó los ojos ante la escena y entró: la mirada dolorida, pero despejada de Primm se enfocó con sorpresa en ella. No exhibía un estado muy distinto del de la madrugada, pero, al menos, estaba consciente.

—*Signora* Ribatti, Lydia, ¿podrían dejarnos un momento a solas? —pidió Emily con gesto señorial y firme propio de quien no admite que se discutan sus pedidos.

Una vez que salieron, se acercó al hombre mirándolo desde arriba con severidad. Estaba haciendo eso por sus amigos, pero no estaba dispuesta a ser agradable con ese ser caprichoso, pueril y vanidoso.

—Señor Primm, ¿cómo se encuentra?

—Bien, señorita Randolph —le respondió con voz apagada, pero audible. Intentó erguirse en la cama; el resultado fue un gemido de dolor.

El golpeado rostro contraído en una mueca de sufrimiento la ablandó por unos segundos; extendió una mano hacia el hombre para evitar que se moviera, pero la retuvo a media distancia y la volvió a un costado ante la expresión suspicaz y cerrada de los ojos masculinos.

—El señor Baker ha preguntado por usted hoy.

—¿Y le ha contado de inmediato dónde estoy? —preguntó con tensa ironía.

—Señor Primm, no está en situación de darse esos aires. ¡Otra vez, por su culpa, debimos mentirle al señor Baker! No tengo idea de la razón por la que se encuentra en este estado, pero su pedido de silencio nos ha puesto en una situación que solo puede traernos perjuicio.

—¿Qué tiene usted que ver en todo esto? —inquirió él desconcertado. Podía entender que el Monje y Sonrisas se ligaran una filípica de Baker por su culpa, pero ella...

—Pues que está en mi casa por pedido de un amigo al que no pude negarle colaboración. Y súmele a eso que debí ocultarle al señor Baker su paradero. ¡Usted bien sabe que le di mi palabra de que sería leal y honesta! Todo esto va en contra de mis principios —concluyó con un ligero desmayo en la voz.

—No sabía. Creí que no le había entendido bien a la mujer italiana cuando me respondió dónde me encontraba. Apenas si hablé con la otra de mirada feroz.

—La señora Zachary no tiene mirada feroz; es mi casera y es una dama maravillosa que se avino a cuidarlo mientras yo no estoy. No podíamos dejarlo todo el día solo en sus condiciones —le explicó con tiesura—. Bien, tengo un encargo que cumplir: el señor Calvert me pidió que hablara con usted.

—¿Él es el amigo del favor?

—No —dudó Emily—. Louis.

—Ah, Montrose, claro, *él* es su amigo —corrigió con aviesa intención.

—Sí, él es mi amigo y nada más. ¿Por qué tengo que explicarles a todos lo mismo? —emitió la pregunta entre dientes.

—Porque la amistad entre un hombre y una mujer no es posible, señorita.

Emily lo observó por un segundo recordando lo que Primm había dicho antes de desmayarse y una expresión de entendimiento cruzó su semblante.

—Claro, un hombre como usted no concibe una amistad leal e inocente entre personas de género diferente porque, sin duda, piensa que nadie actúa a cambio de nada. No hay desinterés en una amistad, no hay real afecto entre la gente y ya que estamos, podemos concluir también que no hay verdadero amor, es solo otra cosa, se trata de pasiones más bajas y deshonestas. Como lo suyo con la señora Arden, ¿no es así?

El rostro de Primm se demudó. Levantó un puño amenazante en dirección de ella. Un manchón rojizo atravesó sus mejillas destacándose en la palidez extrema del hombre.

—No se atreva... —No pudo terminar la frase porque otro remezón de dolor lo invadió.

—Vamos, señor Primm —intentó calmarlo mientras se acercaba y le tomaba la mano aflojando sin esfuerzo el puño que acomodó sobre la colcha —; hablemos en paz.

El hombre se dejó caer exhausto en la cama y la miró con una indefensión que la desarmó.

—Porque todo esto se trata de ella, ¿no es cierto?

—Nora y yo nos amamos —alcanzó a decir y comenzó a toser. Emily le dio agua, se sentó a su lado en la cama y esperó con expresión tranquila. Pasaron varios minutos antes de que él juntara fuerzas para volver a hablar.

—Después de la reclusión de su hija, Nora quedó sola. Siguiendo el consejo de una persona conocida —Emily lo miró de reojo, y él le replicó con una mueca irónica—, me acerqué a ofrecerle apoyo. Tomó muy a mal el ofrecimiento y me costó que entendiera que mis intenciones eran buenas. Cuando lo logré, decidió no aceptar como amante a George Pressing, uno de los hijos del vizconde de Redfing, y comenzar a llevar una vida honesta que le permitiera dedicarse a cuidar a su hija. Tenía suficientes recursos económicos para ello, así que la decisión fue sencilla. Durante esos días arduos, la acompañé a visitar a Faye y me quedé con ella cuando necesitó un hombro en el que apoyarse. Pronto aceptamos lo inevitable de nuestra atracción y comenzamos a vivir juntos, de lo que Pressing se enteró y por lo que empezó a acosarla. No podía aceptar que el elegido de Nora fuera un hombre como yo. Al ver que ella no cedía a sus reclamos, ayer decidió sacarme del medio. Supongo que creyó que estaba muerto cuando me arrojó del coche en el que me atacaron. El resto lo sabe mejor usted que yo.

—¿Por qué quiere esconderse?

—Si Pressing descubre que estoy con vida, puede dañar a Nora.

—No lo creo, me parece que le interesa más conseguir y conservar su posesión que deshacerse de ella. Así piensa que demostrará a los demás que nadie debe entrometerse en sus designios. Señor Primm, ¿no cree que debemos avisarle a la señora Arden que se encuentra bien? Se preocupará cuando no lo vea.

—Creo que lo mejor es que piense que desaparecí.

—Así su padecimiento será más real ante el señor Pressing, ¿verdad? Hombres egoístas —apuntó disgustada negando con la cabeza—, poco les importa que la mujer que los ama sufra. En fin, usted dirá si quiere que Nora

Arden tenga que penar por un nuevo golpe devastador en su vida o no.

Dejó caer el comentario y se dispuso a ponerse de pie. La mano de Primm la retuvo, sujetándola débilmente por la muñeca.

—No puedo pensar con claridad, estoy tan cansado...

La cabeza del agente cayó despacio a un costado y cerró los ojos. Lo dejó descansar, ya había abusado de sus fuerzas con tan larga conversación. Tendría que ocultarlo un poco más hasta que pudiera tomar una decisión por él mismo. Mientras tanto, se dijo, tenía información que pasar a Louis y a Bertrand. Y a Lydia, sin duda.

* * *

La taza sobre la mesa había dejado de humear hacía un buen rato, olvidada por completo, y el cabo de una zanahoria estaba apoyado en precario equilibrio al borde del plato. La paz reinaba soberana en la agencia Essex. Los únicos sonidos que podían escucharse en la planta principal eran el rasgido de una pluma sobre un papel y los espacios de silencio entre carga y carga de tinta. La recepción estaba vacía al igual que la oficina principal. Los ruidos de escritura acabaron, y el deslizamiento de las patas de una silla al correr por el suelo resonó en la tranquilidad de la oficina adjunta. Los pasos se encaminaron rápidos hasta detenerse junto a la ventana y se pudo sentir que un pesado cajón se abría por el chirrido seco de la base en las guías de madera. Un golpe fuerte y seco anunció que la tarea de archivo estaba completa y un suspiro femenino de satisfacción subrayó la idea.

Salvo por el corto mensaje que le había enviado el señor Baker avisándole que todos estaban abocados a las investigaciones por el caso Fenton, Emily no había tenido otra novedad de qué estaba sucediendo, por lo que había

decidido dejar todo al día dedicando para ello un esfuerzo continuo y parejo que la había llevado a concluir la última actividad de su lista con éxito.

Oyó la campanilla de la puerta; un par de minutos más tarde, McColl dejaba en la recepción a un hombre delgado de gran estatura y a otro pequeño y desaseado.

—Buenas tardes ¿en qué puedo ayu...? —Emily se interrumpió al reconocer a John Baptist Smith.

—Que hay, señora. ¿Está algún patrón? —preguntó con la sucia gorra en la mano como muestra de respeto.

—No en este momento, ¿puedo ayudarlo? —inquirió sin poder evitar un estremecimiento mínimo.

—Que *Shpitch* y yo tenemos algo para contar, pero vea, estoy aguja y necesito algo de tela, un poco de pasta, una media, lo que tenga, mujer, señora —enumeró hasta que vio la comprensión en el rostro femenino; una “media” equivalía a dos chelines y seis peniques.

—Quizá pueda darle algo, pero dependerá de la calidad de la información —le propuso con gesto entre severo y suspicaz.

—Está —aceptó de inmediato y miró al hombre a su lado al que le empezó a hablar, gesticulando, en un lenguaje que parecía inglés pero que Emily no supo identificar y al parecer, el otro tampoco. Con expresión cansada, el hombre alto empezó un discurso con un “*Entschuldigung, aber...*” que siguió adelante con un tono seco y fue entonces que a Emily se le iluminó el rostro: ¡estaba entendiendo palabras sueltas! Entre ellas “Stockard”. ¡Pero eso no era inglés era...!

Saludó al hombre en alemán y el discurso se dirigió a ella: así pudo enterarse de que Stockard había sido visto en una gran casa de piedra con dos columnas en las calles Albert y Victoria. Tras un par de preguntas, pudo saber el domicilio exacto, que el hombre estaba acompañado por una mujer

cuando el alemán los vio y que no había nadie más con ellos. Emocionada por la información recibida, procedió a una rápida presentación con corteses reverencias entre ella y su informante, el señor Spitz. Sin perder tiempo, se volvió hacia el hombrecito.

—Señor Smith, ¿dónde queda la dirección que dijo el señor Spitz?

—Lanenfils —escupió entre los dientes.

—¿Lanenfils? Lanen... ¡London Fields! —exclamó excitada por la progresiva comprensión.

—Sí —asintió Shorty como si lo hubiera dicho así de claro desde un comienzo—. El alemán trabaja en una fábrica. Relojeó al patrón de mi cuñado cuando entraba en una casa con una mujer.

Emily tuvo que hacer un esfuerzo increíble para no estallar de la alegría. Tenía que avisar al señor Baker y a los demás que se había encontrado el domicilio de Stockard y que, quizás, estuviera con Prudence Fenton; aunque no sabía dónde estaban, sin duda volvían en algún momento a la agencia. Dejaría una nota a McColl para ellos e iría al lugar a vigilar hasta que pudieran llegar.

Con cierto nerviosismo, Emily pidió al señor Spitz que la llevara hasta la casa. Aun cuando no parecía convencido, el hombre consintió en acompañarla. Escribió la nota y la puso en un sobre que cerró con lacre. Luego tomó el sombrero, los guantes y la capa; guardó algo de dinero que sacó de la caja de seguridad de la agencia en el estuche de cintura, sacó algunas monedas más para pagar a Shorty que bien merecido tenía lo que le diera.

El hombrecito sonrió feliz al ver las monedas y las probó una por una con los restos de su dentadura. Cuando estuvo convencido de la solidez del metal, saludó con dos dedos a la altura de la frente y se fue escaleras abajo, desentendido por completo de lo que fuera a continuar. Emily miró al hombre

que aguardaba con estoicismo germano a que estuviera lista e intentó ofrecerle algo de dinero, pero se negó con gesto adusto. Solo esperaba que fuera realmente tan correcto y honrado como se veía. Con una plegaria breve, lo invitó a seguirla. En el recibidor, encontró al escocés medio oculto tras una cortina.

—Señor McColl —lo llamó—. Ha surgido algo importante y tengo que salir. Necesito que le entregue esta nota al señor Baker o al primero de los agentes que llegue. Es muy importante. Por favor, no lo olvide, es perentorio que vean la nota de inmediato.

El viejo cabeceó con expresión indiferente y se guardó el sobre en el bolsillo de la gastada chaqueta.

Una hora más tarde, después de despedirse del señor Spitz, se encontraba de pie en la vereda opuesta a la casa de piedra con dos columnas a ambos lados de la puerta que supuestamente era la nueva residencia de Stockard. No se veía más luz que la que se filtraba de una estancia de la planta baja que tenía las cortinas corridas lo que impedía divisar algo del interior. Emily suspiró y miró detrás de ella; la calle estaba muy tranquila y solo había un gran edificio con apariencia de fábrica que dejaba ver un par de entradas de cerraduras enmohecidas y varias ventanas en los pisos superiores. No podía quedarse allí parada, tendría que buscar un lugar desde donde vigilar la casa sin ser vista. Mientras revisaba la calle en busca de un escondite, rezaba porque todo eso no hubiera sido una mentira del hombrecito para sacarle dinero.

Los faroles de la calle Albert pronto fueron encendidos y en su reloj prendedor pudo ver que ya eran cerca de las ocho de la noche. Volvió a buscar en derredor dónde ocultarse hasta que alguien de Essex viniera. Cerca de la esquina con Victoria Place, descubrió una pequeña escalera que descendía hacia un hueco oscuro. Desde arriba pudo distinguir que los escalones daban a una entrada de hierro que estaba cerrada con cadenas. Se aproximó un poco más, inclinada discretamente sobre la baranda y alcanzó a notar las telarañas que las recubrían y el polvo y hojas secas acumulados.

“Nadie viene por acá hace un tiempo”, pensó mientras bajaba las escaleras después de dejar pasar a algunas personas que iban y venían por la vereda y de verificar que nadie la observara, “me quedaré aquí y cuando la calle esté tranquila, me sentaré en los escalones para vigilar y esperar a los agentes”.

Con un plan en mente, se sintió más serena. No tardó en bajar y se quedó parada en el hueco, asomando apenas la cabeza al nivel de la calle. La casa se veía perfectamente.

Durante las siguientes dos horas contempló desde su escondite el paso de coches, carretas y gente volviendo a sus hogares después del trabajo. Había visto varios comercios distribuidos por las calles que había recorrido con el coche de camino a esa zona. Nunca lo había visitado, pero London Fields parecía un lugar respetable. Incluso había visto una iglesia a la vuelta de su escondite, Saint Mary’s Haggerstone, según le dijo el alemán, con una torre con reloj y dos escuelas anexas. No parecía temible como el muelle.

Para las once de la noche, Emily estaba tan fatigada y hambrienta que ni podía asustarse de estar sola en vaya a saber Dios dónde. Ya habían pasado tres horas, ¿todavía no habría vuelto nadie a la agencia? Era probable, tuvo que admitir, ya que el caso Fenton necesitaba tener una resolución rápida y todos estaban trabajando contra reloj. Si tan solo alguien viera la nota y viniera a hacerse cargo del asunto... Quizás habría debido proceder de otra forma, se le ocurrió en un instante de duda, pero no podía mandar a los recaderos a buscar a los agentes sin dejar de cubrir esta posibilidad de investigación. Lo único que necesitaba era mantenerse despierta y atenta hasta que la reemplazaran. Lástima que estaba cansada, con hambre y frío...

Sacudió la cabeza un par de veces para despejarse y saltó un poco sobre cada pie para recuperar el calor. Dio unos pasos en el pequeño hueco cuadrado en el que estaba y volvió a mirar hacia la casa. La luz de la planta baja seguía encendida, pero había una nueva en la planta alta. Desde donde se hallaba, distinguió la forma nítida de una mujer antes de que un hombre robusto corriera las cortinas de un tirón nervioso. “Tengo tanta hambre”, pensó inquieta mientras escuchaba la protesta de su estómago.

El frío se hacía sentir cada vez más. Decidió arriesgarse y salir un momento a la calle para caminar y ganar algo de calor con el ejercicio. Subió con cuidado los escalones y después de comprobar que nadie pasaba o la veía, se detuvo frente al hueco. Comenzó con unos pocos pasos discretos para un lado y para otro y terminó recorriendo la totalidad de la vereda pegada a la pared. Cuando volvía desde la esquina de Victoria hacia su refugio, sintió más que vio un movimiento en la puerta de la casa. Pudo percibir una figura sólida y alta que se asomaba a la vereda. Desde allí, la figura oteó a ambos lados y, subiéndose el cuello de la chaqueta y calándose un poco el sombrero, caminó rumbo a Great Cambridge en el lado opuesto. Con gesto pensativo valoró que, si la mujer que estaba en esa casa era Prudence Fenton, no debía perderla de vista; además, era inútil y muy peligroso que ella siguiera a un hombre por las calles desconocidas de ese sector de la capital por tranquilo que le pareciera el lugar. Era menos riesgoso y más lógico que se quedara donde estaba. El hombre sin duda volvería, y ella tenía que esperar a que los agentes la relevaran; la buscarían allí cuando leyeran la nota... o, al menos, eso esperaba.

Volvió a su puesto de vigilancia algo más confortada por el movimiento y se sentó en los escalones más altos de la escalerilla. Gracias a la irritación que la embargaba, resistió despierta hasta la una. Pero, a medida que el tiempo pasaba, los párpados se ponían más y más pesados, y su mente se oscurecía cada tanto por unos segundos, oscuridad de la que volvía con un sobresalto estremecido. El frío y la humedad de la noche la iban calando lo que no ayudaba a mantenerla despierta. Apenas si había visto una ronda policial a eso de las diez y media y no parecía que otra fuera a aparecer.

“Caramba, es noche cerrada y ni un alma por la calle”, murmuró para sí misma después de echar una mirada rápida en derredor. Por primera vez, una vaga sensación de temor la invadió. Se sentía débil, el estómago le seguía haciendo demandas que no podía satisfacer y su mente estaba embotada. Bostezó. A lo lejos las campanas del reloj de la iglesia anunciaron las dos de la mañana.

Como a las tres y media, incapaz de cerrar un ojo pues ya estaba tan ansiosa que ni siquiera podía relajarse, distinguió oscuramente –benditos anteojos tintados– las siluetas de dos hombres bajando por Albert desde Cambridge. Llegaron a la puerta de servicio y entraron sigilosamente en la casa. Estaba segura de que uno de ellos era el hombre de antes que ahora había vuelto acompañado. La luz de las dos habitaciones en cada una de las plantas seguía encendida. Minutos después, se apagaba en la planta alta. Casi al instante, también en la planta inferior.

El cuerpo fatigado le estaba pasando factura. Tenía las manos ateridas a pesar de los guantes y su mente solo podía pensar de forma obsesiva en comida caliente, cama mullida y calor. Esta parte de la tarea de investigar no era tan atractiva como la de ayudar a los agentes en los casos. Mmm, la parte social de su nueva existencia también era interesante. Levantó las piernas un escalón más cerca del cuerpo y apoyó los codos en las rodillas y la cara en las manos. ¿El amor en las clases trabajadoras era como el de Nora Arden y Jack Primm? Sin compromisos ni responsabilidades legales, solo respondiendo a la pasión...

El ruido de una carreta la distrajo de sus divagaciones. Poco a poco la calle fue cobrando un poco de vida y Emily atestiguó el renacimiento del mundo diurno con gente llevando adelante sus tareas cotidianas.

—¿Dónde demonios está? —susurró una voz áspera y seca.

—No sé, la nota decía esta calle, pero ya la recorrimos dos veces y no aparece.

Emily tuvo un sobresalto y una feroz alegría la inundó. ¡Eran el señor Jones y el joven Oliver!

—No puedo ir gritando su nombre a voz en cuello, maldición —protestó el hombrón.

—Quizá ya se fue.

—La nota decía que estaría aquí hasta que la reemplazáramos; demos una vuelta más. Solo espero que no le haya pasado nada o el jefe nos arrancará la cabeza.

A esa altura del diálogo, Emily ya no podía ser discreta. Como activada por una descarga eléctrica, se enderezó y salió de prisa del hueco.

—¡Señor Jones! ¡Señor Oliver! ¡Gracias a Dios! —exclamó en voz baja y corrió hacia ellos abrazando a uno y a otro con aliviado entusiasmo. Cuando todos pudieron recomponerse, se disculpó.

—Perdonen mi expansión fuera de lugar, pero estoy escondida desde las siete de la noche y los he estado esperando tanto. —Jones la miró con ojos desorbitados.

—¿Desde las siete de la noche?! Maldito escocés de mier... usted disculpe. Nos enteramos recién hace un rato cuando llegamos a la agencia. El viejo hijo de..., disculpe, nos dio el papel y se fue. Cuando leí la nota, pensé que era de hoy. ¿Stockard? ¿De verdad?

—Ay, señor Jones, espero que sí o esta incómoda vigilancia habrá sido una pérdida de tiempo. El señor Smith vino con información y un testigo que conoce a Stockard y que dijo que lo había visto entrar a esa casa con una mujer. A lo mejor es Prudence Fenton, no sé, pero creí que valía la pena quedarme.

Emily se tuvo que interrumpir al sentir un vahído que difuminó por un instante todo lo que la rodeaba. El agente la vio tambalearse y, alarmado, la llevó contra la pared.

—Usted no está bien, está helada y parece descompuesta.

—Tengo frío, sí, pero tengo aun más hambre —agregó con expresión avergonzada llevando una mano lánguida hacia la frente.

—Pobre muchacha. A ver, Oliver, quédate vigilando, llevaré a la señorita a que coma algo y volveremos.

—Señor Oliver —lo llamó Emily antes de seguir a Jones—, hoy a la madrugada un hombre salió de la casa y volvió después con otro. No sé si antes de venir yo llegó más gente, pero hasta donde pude ver, hay dos hombres —tal vez un tercero— y una mujer. Se acostaron alrededor de las cuatro.

Oliver recibió la información con un cabeceo y se quedó cerca del hueco. Emily siguió a Jones con paso pesado pero decidido, contenta de haber dejado a los especialistas la difícil tarea de vigilar.

CAPÍTULO XVIII

¿Y los demás?

—No tuve tiempo de avisarles. No pasaron esta mañana por la agencia y no sé donde están. Preferí venir a ver qué sucedía y, por las dudas, me traje a Oliver.

—¿Conoce al señor Stockard?

—Sí. —Fue la breve respuesta—. Señorita, disculpe que se lo diga, pero lo que hizo fue muy tonto y peligroso.

—Señor Jones, tiene toda la razón, acepto su reto, pero el caso Fenton es una emergencia y le aseguro que no creí en ningún momento que iba a tener que pasar la noche entera en la calle. Confié en que el señor McColl entregaría la nota al primer agente que llegara.

—Maldito viejo hijo de una...

—Por muy desagradable que sea su actitud, no lo puedo culpar, no sabía lo que decía el papel.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque dejé la nota en un sobre lacrado.

—¡Cara...! Disculpe. La vieja rata me dio solo un papel; no había sobre.

Los dos intercambiaron una mirada inquieta.

—¡Es él!

—¡Soplón del demonio! Es una desleal rata traidora.

—Ronda por la agencia y se entera de todo sin esfuerzo. Los archivos estaban a su alcance hasta que les hice poner cerradura. Nunca está en su puesto... Al menos el señor Baker sabrá que el señor Balling no es quien pasó información al periodista.

Jones la evaluó un momento con el ceño fruncido y luego apuntó a una casa de madera con un cartel medio roto que decía “La bomba de gas”. El interior estaba bastante oscuro, pero dejaba intuir un lugar sencillo con unas mesas y sillas de madera y un mostrador en la parte de atrás. Sin pérdida de tiempo, Jones le consiguió algo de leche caliente y pan viejo tostado que ella devoró con fruición. Mientras la joven engullía el pan, Jones pareció llegar a alguna conclusión positiva porque su expresión se relajó un poco.

—Coma más despacio, se va atragan...

Se ahogó en ese momento preciso con una miga, y Jones se inclinó sobre ella para palmearla. Se dio cuenta de que no medía la intensidad de los golpes cuando la vio abrir los ojos llorosos. Aplacó la fuerza hasta volverlos lo que él llamaría “casi una caricia”.

—Beba un poco de leche.

Tras tomar varios sorbos, le agradeció con voz ahogada. Los ojos aún húmedos y las mejillas algo coloradas por el ahogo reciente sumados a la dulce sonrisa con la que le mostró su agradecimiento tocaron a Jones. Sacudió la cabeza y trató de aflojarse el cuello de la camisa con un dedo.

—Señor Jones, no sabe cuánto aprecio que haya venido. Ya casi creía que tendría que quedarme hasta quien sabe cuándo. —Se le acercó en actitud confidencial—. Debo admitir que tuve miedo.

La vio asentir con expresión seria acompañada por sus increíbles ojos dorados abiertos mostrando el temor que había sentido sola y desprotegida en la oscuridad de una calle londinense, y Jones terminó por derretirse por dentro. “Pobre muchacha, lo mal que debió de haberla pasado; es tan valiente”.

—Pst, Jones, señorita, vengan —los llamó Oliver que se asomaba desde la puerta.

Acostumbrado a actuar por reflejo, el agente se puso de pie de un salto, tiró una moneda sobre la mesa, agarró a la joven por el brazo y la arrastró fuera del negocio sin mayores miramientos. Mientras iban a gran velocidad por la calle de vuelta a Albert, Jones le dijo al otro agente:

—¿Por qué no estás vigilando?

—Baker llegó con los otros en cuanto se enteró. Parece que la señora Walloski les dijo lo que nos había pasado con el escocés y les mostró la nota. Ah, Jones, Stockard sí está ahí.

—¿Lo viste?

—No, pero Knives está en la casa y donde está él...

—Está su jefe —completó el hombre—. Esto va a estar bueno.

Dieron vuelta a la esquina desde Cambridge y, casi llegando a Victoria Place, vieron a los agentes reunidos. Lucían tensos y alertas, pero de una forma controlada. La joven sintió un cosquilleo de excitación recorrerle la columna.

La vieron llegar mucho antes de que los alcanzara casi corriendo para mantenerse a la par de Jones y Oliver. Los hombres respiraron aliviados: más allá de un poco de desaliño, todo estaba en orden. Formaron un semicírculo a su alrededor.

—Acá está, jefe, en una sola pieza —anunció Jones. Baker se volvió con gesto severo hacia ella.

—Hablaemos de este asunto luego, Emily.

No pudo decirle más, derretido como el resto ante la expresión de emocionada gratitud que exhibía. Ella solo asintió y se quedó sonriendo beatíficamente.

—Bien, Oliver reconoció a Knives cuando llegó y, según Emily, hay una mujer dentro. No sabemos si es Prudence Fenton, pero vamos a averiguarlo. Emily, en cuanto nosotros nos pongamos en marcha, usted se irá en el segundo coche a la agencia —le ordenó Adam, apuntando hacia dos vehículos detenidos.

—Sí, señor —acató, aliviada de que las decisiones por fin estuvieran en las manos debidas.

De inmediato, el cambió sucedió. Los agentes que ella conocía como hombres amables y correctos, se transformaron en agentes duros, listos para la acción. No había más expresión en los rostros que la de la certeza de tener un objetivo y deber cumplir con él a como diera lugar.

Olvidados por completo de ella, los agentes avanzaron sigilosamente en grupo hasta la vereda de enfrente y allí se dividieron entre las dos puertas. Bertrand se acercó a la de servicio y, en segundos, se la abrió a sus compañeros que entraron con cautela. Luego, apenas echando un vistazo a derecha e izquierda, se acercó a la puerta principal y no tardó ni un segundo de más en abrirla y desaparecer. Emily aguardó un instante, incapaz de moverse, fascinada por lo que sucedía. No oyó ningún ruido por un buen rato y, cuando ya creía que nada pasaría, se escucharon disparos y gritos, algunos de mujer. Se quedó helada unos segundos, pero reaccionó lo suficiente para recordar dónde debía estar en ese preciso instante. Cruzó la calle a paso vivo

y corrió hacia el segundo coche mezclada entre los pocos transeúntes que se desbandaban asustados. Antes de subir, buscó al conductor para darle la dirección, pero el pescante se hallaba vacío.

Se detuvo incapaz de pensar en qué hacer. Los ruidos de pelea y algunos tiros aislados indicaban que la lucha continuaba. En ese trance, desde su posición divisó a un hombre robusto a medio vestir que iba en su dirección. Asustada, se ocultó parcialmente, pero el hombre no la vio ni se acercó: su atención se había concentrado en el primer vehículo al que se subió veloz ocupando el lugar vacío del conductor. Pronto otro hombre macizo y alto apareció a la carrera y detrás de él, Louis y Bertrand. El hombre se montó de un salto en la parte de atrás del primer coche y el del pescante azuzó a los caballos poniéndose en fuga a toda velocidad. Emily apenas tardó en reaccionar.

—¡Louis! —lo llamó señalando su coche y vio que los hombres pasaban de una expresión irritada a una de azoro. Corrieron hacia ella y, mientras Montrose se trepaba al pescante con rapidez, Bertrand se arrojaba dentro del vehículo llevándosela con él. Se oyó el restallido del látigo y los caballos se lanzaron tras del primer coche. En el interior, ayudada por un Bertrand furioso, Emily intentaba ponerse en una posición decorosa. Terminó de quitarse los anteojos que se le habían deslizado en el momento en que el vehículo se puso en marcha.

—¡Qué demonios! ¿Trata de matarse? Se le dijo claramente que volviera a la agencia.

—Pero, Bertrand, el cochero desapareció.

—Usted es una joven de mucho ingenio, ¡debió haber buscado otro coche!

—Yo no sabía, es decir, no se me ocurrió —comenzó a sollozar con suavidad—; no he dormido en toda la noche y apenas si comí, no puedo pensar con claridad...

Bertrand inspiró con fuerza. Se sintió un bruto, pero no sabía cómo explicarle la angustia que había experimentado al enterarse de su vigilia nocturna. ¡Pudieron haberle robado, haberla violado y hasta matado! Mientras pensaba en eso, Emily intentaba recomponerse secándose las lágrimas en silencio y adoptando una actitud calmada entre los bandazos que daba el coche por la loca carrera en la que estaban metidos.

—No vuelva a darnos esos sustos —le dijo mientras le ofrecía un pañuelo. Enseguida se puso a hablar a los gritos por la ventanilla con Montrose.

—¿Los ves?

—Sí, estoy pegado a ellos como una pulga a un perro.

—Ya veo —murmuró Bertrand—. ¿Por dónde vamos? ¡Cuidado con los coches y la gente!

—Tranquilo, he manejado carretas en mi pueblo desde niño.

—¡Pero esto no es una carreta, no estás en tu pueblo y Emily está aquí! —le espetó encrespado.

—Tendré cuidado. ¡Ey! Doblaron por Queens y tomarán Norfolk, intentan salir de Londres.

Bertrand entró la cabeza. La joven ya no lloraba: era la dama compuesta y digna que conocía.

—Están tratando de escapar de Londres; no sé cuánto tiempo podemos seguirlos.

—No deben preocuparse por mí, hagan lo que deban hacer, yo me sujetaré así, ¿ve? —le ofreció y se agarró a la correa de cuero en un intento por calmarlo. El hombre hizo una mueca escéptica.

—¿Cómo pasó la noche? —le preguntó para distraerla de ese viaje en el que seguro terminarían con algo roto por la forma en que Montrose conducía.

—Oh, bueno, fue una experiencia que no deseo repetir. Eché mucho de menos la seguridad de mi antigua vida y sobre todo, mi cama —concluyó con una sonrisa tímida mientras trataba de recapturar unos mechones de cabello salidos de su recogido sujeto a los bamboleos erráticos del coche. De su bolso extrajo un pequeño peine con el que arregló como pudo su peinado.

—No me atrevo a preguntar qué cosas trae en esa bolsa, la he visto sacar de todo de allí.

—¡Están tomando Rectory para ir hacia Tottenham! —avisó Louis a voz en cuello.

—Se están alejando demasiado —gritó Bertrand con medio cuerpo fuera de la ventanilla—. Hay que detenerlos de alguna forma, los caballos no aguantarán mucho este ritmo.

—¡No puedo hacer nada! Estoy conduciendo y... —Tardó menos de un segundo en dar la orden con voz dura—. ¡Emily, toma la pistola!

La joven, sobresaltada al oír la inesperada voz de trueno, lo miró por la trampilla del coche mientras Bertrand volvía al interior, asombrado.

—¿Estás seguro?

—¡Ahora, Emily!

Sin dudar más, se hizo cargo de la pistola y las balas que Louis le pasaba, verificó que todo estuviera en orden, puso el dedo índice cerca del gatillo y el pulgar a milímetros del seguro. Bertrand la miraba con las pupilas dilatadas sin poder quitar la vista del arma. “Está conmocionado”, pensó y no tardó en tomar una decisión: abrió la puerta, sacó la mitad del cuerpo y se mantuvo de pie sosteniéndose del marco con la mano izquierda. A continuación, sacó el brazo derecho que apoyó sobre el techo del coche para compensar los

movimientos del vehículo. Bertrand pareció recuperar el movimiento y se arrojó para sujetarla por la cintura. Emily sintió la firmeza de las manos y se calmó.

—Lista, Louis, ¿qué hago?

El hombre giró la cabeza y el rostro se le demudó al verla parada con el cuerpo fuera del coche, sostenida apenas de la puerta y el techo. Ella le hizo un gesto tranquilizador y con los labios formó la frase “Bertrand me sujeta”. Louis asintió aún nervioso.

—Apunta tranquila, recuerda el agarre, no pierdas mi arma favorita —le fue indicando a los gritos. Emily apuntó hacia el sujeto del pescante.

—¡Estoy muy lejos, Louis! —le advirtió con la garganta lastimada de tanto dar alaridos. Se giró y se dobló hacia el interior del coche—. ¡Mis anteojos! Están en el estuche.

Bertrand los buscó bajó la capa y se los alcanzó. El cuerpo de Emily osciló peligrosamente hasta que volvió a sujetarla. Mientras tanto, Louis se esforzaba para acercar el coche, pero se veía que los caballos no mantendrían el paso mucho más. La joven levantó el brazo y disparó. La bala pasó cerca del vehículo sin tocarlo; los hombres del primer coche se pusieron en alerta: no tenían armas con que replicar. El que iba conduciendo azuzó los caballos.

—Alinea el arma con el antebrazo, extiende el brazo sin tensarlo — escuchó Bertrand que Montrose explicaba pacientemente. Un nuevo disparo pasó cerca de la oreja del cochero haciéndolo volver la cabeza con expresión de asombro.

—¡Bien! —la alentó Louis—. Vamos por otro en el blanco.

La voz de la joven que decía con humor: “¡Pero no hemos llegado a esa lección todavía!” alcanzó a Bertrand. Su amigo le respondió con un divertido “¡Sorpresa!, *¡esta* es la lección!” y luego siguió el ruido del disparo. Supo del resultado por el grito jubiloso de Montrose.

—¡Le diste!

—¿Sí? —hubo duda en la voz femenina.

A continuación, los agentes escucharon un cuarto disparo, y Louis fue deteniéndose poco a poco. Saltó del pescante sobreexcitado por la persecución. Ayudó a Emily a soltarse de la puerta y bajar. Bertrand salió detrás de ella frotándose las muñecas doloridas por la fuerza desesperada con que la había sostenido.

—¿Le diste a un farol? ¿Después de haber herido limpiamente a Knives perdiste el último tiro así?

—Pero Louis —protestó la joven ante la mirada incrédula de su amigo—; lo hice a propósito.

—¡Ja!, no es cierto. Seguro que tensaste el codo y aflojaste el agarre; te dije que...

—No, no, alineé el arma, cuidé el codo y el hombro ¡e hice estallar ese farol!

—Vamos, Emily; ese tiro fue terrible.

—¡Louis! No iba a matar a nadie; ese disparo fue un reaseguro —aseveró airada.

Calvert los miraba: había entre ellos un vínculo innegable, una comodidad muy natural en su relación, pero no entendía todavía cuál era exactamente ese nexo.

—¿Quieres decir que lo hiciste a propósito?

—Por supuesto, ahora ya pueden rastrear al hombre herido y al vehículo en el que escapan —le aseguró con un alzamiento de cejas orgulloso que puso una sonrisa a medias en la boca masculina.

—Entonces —concedió a regañadientes—, debo decir que eres una muy buena alumna.

—Solo porque tengo al mejor profesor.

Los dos jóvenes rieron y se tomaron las manos; la comunicación espontánea entre ambos provocó en Bertrand un fuerte abatimiento. Le gustaba ella; mucho, cada vez más.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos? —inquirió Emily mirando a los hombres.

—Volvemos a la agencia —indicó Calvert serio, aún perturbado por los sentimientos que estaba reconociendo en él—. Montrose, ayúdame a desenganchar los caballos. Veremos si pueden llevarnos al paso aunque sea.

* * *

Alrededor de las tres de la tarde lograron llegar a la agencia. Se demoraron pues habían tenido que parar en una posta en las afueras de Londres para que los caballos descansaran ya que no había animales de reemplazo. Durante todo el tiempo que estuvieron allí, los jóvenes fueron testigos de cómo todos sus esfuerzos por hablar con Bertrand daban contra un muro de silencio, a tal punto que, cuando habían cabalgado hasta la posta con Louis muerto de risa mientras llevaba a una horrorizada Emily que se aferraba a él pidiendo que no la dejara caer “desde esa horrible altura”, el hombre iba delante como si no fuera parte del grupo. El resto del viaje hasta la calle Essex se hizo en el más absoluto silencio; la pareja intercambiaba miradas interrogantes sobre la extraña conducta del agente y apenas se atrevía a susurrar entre ellos.

—¡Señorita Randolph! —dijo la voz aliviada del ama de llaves cuando se detuvieron ante la agencia.

—¡Criatura! Por Dios, ¿estás bien? —Oyó sorprendida a Lydia quien bajó los escalones de la agencia a la velocidad que sus faldas y su dignidad le permitieron. Bertrand la ayudó a desmontar.

—Está en una sola pieza —acotó de buen humor Louis.

—Vamos, vamos —pidió la señora Walloski—. El señor Baker los espera. Hay muchas novedades —agregó esto último con una mirada intencionada hacia los tres, tratando de salir del centro de atención de la gente que pasaba y se detenía a mirarlos como si se tratara de una representación destinada a su curiosidad. Antes de entrar, Emily convenció a Lydia de que volviera a su casa y le aseguró que iría en cuanto terminara para contarle todo lo sucedido.

La escena que recibió a los recién llegados en la planta alta fue una de oscura tensión. En la recepción se hallaban Fargg y Jones custodiando al escocés McColl que estaba sentado entre ellos con expresión ceñuda. Bertrand y Louis lo miraron, luego a Emily que recibió de Jones como respuesta a su saludo, una mueca de maliciosa complacencia y un cabeceo. Mientras esperaban, Louis quiso saber qué pasaba. Ella se puso de espaldas al viejo y en voz baja le respondió:

—Tenemos sospechas de que él es quien informa al periodista de *El Investigador Independiente*.

La puerta de la oficina principal se abrió, y Adam barrió la recepción con la mirada. Los ojos ansiosos se posaron en la joven que recibió una nueva mirada evaluatoria.

—Emily, ¿cómo es posible que termine siempre involucrada en todo lo riesgoso de este caso? Y no dirá, Calvert, que no le ordené que volviera a la agencia.

—El cochero huyó y la señorita Randolph quedó dentro del coche en el medio de la persecución y los disparos por lo que la llevamos con nosotros para evitar que la hirieran —inventó Bertrand rápidamente.

—¿Y Stockard y Knives?

—Lograron escapar. Iban de camino a Tottenham, pero los caballos no dieron más.

—Lástima.

—No tanto, están marcados. Knives está herido.

—En el cuello, del lado izquierdo, mucha sangre —precisó Louis con inusitada ferocidad.

—Y el coche tiene un farol trasero destrozado por una bala por lo que será fácil seguirles el rumbo.

—Su puntería es proverbial, Montrose.

—Yo solo conducía, señor —negó Louis con una semisonrisa.

Emily y Bertrand se alarmaron. El joven era demasiado honesto para tomar crédito ajeno, pero sin duda no había calculado lo que su sinceridad podía causar. Adam miró a Calvert con extrañado descreimiento. Bertrand no dudaba de que Baker no creería en esa posibilidad dado su explícito rechazo a las armas de todo tipo, así que con una mirada de disculpa hacia Emily, cabeceó en su dirección. Si la situación no hubiera podido ser el origen de una serie de explicaciones que podrían derivar en situaciones difíciles para Louis y para ella, hubiera resultado divertida. El asombro en el rostro de Adam era absoluto. Hasta balbuceó las primeras palabras.

—Usted, Emily, usted fue quien... Oh, ¡está bien!, lo dejaremos para más tarde. Tenemos problemas urgentes que resolver y este quedará para la reunión que haremos al concluir los asuntos presentes.

Los tres se quedaron en silencio con expresiones graves.

—Tengo a la familia Fenton “completa” en mi oficina —señaló con un arqueado de cejas—. Arréglense un poco y vengan a mi despacho.

* * *

Tras un tenso intercambio, el caso Fenton se cerró en medio de un silencio pesado y funesto. Cuando la familia se retiró, dejó tras de sí una estela de rabia, intransigencia y dolor que saturó el ambiente.

Apenas momentos antes, después de una breve conversación entre Adam y los agentes, el grupo había logrado hacerse una idea cabal de lo sucedido, lo que le había informado a Fenton en presencia de su esposa e hija.

La reacción del hombre ante el descarnado relato de los agentes había sido durísima, sobre todo hacia las mujeres de su familia que debieron soportar su ira. Haber sabido que su hija había terminado por enamorarse del canalla que la había secuestrado a sabiendas de su esposa y haberse enterado de que había sido la asesina de la joven Annie para ocupar el puesto de amante de William Stockard lo había llevado a un estallido de cólera, pero nada había sido peor que saber que Richard Stockard –fratricida expuesto– había terminado por hacerla su querida y había planeado junto con ella tomar el dinero del secuestro y escapar a América.

Louis debió ir a buscar a Jones para que el agente sujetara a Fenton cuando se enteró de la ignominia final: su hija estaba embarazada. Casi no pudo controlarlo en el momento en que se abalanzó furibundo sobre la joven exigiendo a gritos que el Stockard sobreviviente fuera encontrado y que se le notificara de inmediato cuando lo hallaran. Aseguró que él no se mancharía las manos con esa basura, pero que hablaría con Hummel y que esperaba que lo entregaran a la justicia. Adam aceptó continuar la búsqueda según la ley, a lo que Fenton respondió que recompensaría muy bien a la agencia si se

ocupaba de inmediato de ese asunto. Con un gesto pleno de odio, miró a su mujer y luego tomó a su hija del brazo con las puntas de los dedos como si su solo contacto le diera asco. Los Fenton se retiraron: la miseria y la infelicidad que flotaron en el aire fueron tan densas que Louis sintió la necesidad de abrir la ventana de par en par para dejar entrar una brisa primaveral que limpió el cuarto y devolvió el movimiento a las personas en el despacho.

—Triste asunto —comentó Jones meneando la cabeza.

Louis concordó al tiempo que Bertrand y Baker miraban a la joven que recogía su anotador con la vista baja.

—¿Emily? —inquirió Adam levantándole gentilmente la barbilla con el índice. Ella se resistió al gesto unos segundos, pero levantó la vista hacia él, apesadumbrada.

—Odio poder ver algunas cosas con tanta claridad...

—¿Qué pasará con los que escaparon? —quiso saber Louis.

—No irán lejos —aseveró tranquilo Adam—. Fargg y Oliver se ocuparán de ellos.

De pronto pareció recordar que todavía tenía asuntos que arreglar porque se volvió con el ceño fruncido a Jones.

—¿Qué es ese asunto de McColl?

—Creemos que es él quien se ha ido de boca, jefe —comentó Jones con un cabeceo en dirección de Emily, pero esta negó y le cedió la palabra. El agente explicó lo sucedido con el sobre que había dejado la joven, sumado al hecho de que la información y los archivos de los casos con los informes habían estado al alcance del hombre hasta antes de que se pusiera cerradura a los muebles.

—Últimamente, la señora Walloski dice que nunca encuentra al señor McColl por la mañana, lo que coincide con el horario de trabajo de Dolman en el periódico, y que desaparece a cada rato dejando sus tareas por hacer —aportó Emily.

—Vaya... De todas formas, eso son solo suposiciones, no tenemos pruebas, ¿no? Es cierto que el viejo no es amable o diligente —ocultó una sonrisa ante el bufido audible de los hombres—, sin embargo eso no lo hace culpable sin lugar a dudas. Sí tendrá que responsabilizarse por no entregar la nota a pesar de conocer su contenido sin autorización. En cuanto a lo otro, si es por desaparecer, a Roy y a Primm no los he vuelto a ver por aquí.

Bertrand miró a Louis que enfocó a Emily quien dirigió la vista hacia Bertrand. El cruce de miradas no pasó desapercibido a Adam.

—Quizá Primm esté enfermo —sugirió Louis bajando la mirada. Emily revoleó los ojos: “Ay, Louis, esa es una típica actitud de alguien que miente”, pensó.

—Podría haber avisado —replicó Adam sin trasuntar los pensamientos que ocupaban su mente—. Bien, demos por concluido el día. Vigilaremos a McColl. Si es quien da información, es mejor tenerlo a mano. Emily, vaya a dormir, que lo necesita. Aunque no olvide que me debe una conversación.

Despidió a todos menos a Jones y esperó a que los demás salieran para decirle:

—Tengo una averiguación que quiero que haga.

* * *

—Sigue preguntando —comenzó diciendo Bertrand con una mueca cuando se reunieron en la oficina de Emily—. Y lo que es más, sospecha de nosotros. Emily, ¿pudo hablar con Primm?

—Sí. Un exconocido de Nora Arden con la que el señor Primm actualmente tiene una... una...

—¿Relación íntima? —sugirió él con una mueca antes de instarla a proseguir. Ella asintió ruborizada.

—Este hombre, George Pressing, hijo del vizconde de Redfing, se niega a aceptar la relación entre la señora Arden y Primm, y lo atacó con la intención de quitarlo de en medio. Lo arrojó en algún lugar pensando que lo había matado. Ahora el señor Primm no quiere aparecer ni decir a la señora Arden que está con vida por miedo a que algo le suceda a ella.

—Guau, parece que esta vez va en serio —comentó Louis; Bertrand asintió antes de decir:

—Sugiero que vayamos mañana a verlo. Ahora, creo que lo mejor es que usted se vaya a casa, coma algo y descanse.

—Yo ya me voy. Conducir ese coche me dejó molido —dijo Louis. Luego giró hacia su amiga—. Te acompaño. Nos vemos en lo de Emily, Calvert.

Dominado por un remezón de malestar, Bertrand vio con externa pasividad como Louis la ayudaba a ponerse la capa, le alcanzaba los guantes y el sombrero y la esperaba. Cuando su compañero le ajustó la cinta del sombrero bajo el mentón, deseó ser él quien tuviera el derecho de hacerle esos pequeños servicios y que fuera ella la única que le acomodara la chaqueta o le rehiciera el lazo cuando lo necesitara.

—Hasta mañana, Bertrand —se despidió la joven y lo saludó con su manito enguantada en un movimiento elegante que fluyó delicadamente ante sus ojos.

“Que sueñe conmigo como yo lo haré con usted”, murmuró él su deseo más profundo, siguiéndola con una mirada encendida.

CAPÍTULO XIX

El domingo, a pesar de la noche pasada explicando a Lydia por qué no había dormido en su casa como correspondía a una joven decente, las dos mujeres se levantaron muy temprano para ordenar el departamento. Emily recordó con un suspiro que, aunque minimizados al máximo los miedos que había sufrido, la historia había sido una fuente inagotable de horror para la pobre mujer que se había sentido tan responsable como si ella misma la hubiera enviado a vigilar. Según decía Lydia, el problema era que no la estaba cuidando muy bien que se dijera: entre los hombres que la rodeaban y los peligros a los que terminaba expuesta...

—¿Se quedará el señor Montrose a comer?

—Espero que sí. También el señor Calvert.

Miró con suspicacia a la joven que cambió el tema al agente herido para no dar más explicaciones de su agitada vida social y laboral. Según el doctor Parker, a pesar de la golpiza recibida, la situación del paciente no era tan crítica pues —de milagro— no tenía fracturas: solo un hombro se había dislocado y había sido puesto en su lugar sin problemas. De todas formas, el estado general era débil por la excesiva pérdida de sangre y necesitaba reposo para recuperarse. Lo mejor había sido que no había habido hemorragias internas; las heridas habían sido limpias, laterales, poco profundas y comenzarían a cicatrizar pronto.

—¿Qué almorzaremos hoy? —La mujer pasó a otro asunto de gran importancia y exhibió una expresión dudosa basada en la conocida incapacidad de su protegida en la cocina.

—Pensé en carne con verduras.

—Mmm. ¿Qué harás para el postre? Puedo enseñarte a hacer una tarta de manzanas a la crema. ¿Tienes harina, manteca, azúcar...? —enumeró Lydia ante la expresión perdida de Emily que no tardó en tomar un papel para anotar ingredientes e instrucciones.

Hora y media más tarde, Jack fue despertado por las voces de las mujeres en la cocina que charlaban mientras picaban, cortaban y producían una miríada de sonidos disonantes. Intentó levantarse y se dio cuenta de que no solo estaba muy dolorido, sino también débil y mareado. A fuerza de testarudez —la misma que lo había sacado de la miseria y lo había llevado a disfrutar hasta no hace mucho de mujeres ricas, fiestas y lujos—, logró pararse, calzarse, colocarse la bata del difunto señor Zachary sobre el camisón traído por Louis y sostenerse de los muebles para caminar. “Lo bueno de un dormitorio pequeño es la poca distancia que hay entre los objetos”, discurrió filosófico mientras avanzaba, agradeciendo al apretado vendaje del doctor el que tuviera un sostén rígido para mantenerse erguido. Veinte minutos más tarde y tras innumerables paradas para recuperarse, se encontraba en la puerta de la cocina viendo a la dueña de casa con un gran delantal que la cubría desde el cuello al reborde de la falda, envuelta en una nube de harina y protestando porque no se la dejaba hacer las cosas y así no iba a aprender.

—¿Emprende usted el derribamiento de las murallas de Jericó, señorita Randolph? —le preguntó burlón mientras abanicaba el aire ante él para que la harina no lo alcanzase—. Creí que solo hacía falta una trompeta para ello.

La aguda exclamación de sorpresa de las mujeres lo sobresaltó y solo alcanzó a ver, impotente, cómo se abalanzaban sobre él para arrastrarlo al sillón junto a la ventana donde lo acomodaron con cuidado.

—Definitivamente necesito más sillones —comentó Emily viendo hacia Primm con la boca fruncida.

—Usted, señor —lo interpelló la casera—, debería guardar cama por orden del doctor.

—Temí que una horda de vándalos asolara el departamento y me dispuse a defenderlo hasta mi último aliento —respondió con una sonrisa débil.

—Si se quería levantar, debió habernos llamado —lo reprendió Emily, ocultando apenas una sonrisa divertida por la broma—. Además, un caballero no hace esos comentarios sobre las capacidades domésticas de una dama. Sobre todo, de la que va a preparar el almuerzo. ¡Ay, las manzanas! —exclamó y salió corriendo.

—El esfuerzo que hace tiene real mérito —concedió Lydia con una afectuosa mirada hacia la joven mientras envolvía las piernas del hombre con una manta gruesa.

—¿Los resultados no? —comentó Jack malicioso, lo que arrancó una carcajada espontánea de la mujer.

—Bueno, hay que supervisarlos de cerca. Quédese quieto que le traeré algo para desayunar; puede que no vea otra comida en largo rato.

—¡Lydia! ¿De qué lado estás? —Se oyó una voz indignada desde la cocina.

Los dos intercambiaron una mirada antes de que la mujer saliera. Pronto Primm tuvo un té y un huevo pasado por agua. No pudo comerlo, pero bebió ávidamente tres tazas de la infusión. Luego se recostó y dormitó, arrullado por los sonidos y aromas domésticos tan relajantes, tan pacíficamente hogareños.

Cuando volvió a despertar, la señorita Randolph lo miraba preocupada mientras le reacomodaba la manta. Al verlo abrir los ojos, tomó una silla y se sentó a su lado.

—Hoy vendrán Louis y Bertrand a verlo, necesitan hablarle. Ayer se resolvió el caso Fenton.

—¿Encontraron a la mujer?

—Sí. Y luego estuvo el asunto de McColl.

—Esa rata... ¿Qué hay con él?

—El señor Jones y yo creemos que ha estado pasando información a los periódicos.

—Ese viejo es una alimaña; no entiendo por qué Baker lo protege tanto.

—Se dedica a aceptar desafíos... —apuntó pensando más en ella que en el escocés—. En fin, que como el señor Jones y yo no pudimos aportar pruebas reales sobre la acusación de que él es quien informa, todo quedó igual. Por desgracia, el señor Baker señaló que, si era por las ausencias no justificadas, usted y el señor Balling también resultaban, bueno, usted entiende, sospechosos.

—¿Dijo Balling? ¿Qué hay de él?

—Desapareció después de la declaración de John Smith. No hemos sabido de él desde entonces.

Jack recordaba la discusión violenta entre los amigos; a él sí se le ocurría una razón para la desaparición del agente, pero no creía que le correspondiera decir nada y mucho menos a la causante.

—Y ahora Baker no sabe cuál de los tres es el responsable de las filtraciones —resumió él—. No que haya mucha duda: yo no fui y no creo que Whisky lo haya hecho; si fuera el soplón, tendría que estar sobrio para que se le entendiera algo. Además Baker es su amigo, no haría algo que podría dañar su reputación y que terminaría siendo más un perjuicio que un beneficio.

La puerta del departamento se abrió, y Lydia entró seguida por un incómodo Calvert gorra en mano. La mujer llevaba un pequeño ramo de claveles; el agente tenía otro de jazmines que escondió al ver que lo miraban desde el rincón junto a la ventana. Se oyeron unos pasos que subían rápido por la escalera.

—Ey, Calvert, te llamé en la calle. Buenos días, Emily; señora Zachary, lindas flores, ¿un admirador?

—Una gentileza del señor Calvert —señaló seria, pero con una mirada complacida al ramo.

—Bien hecho, Calvert, aunque más te hubiera convenido traer algo para comer —comentó Louis guiñando en dirección de la joven.

—Lydia, no habrá almuerzo para el señor Montrose —instruyó la agraviada con tono altivo, ganándose una carcajada del joven.

—Vamos, Emily, sabes que yo fui uno de tus conejillo de Indias. Fue todo un riesgo —acotó jovial mirando a Primm—. Ey, Dandi, se te ve bien, ¿cómo estás?

Se quedó conversando mientras Emily se dirigía a Bertrand, de pie en el pequeño recibidor.

—Buen día, pase, por favor.

Estaba refulgente esa mañana. No era la sobria empleada la que lo recibía, sino una distinguida joven de sociedad ataviada con un bello vestido liviano de muselina floreado que acompañaba cada movimiento suyo ajustándose al vaivén de su cadera, rodeando apretadamente la cintura y el busto, dándole un aspecto fresco y muy seductor. De cerca, la calidad de la tela y la confección cuidada eran innegables, y el fino y delicado collar de oro con un colgante que representaba una rosa hecha de pequeñas perlas rosadas hablaba a los gritos de una situación económica y social muy diferente de la de ellos. Hasta el departamento lucía como un pobre escenario para la exhibición de elegancia y gracia que ella hacía. Pero parecía que nadie excepto él prestaba atención a eso: la anfitriona era afable, cálida y cortés con todos por igual. Bueno, excepto por Montrose del que aceptaba gestos que no permitiría a nadie más, observó algo amoscado. Su pequeño ramo de jazmines era ridículo, se le ocurrió de pronto, molesto, y se lo entregó sin una palabra, desafiándola a expresar su disgusto por lo ínfimo del obsequio.

Ella aceptó el ramo con educación y lo llevó a la nariz para apreciar el aroma; le quitó la gorra de la mano, la dejó sobre el vajillero y se encaminó a su recámara. Calvert se unió a sus compañeros; conversaron sobre lo que le había ocurrido a Jack que les habló del ataque pidiéndoles que ayudaran a Nora. Se interrumpieron en el momento en que Emily salió del cuarto rumbo a la cocina y la siguieron con interés concentrados en el sugerente vestido de muselina que se moldeaba sensualmente al cuerpo femenino.

—Emily nos contó lo que le dijiste —comentó Louis sin quitar la vista de la joven.

—Me dijo que le pediste que averiguara —señaló Primm en dirección de Bertrand. Él asintió, volviendo apenas la mirada—. Está bien, sí, amo a Nora, y ella me ama. Queremos estar juntos, pero parece que Pressing no es de la misma idea.

La conversación quedó interrumpida por la entrada de una pareja de ancianos que, tímidamente, se introdujo en el pequeño recibidor llamando a Emily. Al instante, la anfitriona salió de la cocina con el delantal puesto y fue

directo a ellos con una amplia sonrisa en el rostro.

—Señores Murphy, qué gusto verlos, pasen. —Se inclinó sobre ellos para oír lo que le decían en voz baja y posó un brazo en los frágiles hombros—. ¿Cómo? No, claro que no, jamás molestan, ¿en qué puedo ayudarlos?

Bertrand observó cómo los pequeños ancianos parecían cobijarse bajo las alas de la joven que seguía sonriéndoles con calidez. Le hablaban en susurros, y ella asentía o negaba cortésmente.

—De ninguna forma, por el contrario, entren; permítanme presentarles a mis invitados.

Los pequeños ancianos escucharon las presentaciones intimidados por los tres hombres fuertes y grandes que los saludaban con una inclinación cortés.

—Quizás Ada y usted, quieran acompañarnos a almorzar —sugirió Lydia con un levantamiento de cejas en dirección de Emily, que se irguió de golpe con expresión de terror. La desesperación con la que miró a su casera hizo reír a los hombres.

—Eh, sí, yo, claro... —Se recompuso sin perder la expresión de pánico—. Ni una palabra más —agregó volviendo a pasar un brazo por el hombro de la anciana para llevarla hasta un asiento.

—Creo que faltarán sillas —aportó jovial Louis.

Alarmada, le hizo un gesto disimulado para que la viera en la cocina donde lo encaró decidida como un general frente a su ejército.

—Louis, auxilio; ocúpate de los Murphy. Hazlos sentir bien, ese es tu don.

—Déjeme ayudarla. —Se oyó la voz grave de Bertrand tras ella.

—Se lo agradezco, quizás...

—Emily, lo siento, pero ya viste la expresión de Ada; están siempre tan solos, además comen como pajaritos. ¡Y a ti te quieren tanto! —comenzó a justificarse Lydia al entrar en la pequeña cocina, deteniéndose al ver a los ocupantes.

Una serie de ruidos provinieron del recibidor. Emily estaba de pie entre Louis y Bertrand con Lydia frente a ella, los cuatro ocupando todo el espacio disponible, las amplias faldas aplastadas por los hombres. Pronto una quinta persona apareció y la joven ya no supo si el calor que sentía se lo daba el horno a su espalda o los hombres que la apretaban sin ningún miramiento por su ropa o su persona.

—*Emilia! Dove sei? Vuoi mangiare con noi?*

—*Signora Ribatti!* —exclamó con desmayo—. *Buon giorno.*

—*Buon giorno.* —Se quedó en el umbral y, como si hubiera recordado de repente que nadie allí excepto Emily hablaba su lengua, continuó en un esforzado inglés—. ¡Cuánta gente! ¿Se quedarán a almorzar?

—Sí.

—¿Tienes suficiente comida?

—No estoy segura.

—¡Oh! No hay problema. Mis hijos no vienen a almorzar y nos sobra comida. ¡*Caro!* Pronto, ven.

Una sexta persona se sumó al nutrido grupo reunido en el pequeño espacio que estaba resultando sofocante para la dueña de casa la que tenía el brazo de su amigo alrededor de la cintura y la mano fuerte y cálida de Bertrand en lo alto de la espalda. Giovanni Ribatti saludó y miró a su esposa.

—Giò traerá la comida aquí y la aprovecharemos todos.

—Y el vino también —agregó *il signor* Ribatti feliz.

—Ah, *il dottore* Parker también vino. Iba a comer con nosotros; está solo, *povero uomo*.

El gemido ahogado de Emily solo lo escucharon los agentes que intentaban con esfuerzo no reírse. Lydia salió siguiendo a los Ribatti y, mientras el señor Giovanni iba a buscar la comida ayudado por el doctor, las dos mujeres se sentaron junto a los Murphy. En la cocina, los tres se reacomodaron; ya sin excusas, los hombres soltaron a Emily.

—Será mejor traer las sillas —propuso Bertrand, de un buen humor poco usual en él.

Louis por fin soltó una carcajada y, con una mano apoyada en el hombro de su amiga, la reconfortó.

—Será divertido, ya verás. Habrá comida suficiente.

—No lo dudo, la señora Ribatti está acostumbrada a cocinar para doce, pero el comedor es pequeño, en la mesa solo caben seis personas y ya somos nueve —se lamentó la joven—. Todos estarán incómodos y... ¡Ay! ¿Tengo platos suficientes? ¿Qué hay de los cubiertos?

La joven pensaba en voz alta y, con cada nueva duda se pasaba la mano por el cabello, la frente o la boca, levantando pequeñas nubes de harina del delantal.

—Calma —la apaciguó Bertrand con una sonrisa relajada. Ella se giró para verlo y se quedó sin reacción, atraída por los viriles rasgos distendidos que el hombre le mostraba, por primera vez sin marcas de seriedad o melancolía. Luego volteó hacia Louis y su expresión jovial y risueña la encantó por igual. Solo cuando ambos pares de ojos cambiaron a una expresión de leve extrañeza por el escrutinio alternativo intenso y silencioso al que sus dueños eran sometidos, logró salir del placentero momento que le enviaba pequeñas descargas al vientre.

—Vamos, Emily, nadie espera un almuerzo en Windsor —dijo Louis.

—Iré por las sillas. Montrose, ayúdame —intervino Bertrand poniéndose a cargo—. ¿Qué tal si le pide a la señora Zachary que ponga la mesa mientras usted se ocupa de la comida?

Cuando dejaron la cocina, los hombres cruzaron miradas con Primm que había estado observando la escena desde su privilegiado lugar con fatigada diversión.

No tardaron en volver con los objetos buscados. Louis, Bertrand, Giovanni Ribatti y hasta el doctor Parker se apresuraron caballerosamente a brindar asistencia a la joven lo que provocó la risa de Primm al ver la corte de admiradores entusiastas que la rodeaba; si él no tuviera ya su corazón perdido por Nora, también estaría cortejando a la dama bonita y elegante, de arrebatadores ojos almendrados y mejillas ruborosas.

Como resultado de algún milagro, los nueve comensales se acomodaron apretadamente en la mesa. Con excepción de la anfitriona, a nadie parecía importarle demasiado la extrema cercanía.

—Emily, tu comida está muy buena —la felicitó Louis con una sonrisa ancha—. Quien diría.

La joven que había aceptado con un cabeceo cortés el cumplido se volvió y lo retó con la mirada. Lydia saltó en su defensa y comentó que más tarde se sorprenderían con algo que les había preparado.

—Mientras la sorpresa no les provoque dolor de estómago... —comentó la cocinera por lo bajo.

—La buena intención le dará buen sabor —señaló Bertrand galante, cerca de a su oído.

—Veremos si le alcanza con la intención después de probarlo —le replicó con una mueca burlona y chispas de diversión en los ojos que encandilaron al hombre. Se miraron un segundo y sonrieron.

Ya casi había terminado el almuerzo y los invitados habían pasado un rato de relajada camaradería; se los veía distendidos y dispuestos a disfrutar de la sobremesa. Louis charlaba con todos y hacía comentarios que divertían a los presentes, incluida la señora Murphy que se dejó llevar y se rio de las historias con un gorjeo suave. Tras observar que todo marchaba bien, Emily se permitió recostarse contra el respaldo. Sintió, como durante toda la comida, la pierna de Bertrand y la de Louis pegadas a las suyas, los brazos y los hombros que se rozaban en cada movimiento. Nunca había estado tan cerca de un hombre y ahora estaba indecorosamente pegada a dos, ambos masculinos y atractivos. El calor volvió a ella y sabía que no lo podía adjudicar a la cocina. Suspiró; en ese instante experimentó un estremecimiento que le recorrió las piernas y la columna: la mano de Bertrand había rozado la suya por debajo de la mesa. Lo miró con disimulo para ver si había sido accidental, pero halló que sus ojos la enfocaban. La mano masculina, tibia y firme, cubrió la suya y la apretó. “¡Vaya descaró!”, atinó a pensar sorprendida y fijó la vista en él para darle a entender lo que pensaba del gesto. Sus pensamientos murieron al ver los ojos oscuros que brillaban y los labios que modulaban un “gracias”. Se derritió por dentro y contempló, perdida en la profundidad azabache, la emoción que lo embargaba. Negó tímidamente y bajó la cabeza para mirar su mano en la de él. Perfectas.

—¡Hola! ¿Señorita Randolph? ¿Hay alguien?

A un mismo tiempo, Emily y los agentes levantaron la cabeza alarmados, sus expresiones de sorpresa y contrariedad decían que habían reconocido a la persona que en ese momento entraba al recibidor. La primera en reaccionar fue la anfitriona que se puso en pie de un salto y, corriendo la silla hacia atrás, fue hacia Abe Jones que ingresaba al comedor, sombrero en mano.

—¡Señor Jones! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo...? Eh, pase, pase, por favor —se corrigió de inmediato ante su falta de buenos modales.

El hombre dio un paso adelante, pero se congeló en el momento en que nueve pares de ojos lo enfocaron. Bertrand y Louis se habían ubicado a cada lado de Emily, los tres levantando un muro que ocultara a Jack Primm.

—Señorita Randolph, este... —logró decir el recién llegado, luego introdujo un dedo en el cuello de la camisa para aflojarlo—. Yo... bueno, quería saber cómo estaba usted después de lo de ayer.

Recibió tres miradas suspicaces y tosió varias veces antes de volver a hablar.

—Veo que está ocupada y que está bien. Me iré.

Louis dijo por lo bajo: “Irá a decirle a Baker” y Bertrand agregó: “Tenemos que hablarle antes”.

—Señor Jones, le agradezco su interés, es usted muy amable. Imagino que aún no ha almorzado. —Ella pasó su brazo bajo el de él y tiró del aturdido hombre hacia la mesa, quitándole el sombrero de la mano—. Permítanme presentarles al señor Abe Jones, otro miembro de la Agencia Essex. Los señores Ribatti, los señores Murphy, el doctor Parker y la señora Zachary. Lydia, ¿podrías ofrecerle asiento al señor Jones junto a ti? Póngase cómodo, enseguida le serviré algo de comer.

Acorralado por tanta amabilidad, el hombrón no supo reaccionar a tiempo y se encontró de pronto entre dos mujeres que se afanaron por atenderlo. Los conspiradores se reunieron en la cocina.

—Podemos entretenerlo con la comida. Tú, Montrose, quédate en la mesa, vigílalo; yo hablaré mientras tanto con Primm y usted, Emily, podría pedirle a la señora Zachary que se ocupe de distraerlo —organizó Bertrand con rapidez.

En cuestión de menos de una hora, todo estaba encaminado según los planes: Jones no había podido moverse de su lugar durante su almuerzo y ahora, tras paladear la tarta de manzanas de Emily, Louis lo tenía jugando una partida de cartas con las mujeres mientras el señor Ribatti y el doctor Parker jugaban damas. Entretanto, Bertrand había aprovechado para llevar a un pálido y cansado Primm a la cama.

—¿Qué crees que dirá Baker?

—No sé, tal vez que debes olvidarte de Nora Arden.

El rostro de Primm se tornó duro y cerrado.

—No estás en condiciones de medirte con el hijo de un vizconde.

—No dejaré a Nora sola a merced de ese animal.

—Quizás esa sea la única manera de que ella no sufra daño.

—¿Dejar a la mujer que amo en manos de otro hombre? ¿De uno como Pressing? ¿Eso es lo que harías tú con Emily Randolph si estuvieras en mi situación? —le espetó, lo que logró que el ecuaníme Monje reaccionara encrespándose.

—¿De qué hablas?

—Vamos, te he visto. La buscas con la mirada todo el tiempo, le tomas la mano bajo la mesa, le hablas al oído, no puedes dejar de estar cerca de ella. Se te ve nervioso cuando Montrose se le aproxima o la toca. O cuando Baker se pone posesivo. Al entrar y verla esta mañana, tu cara dio muestras de una poco controlada lascivia, compañero; te vi observarle el cuello y los pechos...

—No sigas —lo previno agitado, el ceño torvo.

—¿Qué? ¿Llegaste tarde? ¿Ya es de Montrose?

—Cállate —bramó con los ojos como ascuas.

—No, ha de ser de Baker, tiene más trucos que Sonrisas para convencer a una mujer.

—¡Basta! —le dijo fuera de sí; se alejó en un intento por controlarse.

Primm consideró que su punto había quedado suficientemente claro.

—Vamos, Calvert, ¿no lo ves? No está ni con él ni con Montrose. Sin duda la halagan sus atenciones, pero no mira a ninguno de ellos como a ti. —Bertrand lo observó desde los pies de la cama con el ceño fruncido, aún respirando con agitación—. Y tu poco habitual desequilibrio por mis provocaciones demuestra que la quieres. Sabiendo eso, déjame que vuelva a preguntarte: ¿crees que puedo dejar a la mujer que amo en manos de otro hombre?

—¿Y qué harás? —quiso saber, exhalando con resignación.

—No tengo idea.

Louis entró con Jones. Los hombres se acomodaron para conversar en el cuarto femenino que olía a jazmines. Bertrand vio sobre el hermoso secreter un pequeño florero con el ramito y sonrió con tristeza.

Ante la presión de sus compañeros, Jones tuvo que admitir que Baker lo había mandado y aprovechó para avisarles que el lunes debía darle un informe. Por desgracia, tendría que reportarle “dónde” se había escondido Primm. Fue el mismo Jack quien saltó en defensa de la mujer al captar la insinuación.

—Ten cuidado, Puños. Emily Randolph me dejó su habitación y duerme con su casera, no hay nada inapropiado en esto.

Luego le contó sobre su relación con Nora y lo que Pressing le había hecho. Jones no dudó en aceptar el relato, pero las miradas torvas y feroces que Montrose y Calvert le dirigían desde que el Dandi lo había reconvenido, lo confundían. Había oído que la muchacha y sus compañeros se llamaban por el nombre y eso no había sino aumentado el grado de su confusión. Louis dio un paso hacia él con un bufido que lo asombró: jamás lo había visto actuar así.

—Solo nos hizo un favor, nada más.

—Montrose, estaba pensando que quizá debamos hablar con Baker —apuntó con tono funesto Bertrand—. Le explicaremos mejor la situación.

El aspecto oscuro de Calvert y su ceño fruncido sobresaltaron a Jones que no estaba acostumbrado a la actitud dura que exhibían sus colegas.

—Eh, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué se enojan tanto?

—La señorita Randolph es amiga de Montrose y de Calvert. No, quita esa expresión de tu rostro o tendrás problemas. Solo amiga —subrayó Jack con un tono en el que se reflejaban el cansancio y el dolor—. ¿O crees que la cándida y muy honorable damita puede tener otro tipo de relación con nosotros?

—Vamos, muchachos —intentó Jones con una mirada que decía “no traten de tomarme el pelo”—, se meterán en problemas con Baker; está muy interesado en ella.

—¿Qué tanto? —se apresuró a preguntar Bertrand.

—Mucho —le respondió con un encogimiento de hombros—. Habla de ella como, no sé, como si fuera parte de sus planes, ustedes me entienden.

Louis y Bertrand endurecieron las mandíbulas en un movimiento gemelo, y las miradas se tornaron torvas según pudo observar el hombrón, inquieto.

—Déjame aclararte algo, Puños —dijo Louis—: Emily es una mujer respetable y no habrá sombra de dudas sobre su honorabilidad. Es una amiga y nada más. Y estoy completamente de acuerdo con Calvert en que tendremos que ir a hablar con Baker para dejarle esta verdad en claro.

—¿Por qué crees que será así, cachorro? —lo provocó, molesto porque le plantaba cara.

—Porque te daré prueba cierta de que no soy lo que aparento —le aseveró amenazante.

Jones no se sintió asustado, pero creyó ver en el gesto confirmación del fuerte afecto del joven por la dama. ¿Era el hombre rival para Baker? Personalmente, no creía que ella fuera una coqueta, más bien pecaba por ¿cómo había dicho Primm?, cándida, sí, eso era, y muy emocional, como todas las hembras. Tal vez no comprendía el alcance de tener una amistad con hombres solteros.

—Está bien —accedió—. Tengo que estar a las diez. Estén listos.

Cabeceó un saludo y salió de la habitación.

—Estaré allí —aseveró Primm sereno—. Será la única forma de que Baker no la tome con ella.

—No estás bien como para salir —señaló Louis aún molesto.

—Me las arreglaré. —Primm recibió con una sonrisa ladeada las miradas descreídas de sus compañeros—. Bueno, quizás alguien pueda ayudarme un poco.

—Vendremos por ti después de que Emily se haya ido —dijo Bertrand.

—Aquí estaré —apuntó Jack con el último deo de humor que le quedó antes de apoyar la cabeza en la almohada, cerrar los ojos y quedarse profundamente dormido.

CAPÍTULO XX

"Algo pasó", pensó Emily. Los agentes habían vuelto al comedor callados, sin mirarse, y se habían dispersado por la pequeña sala.

—¿Sucedió algo malo? —le preguntó a Louis, alerta por la expresión tensa.

—No. ¿Tienes *El Investigador Independiente*?

Se lo entregó y el joven comenzó a pasar las hojas. La exclamación: "Otra vez y con lujo de detalles" llamó la atención de Emily y Bertrand que lo llevaron hacia la ventana, lejos del resto.

—Miren —les mostró el artículo a página completa con la ilustración macabra del fantasma de una joven mujer persiguiendo a otra, a punto de atraparla—; parece que Dolman consiguió progresar.

—Ha de haber aportado jugosos detalles del caso —comentó Bertrand ceñudo.

—Eso es raro, están la mayoría de los datos de lo sucedido y todavía no ha aparecido algo tan importante como el nombre de Fenton.

—Justamente porque es Fenton. Dolman no es ningún tonto, debe saber con quién se mete si menciona al acaudalado hombre vinculado con el negocio del opio.

El artículo era completo y describía paso a paso los movimientos de los agentes. Volvieron a la lectura y al terminarla permanecieron en silencio. Después de un momento, Louis releyó un párrafo:

Gracias a la acción decidida de la mujer misteriosa que obtuvo pistas de dos informantes y que siguió y vigiló al secuestrador, los agentes pudieron determinar el lugar donde se hallaba la desesperada joven para acudir en su rescate con determinación a riesgo de sus propias vidas. Esta misma agente participó con valentía en la persecución junto con sus experimentados compañeros y logró herir a uno de los delincuentes durante la fuga de los criminales.

—Es McColl, no tengo duda —aseveró molesta Emily—. Sin duda trata de ayudar a Baker haciendo que Dolman hable bien de la agencia a cambio de la información.

—Y de dinero; el viejo no es tan altruista —comentó despectivo Louis.

—Pero sí idolatra a Baker —aportó Bertrand.

—¿Qué haces? —preguntó Louis al verla hacer una seña a Jones.

—Comparto información.

Una vez que lo tuvo junto a ellos, sin darse cuenta de las miradas duras que le enviaban sus amigos al hombre, le contó del artículo.

—No tengo duda de que es él, pero, como dijo Baker, no tenemos pruebas —aceptó Jones con un encogimiento de hombros haciendo caso omiso de los otros dos.

—¿Quién más aparte de nosotros sabía lo que sucedió con tantos detalles? Para que este diario llegue a sus lectores el domingo, la información se procesa el día anterior. Ninguno de ustedes ha presentado aún informes de lo ocurrido ayer de los que McColl hubiera podido enterarse e informar, por lo que la pregunta es ¿cómo supo Dolman todo lo sucedido? ¡Porque estuvo allí! ¿Y cómo es que estuvo allí? ¡Porque abrió el sobre y leyó el mensaje que yo les dejé! ¿No lo ve, señor Jones? McColl le dio el papel. Solo McColl vio al alemán y a Shorty; él abrió el sobre y leyó mi nota, le informó a Dolman que estuvo en el lugar y vio todo: la descripción que hace es precisa, ¡como si hubiera sido testigo! Incluso presencié de alguna forma la persecución o se enteró por el mismo McColl del resultado: a fin de cuentas él estuvo en la recepción cuando nosotros volvimos y comentamos lo sucedido. Además, mientras duró la conversación dentro del despacho del señor Baker, el escocés estaba a pocos pasos de allí, custodiado por usted y el señor Fargg.

Jones asintió como si comenzara a comprender.

—Sí, se escuchaba todo lo que se decía en la oficina. Esa sucia y repugnante rata está muerta —afirmó fiero—. Mañana le diremos a Baker, con esto se convencerá.

Ella asintió apoyando las palabras de Jones que la evaluó en silencio. Luego le dijo con convicción:

—Usted es una persona buena y decente.

—Oh, vaya, gracias —aceptó confundida por el inesperado cumplido.

El hombrón elevó los hombros como si minimizara las palabras de la joven y volvió a la mesa. Emily miró confundida a Louis y a Bertrand que exhibían una expresión inescrutable.

—¿Qué quiso decir?

—Solo la verdad —afirmó Louis—. ¿Puedo tomar algo de té?

Comprendió que no sacaría nada de su amigo y, a pesar del mal presentimiento, lo dejó estar. Cuando iba de camino a la cocina, la cruzó la señora Ribatti que le dirigió una mirada interesada.

—*Che bella giornata abbiamo passato tutti insieme, non è vero? Ah, i suoi colleghi dell'agenzia sono uomini molto piacevoli. A Lydia le cae muy bien il signore Montrose y a Ada, il bello signore Primm. Ma io, io preferisco il malinconico signore Calvert. Molto maschile* —dijo la señora Ribatti para ponderar las virtudes de cada uno de los agentes y cuál le gustaba más para la señorita Randolph: el melancólico Calvert.

El rubor fue el delator de Emily. La señora Ribatti le sonrió cómplice.

—*Non dirò niente, tranquilla. Al signore Jones no lo cuento, è troppo vecchio* para ti, y ya Lydia le echó el ojo —concluyó la mujer, sonriendo.

“¿Los habría visto cuando él le había tomado la mano?”. Emily se puso nerviosa. “¿Habría visto la señora Ribatti la respuesta de ella a la cercanía de él?” “¡Demonios!”, exclamó para sus adentros imitando sin darse cuenta el escogido léxico de los agentes de Essex.

* * *

La mañana de trabajo comenzó a las nueve en punto con el señor Jones que la saludó y entró a la oficina del señor Baker; pero pronto el día dejó de ser igual a otros: minutos antes de las diez, Emily supo que su mal presentimiento del día anterior tomaba forma ante sus ojos. Ayudado por sus compañeros, Jack Primm subía penosamente las escaleras y se dirigía al despacho de Baker en un estado de evidente debilidad.

Intentó no dejar traslucir su intranquilidad. Louis no le había querido contar nada y ahora pasaba cerca de su puerta sin siquiera saludarla. Solo Bertrand le dirigió un cabeceo antes de continuar hasta la otra entrada sosteniendo a Primm.

Los minutos transcurrían lentos y pesados. Aun después de forzar el oído, apenas escuchaba lo que se hablaba en el despacho contiguo. No podía identificar las voces, que sonaban como zumbidos graves. Con una sensación de angustia en el pecho, decidió mantenerse ocupada: fue hasta la cocina e intentó conversar con la señora Walloski, pero su mente estaba en la planta alta y apenas ponía atención a lo que la buena mujer le decía. Decidió volver. Fue a paso lento hasta el pie de la escalera y alcanzó a oír voces elevadas: discutían y parecían enojados. Subió con lentitud cada escalón aguzando el oído. El señor Baker parecía muy disgustado; Primm trataba de calmarlo. Se detuvo en la mitad de la escalera: oyó la voz airada de Louis y también la de Jones que intentaba apaciguarlo. Enseguida se sumó Bertrand que hablaba con inusual dureza. Jones y Primm volvieron a intervenir, hubo algo más que no distinguió y, finalmente, las voces bajaron a un tono más civilizado, aunque aún tenso.

Cuando llegó arriba, Jones la buscaba; él le hizo una seña, y ella entró en el despacho. El agente cerró la puerta y se puso a su lado.

La primera impresión que tuvo de la escena fue de extrema tirantez. Los hombres reunidos estaban rígidos como resultado de la confrontación. Incluso Primm, pálido y con expresión de dolor, lucía tenso y a la defensiva. Vio a Bertrand con los brazos cruzados sobre el pecho que fijaba la mirada en Baker y a Louis que le daba la espalda respirando agitado. Su angustia creció; volvió la vista hacia su jefe que estaba de pie detrás del escritorio, erguido en toda su altura, los hombros elevados y una expresión tormentosa en los ojos. Los brazos estaban rígidos y las manos asían el borde del mueble con fuerza.

Los inocentes ojos ambarinos plenos de sobresalto y ansiedad lo desarmaron. Adam aflojó la tensión y se sentó pesadamente. Mientras miraba a cada uno de los reunidos en su despacho, recordó lo sucedido.

Todo había comenzado con Jones que le había dicho que había encontrado a Primm y le había pedido que esperaran a Montrose y a Calvert porque querían estar presentes. Adam había aceptado. Escasos minutos después, los dos agentes había llegado con Primm en pésimas condiciones.

Una vez que lo acomodaron en uno de los sillones, Jones comenzó el informe diciendo que el día anterior había ido a ver a la señorita Randolph para tratar de averiguar qué sabía sobre el paradero del Dandi. Con incomodidad, señaló que, al llegar al departamento, se había encontrado con varias personas reunidas allí, entre ellas sus compañeros.

En esa instancia del informe, el corazón de Adam había comenzado a acelerarse, y su cuerpo se había echado automáticamente hacia adelante imposibilitado de ocultar el asombro. Jones había continuado sin mirarlo: en una conversación con ellos, se había enterado de las circunstancias por las que Primm había sido herido y que se encontraba recuperándose.

—¿En el departamento de Emily? —había preguntado mirando acusador al Dandi.

Jack había tomado la palabra en ese momento para contar lo que le había sucedido y cómo había llegado a la casa de la joven. En ese punto, la indignación de Adam había hecho erupción.

—¿Montrose y Calvert lo llevaron allí?! No, señores, silencio. —Los había detenido—. Termine primero su historia, Primm.

El agente había explicado la intervención de sus compañeros y le había contado que la señorita Randolph y su casera lo habían hecho atender por un médico conocido. Como no podía trasladarse, la señorita Randolph le había cedido su cuarto y se había mudado con la señora Zachary.

La expresión de Adam se había apaciguado apenas un segundo antes de volver a encenderse al enfocar a Calvert y a Montrose.

—¿Y ustedes qué tienen que decir? —había tronado Baker. Había escuchado la explicación en un silencio furioso—. ¿Se dan cuenta del daño que pueden causar al buen nombre de la señorita Randolph?

—Nos cuidamos bien de que nadie se enterara; además la señora Zachary siempre está presente.

—Montrose, usted es un inconsciente y, si tal como afirma, “Emily” es su amiga —había mascullado las últimas palabras entre dientes—, su actitud no fue justamente correcta. ¿Qué cree que la gente dirá de una joven mujer sola rodeada de hombres y que esconde a uno en su departamento? ¡Y con la reputación de Primm, demonios!

—Jamás he hecho nada que pueda poner su honorabilidad en entredicho; siempre hemos estado con gente decente que puede dar testimonio de mi respeto por ella.

—La señorita Randolph no ha pasado ni una noche en el mismo departamento conmigo. Calvert y Montrose han estado con ella en el almuerzo junto con otras seis o siete personas, incluido Jones —había intervenido Primm sosteniéndose el lado izquierdo al erguirse—. Puños, ¿no es verdad?

—Sí, señor Baker, he estado hablando con la señora Zachary y otras dos vecinas: todas han dicho cosas maravillosas de la señorita Randolph. Sus vecinos son gente mayor que la aprecia. La casera la protege como si fuera su propia hija.

—Podrán decir lo que quieran, pero ha sido una estupidez ponerla en esa situación. ¿Creen que no habrá quien piense mal de su relación “de amistad” con hombres solteros? ¿Imaginan que esas personas se abstendrán de contar chismes solo porque ustedes se lo digan?

Adam recordaba la discusión mientras miraba a Emily junto a Jones cerca de la puerta de comunicación; rememoró la encendida defensa que los cuatro agentes habían hecho de ella y sus promesas de ocuparse de quien se atreviera a expresar la más mínima injuria sobre la muchacha. Una señal de alarma se había encendido en la mente del jefe: tenía que alejar a Montrose y a Calvert de Emily. Jones no sería problema, quizás hasta lo ayudase, y Primm parecía enamorado de la Arden por lo que no contaba. Sus últimas palabras antes de la discusión habían sido tajantes.

—¡Se mantendrán alejados de ella y evitarán ponerla en otra circunstancia lesiva para su honra!

—¿Esa orden es para todos? —había preguntado Bertrand con tono sereno.

Por toda respuesta, Adam se había puesto de pie y le había dirigido una mirada tempestuosa; luego dijo:

—No he sido yo quien haya hecho algo para poner en duda la reputación de la dama.

—Nosotros tampoco —había afirmado tenso el agente, apoyado por Louis y Primm.

Ante la inminente explosión, Jones había decidido salir en busca de Emily y la había encontrado subiendo la escalera. La joven estaba ahora allí, toda inocencia y angustia, sin saber qué estaba ocurriendo ni el porqué del enrarecido ambiente del despacho.

En su sillón, Adam exhaló y se calmó un poco. Los agentes retrocedieron y se quedaron callados. Emily tenía a su lado a Jones que la protegía como un guardia de palacio a las joyas de la corona. Era la inevitable seducción que la dama ejercía sobre todos ellos, pensó. En cierta forma, Roy tenía razón, aunque ella no fuera consciente de ello.

La vio avanzar un paso y luego otro con precaución. Era obvio para todos que la carga de violenta masculinidad reprimida que flotaba en el aire le impedía sentirse tranquila. Observó que evaluaba a Primm, inquieta y, de inmediato, iba hacia él. Le dijo algo al hombre herido que no alcanzó a oír, la sangre todavía seguía pulsando en sus oídos; el agente asintió recostándose contra el respaldo del sillón.

—Señor Baker, el señor Primm no se encuentra bien; ¿podría volver a descansar?

—Lo haré, pero se mudará a uno de los cuartos de abajo. Montrose, ocúpese de conseguirle ropa y lo que necesite. Calvert, ayúdelo a bajar, que la señora Walloski le prepare la habitación y se ocupe de sus comidas y medicinas.

—Necesito hablarle de otro tema —dijo Jones.

—Emily, traiga los nuevos casos para asignarlos —ordenó con más de dureza de la necesaria.

Ella regresó enseguida. Adam leyó rápido los pedidos que repartió entre los agentes: dos para Montrose, dos para Calvert, uno para Jones y los dos restantes entre Oliver y Fargg cuando volvieran.

—¿No ha habido novedad de Stockard y Knives? —preguntó Jones.

—Intuyo que sabremos de ellos antes de que termine el día —respondió Adam—. Bien, ¿qué tenía que decirme?

El agente comenzó a contar lo que había aparecido en el diario y le explicó lo que lo llevaba a afirmar que McColl era el soplón.

—Tiene sentido. Quizá deba interrogarlo.

—¿Quiere que me ocupe, jefe?

—Veremos. Avísele a Montrose y a Calvert que pasen por sus asignaciones antes de irse.

Jones dejó la oficina relamiéndose con la idea de “ocuparse” de la vieja rata.

—Emily, venga, necesito hablar con usted.

Desde donde se hallaba, pudo palpar el nerviosismo de la joven.

—Cuando envié a Jones a averiguar si usted sabía algo de Primm que compartía con Montrose y Calvert, pero no conmigo —el tono admonitorio fue evidente—, no me imaginé lo que acabo de enterarme.

Ella se enderezó y lo miró alerta.

—No, no se preocupe, sus cuatro caballeros andantes la defendieron a capa y espada. —Le sonrió mordaz lo que aumentó la tiesura en la espalda femenina—. No voy a decir nada de la tontería de ocultar a Primm en su departamento, pero sí que sigue poniéndose en riesgo sin medir las consecuencias. No, no diga nada. Primero, esa peligrosa vigilancia nocturna en una calle perdida de Londres y ahora su reputación.

—¿Mi reputación? —preguntó ella, asombrada y confusa al mismo tiempo.

—Sé que no hay nada que pueda decirse de usted, sus defensores se encargaron de dejar eso en claro, pero habrá quien no lo vea de esa forma sin importar cuál sea la verdad. Sobre todo, con Montrose diciendo a los cuatro vientos que es su “amigo”.

—Y el señor Calvert también —agregó molesta por el comentario despectivo hacia Louis.

—¡Por favor, Emily, use un poco la cabeza y no tanto el corazón! Tendré que pedirle lo mismo que a ellos: evite su compañía, bien sabe que no son como usted —dijo frotándose la frente al mismo tiempo.

—Eso no es justo. Louis ha sido un verdadero amigo y jamás ha hecho o dicho algo inconveniente. Se comporta como un caballero conmigo igual que el señor Calvert, el señor Primm o el señor Jones.

La defensa que hizo de los hombres resultó, a su manera, tan definitiva como la de los agentes. Adam hizo una mueca.

—Parece que ellos terminaron por ver lo que yo supe desde el principio.

El cambio de rumbo en la conversación la desconcertó.

—Montrose dijo que la llevó a pasear.

—Junto con la señora Zachary —se apresuró a agregar perdida por los saltos en la conversación.

—También a un concierto y que le enseñó a disparar —enumeró con un dejo de amargura en la voz.

—Sí. Pensé que me sentiría más segura.

Él se la quedó mirando en silencio.

—Aunque hay algo que debo confesar al respecto —comentó con expresión atribulada a su jefe que se dispuso a escuchar lo que no quería oír —. El disparo que rompió el farol fue del todo fortuito.

Adam, que esperaba una confesión que ratificara las dudas que en lo profundo tenía sobre la verdadera naturaleza de la relación entre Montrose y ella, se azoró por el comentario de tal forma que no pudo evitar que una carcajada suave, más alivio que real diversión, saliera de improvisado de su boca.

—No se lo diga nunca a Louis, por favor, está muy orgulloso de mí... o más bien de él —completó con una sonrisa titubeante—. No querría que supiera que apuntaba al conductor cuando le di al farol; ¡erré el disparo por casi dos metros!

Las carcajadas subieron de volumen.

—Supongo que debo leer un poco sobre trayectoria de un proyectil antes de la próxima práctica, ¿no cree? —preguntó con un atisbo de picardía—. Y lo peor es que le dije que lo había hecho a propósito.

Los golpes en la puerta pasaron desapercibidos entre las fuertes carcajadas de Adam y las risas de Emily a tal punto que no se dieron cuenta del momento en que Jones entró; Bertrand y Louis miraban por detrás de su espalda con el entrecejo fruncido.

—¿Qué pasa?

—Las asignaciones... Estamos esperando —explicó confundido el agente.

—Emily —dijo riéndose otra vez sin poder evitarlo mientras negaba con la cabeza—, encárguese.

Ella acató la orden en un intento de recuperar la seriedad tanto como pudo sin lograr demasiado. Con los papeles en la mano, salió a la recepción; al pasar junto a Louis y a Bertrand, recibió la mirada acusadora de ambos. Entregó dos carpetas a un desconfiado Louis, dio otra al señor Jones y las dos últimas a Bertrand que la observaba con los labios apretados. Volvió a entrar en la oficina con su andar ligero y elegante, acomodando el cabello con un movimiento delicado de la mano. Mientras cerraba la puerta, asomó la cara un instante y quebró la compostura de su imagen con una sonrisa dulce.

—¡Vaya, qué cambio! —se admiró Jones—. ¿Qué le habrá dicho para calmarlo así?

—Mejor no saberlo —masculló Bertrand que bajó la escalera de a dos escalones, trasuntando el enojo que lo embargaba.

—¿Dije o hice algo equivocado? —inquirió Jones confundido.

—No, tú no, Puños —le contestó Louis con voz triste y siguió los pasos de Calvert con un desconocido agobio asentado en los hombros.

* * *

Cerró la puerta y se volvió hacia Baker que miraba unos papeles aún sonriendo. Lo observó seria un momento y, mientras caminaba hacia él, tomó una decisión.

—Señor Baker...

—¿Mmm? —Adam la observó con expresión amable.

—¿Qué pasará con el señor Primm?

El hombre se retrepó en su sillón y se acomodó contra el respaldo; le hizo seña para que se acercara.

—Lo mantendremos aquí a resguardo hasta que mejore. Mientras tanto, debemos averiguar qué ha sucedido con la Arden y quizá ver si resulta procedente mencionarle lo sucedido. Evaluar si realmente la devoción de Primm es retribuida por la mujer.

—Cuando le dije que debía avisarle argumentó que la ponía en riesgo.

—No he oído mucho de George Pressing, pero lo poco que sé es que es bastante determinado en todas las facetas de su vida; por eso, hay que ver en qué anda. Me encargaré personalmente.

—¿Leyó el diario del domingo? —preguntó cautelosa.

—Sí. Por eso es que la teoría de Jones sobre McColl resulta válida. —
Curvó las cejas dejando en claro que sabía de quién era la idea en realidad—.
Tendré que hablar con el viejo y buscarle otro empleo. Sé que no querrá
entender cuando le explique que los riesgos de su acción superan los
beneficios, pero lo intentaré de todos modos.

—¿Qué opina del artículo?

—Es muy elogioso para la agencia —respondió con fingida indiferencia.
El suave bufido de la joven lo llevó a mirarla astutamente—. Oh, no se refería
usted a eso, ¿no?

Ella exhaló impaciente y sofocando una sonrisa. Adam le contestó.

—Lo hecho, hecho está, pero, a partir de ahora, evite circunstancias que
puedan malinterpretarse o dar pie a comentarios maliciosos —le señaló con
intención.

—Qué lástima —murmuró Emily bajando la cabeza.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no podré aceptar entonces su invitación a la ópera.

—¿No?

—Para ello habría que torcer las reglas, y eso no es posible ahora.

—No es lo mismo —intentó objetar acorralado por el razonamiento.

—¿No? —preguntó con inocencia la joven—. ¿Acaso no dijo que no debo
ser vista sola con hombres solteros y bien parecidos?

—No dije nada sobre bien parecidos —aceptó la derrota con espíritu
deportivo y le mostró una sonrisa renuente por el halago.

—Me pareció. Qué lástima en verdad, me habría gustado mucho salir con usted.

—Jaque mate, usted gana. Conseguiré hoy sin falta los boletos y le diré cuándo iremos para que pueda prepararse. Pero limite sus encuentros con Montrose y Calvert.

—Sí, señor Baker; al fin y al cabo, estarán muy ocupados por un tiempo —comentó mostrándole que sabía la razón por la que había dado dos casos a cada uno.

—¿Supo algo del señor Balling?

La expresión determinada trocó en dolida. La mención de su amigo desaparecido lo conmovía más de lo que hubiera querido aceptar. Negó con la cabeza.

—¿No volverá?

—Espero que sí. Hay que darle tiempo. Roy no tomó a bien algo que le dije. Se le pasará.

—¿Discutió con el señor Balling por mi trabajo en la agencia? —preguntó inquieta Emily.

—Roy es demasiado tradicional sobre la idea de una mujer como asistente —mintió—; no lo tome como algo personal.

—No, señor. Pero hace bastante que se fue.

—Sí. No obstante, el trabajo continúa. Hoy por la tarde veré a Fenton y me encargaré de hacerle llegar la factura por los servicios. Imagino que tengo que prepararme para el tema de la historia en *El Investigador Independiente*. En fin, otro día más de aprendizaje, ¿no es así cómo lo ve usted?

La joven aprobó el comentario con un cabeceo. Anotó lo que Baker le pedía y fue a su oficina. Dejó todo sobre el escritorio y se sentó, dándole vueltas a una idea: tenía que encontrar a Roy Balling y convencerlo de volver. El señor Baker lo extrañaba; realmente necesitaba a un amigo porque, al igual que la mayoría de ellos, él también estaba solo.

CAPÍTULO XXI

Amaneció nublado y ventoso; se sentía un presagio de lluvia en la humedad del aire por lo que decidió agregar un paraguas a su severo atuendo y una chaqueta más abrigada con un pañuelo de cuello. Había cambiado su recorrido habitual y caminaba lentamente por la calle Dame hasta Rheidol Terrace para poder pensar con calma sobre su charla del día anterior con Nora Arden.

La mujer la había reconocido de inmediato y había bajado las escaleras con paso rápido. Se había abalanzado sobre ella y, tras tomarla de un brazo, la había arrastrado a la sala. Antes de que hubiera terminado de sentarse, le estaba haciendo una pregunta tras otra que la joven debió cortar con un gesto firme para poder explicarle lo sucedido con Primm. Había tardado un poco en convencerla –interrumpida a cada instante por gritos sofocados, gemidos y lágrimas– de que no podía decirle el paradero del agente para protección de ambos y solo lo logró tras asegurarle que se lo atendía debidamente y que se hallaba recuperándose. Supo que la había ganado para su causa cuando le ofreció llevarle un mensaje de su parte.

Nora le había sonreído débilmente desde el secreter. Tras unas rápidas líneas, había doblado el papel perfumado y lo había besado antes de entregárselo.

—Quizá me permita contactarla en algún momento para saber de Jack.

—Le escribiré, señora Arden.

—Nora, si no lo toma a mal.

—Entonces deberá llamarme Emily.

—Gracias, Emily. Es usted una mujer bella por fuera, pero más aún por dentro. —Se había ruborizado y había negado con la cabeza: jamás podría estar a la altura de la divina belleza de Nora—. Sí, lo es. Se ha preocupado por Jack y por mí. Y sé que él vino a mí por una sugerencia suya; algo que siempre le agradeceré.

Sin saber qué decir, se había puesto de pie y se había despedido con la advertencia de que se cuidara de Pressing en caso de que fuera por ella. Con esos recuerdos aún frescos, en ese momento Emily alcanzaba la calle Essex y doblaba hacia la agencia. Subió los escalones de entrada; insertó el llavín en la cerradura y no tuvo siquiera tiempo de empujar la puerta que esta ya se abría y el ama de llaves la tomaba de la mano.

—¡Señora Walloski! ¡Buenos días! ¿Qué suce...?

—Ay, señorita Emily, necesito hablar con usted. Es el señor Primm.

—¿Le ha pasado algo?

—No, bueno, no sé. Es que ayer por la noche, vine de casa a darle la medicina porque estaba segura de que él no se acordaría y, cuando a las once apenas pasadas fui al cuarto del agente con el remedio, él no estaba. Lo esperé pensando que tal vez, ya sabe, atendía a sus necesidades. —Emily se ruborizó pero le hizo gesto de continuar con la narración—. Y, como no venía, lo busqué por todos lados. Hasta fui arriba aun cuando sé que al pobre hombre no le habría resultado posible subir en su estado. Al no encontrarlo, terminé pensando que algo le había pasado. Esperé y esperé y cuando ya creía que tendría que ir a buscar al señor Baker, oí la puerta de entrada. Eran casi las dos. Me escondí en el pasillo y vi venir al señor Primm apoyándose en las paredes; cuando pasó a mi lado pude ver el sufrimiento en su cara.

Luego lo seguí a la habitación y vi que se quitaba la chaqueta y los zapatos, se metía en la cama y bebía un buen trago de láudano. Se durmió casi enseguida.

—Oh, esto es en verdad extraño. ¿Sigue durmiendo?

—Sí. Con lo que tomó, va a descansar un buen rato. ¿Qué hacemos?

—Esperar a que despierte. Cuando lo haga, avíseme. Intentaré ver si averiguo algo.

Emily estuvo ocupada en sus tareas un par de horas en un estado de inquietud al que estaba poco acostumbrada. Se había acomodado el cabello más de una docena de veces, había archivado y desarchivado papeles de los muebles incorrectos y descartado varias notas para clientes con errores que no solía cometer sin poder concentrarse en su trabajo. Con un bufido poco femenino, se echó contra el respaldo de la silla. ¿Adónde habría ido el agente a medianoche?

La señora Walloski asomó su rostro rubicundo y le hizo una seña. Al momento, las mujeres se dirigieron al cuarto de la planta baja. Emily golpeó un par de veces antes de entrar: Primm yacía en la angosta cama cubierto apenas por una colcha, aún vestido. Al ver a Emily, intentó cubrirse y, con mirada nublada, observó su ropa. Al parecer no se sentía bien porque tenía el ceño fruncido y poco le importó el desorden de su estado.

—Señor Primm, buen día. ¿Cómo se encuentra?

—Con un maldito, disculpe, dolor de cabeza.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Tiene algo que me quite el dolor?

—Mmm, creo que sí.

Extrajo el sobre de su estuche y lo movió lentamente en el aire cerca del hombre. Después de unos segundos, el ceño masculino cambió a asombro al sentir el perfume que desprendía el papel y una mano se disparó hacia el sobre. Emily lo puso a su espalda, recibiendo una mirada enojada.

—Tengo unos polvos para la jaqueca en el cajón de mi escritorio —apuntó disfrutando el momento.

—Señorita Randolph... —La voz se oyó amenazante.

—Un poco de paciencia —le pidió tras ponerse seria—. Déjeme que le cuente primero.

Luego de acomodarse con dificultad de costado, Primm se apoyó sobre un brazo y la miró. Ella buscó la única silla del cuarto y procedió a contarle su visita a Nora.

—Tenía que hacerlo, señor Primm; Nora estaba muy preocupada por usted.

—Veo que ya la llama por su nombre.

—Hemos decidido ser amigas.

—Hace amigos con notable facilidad.

—Eso parece. Quién lo diría —aceptó con una nota de extrañeza tan sincera en el tono de la voz que el agente la observó.

—Quizá yo también la llame Emily, y usted me diga Jack.

—Ah, entiendo su estrategia; dice que es mi amigo para que le entregue la carta, ¿no es así? —comentó pasándole el sobre. Él lo tomó y lo dejó sobre la colcha como muestra de la seriedad de su pedido.

—No. He pensado que sería un honor para mí que usted fuera... que pudiera considerarla una amiga.

—Oh. Sería un placer para mí... ¿Jack?

Él se rio e imitó su tono dudoso.

—¿Emily?

Los dos sonrieron distendidos por primera vez.

—Señor P... Jack, ¿cómo se siente? ¿Durmió bien toda la noche?

Jack no notó el énfasis que ella había puesto en “toda” y asintió con expresión impasible.

—Claro, estaba muy cansado; por lo que veo ni siquiera se cambió.

Él la miró de soslayo, pero siguió impertérrito. Emily no podía ver sus reacciones; ¿quizás a causa del láudano que había bebido?, se le ocurrió interesada. Mmm, debía analizar el efecto de las drogas en la expresividad facial.

—Bien, creo que ya es hora de que lo deje con su lectura. Si desea responderle, deme su carta luego: me encargaré de hacérsela llegar.

A Emily le pareció ver una luz de aprensión cruzar los ojos de Jack, pero fue tan fugaz que creyó haberse equivocado.

—Gracias, Emily —le dijo y la joven lo miró un poco extrañada, otro poco divertida. No había obtenido nada en concreto, aunque se sentía bien por haber animado al herido. Caramba, pensó, otro “amigo” para su colección. En fin, ya era tarde, había aceptado la amistad de una excortesana y ahora la de su amante, otrora un ladrón y algo más que no parecía correcto

o decente en vista de que nadie quería decírselo. Solo esperaba que sus padres nunca se enterasen de la selecta sociedad que estaba frecuentando últimamente.

* * *

El día de trabajo siguió un poco más ordenado: almorzó algo ligero con la señora Walloski y luego subió a su oficina con una taza de té dispuesta a enfrentar las siguientes horas.

En vista de que no tenía nada urgente que hacer, tomó uno de los diarios sobre su escritorio y lo hojeó. Pasó las noticias de sociales y recorrió las páginas hasta que enfocó la vista en no más de tres diminutas líneas de letra muy pequeña que decían: “En horas de esta madrugada, se encontró el cuerpo sin vida del quinto hijo del vizconde de Redfing. El servicio lo halló muerto en su lecho. Se desconocen las causas. Más información en la siguiente edición.” Dio un pequeño grito asustado y se cubrió la boca con la mano. ¿Acaso Primm...? ¿Esa era la razón de su escapada? No, no podía ser, tenía que tener pruebas, como diría el señor Baker. ¿Y cómo obtendría ella pruebas? ¿Qué tenía que hacer? No iba a acusar al señor Primm, a Jack, de algo así sin más ni más.

Bertrand habría preferido no verla esa mañana, pero necesitaba unos datos y sabía que era más que imposible no cruzársela en la oficina. Llegó hasta su puerta y ya no pudo avanzar, detenido en el umbral ante la vista que se le ofrecía: frente al espacio delante del pizarrón, abrazándose, Emily murmuraba algo ininteligible mientras caminaba nerviosamente de un lado para otro. Su reacción instintiva fue la de querer confortarla, pero no, se recordó, no cedería otra vez a los encantos de esa hechicera traidora.

Emily sintió más que vio la presencia de alguien y levantó la vista.

—¡Bertrand! ¡Gracias a Dios!

—¿Qué sucede?

—Hay un problema: George Pressing está muerto.

Reaccionó con la debida sorpresa, y Emily le contó todo lo que había sucedido hasta ese momento. Bertrand echó mano del diario que ella no había leído aún y lo revisó a conciencia. Nada.

—Solo *The Times* comentó la muerte, lo que quiere decir que recién ahora debe estar circulando la noticia y aparecerá mañana.

—¿Qué debemos hacer?

—Tenemos poco tiempo. Si fue Primm, no nos dirá nada.

—¿Y si no?

—Tendremos que probarlo. En cuanto sepan que él está vivo después de la golpiza, será el primer acusado —Bertrand tomó la pequeña mano—. Tranquila, buscaré información en la casa de Pressing.

—Iré con usted.

—No, Emily.

—El señor Baker dice que soy útil para las escenas criminales...

Bertrand dejó caer los hombros.

—Tenemos que llegar a tiempo para ver el cuerpo —concedió a regañadientes mientras tomaba los guantes, el sombrero y los anteojos de ella, y, con la mano de la dama en la suya, la llevaba escaleras abajo.

Consiguieron la dirección de Pressing a través Nora —cuya asombrada exclamación ante la noticia de la muerte del hombre la liberó de sospecha—, quien, a pedido de Bertrand, le prestó a la joven un chal de luto de una de sus criadas. Veinte minutos más tarde se hallaban en Belgrave Square donde vivía el caballero.

La casa del hijo del vizconde de Redfing era una pequeña mansión con una mediana franja de jardín delante. Era una clásica construcción palladiana de tres pisos con las paredes cubiertas por hiedra que trepaba por una estructura de hierro adosada a la pared. Había bastante conmoción entre la gente que miraba desde afuera el movimiento de los que iban y venían. Se veía merodear también a muchos curiosos. Bertrand le susurró “Dolman” al tiempo que apuntaba con discreción hacia un individuo muy bajo, bastante común y corriente, que estaba pegado a una de las rejas de la casa con media cabeza entre las barras.

El agente tomó del brazo a Emily y la llevó por la vereda de enfrente entremezclándose con los observadores más discretos que miraban lo que sucedía a respetuosa distancia. Ella lo vio escrutar, concentrado, el frente de la mansión y el movimiento de los criados y se dispuso a hacer lo mismo copiando su ceño fruncido y su expresión profesional. Él no pudo ocultar una mueca divertida cuando la descubrió imitándolo. “Miré allá arriba”, le indicó, señalando a una habitación de cortinas corridas en el segundo piso. Las demás estaban parcial o totalmente abiertas, pero sin movimiento. Ella barrió la fachada con la vista hasta la planta baja y vio que la enredadera alcanzaba algunas ventanas del segundo piso.

—No sé por dónde entraremos.

—Ah, los de arriba nunca ven más que la puerta principal —señaló él burlón y luego le mostró la entrada de servicio por la que iban y venían criados y personal de policía. La llevó hasta la esquina; ocultos en el umbral de una casa, le quitó el pequeño sombrero, los anteojos y los guantes y se los guardó en los bolsillos de la chaqueta como pudo. Emily lamentó la irreparable pérdida de su coqueto sombrero. Él le cruzó el chal de luto por

delante pasándolo por la cintura y atánoselo por detrás y le soltó el cabello usando la cinta como una vincha. Luego se quitó la gorra, peinó su cabello con raya al centro, volvió a colocarse la gorra un poco echada hacia atrás, tomó un prendedor del bolsillo y lo puso en el cuello del saco, se quitó el lazo y solo dejó la camisa abotonada hasta arriba.

—Sígame la corriente —la instruyó—, no mire a nadie a los ojos, la vista en el suelo hasta que le diga lo contrario y camine dos pasos detrás de mí.

Cruzaron la calle y atravesaron la entrada de servicio. Cuando llegaron a la puerta de la cocina, un criado de librea les salió al paso. Se hizo pasar por un policía que acompañaba a la criada del vizconde que debía retirar ropa para cambiar al difunto para el funeral y mientras el criado los llevaba al cuarto, se enteraron de que el cuerpo había sido retirado por la policía y llevado a la morgue apenas unos minutos antes. Una vez en la habitación vieron que un par de velas alumbraban el lugar y un escaso rayo de luz agrisada proveniente de la única ventana cuyas cortinas no estaban completamente cerradas proyectaba un rejón mínimo de claridad. Todavía se sentía el aroma de los pabilos recientemente apagados, indicando que el cuerpo había sido retirado hacía muy poco. Bertrand buscó una de las velas encendidas y fue prendiendo las que encontró para iluminar la estancia.

—Según el artículo, lo encontraron en su lecho —comentó yendo hasta la cama—. Sin ver el cuerpo resultará más difícil, aunque podemos buscar algún indicio en el colchón o la ropa de cama. Mmm, ¿qué es esto: fragmentos de cerámica...?

Emily lo dejó ocupándose de eso mientras se alejaba hacia la puerta. Buscó una silla, se subió y trató de concentrarse. Comenzó por recordar el tablero del juego de ajedrez de su padre, fue quitando una a una las piezas, luego abstraigo las líneas que se cruzaban perpendiculares y, con los ojos entornados, las hizo descender sobre la habitación. Omitió el área de la cama en la que se ocupaba el agente mientras revisaba cada cuadrado: la ropa tirada en una silla indicaba que Pressing se había arreglado sin ayuda de su valet; probablemente había llegado tarde y bastante ebrio en vista de que diversas

partes de su atuendo estaban colgando del respaldo y había algunas prendas diseminadas por el suelo. Las botas habían sido arrojadas de cualquier modo entre la puerta y la silla indicando que habían sido la primera cosa que se había sacado. Luego se detuvo junto a la silla para quitarse los pantalones, la camisa, el lazo, el chaleco... Sin duda se había acostado con la ropa interior ya que no la veía, pensó algo avergonzada por la imagen desdibujada que tuvo de Pressing, en consideración de que nunca había visto a un hombre en paños menores. El resto del cuarto estaba en un orden absoluto..., excepto por el espacio junto a la ventana.

—Pressing volvió borracho ayer y cayó rendido —apuntó Bertrand. Levantó la vista: la encontró subida a una silla mirando fijamente una ventana—. La almohada está húmeda y apesta a alcohol y los doseles de este lado están arrugados y fuera de lugar. Debió tropezarse y agarrarse de ellos.

—O quizá lo golpearon —sugirió ella mientras apuntaba con el índice a la tercera ventana en el extremo izquierdo, la única que tenía las cortinas sujetas por un cordel de terciopelo—. La ropa de cama de ese lado está metida, el lado por el que se acostó y se levantó es el que da a la puerta.

Bertrand se encaminó a la ventana. Emily bajó de la silla y siguió al agente con una candela que tomó de camino. Él corrió con cuidado las cortinas para ver detrás, y ella aproximó la luz. Entre la ventana y las cortinas había un espacio como de un metro por cincuenta centímetros en el que había una banqueta de madera adosada a la pared bajo la ventana y un apoya-pie guardado debajo del asiento.

Revisó la ventana y se volvió hacia ella con una expresión de triunfo.

—Rompieron la cerradura por afuera para entrar. Un trabajo pésimo, por cierto. Hay restos de madera en la banqueta y en el piso. Y también hay tierra y hojas.

—Y aquí hay marcas —señaló Emily arrodillándose y palpando la superficie de madera—. Mire, parecen huellas.

Los dos se dedicaron a observar con cuidado las líneas de barro, hojas desmenuzadas y greda del camino de entrada que el intruso había dejado con la forma de sus zapatos, apuntando en dirección de la cama. Bertrand señaló que las hojas en la mezcla de tierra húmeda y greda eran de la enredadera.

—Aquí hay algo raro —Emily volvió al suelo de madera—, esta parte de la línea es bastante más ancha y aplastada... ha de haber estado de pie esperando un rato sin moverse. Hay un solo par de huellas. A lo mejor esperaba a que Pressing se durmiera. Las otras huellas más allá son apenas líneas dispersas.

—Es de hombre por la forma y el tamaño. Ahora, ¿cómo sabemos que las huellas no son de los que estuvieron en esta habitación revisando todo y retirando el cuerpo? —argumentó él y de inmediato se respondió—. No, estas cortinas han estado así largo tiempo, el color debajo de la cinta es más claro, y el del piso debajo más oscuro, no las soltaron como a las demás por lo que podemos pensar que los que estuvieron aquí no se acercaron ni examinaron la ventana.

En ese punto, Bertrand se puso de pie, verificó con rapidez las otras ventanas y regresó junto a Emily.

—Salgamos de aquí, alguien puede ver la luz.

Emily se detuvo delante del cortinado.

—Si alguien lo golpeó por detrás...

—¿Por qué no disparado?

—No hay sangre por ningún lado, y como la policía asume que lo mataron pues lo llevan al patólogo, han tenido que hacerlo de una forma que no necesariamente produzca sangre. Y no lo sofocaron, la almohada está en su lugar, sin marcas ni indicios de pelea.

—Quizá lo ahorcaron mientras dormía la borrachera y no tuvo tiempo de reaccionar. Y si así fue —continuó Bertrand—, es aún más factible que no sangrara, quiero decir, en caso de que recibiera un golpe. Necesitamos clarificar este punto. Creo que lo mejor será averiguar en la morgue.

Bertrand se interrumpió, la tomó de la mano y la llevó hacia un mueble del otro lado de la habitación. Le susurró que sacara la ropa que le pareciera.

—¿Terminaron? —oyeron la voz del criado y respiraron aliviados de que no fuera la policía.

—Ya casi. Perdí tiempo encendiendo velas, la muchacha no quiso entrar hasta que hubiera luz; ya sabe, mujeres. ¿Así que no murió de causas naturales? —Bertrand se puso a hacer conversación distraendo la atención del criado. Le hizo señas a Emily para que fuera hacia el armario.

—No, qué va, parece que lo desnucaron de un golpe.

Bertrand oyó el ahogado sonido triunfal de la joven que se hallaba con la cabeza y medio cuerpo metido en el enorme armario que parecía estar engulléndola.

—¿Y nadie oyó nada? Un merodeador entrando y asesinando a un noble en su propia cama... Ya no se puede confiar en nadie.

—No, en nadie —repitió el criado asintiendo—. Al parecer fue un trabajo silencioso.

—Sí —convino Bertrand frotándose la nariz con el dedo—. Bueno, ¿ya terminó, muchacha? Estoy deseando volver a casa. No he comido nada desde el desayuno.

Ella salió del armario con un bulto de ropa en sus brazos; él la tomó por el brazo y la sacó al pasillo. El criado los siguió pisándoles los talones. Llegaron a la planta baja después de dar varias vueltas y, al alcanzar la calle, no tardaron en detener un vehículo.

—¿Qué sigue? —preguntó curiosa al silencioso compañero de aventuras a su lado. Él la miró con una ceja alzada—. Espero que el señor Baker no haya vuelto. Si no me encuentra, se preocupará.

—Y no queremos eso, ¿verdad?

—No si no quiero perder mi empleo —le respondió extrañada—. ¿Sucede algo, Bertrand? No entiendo su cambio de humor.

—Había restos de cerámica negra entre el cabecero y la almohada —comentó para cambiar la conversación. La vio cerrar los ojos y perderse en una profunda concentración. Esperó sin quitarle la vista de encima, deleitado en los rasgos femeninos.

—En la repisa de la chimenea, hacia la izquierda, había una estatua de un dragón chino hecho de cerámica negra con caracteres orientales pintados en dorado, parado sobre las patas traseras. Era una pieza larga y delgada, unos cuarenta centímetros de alto, pesada, muy cerca del borde.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa enfocada en ella. Se ruborizó y desvió la vista.

—¿Qué había a la derecha? —le preguntó con aire socarrón, todavía molesto por la mención de Baker y por haber recordado cómo se habían reído los dos en la oficina después de que ellos tuvieran una fuerte discusión por defenderla que les pudo haber costado el trabajo.

Sin darse cuenta de la intención del hombre, se volvió hacia él y le respondió con seguridad:

—Tres libros encuadernados en cuero ruso que jamás fueron leídos a juzgar por el polvo y un candelabro de plata labrada, ¿por qué?

Se sintió fastidiado por la inocente precisión de la respuesta. ¿Qué estaba haciendo? Ella no tenía la culpa de los pensamientos que lo atormentaban.

—Hasta el momento sabemos que Pressing fue asesinado de un golpe en la cabeza, que lo mató probablemente un hombre que se metió por la ventana y que debió salir usando alguna de las puertas.

—Es cierto, no había rastro claro de vuelta a la ventana —comentó Emily dejando salir un suspiro.

—Por allí debieron pasar todos los que estuvieron después. Lástima no haber visto el cuerpo.

—Yo no lo lamento —comentó ella con sencillez—. Al menos lo que descubrimos descarta al señor Primm; en su estado dudo que haya podido subir dos pisos por una enredadera y entrar por la ventana.

—Las huellas que encontramos tenían una sola dirección: hacia la cama. Sería lógico pensar que el asesino no salió por la ventana de vuelta y que debió de escapar por otra de las puertas o ventanas.

—¿Conocía ya la casa?

—Es una probabilidad. ¿Sabe una cosa? Creo que debemos hablar con Primm para que nos diga qué hizo esta madrugada. Por seguir este asunto se me han atrasado los casos y tendré que trabajar hasta muy tarde. ¿Qué le dirá a Baker?

Los hombros de Emily cayeron.

—¿La verdad? —intentó.

—No todavía, tenemos que ver qué sucede y hasta donde está en riesgo Primm.

—Entonces no sé —lo miró de frente y con un destello de picardía le dijo—, improvisaré.

—Es lo mejor, nos salió bien hace un rato. —Él se permitió sonreírle brevemente—. Un buen trabajo de equipo, ¿no cree?

Una vez llegaron a Essex, entraron tan sigilosamente como pudieron para ir al cuarto de los agentes. Bertrand golpeó la puerta y se oyó el “pase” de Primm algo sofocado.

—¿Quién...? —preguntó Jack sin mover la cara hundida en la almohada—. ¿Calvert?

—Hola. Espero que estés mejor. No tenemos tiempo —le espetó a toda velocidad dejando la ropa sobre la silla mientras Emily cerraba la puerta y se acercaba—. Necesitamos saber dónde estuviste entre las doce de la noche de ayer y las dos de la mañana de hoy.

El interpelado apenas si pudo reaccionar. Bertrand continuó hablando sin darle tiempo a pensar.

—Hubo un suceso inesperado en tu caso y sabemos por un testigo fidedigno que no estabas en la cama a esas horas. ¿Dónde diantres estuviste?

—Yo no...

—Ni lo intentes. Habla de una vez o habrá problemas y no solo para ti.

—Salí. Yo... —Miró a Emily como si fuera la única que podría entenderlo—. Yo fui hasta la casa de Nora. Necesitaba ver que estaba bien.

Bertrand frunció el ceño mientras ella murmuraba: “Es entendible” con gesto comprensivo.

—¿Eso fue todo?

—Sí —respondió extrañado con la insistencia y luego vio a Emily—. ¿Qué sucedió? ¿Nora está bien?

—Sí, pero Pressing está muerto.

La reacción de Primm fue inmediata. Se sentó de golpe en la cama gimiendo por el movimiento que le produjo reminiscentes cuchilladas de dolor en las costillas y la espalda.

—¿Cómo?

—De un golpe —Bertrand le contó rápidamente.

—El problema es que no podemos continuar con la investigación; Baker querrá saber dónde estuvo Emily toda la tarde y yo tengo dos casos entre manos que aún no pude hacer avanzar.

—Al menos sabemos que no fueron ni usted ni Nora —señaló ella para calmar al agente.

—Sé que no fue, estuve un par de horas viéndola sentada en la sala junto al fuego —comentó.

Emily sonrió enternecida y el hombre se avergonzó como hacía mucho que no le pasaba.

—De todas formas, tú no puedes salir de aquí otra vez —lo instruyó Bertrand con firmeza—. Vas a causarte problemas si la policía se entera.

El sonido de unas voces apagadas los sobresaltó.

—Tengo que irme. Seguiré con esto en cuanto pueda.

—Ya es hora de que yo suba también; no sé qué voy a decirle al señor Baker —comentó mientras dejaba la ropa de Pressing en la silla.

—Bastará un parpadeo —agregó Bertrand con dureza antes de irse.

—¿Por qué dice...?

—No se fije —Jack trató de minimizar el arrebató de celos del hombre.

—Es la tercera vez que lo hace. ¿Hice algo que lo ofendiera?

Él se rio zumbón.

—Es que usted le gusta.

Deliciosamente ruborizado, el rostro femenino se volvió a él con la boca abierta y los ojos enormes.

—Y, si la viera ahora, seguro que haría algo para que se enterara de lo que siente —se rio brevemente, la mirada apreciativa.

—Oh, por favor, no puede ser.

—¿Qué pasa? A usted también le agrada, los he visto —señaló y luego agregó con desconfianza—. ¿O es que el afecto de Calvert no es suficiente para la distinguida señorita Randolph?

Herida por el comentario, lo miró erguida y digna como nunca antes.

—Su comentario no merece réplica —señaló grave y salió majestuosa del cuarto.

“El Monje va a matarme”, pensó y se dejó caer fatigado en la cama.

CAPÍTULO XXII

No daría mérito al comentario de Jack Primm: no pensaría en lo que él le había dicho. ¿Le agradaba a Bertrand? Volvió a indignarse al recordar la forma en que el agente había señalado que ella no consideraba ese aprecio a su altura. Era cierto que no pertenecían a los mismos círculos sociales, pero ¿cuál era ahora su posición en la sociedad? ¿Volvería alguna vez a lo que por nacimiento le correspondía o debería pensar seriamente en tener una vida en su actual situación? El suyo era un estatus de limbo, pensó contrariada.

—¡Señorita Emily! —La voz de la señora Walloski la alcanzó cuando ponía el pie en el primer escalón—. El señor Baker llegó hace una hora y ha preguntado por usted.

Emily le agradeció y subió mientras evaluaba los posibles cursos de acción. ¿En qué estaba pensando? La única alternativa era mentir otra vez. No, usaría el camino de las verdades a medias. ¡Oh, por favor, eso de respetar los códigos era tan difícil!

Una vez en su oficina, se puso a trabajar tratando de no hacer ruido; comprendía que demorar lo inevitable era tonto, pero no sabía qué más hacer. No tardó en entender que, si el destino había determinado que el señor Baker la viera, tarde o temprano sucedería.

—Ah, Emily, la esperaba —dijo Adam tras abrir de pronto la puerta de comunicación—. Venga, por favor.

Tomó el anotador y los lápices y, tras esbozar una sonrisa suave que esperaba le diera una apariencia serena, entró en el despacho.

—Tome nota: jueves próximo, 6:30, pasaré por usted para ir a ver *El Trovador* en Covent Garden.

La sonrisa satisfecha iluminó de manera atractiva el rostro masculino. Emily exhaló, relajándose.

—He conseguido un par de butacas, nada muy elegante —se excusó y continuó con rapidez—, luego iremos a cenar si le parece bien.

—Gracias, señor Baker.

—De acuerdo, entonces. He estado viendo la pizarra: creo que se hace imperioso buscar más personal. Y vamos a necesitar un nuevo portero y cuidador. Tuve una larga conversación con McColl y traté de explicarle el error en el método que usó para ayudarme con la agencia; aún no sé si lo entendió. De todas formas, le conseguí otro trabajo para que no quede desamparado. ¿Y Primm? ¿Cómo anda?

Se sobresaltó, pero respondió enseguida.

—Todavía muy dolorido.

—Vaya golpiza que le dieron; y las puñaladas... ¿Alguna novedad de la señora Arden?

—Sí. —Emily halló una veta para filtrar un poco de verdad—. El señor Primm estaba inquieto por ella y la visité. Le traje una carta de su parte. Espero que me disculpe por no avisarle.

—No se excuse, imaginé que estaba cumpliendo algún encargo de la agencia.

—Bueno, no fue exactamente algo de la agencia —se disculpó con expresión algo avergonzada.

—Primm trabaja para la agencia; por lo tanto, es parte de nuestras actividades.

—¿Así lo cree? —le preguntó meditando interesadamente sobre el razonamiento.

—Sí, Emily; se preocupa usted demasiado. Sigamos con la rendición de gastos.

* * *

Ya era la hora de ir cerrando todo, incluidos los archiveros con llave. “Ahora ya no hace falta”, pensó, “aunque, de todos modos, tomar precauciones no está demás”.

—¿Emily? ¿Todavía estás aquí?

Se puso de pie y fue a la puerta que daba a la recepción para chocarse con Louis que entraba en ese momento como una tromba.

—¡Ey!, oh, disculpa —balbuceó y la tomó entre los brazos para que no se cayera.

Los brazos delgados pero de una fuerza impensada de Louis sostenían contra su cuerpo a una Emily que, una vez pasada la sorpresa, se encontraba vergonzosamente cómoda entre ellos. Él la miró un instante sin hablar, perdido en la luz de los ojos dorados, disfrutando la cercanía. Ella miraba los botones de la camisa blanca con una concentración que lo hizo sonreír. Se separó de ella con renuencia; Emily se aclaró la garganta y lo saludó.

—Perdóname, estaba apurado por ver la carpeta de un caso anterior que parece estar conectado con uno de los que investigo y pensé que ya te habías ido.

—No aún. —Se alejó turbada por las sensaciones extrañamente placenteras que había experimentado—. Llegaste a tiempo. ¿De qué caso se trata?

Fue hasta el mueble y lo abrió. Mientras buscaba lo pedido, lo sintió a su espalda.

—¿Todo en orden?

—Más o menos —comentó algo nerviosa. Encontró la carpeta, volvió a la oficina y, mientras él la revisaba, le relató lo acontecido con George Pressing, la salida de Primm y hasta el despido del portero.

—Y yo que pensé que había estado ocupado —soltó un silbido—. ¿Qué va a pasar ahora?

—No sé. Bertrand tuvo que atender sus casos. El señor Baker le pedirá informes mañana y hoy tendrá que trabajar hasta tarde.

—Sí, estamos muy ocupados —observó en voz baja e irritada.

—Pensaba ver al señor Primm antes de irme.

—Te acompaño.

Emily se detuvo frente a él.

—¿Sigues molesto conmigo?

Él le obsequió una de sus sonrisas y un guiño.

—Por más que quiera no puedo. Cuando te arrojas tan dulcemente a mis brazos como hace un rato...

La indignación en el rostro femenino provocó una carcajada en el joven.

—¡Cómo te atreves a decir que yo...!

—Fue solo una broma —le aseguró cubriéndose la cara con los brazos.

—¡Louis! Compórtate, por favor —lo retó blanda, imposibilitada de enojarse con él como él con ella—. Lista.

Cuando llegaron al cuarto de los agentes pensó: “Otra vez frente a la misma puerta”.

—Primm, ¿qué tal? —saludó Louis al hombre que tomaba caldo sentado en la cama.

—Harto de estar encerrado. Emily, a usted no le pregunto cómo se encuentra —declaró aprensivo por el último intercambio de palabras.

—Sigo igual de bien, gracias —le replicó con maneras reposadas en un evidente esfuerzo por mantener una actitud digna y correcta.

Louis los miró suspicaz, pero se abstuvo de comentar nada.

—Supe lo de Pressing, ¿quién habrá sido?

—No me interesa —aseveró Primm—; lo importante es que ya no esté molestando a Nora.

Emily vio a los pies de la cama la ropa que había dejado ese mediodía en la silla y se apresuró a recogerla.

—¿Encontró algo interesante?

Él negó sin molestarse en ocultar que había revisado las prendas.

—Deja que te ayude con eso —se ofreció Louis.

Ella le pasó el chaleco de seda y continuó recogiendo el saco, los pantalones y la camisa.

—Vaya chaleco. ¡Ey!, ¿qué es esto? Hay algo aquí en el bolsillo. El forro está roto y puedo sentir un papel. ¡Lo tengo! —exclamó triunfal extrayendo con dos dedos una hoja de color amarillo plegada en cuatro.

Primm la tomó para leerla.

—No entiendo lo que dice; solo la firma: “Christine”.

—Dásela a Emily.

“*Mon bien aimé...*”, leyó ella para sí.

—Está en francés. Es una carta... como diría... —se ruborizó profundamente.

—Emily, no hay tiempo para mojigaterías, vamos —la apuró Louis con un cabeceo.

—Christine le escribe a su amante. Le dice que nunca dudó en entregarse a él dado el apasionado amor que siente por su persona. Que todo lo que pasaron juntos... —se detuvo incómoda.

—No hace falta que dé ejemplos —la tranquilizó Jack.

—Menos mal —susurró abochornada—. Es muy explícita. Ella le dice que debe darle una respuesta sobre lo que le contó la última vez que se vieron en Vauxhall y le advierte que no debe creer que no será capaz de hacer lo que le dijo.

—¿Y qué es?

—No lo escribe, pero intuyo que de las relaciones ha habido promesas, y ella lo urge a cumplirlas.

—O aún peor: de las relaciones hay consecuencias —interpretó Jack.

—Hay que averiguar quién es ella.

—Mañana —expresó con firmeza Emily al tiempo que se ponía de pie—. Jack, usted me dará su palabra de no salir esta noche. Necesita recuperar fuerzas y no lo hará si repite lo de esta madrugada. En cuanto a mí, tengo que devolver esta ropa sin que nadie se dé cuenta y prepararme para la salida.

—¿Qué salida? —preguntó Louis.

Sumida en sus pensamientos, Emily respondió sin darse cuenta.

—Iré a la ópera con el señor Baker.

Si hubiera estado atenta a lo que sucedía a su alrededor, habría visto la reacción de sorpresa y descontento de los hombres. La voz dura de Louis la trajo de vuelta.

—¿Saldrás con Baker?

—¿Qué? —parpadeó al tomar consciencia de lo que había hecho—. Yo... Sí, me invitó hace un tiempo y con todo el trabajo que tenemos, no hemos podido ir todavía.

—¡No puedes!

—¿Cómo dices? He salido contigo, ¿por qué no puedo hacerlo con él?

—No es lo mismo —aseveró tenso. Primm asistía a la discusión evaluando que no eran solo Calvert y Baker los que querían a Emily Randolph como algo más que amigos.

—Te diré lo mismo que le he dicho a él cuando me planteó que no debía salir contigo o reunirme con ninguno de ustedes: confío en su comportamiento y creo que sus intenciones son correctas y honorables.

Primm produjo un siseo de descreimiento.

—¿No es así? —preguntó de pronto insegura.

—Sí; de mi parte lo es —aseguró Louis fastidiado con una mirada sesgada a su compañero—, pero no puedo decir lo mismo de los demás.

—¿Los demás? Solo he salido contigo y ahora lo haré con el señor Baker. ¿Quiénes son los demás? —demandó inquieta, tratando de comprender la lógica masculina.

—Dejemos descansar a Primm. Te veré mañana —ordenó primero, saludó después en dirección del hombre y salió con la ropa doblada en el brazo.

Emily miró a Jack: esa vez su expresión fue pensativa. Él se dio cuenta de que la joven estaba comparando las reacciones de los dos hombres. De pronto, enfocó los ojos dorados en los celestes y le dirigió una mirada de azorada comprensión. Él confirmó sus pensamientos con un asentimiento lento y la vio enrojecer otra vez. Con los hombros caídos, la cabeza baja y una camisa colgando del brazo, abandonó el cuarto de Jack que exhibía una mueca triste e irónica en la atractiva boca todavía magullada por los golpes.

* * *

La esperaba en la puerta de calle, apoyado en una de las columnas de la pared. Al verla salir, se enderezó y, luego de tomarla del brazo, bajaron los escalones de la entrada.

—Te acompañaré hasta Saint Peter.

Cuando llegaron a la esquina, vio que él continuaba andando sumergido en profundas cavilaciones. Tomaron por Saint Peter y fueron lado a lado.

—Emily, discúlpame, no tengo ningún derecho para molestarme así.

—Tú eres mi amigo, Louis, el primero de verdad que tengo y puedes decirme lo que creas conveniente. No te garantizo hacerte caso siempre — agregó sonriéndole con un gesto de disculpa—, pero te escucharé y estimaré tu comentario por venir de ti.

—Creo que eres demasiado inocente y buena. Entre nosotros, algunos de tus gestos de amabilidad pueden ser malinterpretados —continuó él que la observaba con detenimiento—. No quiero que nada malo te pase, quisiera estar siempre a tu lado para protegerte.

—Louis, te agradezco, pero no creo necesario que debas cuidarme —lo interrumpió aprensiva por el rumbo de las palabras del joven.

—Eres una mujer llena de afecto y te abres a todos sin medir las consecuencias. Alguien puede tomar lo que ofreces y hacerte daño —la urgió a comprender con una mirada endurecida.

—Ustedes no me harían daño, lo sé. —Se quedó pensativa un momento—. Pero, si algo pasara, si cometiera un error, ¿seguirías siendo mi amigo?

—Jamás dejaré de serlo —le aseguró determinado. “Aunque quisiera ser mucho más que eso”, añadió tristemente para sí mismo.

—Te prometo que me cuidaré muy bien de... los hombres —agregó con embarazo.

Louis exhaló con fuerza y, después de pasar el brazo de ella bajo el suyo, reemprendió la marcha. Doblaron por la calle William y llegaron a Dame.

—Louis, ¿qué tienes que hacer el viernes?

—No sé. —La miró y captó la invitación amistosa de los ojos claros—. Pensaré en algo y te avisaré.

Él le entregó la ropa, y ella siguió su camino.

—¡Ey, Emily! —la llamó antes de que cerrara la puerta—. ¿Te gusta bailar?

Asintió vigorosamente. Él se despidió con un guiño.

—Te avisaré.

* * *

Ya era noche cerrada cuando llegó a su cuarto de la calle Ashby. El reloj de la iglesia de Saint Matthew había dado las dos de la mañana minutos antes. Con gesto cansado, abrió la puerta y entró. Buscó la lámpara sobre la pequeña mesa junto a la entrada. Como todos los días, lo recibió la tranquila soledad de su refugio: una estancia única en la que estaba su cama, una mesa con tres sillas, una cómoda con un espejo encima y la biblioteca que contenía los pocos libros que había juntado en esos años en que había adquirido el hábito de la lectura. Dejó la gorra sobre la mesa y apoyó la chaqueta sobre el arcón donde guardaba los zapatos, las botas y algunas herramientas con las que confeccionaba las ganzúas que diseñaba. Se aflojó el lazo y se abrió el cuello y los dos primeros botones de la camisa. Se soltó los de las mangas para levantarlas. Fue hasta el aguamanil, vertió el agua que quedaba en la jarra, se lavó la cara y las manos. Luego se pasó los dedos húmedos por el cabello y, exhalando su fatiga, fue hasta la cama. No tenía mucho tiempo si quería dormir un par de horas antes de volver a salir. A pesar de que tenía hambre, el cansancio lo superaba.

Hambre.

Y no solo de comida.

La recordó de inmediato frente a él esa tarde, elegante, educada, demasiado refinada para estar en su compañía. Mujer extraña y fascinante. Esos ojos expresivos eran belleza pura. Su boca era una invitación al placer. Y era tan peculiar... Cuando caía en un trance podía emerger de él con la ocurrencia más extraña. Lo había sorprendido esa tarde cuando la había visto subida a una silla para observar el cuarto. Por ser sincero, se corrigió, siempre lo sorprendía. Su forma abierta de ser era una de las cosas que lo desconcertaba más. No había duda de la educación cuidada que había recibido y la clase a la que pertenecía; aun así, se mostraba sencilla y honesta en sus afectos. No quería pensar en ella, pero el deseo y la necesidad eran más fuertes que él.

En un principio, le había chocado que esa joven de sociedad trabajara en la agencia, pero pronto tuvo que asombrarse, como el resto, de su capacidad para observar y organizar. Balling había dicho que leía personas, lugares y cosas como si fuera una bruja, pero él sabía que lo que tenía era, lisa y llanamente, un dotado poder de observación. Y, al mismo tiempo que lo sacudía hasta lo más profundo estar cerca de ella por la forma natural en que se comunicaban y pensaban complementándose, lo enojaba su candidez y su disfrute de la relación con ellos. Con todos y cada uno de ellos.

Se cubrió con la colcha sin demasiado cuidado. No le importó, no tenía nadie que lo reprendiera. O lo cuidara. Así había sido desde que era pequeño. Su mente comenzó a divagar imaginándola allí, recogiendo la ropa, regañándolo para que se acostara como era debido, acomodándole la sábana y la colcha, desvistiéndose para tenderse a su lado. “Idiota”, pensó agriamente, “¿ella aquí?”. No estaría mucho tiempo en la agencia. Pertenecía a los salones de la buena sociedad, a las grandes mansiones y a las fiestas, los paseos y las exhibiciones. ¿Qué podría ofrecerle él?

Nunca se había sentido tan desgraciado. Lo del ejército había sido duro, aún lo atormentaba, pero no era como esto. Los pensamientos empujaban su ánimo a un pozo sin fondo. Le recordaban que estaba solo y que ansiaba algo que se hallaba tan por encima de él que resultaba imposible de alcanzar.

¿Qué había pasado en su vida?, ¿qué había hecho de malo para no poder ser feliz? La muerte de sus padres cuando era apenas un niño de cinco años. El abandono de su familia que no se había hecho cargo de él. El deceso de los ancianos que lo habían recogido y le habían dado afecto por un tiempo breve. La muerte de su compañero por ese disparo accidental. Bertrand se revolvió en la cama, incómodo. Odiaba recordar lo sucedido; odiaba no tener buenos recuerdos para cubrir los otros, los malos. La imagen de Crudupp, desconcertado, incapaz de comprender la razón de la sangre que manaba de su costado izquierdo, la boca entreabierta como si quisiera decir algo y no pudiera hallar las palabras, apareció en su mente. Veía el uniforme rojo oscurecerse allí donde el tiro había impactado. Recordó el horror y la estupefacción propios: él no había podido hacer eso, ¿verdad? Había sido un accidente, ¡un accidente!

Cerró los ojos con fuerza y se pasó la mano por la boca y la barbilla. Sus superiores habían comprendido; si bien él no era de los mejores tiradores, el rifle que le habían dado ese día para la práctica en campo no funcionaba bien y el soldado asignado para su mantenimiento no lo había limpiado correctamente. No, no eran excusas, sino una relación de la serie de pequeños eventos que confluyeron en el trágico fin de la vida de Peter Crudupp a manos suyas. Ellos habían comprendido, sí; pero él, no. Recordó el tiempo de vagar sin rumbo después de haber solicitado la baja hasta encontrar a aquel monje irlandés que lo llevó con él para apaciguar su espíritu hecho añicos.

Se tapó los ojos con un brazo y se obligó a pensar en algo bueno, sano, fresco. Ella. Primm tenía razón: él quería a Emily Randolph. No la tendría, Montrose tampoco, casi podía apostar que ni siquiera Baker, pero, aun así, se dijo, quería tener lo que fuera, lo que pudiera conseguir de ella.

Quizá podría invitarla a salir como hacía su compañero. Con Lydia Zachary, por supuesto, a la que sin duda tendría que llevar, aunque tal vez pudiera distraerla de alguna forma, evaluó tranquilo enfrascado en pensamientos diferentes de los habituales. Jones. La mujer mayor había sido particularmente amable con él. Sí, esa era una opción. Y pensar en el futuro y no en el pasado era lo que necesitaba. Aunque presintiera cómo terminaría.

CAPÍTULO XXIII

Abe Jones se estaba impacientando en la puerta de entrada. Llevaba varios minutos esperando que le abrieran, ajeno por completo al hecho de que estaba siendo considerado por tres personas cercanas a él como la pieza clave en importantes pedidos.

La puerta se abrió por fin, y Jones entró como un ciclón.

—¿Por qué demonios no abría la maldita puerta, escocés?

—Lo siento, señor Jones, pensé que la señora Walloski estaba en la planta baja. Buenos días para usted también —lo saludó Emily al tiempo que cerraba la puerta.

—Oh, diablos, señorita Randolph. Este, digo, maldición, disculpe, ¡demonios!, perdone, yo no...

Emily bajó un momento la cabeza impactada por la retahíla de términos rudos, pero, a pesar de ellos, se mordió el labio inferior y sonrió. Levantó los ojos claros que brillaban con una naciente y resignada diversión y se permitió confortar al atribulado agente.

—No se preocupe, señor Jones, usted no podía saber que yo abriría. Para su información, el señor McColl ha sido despedido.

—Caraj... caramba —se corrigió y comentó ufano—: Hicimos un buen trabajo, ¿no cree?

Emily sintió que este era el pie que necesitaba.

—Ya lo creo que sí. Y tan es así, que debo hablar con usted sobre un asunto difícil en el que quizá pueda asistirme: necesito su ayuda para ubicar a alguien. —La expresión masculina era pétrea e impasible—. El señor Baker se encuentra muy mal por la falta de noticias sobre el señor Balling. Su ausencia lo preocupa, pero no quiere buscarlo más porque cree que su amigo no desea volver con él.

Jones asintió.

—Necesitamos averiguar dónde está el señor Balling y la razón por la que no quiere volver. Quizá le haya sucedido algo y necesite ayuda —sugirió dando por sobreentendido que, en su usual estado de ebriedad, Roy Balling podría estar en serios problemas o hasta muerto.

Jones volvió a asentir.

—Usted sabrá disculparme, señor Jones, aprecio a un hombre de pocas palabras y acción concreta, pero, de vez en cuando, a las mujeres nos gusta oír alguna frase de boca de los caballeros con los que hablamos —señaló algo amoscada por la parquedad del agente.

Jones se ruborizó levemente y llevó el índice al cuello de la camisa como era costumbre.

—Tengo una idea de dónde puede estar —ofreció con una timidez no condicente con su aspecto—. Pero usted no puede ir allí.

—¿Y entonces? Sé que está ocupado y no debo sobrecargarlo con este pedido; déjeme ayudar de alguna forma.

—Pierda cuidado, lo buscaré y, cuando lo encuentre, le aviso.

—Gracias, no sabe cuánto aprecio su ayuda. El señor Baker ha sido muy gentil conmigo y querría retribuirle de alguna forma.

—También conmigo —expresó brevemente—. ¿El jefe está?

—Aún no. Mandó a avisar que llegaría en una hora. ¿Quiere esperarlo en mi oficina? Le serviré té.

El hombre se acomodó en la silla que ella le indicó con un movimiento gentil de la mano antes de irse a la cocina. Una vez de vuelta, dispuso la bandeja delante del agente cohibido y rígido. Para no avergonzarlo, se dedicó a responder unas cartas, asentar los últimos gastos y completar la pizarra. Al rato, olvidada de su presencia, se paró al lado del escritorio y recogió un pequeño libro de cuero rojo. Se sumergió en la lectura sin siquiera sentarse. Cada tanto tomaba un lápiz para anotar algo. Jones creyó ver números y dibujos.

—Jones, señorita Randolph, buen día —saludó Bertrand al entrar en la oficina. Se detuvo junto al agente que le hizo un gesto con la mano como toda respuesta mientras masticaba concienzudamente un bollo y observaba a la joven perdida en la lectura. Bertrand se quedó esperando una respuesta a su saludo. Miró a Jones, intrigado.

—No te ha oído —explicó el hombretón en voz baja para no distraer a la mujer ensimismada en el texto—. Hace un rato que lee, habla sola y escribe en ese papel.

Bertrand siguió la dirección del dedo y se acercó a la joven por detrás.

—Vaya, nunca me lo imaginé —comentó en voz alta, lo que provocó un sobresalto en Emily que hizo reír a Jones—. ¿Física?

—Oh, es usted. Eh, sí, trayectoria de un proyectil.

—Eso veo. Quería dejarle un detalle de gastos y el informe de uno de los casos.

—¿Ya lo cerró?

—Sí. ¿Qué tal, Jones?

—Bien. —Fue la amplia respuesta. Bertrand miró con insistencia la bandeja delante de Jones. Emily cerró el libro, se apresuró a ofrecerle un té y salió.

—*Puños*, quisiera pedirte algo. Quiero invitar a la señorita Randolph a salir este sábado y necesito que nos acompañes.

La sorpresa en el rostro deformado fue completa.

—¿Yo?

—Sí. Si ella acepta, irá también la señora Zachary.

—¿Y? —El agente frunció el ceño.

—No me parece cortés no poder atender debidamente a las dos damas.

—Nunca antes me pediste ayuda en estos casos. —Arqueó una ceja, burlón.

—En serio, invitaré a dos damas —subrayó la última palabra como si eso fuera aclaración suficiente.

—No sé, ¿qué puedo hacer yo con una dama?

—Iremos a una actividad tranquila, solo tienes que ser amable, conversar y pasarla bien. Además, me pareció que Lydia Zachary te agradaba —soltó con intención.

Jones vaciló y bajó la cabeza. Bertrand lo veía luchar consigo mismo.

—Yo no tengo... —habló tan bajo que su compañero se perdió la última palabra. Apoyó una mano en el enorme hombro y lo instó a repetir.

—Buenos modales —tiró entre dientes.

Bertrand ocultó una sonrisa y se compadeció del pobre hombre.

—La señora Zachary estuvo charlando contigo toda la tarde, apuesto a que tus modales fueron impecables o no se habría quedado tanto tiempo.

Jones se removió incómodo en la silla.

—La señorita Randolph...

—Ella sabe quién eres; esperará que seas cortés con su amiga. Solo cuida un poco tu lenguaje.

—Befff, no sé. —Se mantuvo en sus trece—. Baker dijo... bueno, ya lo sabes, estabas ahí. Además, ella todavía no te aceptó, Monje. ¿Qué te hace pensar que lo hará?

—Sale con Montrose —indicó algo molesto por la opción que no había querido ni considerar.

La aparición de la joven cortó la charla. Después de un par de sorbos del té, sin reparar en la mirada desconfiada que ella le dirigió como si sospechara que algo estaba ocurriendo entre los agentes, Calvert se animó:

—Emily, ¿me permite una pregunta?

Los ojos de miel se enfocaron en los azabache.

—He oído decir que hay una lectura dramática en la Sociedad Literaria de Islington este sábado a eso de las cuatro de la tarde. Se me ocurrió que a usted y a la señora Zachary les gustaría asistir.

—Mmm, suena atractivo —concedió pensando: “Vaya agenda cargada que tengo esta semana”.

—Jones nos acompañaría. —Ese comentario mereció una mirada de interés de ella hacia el agente que estaba comprimido en el asiento sin atreverse a respirar.

—¿En verdad? ¿Le gustaría ir, señor Jones?

El hombretón asintió con rigidez y movió la cabeza a un costado como para aflojar el cuello.

—Bueno, en ese caso, y si Lydia puede acompañarnos...

—Quizás hasta podamos ver los fuegos artificiales que habrá en el Campus de la Asociación Cristiana —aventuró complacido por la primera victoria—. Pasaré mañana y me dirá. —Tomó el té de un trago, apresurándose a salir de la oficina y de la agencia: no fuera ella a arrepentirse.

Emily no acabó de escuchar el eco de las últimas palabras que el hombre ya había desaparecido. Jones se recostó pesadamente contra el respaldo, atribulado. Esperaba no tener que rendir cuentas de eso a Baker.

* * *

Con el periódico desplegado ante él, Adam leía el artículo que ocupaba la atención de la alta sociedad londinense. El ruido de la puerta de comunicación que se abría lo distrajo de momento. Era ella que entraba con paso suave e iba hasta la ventana junto a la mesa de reuniones como todas las mañanas. Una vez allí, descorrió las cortinas y abrió una de las hojas que daba a la calle para dejar que una ráfaga de aire tibio entrara y le trajera el aroma a rosas de su perfume. Se veía severa y digna en el oscuro atuendo marrón, el cabello tirante, el cuello abotonado hasta arriba, los puños de encaje apenas rozando el dorso de las manos. El rostro despejado le permitía

apreciar a su gusto la increíble belleza de los ojos y la boca, toda una invitación que Adam deseaba que ella le hiciera desde el primer momento en que la había conocido. La vio recoger los papeles que él había dejado el día anterior sobre la mesa de reuniones y leerlos catalogándolos en pilas. Su vista se perdió en el talle esbelto, pero no excesivamente delgado, en el busto y en la cintura que tenía la proporción justa y el tamaño adecuado para que sus manos la abarcaran. Solo podía imaginar el resto, pero, sin duda, era igual de perfecto que todo lo demás, estimó con un suspiro.

¡Cuántas mañanas había pasado disfrutando ese ritual de la primera hora! También el momento en que hablaban y compartían un té, aunque no tan usual, lo atesoraba y lo evocaba cada vez que sentía nostalgia de una vida familiar propia. Se imaginaba en su casa con ella, sentados en la sala, conversando sobre cosas cotidianas; ella que dejaba a un lado un libro —por mucho que se esforzara no podía imaginarla bordando o cosiendo—, y él con el periódico sobre la falda, más interesado en ella que en las noticias del día.

¡Las noticias del día! Volvió con pesar de su fantasía y terminó el artículo.

—Parece que Primm ya no corre peligro —comentó. Miró a Emily que lo veía con expresión neutra y continuó—. George Pressing falleció.

La vio hacer un gesto vago y volver a los papeles.

—Le avisaré para que pueda volver a su casa.

—Eh, señor Baker, respecto de eso...

Adam la observó dudar y frotarse las manos nerviosa. Se puso de pie. Gentilmente la volvió hacia él para que quedaran cara a cara.

—Emily, creo que usted tiene algo que decirme.

—Es que... sucede que... —titubeó antes de aspirar con fuerza y lanzarse a contarle lo sucedido los últimos dos días. Baker la dejó hablar en silencio. Cuando terminó, procuró no manifestar lo herido que se sentía.

—Parece que le resulta imposible tener confianza en mí, Emily.

—Lo siento, señor Baker, no queríamos molestarlo.

—Aquí y ahora, va a darme su palabra de que no volverá a ocultarme cosas como esta. Primm es uno de mis hombres y es mi responsabilidad velar por él. —“¡Vaya! ¿Qué tengo que hacer para que ella confíe en mí como lo hace tan fácilmente con los demás?”.

—¿Qué dice el artículo? —inquirió ella con timidez.

Adam observó que no le había dado su palabra, pero se impuso ser paciente. Haría que entendiera que él estaba a cargo y que se ocuparía de todos, en especial de ella. Fue hasta el escritorio y leyó en voz alta la noticia: la policía había descubierto que Pressing había sido asesinado mientras dormía y estaban haciendo averiguaciones para resolver el homicidio. Emily produjo un suave sonido parecido a un quejido.

—¿Cuál es el problema?

—Para resolver el crimen, la policía investigará el entorno de Pressing. Averiguarán de Nora Arden y, eventualmente, sabrán de Primm y del acoso del noble. Lo buscarán, verán lo que Pressing le hizo y, si se enteran de que él no estuvo descansando durante el momento en que lo mataron, lo arrestarán.

Adam hizo una mueca.

—¡Señor Baker! ¡Pronto! ¡Señor Baker!

Los gritos desesperados procedentes de la planta baja pusieron en acción a Adam que, seguido por Emily, fue hasta las escaleras. La vista de la señora Walloski, agitada y fuera de sí, lo hizo acelerar el paso aún más. Al llegar al pie de las escaleras, los dos fueron testigos de una escena terrible: había tres policías en el recibidor y dos más venían por el pasillo desde la parte de atrás arrastrando a Jack Primm, esposado.

—¡Se llevan al señor Primm! —clamó la señora Walloski apuntando hacia los policías con expresión angustiada.

Adam indicó a Emily con un cabeceo que se ocupara de la mujer, luego caminó hacia los agentes e interpuso su estatura y robustez entre Primm y ellos.

—¿Qué sucede aquí? Soy Adam Baker, dueño de la Agencia Essex, y a quien tienen esposado es uno de mis hombres.

—Jack Primm es culpable de asesinato.

—Querrá decir que lo “acusan” de asesinato. E imagino que, de acuerdo con la ley, tienen que probarlo primero.

—Señor, tenemos que llevarlo a la estación.

—Y lo harán, no lo dude, pero yo iré con ustedes. Emily, reúna a todos para las dos. Vamos, Primm.

* * *

Faltaban diez minutos y él último agente convocado acababa de llegar. Los hombres estaban reunidos en el despacho de Baker. Emily procedió a explicarles lo sucedido esa mañana.

—Esto tenía que pasar —observó Bertrand.

Adam entró y cabeceó un saludo. Sin perder tiempo, se ubicó delante del escritorio y los agentes lo rodearon.

—Señores, tenemos menos de un día para reunir toda la información posible sobre la muerte de George Pressing. Han acusado formalmente a Primm de asesinarlo y mañana lo llevarán a Pentonville. Debemos averiguar lo que sabe la policía y confirmar las coartadas de todas las personas vinculadas con el caso. Emily, vamos a necesitar su pizarra.

La joven se apresuró a ir a su oficina seguida por los agentes. Frente a la enorme superficie negra, tomó un trapo y borró el perfecto esquema con todos los movimientos de los agentes.

—De acuerdo, ¿qué es lo que sabemos hasta ahora?

Bertrand se aclaró la garganta.

—Pressing fue asesinado en su cuarto. Según lo que estimamos de las observaciones en el lugar, acababa de volver, presuntamente ebrio, se desvistió sin ayuda de su valet y se acostó. Alguien que entró por la ventana del cuarto trepando por la enredadera lo golpeó con un objeto del cuarto y lo mató. Luego salió por alguna de las puertas o ventanas de la planta baja. Creemos que quien lo hizo debía conocer la residencia.

Los agentes escucharon atentos el relato, incluido Adam que se volvió a Emily, quien, tiza en mano, se dispuso a anotar.

—Bien, Oliver, se encargará de averiguar de dónde venía Pressing esa noche y qué hizo durante todo el día. Confirme la hora y el estado en que llegó a su casa.

El joven acató con un cabeceo.

—Montrose, hable con los criados y obtenga la información de los movimientos en la casa, cualquier cosa fuera de lo común, el paradero del valet ausente esa noche... Ya sabe.

Louis asintió y de pronto recordó el chaleco.

—Emily, la nota. Encontramos en la ropa de Pressing una carta de fecha reciente de una tal Christine, su amante, que lo amenazaba con actuar si no le respondía sobre lo que habían hablado la vez que se habían visto en Vauxhall.

—Necesitamos saber quién es esa Christine. Calvert, encárguese de hablar con los amigos de Pressing para ver qué averigua. Montrose, trate de encontrar al valet, es muy probable que sepa algo.

—Se nos ocurrió en ese momento que Pressing había hecho promesas que no se sintió obligado a cumplir; incluso que podría haber un hijo en camino —agregó Louis.

—Probable —aceptó Adam—. Bien, me encargaré de hablar con algunos conocidos de la policía para ver qué es lo que saben. Jones, vendrá conmigo. Fargg, usted se quedará aquí mientras Emily visita a Nora Arden para comentarle lo que sucede y pedirle que se mantenga lejos de Primm mientras estamos investigando para no empeorar su situación. Emily, intente averiguar lo que pueda de ella y asegúrele que estamos ocupándonos. Cuando vuelva, Fargg trabajará con usted —miró a cada uno de los agentes—. Todos se reportarán aquí sin excepciones; y ustedes —apuntó a Fargg y a Emily— deben saber en todo momento donde estamos cada uno de nosotros. Nos reencontraremos a las siete.

Adam echó un vistazo al pizarrón para ver si había cubierto todo.

—Fargg, tenga a Bob y a Jim siempre a mano. Que alguno de los dos busque algo de ropa y la lleve a donde tienen a Primm. Emily, que la señora Walloski se encargue de avisar a cualquier cliente que la agencia está cerrada por el día de hoy. Cualquier urgencia, que se la transmita a usted. Estaré en la Metropolitana.

Cinco minutos más tarde, en la agencia solo quedaban el agente y el ama de llaves a la espera de los próximos sucesos.

CAPÍTULO XXIV

Aunque había perdido largo rato calmado a Nora, lo que no era extraño si se consideraba que, cada vez que la veía, era para llevarle malas noticias – primero el ataque a Jack, luego la muerte de Pressing y ahora la detención de su amado–, la visita a la mujer le deparó algunos datos interesantes sobre la vida del caballero.

En vista de lo señalado, los ataques de llanto consecuentes habían sido previsibles. Emily se disculpó por ser emisaria de constantes novedades ingratas, pero Nora solo la abrazó y le agradeció que, al menos, tuviera la deferencia de mantenerla al tanto. Le comentó lo que Adam Baker estaba haciendo. Ella pareció sentirse mejor al saber que Jack no estaba solo. Su único problema había surgido al enterarse de que no debía verlo: debió soportar estoica una escena bastante dramática en la que la mujer clamaba que ya había estado demasiado tiempo lejos de él y que eso no había reportado ningún beneficio, más bien lo contrario. Le costó tiempo y esfuerzo convencerla de considerar el asunto desde el punto de vista de ellos: si se acercaba a Jack, lo condenaría más rápido.

Cuando por fin la mujer se apaciguó, pudo saber que Pressing había sido intimado por su padre, el vizconde, a casarse con alguien de posición y fortuna en vista de los efectos demasiado negativos de su vida disipada en lo personal y familiar. Las muchas deudas de Pressing eran cuantiosas, y el vizconde se había negado a seguir cubriéndolas, además de que los excesos con la bebida y las mujeres eran una mancha para el nombre Redfing. Con la negación rotunda y firme de la mujer, se convenció de que la víctima no había sido su amante. Cuando inquirió si conocía a alguna Christine que

hubiera sido “amiga” de Pressing, ella le respondió que no sabía el nombre de las varias amantes de George, ya que él tenía una sólida reputación como mujeriego.

Las dos mujeres estuvieron conversando largo rato, pero nada más le pareció de interés a Emily y se despidió. Poco después de las cinco y cuarto, se hallaba en su oficina intercambiando información con Fargg.

Cada hora marcada por el reloj reverberaba con pesadez en la casa vacía. Hacía ya rato que Emily había anotado todo lo que había averiguado con Nora y esperaba inquieta que se hicieran las siete.

El primero en llegar fue Jones que les hizo un breve relato de lo que habían averiguado: la policía no había tardado en establecer el vínculo de Primm con *madame* Eglantine, a quien todos consideraban amante de Pressing, y se habían enterado de la salida del agente la madrugada del crimen por el sereno del taller de jabón junto al establo que lo vio usar un coche a las doce de la noche y volver alrededor de la una y media a la agencia. Lo habían reconocido como uno de los agentes de Essex.

Poco a poco fueron llegando todos y se acomodaron en la oficina de Emily.

—Vayamos en orden —indicó Adam siguiendo la pizarra con la vista—. Oliver.

—Hasta el momento, pude seguir los pasos de Pressing con bastante precisión. Incluso hice el recorrido y los tiempos coinciden considerando las diferencias de tránsito entre el día y la noche. Parece que fue una jornada agitada: el día de su muerte, se levantó a las once, almorzó y, luego de vestirse, pidió su caballo para ir a visitar a un amigo. A las tres más o menos, fueron a buscar a otros dos más y visitaron a una conocida actriz que los recibió en su cuarto con algunas compañeras de trabajo a las tres y media. Allí estuvieron hasta las cinco de la tarde. Después pasaron por un acreditado local de juegos de azar donde bebieron y jugaron hasta las siete. De allí,

volvió a su casa, cenó y se cambió de ropa para ir a los jardines de Vauxhall; no pude saber para qué o confirmar con quién estuvo. Eso fue alrededor de las ocho y cuarto. No permaneció mucho tiempo porque, a las nueve de la noche, ya estaba en el teatro asistiendo a una representación en la que también se encontraba su prometida, la hija del marqués de Salisbury, Eleanor Watling. A eso de las diez y media, después de dejar a su novia y al marqués en su domicilio, se fue a un prost... eemm, casa de citas, y estuvo bebiendo y pasando el tiempo hasta las doce. Estaba tan ebrio que los que iban con él lo metieron en un coche y lo dejaron en su casa a la una pasada.

—Excelente trabajo, Oliver —lo felicitó Adam; el joven, que aspiraba a ser uno de los agentes Essex, se sintió muy complacido.

Emily anotó el detalle de las actividades de la víctima en la pizarra.

—Montrose —indicó lacónico Adam.

—Lo que he podido averiguar coincide con lo que dijo Oliver. El primer amigo que visitó fue Andrew Guilford, lord Emory. Los otros dos son Percival Stratham y Jeremy Hodgins, excompañeros de su paso por Eton. La persona que vio en Vauxhall era Christine Roddenford...

—¿La hija de sir Julius Roddenford? —preguntaron Bertrand y Emily al unísono. Louis asintió.

—Julius Roddenford es un reconocido científico que ha explorado territorio del norte de América; sus trabajos y hallazgos fueron reconocidos con el otorgamiento de un título —explicó Bertrand.

—Pues, eso no me lo dijo su valet, Joseph Tomlin, pero sí me contó algo de la mujer. Al parecer es bastante liberal en su forma de pensar y actuar. No es lo que podríamos decir una dama tradicional —miró a Emily y continuó—. El valet me ha dicho que, antes de vincularse íntimamente con su amo, ya era conocida por sus relaciones despreocupadas con varios artistas y caballeros.

—Bien, entonces Christine Roddenford es quien lo intimó a hablar con ella sobre un tema personal y no por primera vez —resumió Adam pensativo—. Eso nos va dando nuevos posibles sospechosos.

—También me dijo que Pressing estaba comprometido con la señorita Eleanor, a la que llamó “esa pobre mujer”, pero que no estaba seguro de cuán contento estaba el marqués de Salisbury de haber consentido el casamiento de su hija con semejante ejemplar.

—El marqués de Salisbury es un hombre de intachable conducta y altos principios morales, dudo mucho que estuviera contento con el futuro enlace. Él y el vizconde han sido amigos desde la infancia y estudiaron juntos en Eton; ese ha de haber sido el único motivo que lo llevó a consentir el compromiso —acotó Emily demostrando un conocimiento particular de la nobleza que escucharon con expresiones intrigadas vinculadas con la posible identidad de la señorita Randolph y su misterioso pasado.

—Es probable —aceptó Adam no menos intrigado, pero sin perder el objetivo central—. ¿Algo más, Montrose?

—No que recuerde.

—¿Puedo hacer una pregunta? —intervino Emily. Adam asintió—. ¿Dijo el valet por qué el señor Pressing no requirió sus servicios esa noche?

—No. Esquivó la respuesta cuando me comentó lo del compromiso.

—¿Por qué crees que el valet estuvo tan locuaz, Montrose? —intervino Bertrand.

—No lo sé. Se lo veía de buen humor y relajado.

—¿Después de la muerte violenta de su patrón? —preguntó mordaz Fargg.

—Sí, me pareció extraño al principio, pero pensé que a lo mejor no lo apreciaba o que ya tenía algún prospecto laboral mejor. Pressing no era lo que llamaríamos un patrón querido por la servidumbre.

—Bien. Calvert.

—No me fue factible avanzar mucho. Montrose me hizo llegar los datos que consiguió, pero ninguno de los amigos de Pressing quiso hablar conmigo. —Su expresión se endureció recordando algo que debía haber sido malo, según juzgó Emily. La soberbia de algunos miembros de las clases privilegiadas podía ser difícil de encajar a veces—. Sí pude hablar con Christine Roddenford y, en verdad, es una mujer especial que no se atiene a las convenciones sociales. Me contó con bastante desenfado sobre su teoría de la libertad en el amor mientras no surjan responsabilidades limitantes. Cuando le pregunté cuáles eran esos límites, me respondió que los hijos, ya que la sociedad inglesa castigaba con dureza a los bastardos. A la pregunta de qué sucedía cuando una de las partes se cansaba de la relación o la concluía por responder a mandatos familiares, me señaló que esa no era razón suficiente. Esta charla podría sustentar la razón de que el encuentro con Pressing era la futura paternidad de la víctima. A la señorita Roddenford no le preocupaba en lo más mínimo la posibilidad del compromiso de Pressing con la hija de Salisbury hasta que surgió un “límite”.

—¿Sabía de la muerte de Pressing?

—No, según parece. Al menos no al principio.

—Sin duda. ¿Algo más?

—Sí. En vista de que no había conseguido mucho con los amigos de Pressing, y ya que estaba cerca del teatro, hablé con algunos de los empleados que atienden los palcos. Encontré a uno de ellos que trabajó la noche de la obra en el sector donde está el palco del marqués y me contó que hubo un momento en que Salisbury y Pressing salieron al pasillo; estaban enojados y, aunque hablaban en voz baja, pudo oír lo que decían. El marqués

amonestaba a su futuro yerno sobre el comportamiento decente que debía tener el esposo de su hija mientras este lo miraba “desafiante”, tal la palabra que eligió el muchacho, al parecer poco inclinado a acatar las instrucciones de su futuro suegro.

—Ya nos vamos formando una idea general. Emily, ¿pudo hablar con la señora Arden?

—Fue muy difícil calmarla y, sobre todo, convencerla de que debía seguir al margen. Según ella, Pressing fue intimado por el vizconde a casarse con alguna joven de posición y fortuna que pudiera limpiar su reputación. Nora sabía que las deudas de Pressing eran cuantiosas y que su padre se había negado a seguir pagándolas si no se encarrilaba. El vizconde también había discutido con él porque decía que los excesos de su vida: bebida y mujeres específicamente, no hacían más que manchar el nombre Redfing y causaban dolor a su madre y a su hermana. Sobre Christine no sabía nada, pero me dijo que no le extrañaba, ya que Pressing tenía “una sólida reputación como mujeriego” —concluyó la cita con un sentador rubor en las mejillas. Adam la miró paternalmente y pasó a contar lo que había averiguado en la policía.

—Pressing fue asesinado de un golpe en la nuca. Por lo que supe —señaló con una media sonrisa—, la policía no había identificado aún el objeto usado para matarlo. Según ellos, para entrar Primm rompió una ventana del sótano donde encontraron vidrios junto al marco interior, y subió a la planta alta donde mató a Pressing huyendo por el mismo lugar de entrada.

—Pero... —interrumpió Emily, que luego se llevó una mano a la boca y se disculpó al instante con su jefe.

—Ese no pudo ser el ingreso —planteó Bertrand con la vista en los ojos dorados que lo observaban asintiendo, ambos perplejos—. La cerradura rota de la tercera ventana del segundo piso, y las huellas frescas encontradas tras las cortinas llevan a pensar que alguien ingresó por allí esa noche usando la enredadera y luego se escondió tras las cortinas.

—Es cierto que no pudimos determinar por dónde salió el asesino, pero creemos que fue por alguna de las puertas o ventanas de abajo —dijo Emily.

—De haber sido como dicen, deberíamos corroborar si había vidrios por fuera de la ventana del sótano que pudieran señalar que se salió por allí. El informe policial no habla de la ventana rota en el cuarto de Pressing —señaló Adam.

—Y tampoco determina el arma.

—Necesitamos ver ese tema. Podemos confirmar el acceso por la ventana del cuarto por las huellas que pueda haber en la enredadera. Fargg, su turno de investigar. Nuestros sospechosos son ahora algunos más que antes. Salisbury, Redfing, los Roddenford... Oliver, su tarea será averiguar qué es lo que piensa Julius Roddenford de la relación de su hija con Pressing y si estaba al tanto de algún posible embarazo de ella —señaló Adam—. También habría que averiguar el estado emocional de la joven Eleanor, qué pensaba de su enlace con la notoria oveja negra de la familia Redfing. Montrose, su tarea. Señores, tenemos que encontrar al responsable antes de que Primm sea usado como chivo expiatorio.

—En todo caso, bastará con que podamos establecer que hay otros sospechosos con tanto o más motivo y medios que el señor Primm —planteó Emily.

—Eso espero. Calvert, verifique dónde estaba cada uno de los potenciales sospechosos a la hora del crimen. Los espero aquí a la una. Emily, usted debería irse a dormir.

Ella negó, resuelta, y recibió miradas de aprobación del resto de los agentes.

—Deberé dejar ir a Jim y a Bob. Es tarde para ellos.

—De acuerdo. Y seguro querrá avisar a la señora Zachary que no dormirá en su departamento esta noche —señaló Adam—. Bien, recuerden avisar a Emily donde se encuentran en todo momento. Jones, es su turno de acompañarla. Si alguno de ustedes necesita descansar, pueden usar los cuartos de abajo. Yo me ocuparé de ver si hay algún testigo de que Primm estuvo merodeando por la casa de Nora Arden y luego corroboraré con él sus acciones del martes. De acuerdo; todos tienen tarea, manos a la obra.

Con bastante menos energía que la vez anterior, pero igual de determinados, los agentes fueron saliendo rumbo a sus respectivas misiones. Jones miró a Emily.

—Tendremos que suspender la búsqueda de Balling por ahora.

Ella asintió y se dejó caer en la silla.

—Quizá sea mejor que nos turnemos para descansar —propuso—. Va a ser una larga noche.

* * *

Ya eran las doce treinta. Emily había acabado de releer la pizarra por enésima vez.

¿Qué era lo que no cerraba? Sentada erguida en la silla, bajó los párpados y cruzó las manos sobre la falda para concentrarse en la imagen del cuarto de Pressing. Relató en voz alta lo que veía:

—Es pasada la medianoche, la casa está en silencio, nadie parece oír los ruidos en las hojas de la enredadera a medida que alguien trepa por los soportes de hierro ni, luego, los sonidos apagados que hace tratando de hacer saltar la cerradura de la tercera ventana en el segundo piso. Por fin la abre,

introduce una pierna que apoya sobre la banqueta, luego la otra. Con dificultad, se apoya y baja los pies al suelo. Se queda quieto, oculto detrás de las cortinas, sumergido en las sombras, a la espera de la llegada de Pressing. Quizá se lastimó al subir, por lo que no bajará otra vez por la enredadera y por eso se vuelve para cerrar la ventana procurando que no se vea nada fuera de lugar desde el exterior. Asentado en su posición, observa el interior del cuarto a la busca de un arma o, tal vez, para ver qué hay en él para no tropezar cuando escape. Se prepara para la espera, que resulta corta porque pronto entra Pressing tambaleándose. Muy oportunamente, el valet no está. Pressing comienza a quitarse la ropa en forma desordenada. Luego va a la cama y se acuesta. *Aunque ebrio*, oye un ruido y se levanta, pero no tiene equilibrio y trastabilla. Se sostiene del cortinado de la cama y es posible que se resbale, por lo que queda de espaldas a su atacante que se acerca sigilosamente a él. De camino al lecho donde está la víctima sujeta al cortinado, el asesino toma lo primero que le parece pesado —quizá la estatua del dragón por los restos de cerámica hallados en la almohada— y se aproxima al hombre ebrio al que golpea por detrás con suficiente fuerza para matarlo. Aunque con improvisación en la elección del arma, esto no parece un acto del todo espontáneo porque, antes de irse, el asesino vuelve a poner el objeto en su lugar anterior y —más concluyente aún— sabe cómo salir sin despertar a la servidumbre. Se encamina a las escaleras y a la planta baja. ¿Cómo sabía por dónde ir? ¿Conocía la casa? ¿Alguien lo ayudó? ¿En realidad salió por el sótano? Si ese era el caso, pudo haber roto cualquier ventana de la planta baja para huir. Si no usó el sótano y no rompió ninguna ventana, ¿cómo salió —probablemente herido o lastimado— por puertas que estaban cerradas por dentro? Y en esa circunstancia, ¿quién rompió la ventana del sótano?

—Me inclino a pensar que alguien de adentro lo ayudó a escapar; apuesto al valet. —La voz grave y baja de Bertrand la sobresaltó y tuvo que sofocar un grito—. Solo soy yo; estaba escuchándola.

—Debió advertirme que había entrado.

—No quería interrumpirla. He estado dándole vueltas al asunto de la salida del asesino igual que usted: creo que lo del sótano fue una distracción y concuerdo con lo de la salida. Cada minuto que pasa me convengo más de que el valet puede ser quien salve a Primm. ¿Por qué dijo que el hombre bajó los pies con dificultad? ¿O que la espera fue corta?

—No sé, tiene que ver con la huella que vimos. Eso de que era más gruesa y plana de un lado que de otro me hizo pensar en alguien con alguna dificultad para caminar que carga su peso sobre un pie porque el otro está mal. Además, no bajó por el mismo lugar. Por eso pensé que quizá se había lastimado al subir —y no antes— porque no habría podido subir por la enredadera.

Emily vio las líneas de fatiga en los rasgos masculinos y sintió la necesidad de hacer algo. Solo se le ocurrió ofrecerle té que él aceptó.

—Me falta saber dónde estuvo el vizconde de Redfing.

—¿Cree que su propio padre lo mataría? —preguntó asombrada—. Mmm, tal vez contrataron a alguien.

—Quién sabe. Eleanor es una joven tranquila y las personas con las que hablé la describen como una hija sumisa y complaciente, que adora a sus padres y que haría cualquier cosa que ellos le pidiesen. El martes dormía en su casa después de asistir a la velada de los Mulberry junto con el marqués y su esposa. En cuanto a Christine Roddenford, estaba en un *soirée* “artística” con numerosos testigos, que concluyó a las siete de la mañana en Hyde Park. No pregunte, Emily, si no quiere oír cosas inconvenientes para sus castos oídos —la previno entre trago y trago de té, anticipándose a su curiosidad.

—¿Y Roddenford y el marqués? —inquirió ella con las mejillas arboladas.

—Sir Roddenford estuvo en una reunión de la Real Sociedad de Ciencias Naturales que terminó a las ocho. Luego fue a su club a cenar y decidió quedarse a dormir. En cuanto a Salisbury, estuvo con su esposa e hija con los Mulberry hasta las once y luego volvieron a su hogar.

—Parecen tener coartadas perfectas.

—No tanto. Roddenford pudo escabullirse del club, y Salisbury de la casa. Pressing no vivía muy lejos.

—Pobre Jack —señaló abatida—, necesitamos algo concreto para que retiren los cargos.

—Lo único que se me ocurre es el valet ausente sin justificación. Le diremos a Baker. ¿Qué hora es?

—La una menos diez. Será mejor que subamos.

Cuando llegaron a la oficina de Emily, los agentes ya habían traído sillas del despacho de Baker y las habían puesto alrededor del escritorio. A una indicación de Adam, Oliver tomó la palabra.

—Tuve la suerte de hablar con el mismo Roddenford, un hombre locuaz que no tuvo el menor empacho en confesar que él no se metía en la vida de su hija desde que la madre había fallecido cuando Christine tenía cuatro años. Se declaró ajeno por completo a lo que ella hacía y la definió como suficientemente responsable para hacerse cargo de sus actos. En conclusión, no creo que él estuviera involucrado en la muerte.

—Espero que usted haya tenido más suerte, Montrose.

—La información que conseguí de la doncella de la novia, corroborada por un par de criadas, la presenta a Eleanor Watling como una hija dócil y obediente, tan tranquila de temperamento que no soñaría oponerse a su padre.

El marqués y su esposa la han criado con un estricto sentido del deber filial, y la joven acataba su destino como esposa de un libertino con resignada indiferencia. Nadie nunca la vio irritada o resentida.

Adam exhaló pesadamente.

—¿Calvert?

El agente repitió lo que le había contado a Emily y concluyó con la teoría de la intervención del valet.

—¿Qué pasó con el tema de los vidrios del sótano, Fargg?

—Cuando revisé, todavía no habían sido recogidos. La rotura no es lo suficientemente grande, tiene varias puntas afiladas, va de afuera hacia adentro y no hay vidrios en el exterior que indiquen salida.

—Es de ingreso. ¿Y las huellas al pie de la enredadera?

—Visibles en una sola dirección: hacia la casa y arriba.

—No tenemos mucho más con qué trabajar. Correcto, ubicaremos al valet y lo vigilaremos hasta mañana. Si es necesario lo traeremos para interrogarlo. Jones, usted y Fargg harán la primera guardia. Asegúrense de que el hombre esté en la casa. Montrose y Calvert harán la segunda a las cinco, eso les dará tiempo de descansar un poco. Los reemplazará Oliver y todos los demás se reunirán conmigo aquí a las ocho. Emily, no quisiera abusar de sus fuerzas, pero sería muy útil que estuviera en pie temprano, los agentes necesitarán desayunar antes de la reunión.

—Por supuesto, señor Baker. Me quedaré.

—Puede descansar en mi despacho, nadie la molestará allí. Yo también dormiré un rato y luego iré a la Policía Metropolitana; allí trataré de contactar al inspector Patrick Cotter.

Todos se pusieron en pie. Adam le indicó a Emily con amable firmeza que fuera a descansar. El hombre salió de la oficina y volvió al rato con una manta y un par de almohadas pequeñas.

—No creo que Montrose o Calvert las extrañen, cayeron como rocas en las camas.

Le tomó con suavidad la pequeña mano y la llevó al despacho. “Está tan fatigada que ni siquiera protesta por la familiaridad”, se le ocurrió, disfrutando de sentir la tibia delicadeza femenina. La hizo sentar en el sillón y acercó el otro, le pidió que subiera las piernas, la cubrió con la manta y le colocó las almohadas detrás de la cabeza. Ella se apoyó y comenzó a cerrar los ojos perdiéndose de a poco en el sueño. Ni siquiera notó cuando le quitaba los zapatos o le soltaba el cabello y con ternura se lo aflojaba con la mano. Lo acarició disfrutando de la suavidad del contacto y del agradable aroma que se desprendía de él. Se aseguró de que estuviera bien abrigada y fue hasta su sillón donde se acomodó tras apagar las lámparas. Se durmió con su imagen reposando en las pupilas.

CAPÍTULO XXV

Despertó con un sobresalto: se encontraba en la cerrada oscuridad de una estancia desconocida. Bostezó y se desperezó cuando tomó consciencia, en ese momento, de que se hallaba en el despacho principal. Se puso de pie, se arregló como pudo y fue a su oficina por una vela que le permitió ver su reloj. Ya casi era la hora. En la cocina, encendió el fuego, puso a calentar agua y preparó las tazas. Rebuscó por todos lados, pero solo pudo encontrar un poco de pan del día anterior que calentó y dejó cubierto. Fue hasta la puerta de uno de los cuartos y golpeó suavemente; repitió el llamado segundos después y la puerta se abrió de golpe: la vista del hombre solo con sus pantalones, el cabello y el torso mojados y el ceño ligeramente fruncido, la dejó sin reacción. Bertrand se cubrió el pecho desnudo con una toalla y la miró serio, pequeñas gotas de agua brillándole en las pestañas y el cabello.

—Oh, por favor, disculpe, solo quería ver si Louis estaba despierto — susurró con la voz algo temblorosa—. Tengo té caliente en la cocina.

Él siguió quieto en el umbral sin dejar de mirarla, mientras sujetaba la toalla que no le ocultaba suficientemente el cuerpo. Ella se removió inquieta con la vista fija en él; con el índice extendido hacia la otra puerta, indicó que iría allí, pero las rígidas piernas no la obedecían y los ojos no se desprendían del pecho. Solo la mano masculina que se apoyó sobre su hombro logró ponerla en movimiento al girarla con firmeza para luego empujarla en dirección de la otra habitación. Atontada, golpeó en la otra puerta y miró por el rabillo del ojo a Bertrand que continuaba observándola con gravedad.

—¿Louis? —llamó en voz baja—. ¿Estás despierto?

Volvió a golpear con suavidad y a repetir la pregunta que siguió sin tener respuesta. Al instante, sintió tras de ella la presencia masculina, dos golpes fuertes y una voz estentórea.

—¡Montrose, muévete, tenemos que irnos!

Emily se encogió ante el inesperado bramido y se irguió cuando se abrió la puerta. Su amigo tenía cara de no haberse despertado del todo y la miraba con expresión confundida, parpadeando.

—Creí oír a Calvert —enunció con voz empastada.

—Sí, intenté despertarte sin éxito. Él sí pudo —comentó apreciativa del estilo del agente—. Tengo té en la cocina. Apúrate.

Louis sonrió adormilado. Emily volvió a la cocina y una vez allí se reprendió duramente por su comportamiento ante Bertrand Calvert. Estaba visto que tenía muchas más cosas que aprender.

Cuando él entró, todavía tenso por la excitación que le había provocado ver los ojos de oro enfocarlo con apreciación, ella estaba de espaldas a la puerta. Bertrand le avisó de su presencia con un carraspeo; sin mirarlo, llevó la tetera a la mesa y le sirvió una taza de té. Le ofreció leche y descubrió el plato con el pan tibio. Se disculpó con la mirada por la pobreza del desayuno.

—No se preocupe —le dijo con una mueca—, he comido mucho menos — y definitivamente en peor estado— que un pan viejo.

Con el cabello húmedo peinado hacia atrás, Louis hizo su entrada en la cocina refregándose los ojos. Emily se ruborizó por la imagen que su mente traicionera evocó y bajó la cabeza al sentir la mirada acechante de Bertrand. Se puso de pie con toda la dignidad que pudo y le ofreció a Louis una taza de té. El joven tomó una de las rebanadas de pan que se comió en dos bocados. Con una expresión sorprendida, Emily lo vio devorar dos porciones más en segundos. Hubo una segunda ronda de té y los hombres se pusieron de pie al

mismo tiempo. Bertrand terminó de un trago la infusión y se colocó la gorra. Louis salió tras su compañero rumbo al recibidor. Los siguió, les abrió la puerta y los vio partir, hasta perderlos en la oscura madrugada.

* * *

La señora Walloski arribó más temprano de lo usual esa mañana y se encargó de preparar los desayunos con lo que había comprado. A las siete de la mañana, lavada y con ropa limpia que le había hecho llegar Lydia, Emily despertó a su jefe con unos suaves golpecitos en el hombro. Observó que abría los ojos de inmediato, alerta y de un excelente humor a pesar de haber dormido sentado en una silla. “Entrenamiento policial”, le explicó con un guiño. Ella se apresuró a alcanzarle la ropa de recambio. Volvió veinte minutos después, afeitado e impecable como siempre y se encontró con un abundante desayuno que comió con ganas en reemplazo de la cena que se había salteado. Necesitarían de todas sus fuerzas para ver cómo sacaban a Primm del predicamento en que se hallaba.

Poco antes de sonar las ocho, Louis y Bertrand volvieron de su breve vigilancia. A una indicación de Jones, subieron al despacho de Baker y se sumaron al resto.

—¿Alguna novedad? —preguntó Adam en general.

—Todo tranquilo —afirmó Fargg—. Como pidió, nos aseguramos de que el hombre estuviera en la casa y vigilamos las salidas.

Louis agregó:

—Confirmamos antes de venir que Tomlin, así se llama, descansó tranquilamente en su cama toda la noche.

Adam y el resto se quedaron en silencio un rato esperando a que los dos agentes tomaran el desayuno que les había servido el ama de llaves.

—Señorita Emily. —Se oyó la voz de la señora Walloski que llamaba a la joven en voz baja desde la puerta de entrada del despacho. Cuando Emily giró, la mujer le hizo una seña para que se acercara. Salieron de la oficina hacia la recepción, y el ama de llaves le dijo que había una niña con un mensaje para ella. Intrigada, Emily miró detrás de la mujer y se encontró con una pequeña de no más de ocho, vestida pobremente y bastante necesitada de un buen baño, que la observaba con ojos suspicaces.

—¿Me buscabas? —le preguntó amable, mientras avanzaba hacia ella.

—Solo si es la señorita Randolph —apuntó desconfiada.

—Lo soy. ¿Tienes un mensaje para mí?

—Sí, pero el hombre me dijo que me daría algo por el recado; quiero ver primero qué me da.

—De acuerdo. Ven conmigo —aceptó Emily que entró a su oficina con paso seguro y elegante. Tuvo que reprimir una sonrisa cuando vio los ojos desorbitados de la pequeña ante su lugar de trabajo.

—¿Es suya?

—Sí, aquí trabajo. Bien, toma asiento, por favor. —Al parecer su oficina provocaba gran conmoción a todo el que la visitaba y eso que cabía varias veces en el estudio de la casa de sus padres.

Emily la vio treparse a la silla y acomodarse con una actitud bien distante de la de desconfianza original. Ahora estaba impresionada y no lo ocultaba, aunque también se veía cohibida y dudosa.

—Señora Walloski, ¿podría, por favor, traer algo de desayunar a la señorita...? ¿Cuál es tu nombre?

—Agnes —respondió con un hilo de voz, incómoda ante las atenciones y la seriedad del trato.

—Sí, enseguida, señorita Randolph.

—Gracias. Veamos, aquí tengo el dinero. —Le mostró a la niña dos monedas y una mirada avariciosa cruzó los pequeños ojos celestes—. Pero no te lo entregaré hasta saber quién te envió y cuál es ese mensaje.

La pequeña aceptó las condiciones con un cabeceo y se concentró en el mensaje que había memorizado.

—El hombre estaba en Beaufort.

—¿Beaufort Gardens? ¿En Belgravia?

—Sí. Me dijo que se llamaba Oliver y que tenía que decirle que se enteró de que va a haber una... una...

—¿Una? —la alentó en estado de alerta inmediato.

—Una... ah, sí, actuación. Una actuación del muerto en la casa.

—¿Una actuación del muerto en la casa? ¿Eso te dijo? ¡Oh! —exclamó Emily de pronto al comprender el mensaje y se puso en pie de un salto. Extendió la mano hacia la niña y la urgió—. Ven, señorita Agnes, vamos, necesito que repitas tu mensaje a mi jefe.

—¿Hay uno más importante? —preguntó extrañada la pequeña, aceptando sin chistar que la linda y elegante señorita Randolph la tomara por la mano y tirara de ella hacia una puerta.

—Señor Baker, el señor Oliver mandó un mensaje —entró Emily de repente en el despacho de su jefe. Los hombres se voltearon para verla y su asombro fue evidente. La compuesta y distinguida asistente traía a una

pequeña sucia y andrajosa de la mano, la que al ver al grupo de agentes severos y serios reunidos en un despacho aun mayor, se escondió de inmediato detrás de la falda de la joven, asustada.

—¡Son polis! —gritó de pronto, angustiada a más no poder, tratando de soltar desesperadamente su mano de la de Emily que sintió el terror y la ansiedad infantiles y se dio vuelta hacia ella y se agachó para hablar con la niña a su misma altura.

—Calma, señorita Agnes, los señores no son policías, son investigadores privados y necesitan saber lo que tú acabas de decirme. Es muy importante para resolver un crimen. Tu ayuda es importante para ellos.

Mientras le hablaba con voz suave y calmada, Emily asentía lentamente con la vista fija en los ojos celestes y veía cómo la niña se relajaba un poco.

—¿No son polis? ¿En serio? ¿No me engaña?

—No, son los muy famosos agentes de la Agencia de Investigaciones Essex —le explicó con tono pausado y grave.

—¿Los que comenta la gente de las noticias? —preguntó admirada ante la diversión reprimida de los hombres, asomándose con timidez por un costado para comprobar lo que le decía la señorita—. ¿En serio?

Emily asintió.

—Por favor, repite el mensaje del agente Oliver, señorita Agnes.

Los hombres escucharon a la niña y se miraron confundidos; Emily no pudo contenerse:

—¿No lo ven? El señor Oliver nos avisa que habrá una reconstrucción del asesinato en casa de Pressing.

—¡Eso!, ¡eso fue lo que el hombre rubio dijo! —exclamó la niña contenta.

Emily le dio las gracias muy formalmente y le pagó las dos monedas convenidas. Antes de que la señora Walloski la llevara a la cocina a comer, la pequeña ofreció con una sonrisa de pocos dientes: “Si me necesita para otro trabajo, vivo en el Puente de Waterloo”. “Pobre criatura”, pensó la joven antes de acercarse a los hombres que, al oír la noticia, se habían reunido alrededor del escritorio para escuchar a Baker, desentendidos del resto; sin duda había querido decir “literalmente” en el puente.

—Emily, un coche; iré a la Metropolitana a confirmar la información de Oliver. Fargg, vaya con Oliver y averigüe qué está pasando, que Tomlin esté vigilado todo el tiempo. Bien, señores, las cosas se mueven; hagamos que sea a nuestro favor.

* * *

Cuando esa misma mañana Adam Baker volvió de la Metropolitana, les confirmó a los agentes lo dicho por Oliver: al mediodía llevarían a Primm a la casa de Pressing para “obtener la confesión de cómo había matado al hijo de Redfing” y, de inmediato, se encargó de instruirlos sobre lo que harían: Fargg y Oliver seguirían en sus puestos y les avisarían cualquier cosa extraña que vieran; Jones y Montrose tenían que buscar a Tomlin e interrogarlo; si resultaba de ayuda para Primm, lo llevarían con él al cuarto de Pressing; Calvert y Emily debían estar en la habitación con él.

Una hora más tarde, mientras perdía el tiempo discutiendo con Cotter para que dejaran entrar a su asistente al cuarto donde se haría la reconstrucción y sin poder acercarse a Primm, esposado cerca de los pies de la cama, extenuado, débil y con aspecto de haber sido sometido a largos e intensos interrogatorios, observaba a Emily y a Calvert esperar en el pasillo con un par de policías no muy lejos de ellos y a dos o tres criados mirando desde detrás de la puerta de la habitación de enfrente. Era obvio para él que Emily estaba

haciendo un gran esfuerzo para mantenerse en su lugar mientras oía las palabras de menosprecio hacia ella del policía y del juez. Bertrand la tenía a su lado y le hablaba por lo bajo, probablemente calmándola.

Tendría que jugar el as que tenía. Llevó aparte a Cotter y lo amenazó con tocar a sus contactos en el Ministerio de Guerra —mencionó un par de nombres de personas clave muy agradecidos por el trabajo que había hecho para ellos recientemente— y hasta con presentar una queja en el Ministerio del Interior del que dependía la Metropolitana. A regañadientes, el inspector dejó que la joven entrara solo si se quedaba callada y no molestaba, pero se encontró contra el pedido de que Calvert también lo hiciera, diciéndole que eso era una actuación policial y no un espectáculo abierto al público. Adam salió al pasillo y les explicó la situación tras lo cual entró con ella cuando lo hacía el vizconde de Redfing y un hombre mayor, no muy alto, digno y bien vestido. Escucharon “comisionado” e intercambiaron una mirada preocupada.

—Solo esto nos faltaba —susurró Adam contrariado.

—Ha de ser por la presencia del marqués y del vizconde —murmuró Emily.

—Me temo que sí. Querrán a Primm culpable a toda costa.

—No si demostramos que el señor Primm no fue —apuntó ella inocentemente.

—Buscarán acusarlo como sea para mostrar eficiencia ante dos miembros de la nobleza, querrán conformarlos con una resolución rápida —explicó con dureza Adam y agregó algo desalentado—. En fin, hagamos cuanto podamos.

Avanzaron unos pasos en silencio; Emily quiso ir hacia Primm, esposado cerca del armario, pero se abstuvo en vista de la mirada feroz del inspector Cotter. Lo recorrió con la vista para asegurarse de que estaba bien, y él le hizo una de sus típicas muecas burlonas, algo deslucida por la debilidad. Se acercó a Baker junto a la chimenea.

—Lo golpearon.

—Lo interrogaron —la corrigió el hombre, inmutable—. Está en pie, déjelo así.

—Bien, señores, hemos venido hasta aquí para dar conclusión *in situ* al interrogatorio del reo Jack Primm sobre la forma en que asesinó la madrugada del martes...

Emily oyó los preámbulos de la acción judicial atentamente. El secretario del juez leyó el informe policial en el que se describía la entrada forzada de Primm por la ventana del sótano, la subida al cuarto de Pressing, el ataque con un objeto contundente mientras este dormía y la escapatoria por la misma ventana. Se detallaba a continuación el vínculo del agente con la notoria cortesana *madame* Eglantine y los celos que dieron motivo al ataque a Pressing de quien se señalaba que era el otro amante.

Primm parecía a punto de estallar. Solo la voz de Baker diciendo secamente “tranquilo” cerca de su oído, lo contuvo.

—Inspector Cotter, ocúpese de que el reo muestre cómo lo asesinó —solicitó el juez.

El aludido avanzó hacia Primm y lo tomó con rudeza del brazo instándolo a que reprodujera sus movimientos. Lo único que logró fue que trastabillara y cayera de rodillas con un gemido.

—Excúsenme la interrupción —intervino Adam, conteniendo a Emily cuando se adelantó para ayudar al agente—. ¿Hay en el informe datos sobre el estado de la habitación cuando se halló el cuerpo?

Cotter se volvió enojado hacia él, pero un gesto perentorio del comisionado lo hizo callar. El hombre lo instó con un movimiento de la barbilla a que respondiese.

—Sí.

—¿Podrían leerlo, por favor? No recuerdo haber oído esa parte.

Cotter confirmó con el comisionado y, entre dientes, dio la orden al sargento —que dejó a Primm ponerse de pie por sí solo— para que leyese el documento solicitado. En él se describían las ropas tiradas, la ubicación general de las cosas en el cuarto, la postura del cuerpo atravesado sobre la cama a la altura de la almohada e incluso el descubrimiento de unos minúsculos restos con una cara blanca y otra negra entre la almohada y el cabecero. Mencionaba unas huellas de calzado en el exterior cerca de las ventanas de la planta baja y en el pasillo dentro de la casa.

—¿Huellas? —preguntó Baker—. ¿Solo junto a las ventanas? ¿No había, digamos, cerca de las paredes o de las enredaderas? ¿En la puerta de entrada o de la cocina? ¿En el sótano?

Emily lo miró animada: buscaba introducir dudas en los presentes. El sargento miró el papel en su mano un rato y luego leyó una parte que hablaba de huellas de pisadas en la tierra junto a las enredaderas.

—¿La orientación?

—Oiga, Baker, ¿qué está tratando de hacer? —le espetó Cotter molesto.

—Inspector, responda —demandó la voz algo aguda del comisionado.

—Hacia la pared justo bajo la enredadera, señor —respondió el sargento recibiendo una mirada ofuscada de su superior.

—¿Solo hacia la pared? —buscó confirmar Baker y el policía asintió—. Gracias, sargento.

El hombre continuó la lectura. Cuando concluyó, tomó la palabra el juez que le preguntó a Baker si tenía más preguntas, y el agente le respondió que no “por el momento”.

En esa instancia de las actuaciones, se hizo presente el marqués de Salisbury que entró al cuarto con paso lento, saludó al comisionado y al juez, y les explicó que estaba allí a pedido de su amigo. Los hombres asintieron con comprensiva gravedad.

Con la entrada del caballero, Emily sintió que su incógnito corría riesgo: temió que la reconociera y dejara en evidencia quién era ella. Buscó nerviosamente los anteojos en el estuche, tiró del corto velo de adorno del sombrero y se ocultó parcialmente detrás de Baker. Si se mantenía en silencio, quizá Salisbury no se diera cuenta de su presencia.

—Bien, Primm, su turno. Muéstranos cómo lo hizo.

—Ya le dije muchas veces que yo no fui —escupió con rabia el agente.

—Vamos, hombre, todas las pruebas apuntan hacia usted. Los celos y el deseo de vengarse por la golpiza que Pressing le dio fueron los motivos. ¿Acaso *madame* Eglantine le dijo que lo dejaría por él?

—¿A mí por él? —La mirada presuntuosa de Jack y el chasqueo burlón que hizo sacó de las casillas a Cotter que avanzó dispuesto a golpearlo. El gemido ahogado de la joven dama lo detuvo el tiempo suficiente para ver los rostros serios del comisionado, el vizconde y el marqués.

—No sea irrespetuoso, Primm —lo reconvino el juez.

—Bien, si no colabora, yo mostraré cómo llevó a cabo el crimen —enunció el inspector.

El hombre fue a la puerta y narrando en voz alta cada parte del informe, recorrió la estancia. Según explicaba, Primm había entrado por la puerta principal de la alcoba, había visto a la víctima durmiendo y la había atacado.

—¿De frente como está usted ahora, Cotter? —preguntó con gesto impasible Adam.

—Sí, no, no exactamente. Dio la vuelta a la cama y lo golpeó por detrás.

—Estaba durmiendo indefenso y, según usted, el asesino entra por la puerta y en vez de acercarse directamente a ese lado de la cama que da a la entrada para terminar su tarea rápido, se toma el trabajo de dar toda la vuelta para golpearlo por el lado opuesto. No me queda claro cómo.

—Así —Cotter fue furioso hacia Baker y mostró la acción.

—Pero, según su informe, el cuerpo estaba atravesado, es decir, las piernas fuera de la cama.

—Sí, claro, ha de haber oído ruidos y se levantó.

—Entonces, no dormía. A ver si lo entiendo: el asesino entró y mientras daba la vuelta a la cama, Pressing lo oyó, se levantó y ni siquiera se defendió de alguien desconocido en su cuarto, sino que se limitó a dar también la vuelta para ir dónde él, girarse y ofrecerle la nuca.

—Estaba ebrio.

—Sí, eso es lo que todos mis informes confirman. Que estaba ebrio después de haber estado bebiendo varias horas en una casa de citas, pero no tan borracho como para no darse cuenta de que alguien estaba en su cuarto y para salir de la cama en la que ya se había acostado.

—Los ebrios no se dan cuenta de muchas cosas.

—No, Cotter, por favor, ha desestimado mucha información en la interpretación de los hechos —disparó Baker de pronto dejando a un lado la fachada de tranquilo observador—. Pressing llegó *ebrio*, en efecto, pero aun así pudo desvestirse por completo sin ayuda de su valet y meterse en la cama. Aunque ebrio, oyó un ruido o algo sucedió que le llamó la atención y se levantó a verificar, pero se me ocurre que no vio a nadie junto a él por lo que probablemente se volvió hacia las ventanas para ver allí, lo que justificaría su posición respecto de la cama. Cuando no notó nada, sin duda *a causa de su*

estado de ebriedad, giró para volver al lecho; ese fue el momento que seguramente aprovechó quien había entrado minutos antes para salir de su escondite y asestarle un golpe fatal en la nuca con un objeto pesado, lo que derribó a la víctima boca abajo sobre la cama. Ahora bien, por la posición del cuerpo y el detalle del dosel desordenado junto a la cabecera, debemos considerar que el atacante no vino de la puerta, sino de la dirección opuesta.

La voz aguda del comisionado se hizo oír.

—¿Qué sustenta su afirmación?

—Mis agentes lo corroboraron —señaló en dirección del hombre de mirada astuta que lo había interpelado—. Quizás ahora dejen que uno de ellos les explique.

Cotter intentó justificarse, pero recibió una mirada dura del comisionado que autorizó el ingreso.

—El primer punto que debe corregirse en el informe policial es el lugar por donde ingresó el asesino —comenzó Bertrand sin ambages. Se giró y apuntó hacia la tercera ventana que permanecía exactamente igual que dos días atrás, con la cortina semiabierta.

—El hombre subió —y no bajó— por el sostén de hierro de la enredadera dejando huellas en la tierra que solo apuntaban hacia la pared. Se ayudó con el enrejado de metal adosado a la pared por el que crecen las hiedras, llegó hasta la ventana y rompió la cerradura para poder acceder al cuarto.

Bertrand fue hasta la ventana, corrió la cortina que Baker y Emily se apresuraron a sostener y apuntó hacia la falleba. El comisionado, el juez, el sargento y el vizconde se acercaron para comprobar los daños recientes en la cerradura a la que, extrañamente, nadie había prestado atención.

—Durante el ascenso, es posible que el asesino se lastimara, o bien su pierna ya tenía algún problema por lo que no descendió por allí. Después de entrar, se quedó tras la cortina, verificando la estancia. Si observan con

detenimiento las huellas que dejó, y que veo que nadie limpió todavía, verán que hay tierra y hojas de la enredadera aún verdes y que tiene mucho más peso en un pie que en el otro.

Mientras examinaban la ventana, explicó cómo habían analizado la huella y las características que habían observado.

—George Pressing debió de haber llegado en ese momento —continuó Bertrand—. El asesino ya lo vigilaba desde aquí cuando Pressing se desnudaba. Si no hubiera estado en la habitación antes de la llegada de su objetivo, una entrada como la suya habría alertado muy probablemente a la víctima que habría intentado defenderse. Por razones que deberán determinarse, su valet no estaba esa noche para asistirlo, algo que es comprobable por el hecho de que las prendas quedaron tiradas descuidadamente sobre la silla y en el suelo. La cama revuelta, abierta de un solo lado, el que da a la puerta, nos induce a pensar que se acostó; solo luego su asesino aprovechó a salir de detrás de la cortina. Hubo algún ruido; Pressing se levantó para ver qué pasaba. En el estado en que se hallaba, no pudo distinguir demasiado, tal vez ni siquiera se molestó en ver las cortinas, por lo que volvió a la cama, quizá se tropezó y tuvo que sostenerse del dosel. El intruso aprovechó la oportunidad y tomó ese objeto —Bertrand apuntó al dragón de cerámica negra— para acercarse por detrás y propinarle un golpe devastador en la nuca. Varios “pedazos negros y blancos” fueron encontrados entre la almohada y el cabecero, ¿verdad?

Adam tomó la estatua, la volteó hacia uno y otro lado y, con una semisonrisa, la pasó a Calvert para que se la alcanzara al comisionado que la examinó observando las partes saltadas en el objeto. Luego se la entregó al juez quien se la pasó a su vez a Cotter que la revisó con el entrecejo fruncido.

—Enseguida el asesino volvió a poner la estatua en su lugar y dejó la casa por alguna de las puertas de salida, y no por el sótano, basados en que no hay huellas en dirección hacia la ventana ni en la tierra más abajo y en que los vidrios de la ventana del sótano cayeron solo hacia adentro.

—Eso que ha contado su agente es toda una fabulación —afirmó Cotter airado—; si así hubiera ocurrido, no exculpa al detenido, sino que explica más precisamente cómo lo hizo. Los motivos son claros y ahora sabemos con más detalles de qué manera lo llevó a cabo.

La expresión triunfal de Cotter y sus palabras congelaron por un momento a los hombres y a Emily. El comisionado hizo un gesto valorativo de lo dicho por el inspector; el juez manifestó su acuerdo. Bertrand retrocedió aturdido; estaba experimentando la misma sensación que cuando había disparado por accidente a su compañero; ¿acababa de dar sin querer todos los elementos para que juzgaran a Primm? Baker se quedó quieto, su mente trabajando para ver cómo actuar. Jones y Montrose no habían llegado, necesitaba ganar tiempo y distraer a los hombres. Debía usar el as en su manga.

Emily sintió la mirada masculina; había un pedido en ella que la joven leyó confundida. Giró para mirar a Bertrand a su lado y luego a Jack que se mantenía erguido, pero sin luz en los ojos. Si el marqués se daba cuenta de quién era ella...

—Hay que ganar tiempo, Emily —le susurró Bertrand al oído.

Cotter acababa de dar orden a los policías de la entrada para que se llevaran al reo y los demás hombres se ponían ya en movimiento para dejar el cuarto. No había tiempo para dudas, era hora de otra de sus decisiones.

CAPÍTULO XXVI

Sin detenerse a pensar en lo que hacía, Emily dio un paso adelante y se interpuso entre Jack y los policías.

—Inspector Cotter —lo llamó con voz clara y fuerte—, espero sepa disculpar mi intromisión, señor, pero debo señalarle que hay algunos errores graves en sus afirmaciones: no solo el motivo y algunas características del crimen no fueron los informados por la policía, sino que varios de los datos aportados por el señor Calvert exculpan al señor Primm de haber cometido el crimen.

El alboroto que causó la intervención decidida de la joven fue mayúsculo. Mientras Cotter elevaba la voz indignado, y el juez y su secretario objetaban que se permitiera hablar a alguien ajeno a la causa —para colmo de males mujer—, ella aprovechó para tirar disimuladamente del brazo de Bertrand y rogarle que fuera a ver qué sucedía con el valet. “Yo los distraigo, pero apúrese, por favor”, le susurró al oído. Cuando él salió, se irguió cuanto pudo y habló con su tono más sereno y digno.

—Señores... ¡Señores, por favor! Creí hasta este momento que la causa contra el señor Primm se llevaría adelante de forma profesional y correcta en busca de dilucidar la verdad con justicia imparcial. No estoy segura de que el comportamiento que observo sea el adecuado en estas circunstancias.

El tono admonitorio y un poco irritado de la joven causó tal estupefacción en los presentes que se produjo un inmediato silencio general. Los rostros otrora indignados expresaban su más abierta sorpresa por las palabras graves

dichas con solemne corrección. Y bastante insolencia también, según juzgaron.

—Permítanme solicitar autorización para dirigirme a ustedes. Comprendo la objeción del señor juez respecto de que pudiera considerárseme alguien ajeno a la causa, pero desearía tranquilizar a su señoría a ese respecto con la confirmación de mi vínculo, si de alguna forma debo llamarlo, con el señor Primm. Al igual que él, me desempeño en la Agencia de Investigaciones Essex, aunque lo hago como asistente del señor Baker, y me considero —no en un mismo nivel, por supuesto— una compañera de labor. En defensa de la esencia misma de la justicia, les ruego a su señoría y al señor comisionado que me concedan la posibilidad de expresar una serie de razonamientos respecto de los verdaderos motivos por los que alguien que no es el acusado ha cometido tan terrible acción contra el señor George Pressing.

El estupor en que algunos de los presentes habían caído fue beneficioso para Emily que aprovechó para continuar sin atender a que nadie la había “autorizado” debidamente.

—El inspector Cotter —Emily le destinó una cortés reverencia— ha señalado que el motivo del crimen y la persona acusada por él son los únicos posibles: comenzaré por objetar esa aseveración.

Se separó un poco de Primm, se levantó el velo, se ajustó los anteojos y comenzó a caminar lentamente de un lado a otro mientras hablaba, atrayendo toda la atención sobre ella como había visto hacer a lord Mallory en la corte.

—Respecto de la afirmación de que solo el señor Primm tenía motivos, debo señalar que hay en juego en el análisis de este caso otra razón de igual o más valor y peso que la venganza. Sí, entiendo que los asombre mi aseveración, pero, antes de proceder a explicarla, querría comenzar por revisar un aspecto no considerado apropiadamente en este proceso.

Adam no podía dejar de admirar la tranquilidad con la que actuaba la joven y cómo se había hecho cargo de la situación concentrando la atención masculina. Miró hacia Primm: los dos compartieron un gesto de respetuoso asombro.

—El inspector Cotter aceptó lo que el señor Calvert describió como la forma en que el horrible crimen fue llevado adelante, ¿correcto?

El aludido la miró desconfiado, pero asintió.

—Y su acusación se basa en que lo descrito por el señor Calvert fue llevado a cabo por el señor Primm, ¿de acuerdo? Pues bien, yo afirmo que el problema de tal acusación radica en que el inculpado, justamente él, no pudo haberlo hecho.

Hubo un par de exclamaciones entre los presentes por la contundente aseveración.

—Lo sé, creen que soy presuntuosa o que me apresuro con lo que afirmo, pero, si son indulgentes conmigo un momento más, les diré por qué. —Hizo una breve pausa—. Se ha establecido en el transcurso de este interrogatorio el hecho, aceptado por el señor Primm, de que se encuentra actualmente en una relación sentimental con la señora Nora Arden, otrora conocida como *madame* Eglantine. Se ha señalado que George Pressing era el... amante de la señora Arden y que se hallaba en una relación de naturaleza... íntima con ella. Pues bien, a esta afirmación hay que hacerle una pequeña corrección: el señor Pressing estaba muy interesado en tener con la mencionada señora un vínculo personal, pero no era así, ya que ella se encuentra en una relación seria y formal con el acusado quien, según me ha comentado, desposará en breve a la dama en cuestión.

Emily miró de reojo a Jack con una disculpa. Este solo hizo una mueca leve.

—Veo que esto los asombra, lo sé. A mí también me causó la misma impresión comprobar la profundidad de los sentimientos de ambos. Por desgracia, el señor Pressing no se resignó a aceptar que la señora Arden había renunciado a su vida anterior por el amor que ahora se le brindaba y continuó con sus pedidos indecorosos. Esto contado por la misma dama con quien pueden confirmar mis palabras.

En este punto, Emily se detuvo, se acomodó los lentes con calma y tomó aire antes de continuar el discurso seguida por el interés masculino.

—En el momento en que la víctima, comprometido con la hija del marqués de Salisbury aquí presente, se enteró de la existencia del señor Primm y lo consideró un rival que debía ser eliminado —pido disculpas al señor vizconde por el relato que me veo obligada a hacer en detrimento del buen nombre de su hijo, pero en defensa de un hombre injustamente acusado—, llevó a cabo un ataque vicioso y cruel al acusado cinco días antes de su deceso. No solo lo hizo golpear salvajemente en su presencia por sicarios contratados, sino que lo acuchillaron ¡tres veces! después de la salvaje golpiza que le habían propinado arrojándolo a la calle desde el coche en el que iban y dándolo por muerto. A duras penas pudimos rescatar al señor Primm de su destino fatal y llevarlo con un médico que, sin duda, atestiguará la cantidad y calidad de las heridas y la condición inhabilitante en que fue encontrado. El mencionado médico es el doctor David Parker, residente del 24 de la calle James de Islington, que fue quien lo atendió de los violentos golpes recibidos, hombro dislocado y hemorragias profundas causadas por las heridas que lo incapacitaron durante varios días.

—Pero la madrugada del crimen se lo vio fuera de la agencia donde se escondía, hay testigos —acotó Cotter con una mueca triunfal.

—Efectivamente, así fue, pero el señor Primm no vino aquí, sino que, abusando de sus exhaustas fuerzas, aún bajo los efectos residuales del láudano que le había sido prescrito, fue a ver a la señora Arden intranquilizado por lo que le pudiera suceder ante su repentina ausencia y falta de noticias.

—Bah, esa clase de mujeres no son fiables, atestiguarían cualquier cosa para defender a un amante.

Emily se colocó delante de Primm, que ya se abalanzaba sobre el inspector y asumió una expresión triste dirigida al policía.

—Tss, tss, inspector, un poco de caridad cristiana. Hablamos de una dama que momentáneamente tomó el mal camino, pero que ha sido redimida por su abnegada disposición al cuidar de su hija enferma y por un nuevo amor que se suma a la promesa de una vida otra vez honorable. De todas formas, el testimonio del doctor Parker, y el sentido común, les dirán que no es lo mismo arriesgarse a tomar un coche para ir a ver a la mujer amada que subir dos pisos por un enrejado de hierro húmedo cubierto de hiedra resbaladiza hasta una ventana cerrada para forcejear un rato mientras se rompe una cerradura, matar a continuación de un violento golpe a un hombre, que aunque ebrio habría estado en mucho mejor estado que el señor Primm y, luego, salir, según sus informes, por una pequeña ventana de vidrios rotos. Y supuestamente todo eso lo hizo el acusado abatido, con golpes severos, tres cuchilladas, no repuesto de la pérdida abundante de sangre que había sufrido y con los resabios del láudano consumido durante todos esos días a intervalos regulares para mitigar el dolor. Desde ya, los vidrios en punta en la rotura del subsuelo habrían lastimado a cualquiera que se aventurase a ingresar o a salir por allí en vista del tamaño menor de la abertura en relación con el del cuerpo del acusado, razón por la cual ninguno de los agentes consideró ese lugar como acceso a la casa.

Mientras el juez y el comisionado comentaban con Cotter el planteo de la dama, esta se giró hacia Baker.

—¿Tardarán mucho más? No puedo sustentar lo del motivo sin el testimonio del valet.

—Va muy bien, Emily, siga, veré qué sucede.

Después de la salida discreta de Baker, Jack la miró con un destello confiado en los ojos. Si no le hubiera sonreído alentador, ella se habría puesto a llorar ahí mismo. Estaba sintiendo, junto con lo estimulante del momento, la desesperación que bajaba por su garganta y se instalaba en el pecho: el marqués no hacía más que mirarla fijamente; ¿cuánto tardaría en darse cuenta de quiénes eran sus padres? ¿O de recordar que había asistido un par de veranos a su residencia de Watford cuando era niña?

—Señorita, ¿cuál es su nombre, por favor? —inquirió el comisionado.

—Randolph, señor ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Roger Entfield, señorita Randolph.

—¿Sir Roger Entfield? —no pudo evitar preguntar, sorprendida, ya que había oído a su padre y a lord Mallory mencionarlo.

—En efecto. ¿Nos conocemos? —quiso saber él con una ceja alzada.

—No tenía el honor que ahora me dispensa —respondió modosamente y le hizo una reverencia cortés—. Aunque su fama lo precede, sir Entfield.

—Bueno —aceptó complacido—. Volviendo al asunto que nos ocupa, usted señaló la existencia de otro motivo para el crimen.

Emily tragó con dificultad y miró de soslayo a Jack que la alentó a continuar con un cabeceo.

—Así es. El inspector Cotter consideró como motivos motores del asesinato los celos y la venganza. Si tenemos en cuenta que el señor Primm, a quien se le adjudicaban tales razones por su vínculo con la señora Arden, no pudo físicamente trepar por la enredadera como sí lo hizo el verdadero asesino ni seguir todos los pasos ya señalados, si contamos, también, con que el acusado lleva una honesta relación sentimental con la mencionada dama, surge la posibilidad de que alguien más lo hiciera con una motivación diferente. La pregunta evidente es...

—¿Quién? —aportó el comisionado cada vez más interesado en el análisis.

—Exactamente. Quién y por qué. Al no tener constreñidas nuestras investigaciones por una sola teoría —Emily deslizó una crítica a Cotter con tanta altura que el hombre ni siquiera pudo reaccionar para defenderse—, el señor Baker y los agentes se abocaron a investigar el entorno del señor Pressing, de lo que surgió como posible motivo del asesinato la defensa del honor.

En ese momento de la explicación, hizo un alto y barrió con la mirada a los presentes: una sombra de dolor y culpa cruzó el rostro altivo del marqués que se había erguido en toda su estatura al oírla.

Sintió a Primm cerca de ella que le movía el borde de la falda con la punta del zapato para llamarle la atención y luego cabeceaba hacia el pasillo. La imagen que tuvo ante sus ojos casi la hizo llorar de alegría; los agentes traían a un hombre de mediana edad, delgado, con la ropa y el cabello revueltos, que lucía aterrorizado pero entregado a su destino. Bertrand exhibía una expresión más relajada; Baker, una segura. Jones y Louis lucían sonrisas confiadas y satisfechas.

Adam pidió permiso para pasar y, mientras discutían con Cotter y el juez las razones de que viniera con todo su personal en actitud “intimidatoria”, al menos según el inspector, Emily miró a Jack y le apretó el brazo permitiéndose ambos una exhalación de alivio.

—Señor Baker, puede pasar, pero deberá permitir que la señorita Randolph concluya sus apreciaciones sobre el caso —concedió el comisionado.

Emily hizo una brevísima reverencia de agradecimiento y adoptó una expresión modosa mientras los agentes se acomodaban. Retomó el paseo y la explicación.

—Bien, habíamos llegado al establecimiento de otro motivo y de otro responsable y a la necesidad de investigar el entorno del señor Pressing. De acuerdo con las averiguaciones hechas por los agentes, la víctima llevaba una vida disipada y de dudosas compañías. Sus deudas de juego eran innumerables; además, era por todos sabido que su padre lo había emplazado a llevar una vida más digna y acorde con su posición en la sociedad, es decir, a encauzar más provechosamente su existencia, a que se casase. —Para pedirle confirmación de lo dicho, Emily dirigió la vista hacia el caballero que asintió con tristeza no exenta de dignidad—. Así entonces, ayudado por su padre, el señor Pressing tiene la notable fortuna de conseguir la mano de una joven prominente de la alta sociedad, de reconocida honorabilidad e impecables antecedentes familiares, la señorita Eleanor Watling, hija del marqués de Salisbury, gran amigo del vizconde de Redfing. Pero, a pesar de tamaña fortuna, según los testimonios obtenidos, el señor Pressing no estaba realmente dispuesto a dejar su vida de diversiones y mujeres, entre ellas, la señorita Christine Roddenford.

—¿La hija del científico?

—Sí, su señoría —confirmó Emily—. Ella tuvo una relación íntima con la víctima.

—La señorita Roddenford es considerada una mujer de ideas muy liberales, incluso por su padre, con un concepto muy libre de las relaciones personales —intervino Adam—. Su educación fue menos que débil en lo que respecta a decoro y comportamiento, y, no hay forma amable de decirlo, fue amante de varios artistas y jóvenes de la alta sociedad siendo el último de ellos George Pressing. Al parecer, de esa relación hubo alguna consecuencia no deseada por la que la joven lo intimaba a tomar una decisión en su favor.

—¿Están sugiriendo que sir Roddenford mató a Pressing? —preguntó Cotter con una expresión dura.

—No, Christine Roddenford y su padre no conforman lo que llamaríamos una familia tradicional que haga de su reputación un objetivo de cuidado o un motivo para el asesinato —señaló Bertrand—; quien lo hizo fue alguien que debía proteger el honor familiar, algo que le era de suma importancia. Hay una carta escrita por la dama a Pressing que sustenta nuestro planteo.

Emily la buscó en su estuche y la entregó al comisionado.

—En ella, la señorita Roddenford amenaza al señor Pressing sobre las consecuencias de no acudir a su cita en Vauxhall a la que hemos comprobado que fue —resumió Bertrand para el resto.

El hombre leyó la carta y levantó las cejas en un par de oportunidades en que las palabras se tornaban muy explícitas.

—Ya veo lo que decían sobre el carácter liberal de la señorita —señaló para, luego, pasarle la carta al vizconde—. Continúe, señor Calvert.

—La existencia de la carta fue conocida por otra persona que forma parte del entorno de Pressing y que, hartado de las promesas vacías de enmienda hechas por el hombre, viendo cómo su actitud manchaba el buen nombre de sus seres queridos y el propio, decidió eliminarlo. Cuando se habla de la forma en que el asesino salió de la casa, la pregunta que debemos plantearnos es: ¿cómo pudo hacerlo por alguna de las puertas de la casa si al día siguiente estaban cerradas según afirman los criados?

—Interesante. Alguien de la casa debe de haber ayudado al asesino —propuso el comisionado.

—Exacto —afirmó Emily y se colocó junto a Bertrand—. Hubo otra cosa que llamó nuestra atención: el hecho de que Pressing no recibiera ayuda de su valet esa noche. ¿Lo había despedido por algún motivo? ¿En su estado? ¿Tenía la noche libre? No. Entonces, ¿dónde estaba el valet?

—Y aquí está él para responder. —Adam lo empujó hacia adelante.

El hombre parpadeó nerviosamente y comenzó a temblar. A nadie parecía importarle que tuviera la ropa desordenada, que hubiera una mancha oscura en su barbilla o que su expresión de terror fuera tan evidente. “Lo interrogaron”, recordó ella a Baker.

—No pude decirle que no, entiéndame, pero yo no sabía, les juro que no sabía, ¿cómo iba a imaginarme? Él dijo que solo quería información. Me pagaba para contarle lo que hacía mi patrón, nada más; les juro que no tuve nada que ver con el asesinato ¡Créanme! Me pidió que esa noche no estuviera en el cuarto para que pudiera hablar a solas con él; me aseguró que se arreglaría para entrar e irse sin que se dieran cuenta, pero después me vino a buscar para que lo ayudara a salir. Le abrí la puerta y luego la cerré; yo no... ¡Oh, Dios mío! —terminó la retahíla de frases entrecortadas cayendo de rodillas: los sollozos le sacudían el cuerpo.

Bertrand se acercó a Emily y le hizo gesto para cerrar el caso. Ella solo susurró “Salisbury” y él asintió.

—Este hombre informaba de los movimientos de la víctima. Él ayudó al asesino a escapar.

—También fue él quien cubrió la entrada del intruso rompiendo el vidrio del sótano para crear una distracción —agregó Emily.

—Él fue quien mostró la carta de Christine Roddenford.

—Y quien sin duda le habló de las otras mujeres y de los graves desaires que su patrón hacía a su prometida... a su hija —acotó Emily mirando con tristeza el rostro transido de dolor del marqués.

En ese punto, el hombre se irguió. No pudo mirar a su amigo mientras hablaba, la vista perdida en algún punto más allá de ellos.

—Suficiente, no me esconderé más, no quiero que un inocente vaya a la cárcel por mi culpa. Este pobre diablo —señaló a Tomlin arrodillado y llorando en el piso— no sabía de mis intenciones. Alfred, no hay palabras

para pedirte perdón, pero entre nuestra amistad y mi hija, no hubo duda. Tu hijo se rio de mí todas las veces que le pedí que se comportara dignamente en beneficio del buen nombre de mi Eleanor, pero jamás la respetó y ella no fue criada para ser entregada a un hombre sin moral ni escrúpulos. Perdóname, sé que ni tú ni el resto de tu familia son así. Aceptar ese compromiso fue un error, tarde me di cuenta de que había empeñado mi palabra de honor en una causa perdida. Cuando supe de esa Roddenford... Debes creerme que estaba fuera de mí cuando reaccioné. Aceptaré tu rechazo, y aun eso no será suficiente castigo por mis acciones. Si por alguien lo siento, es por ti.

El inspector Cotter y el sargento estaban estupefactos; el resto experimentaba diversos grados de azoro.

—Baker, su trabajo ha sido impecable —logró decir el comisionado—. He leído en los diarios sobre sus casos y veo que no han exagerado.

Luego contempló a Emily, por un momento, meneando la cabeza mientras se le acercaba.

—Ha hecho una labor excelente, señorita, es una lástima que el derecho inglés se pierda a un abogado como usted... O las tablas a una actriz de su fuste; no estoy muy seguro. Espero volver a encontrarla en circunstancias más apropiadas —terminó divertido sin poder ocultar su admiración.

La joven le hizo una reverencia profunda para ocultar el rubor de placer; él tomó su mano y la besó.

—Redfing, creo que lo mejor será que usted, el marqués y yo hablemos en privado. Cotter, espéreme abajo.

El sargento liberó a Jack que observó salir al comisionado seguido por el vizconde. Mientras se frotaba las muñecas, el marqués de Salisbury caminó despacio hacia Emily, pero no pudo acercársele pues los agentes se interpusieron.

—Baker, no tiene nada que temer de mí. Aunque le parezca mentira, les estoy agradecido; nunca habría sido capaz de confesar y habría dejado cobardemente que un hombre inocente... —El hombre ocultó su ahogo y se recompuso—. Señor Primm, mis disculpas por lo que ellas puedan valer. Señorita Randolph, ha sido bueno volver a verla a pesar de las circunstancias. Por favor, salude a sus padres de mi parte.

Enseguida, con los restos de su maltrecha dignidad exhibidos en el porte, salió apoyado en su bastón para reunirse con Redfing y Entfield. Los hombres se dieron vuelta y miraron a Emily con curiosidad que ella no satisfizo. Exhalando aliviada, solo dijo:

—Sé de alguien que estará feliz de volver a verlo, señor Primm.

En un gesto extraño aun para él, Jack le tomó las manos y se las besó.

—Le confié mi vida a la persona correcta.

—Vamos, Primm, hombre, espero que no nos agradezcas de la misma manera —bromeó Louis, y el grupo se distendió después de dos jornadas intensas.

—Vamos por Fargg y Oliver —indicó Adam.

Primm los detuvo antes de salir.

—Les agradezco que... —empezó a decir sin poder ocultar la emoción.

—Dandi, nos debes unas cervezas —lo cortó Jones con sequedad.

En la planta baja, sumaron a los dos agentes que parecían ansiosos por saber qué había pasado y salieron a la calle.

—Bien, señores, daremos el día por concluido. Primm, disfrute de su libertad y recupérese de las heridas; a los demás, los veré mañana a las dos de la tarde, quiero un reporte del estado de sus casos. Emily, la acercaré a su

casa para que pueda disponer de lo que queda de la tarde.

La última frase fue dicha con un tono cargado de implicancias que provocó interés en los hombres.

—Sí, señor Baker, gracias. —Emily giró hacia los agentes; sin mirar a ninguno en particular, hizo una rápida reverencia y caminó a marcha veloz hacia la esquina seguida por Adam que tuvo que apretar el paso para alcanzarla. Tomaron el primer coche que pasó.

—¿Qué fue eso? —inquirió Jack desconcertado.

—No lo sé —respondió Louis. Jones se removió nervioso—. Puños, ¿qué sabes tú de esto?

El aludido negó con la cabeza. Su expresión de tozudez fue captada por Calvert que hizo una seña a Primm y a Montrose que lo rodearon. Oliver y Fargg se quedaron observando con una media sonrisa.

—Puños. —El tono ofendido de Jack se hizo notar—. ¿Ocultas algo a tus compañeros?

—¿Por qué no quieres hablar? —continuó Louis con expresión dolida—. ¿Es algo malo?

—¿Tan malo que no puedes contarnos? —acotó Bertrand con gravedad.

—No, no es malo.

—Ah, entonces sí sabes qué está pasando —afirmó Louis.

—Pero sí ha de ser muy malo —volvió a insistir Jack, presionando al pobre hombre que se sentía dividido entre la fidelidad al jefe y la lealtad a sus compañeros.

—Muy malo —insistió Bertrand—, o lo habría compartido con nosotros como siempre.

—¡Ya basta! —estalló Jones, imposibilitado de manejar la presión a la que era sometido.

—Y Emily está involucrada —agregó con tono triste Jack, asestando la estocada fatal a Jones—. ¿Será ella quien ha hecho algo malo?

—¡Claro que no! Oh, qué diablos, Baker la llevará a la ópera esta noche —terminó por confesar.

—Lo había olvidado —susurró molesto Louis y Jack murmuró algo como “es cierto”.

Oliver silbó admirado. Las miradas afiladas de Louis y Bertrand lo cortaron en seco.

—¿Adónde? —preguntó el segundo.

—Covent Garden.

—Olvídenlo —dijo de inmediato Jack tratando de aligerar las cosas—. Al fin y al cabo, Emily se lo merece: ha estado magnífica allí adentro. Si la hubieran oído, parecía un abogado de verdad, manejó a los viejos con gran calidad, ¡qué actuación soberbia!

Jack se arrepintió al instante de lo dicho por la reacción de Calvert y Montrose: la tristeza y la duda se instalaron en los ojos masculinos compartiendo espacio con la suspicacia y permanecieron allí todo el trayecto que hicieron juntos.

CAPÍTULO XXVII

Después de un baño gratificante, tras una corta siesta de media hora, Emily se sentía lista para prepararse. Estaba exultante: su actuación en la casa de Pressing la había hecho sentir muy nerviosa en ese momento, pero saber que de ella había dependido ganar tiempo para que los agentes trajeran al valet como testigo y haberlo podido hacer bien la llenaba de una excitación y un poder que se sentían maravillosos. Ni siquiera el cansancio había logrado hacer mella en su júbilo. Esos hombres tan severos y duros la habían oído e incluso habían aceptado sus palabras. ¡Sir Roger Entfield lo había hecho! ¡Ella había ayudado a salvar a Jack!

A esa altura de su excitación, un pensamiento la detuvo. No había actuado bien esa tarde cuando se había escapado después de que el señor Baker aludiera a la salida, pero había temido que Bertrand no comprendiera y lo tomara a mal. Si se guiaba por el ejemplo de Louis... Todavía no sabía cómo les iba a explicar al día siguiente su accionar, pero, si de algo estaba segura, era de que les debía el contarles la velada; sobre todo para que no hubiera malentendidos.

Con esas reflexiones que le rondaban la mente, dejó sobre la cama el vestido en seda glasé verde con cenefas angostas de terciopelo en tono esmeralda, de mangas cortas y hombros apenas descubiertos. Era el más sencillo de los tres, y las mangas no eran nada voluminosas como imponía la moda del momento. En la silla de su pequeño escritorio, se hallaban los pantalones interiores de lino con encajes en el dobladillo, la *chemise* de escote bajo, el corsé francés con presillas al frente y las medias. Sobre la cama estaban las dos delgadas enaguas que irían bajo el vestido, no se

pondría ninguna más para no sobrecargar el atuendo; a los pies de la cama la enagua almidonada con aros, o como algunos la llamaban: “La jaula crinolina”, que daría el volumen apropiado al precioso vestido sin exagerar. Aun colgando en el ropero, estaba la media capa de terciopelo negro bordada con hilos dorados que llevaría en caso de que refrescara por la noche.

Se colocó prenda tras prenda, asombrada de lo hábil que se había tornado con la práctica y, antes de calzarse la final para la que necesitaría la ayuda de Lydia, fue hasta el espejo a peinarse y ponerse las joyas.

La imagen que el espejo le devolvió fue la de una joven excitada, de mejillas enrojadas por el recordado placer de enfrentar los preparativos de una velada fuera de casa, dispuesta a disfrutar de lo que la salida le deparase. No habría polvos ni carmines, ya que no había sido criada en esas degradaciones, según decían su madre y sus tías. “Mmm, no sé qué tanto pueda hacer con el cabello así de corto”, pensó molesta. Si tan solo no se hubiera decidido por llevar el cabello de forma que no le implicara largos ratos perdidos lavándolo y secándolo al fuego, ahora podría pensar en bucles y un peinado en alto, pero así como estaba...

Lydia entró en la habitación con el entrecejo fruncido, pensando en lo inconveniente de que la joven saliera sola con su jefe, pero, al verla con las mejillas arrebatadas, alegre y brillante la mirada, no pudo dejar de sonreír. Al instante se hizo cargo del vestido; luego la peinó con una serie de pequeñas trenzas a cada costado que sujetó en la parte posterior de la cabeza con un pequeño moño de terciopelo negro y pasó una cinta igual a modo de vincha. El efecto era sentador, sencillo y muy juvenil.

Encantada, Emily le agradeció y su amiga la ayudó a calzarse. Se colocó los guantes, tomó el abanico y el bolso y verificó que hubiera guardado todo lo necesario. No sabía si estaba radiante como afirmaba su amiga, pero sin duda se sentía así.

Feliz, se apresuró a descolgar la capa para ponérsela y con paso ligero que casi no tocaba el suelo, dejó su departamento. Bajó entusiasmada las escaleras, seguida de Lydia y del señor Murphy, que le dirigió un tímido halago que ella agradeció con un beso en la mejilla arrugada. Al segundo estaba abriendo la puerta del edificio para encontrarse con el señor Baker.

La imagen que vio Adam lo dejó anonadado: la atractiva mujer que bajaba las escaleras era un sueño, su sueño. Agradeció haberse vestido con esmero para esa velada, aunque lamentó no tener posibilidad de acceder a un palco para que todos apreciaran a su acompañante como se merecía: los ojos despedían chispas de excitación y, aunque se comportaba con la delicadeza y elegancia de una joven bien educada, él podía sentir lo emocionada que estaba.

En cuanto pudo sustraerse del trance, se adelantó rápidamente. La punta del zapato se había asomado, tímida, bajo la tela del fino vestido y la mano que le extendió para que la ayudara estaba envuelta en refinados guantes de cabritilla teñidos, de delicado roce al tacto. Adam disfrutó cada segundo del contacto, pero se recuperó para saludar cortésmente a Lydia Zachary, que lo miraba con una expresión alerta. Se tomó el tiempo de tranquilizar a la mujer con el breve detalle de lo que harían y dónde, y a qué hora esperaba traerla de vuelta. Ella cabeceó su renuente asentimiento y no pudo evitar dirigirle una mirada de advertencia que el hombre acató con una expresión seria. Ya se cuidaría él muy bien de que la mujer en la que había puesto sus intenciones más honorables y decorosas recibiera de su parte el trato que le correspondía.

* * *

No tardaron demasiado en llegar y acomodarse en las últimas butacas del teatro. Nunca había tenido la posibilidad de ver una función desde ese lugar ya que su padre solía usar el palco que la familia reservaba para toda la

temporada cerca del escenario. Incluso desde donde estaba ahora podía verlo y a sus tíos en él. Se estiró un poco para comprobar si sus padres estaban. Respiró aliviada, segura de que no habría confrontaciones familiares esa noche, y se acomodó feliz en el asiento.

—Lamento no poder ofrecerle mejor ubicación —se excusó Adam al verla observar con enorme interés los palcos cerca del escenario.

—Señor Baker, por favor, este lugar es muy bueno, sin duda escucharemos mejor que los demás y le garantizo que no nos perderemos nada.

Mientras decía esto, extrajo de su bolso un par de binoculares de plata labrada que le mostró con una sonrisa jubilosa.

—Sí, será una excelente velada. —Sonrió encantado con la generosa disposición de su acompañante y se dispuso a disfrutar el espectáculo con el mismo espíritu benevolente. No que él fuera un amante de la ópera ni mucho menos un conocedor, pero, si a ella le agradaba, a él también.

—Hoy ha sido un día provechoso —comentó ella contenta.

—Sí, haber podido liberar a Primm fue una gran victoria. Y usted estuvo sorprendente, Emily —señaló con admiración—. ¿Acaso hay algún abogado en su familia?

La transmutación de felicidad a turbación lo puso en alerta, pero la joven se recompuso y le sonrió.

—Quizá mi paso por las oficinas de lord Mallory me ayudaron mucho más de lo que imaginaba.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos observaron en derredor, contemplando los detalles de luz y color, las mujeres vestidas con elegancia, los caballeros en sus mejores trajes de noche. Parecía un sofisticado mundo muy distante del cotidiano; ese pensamiento puso nervioso a Adam. ¿De qué

le hablaría? ¿Esperaba ella una charla ligera sobre los últimos chismes de sociedad o las tendencias del arte? Pues, si así era, no podría satisfacerla. De todas formas, debía decir algo pronto: el silencio prolongado resultaba incómodo y no hablaba mucho a su favor como compañía.

—La agencia ha estado creciendo a buen ritmo últimamente —comenzó arrepintiéndose al instante, pero sin mejor idea de qué comentar—; mejores casos, mejores ingresos. Creo que ya es hora de avanzar un poco más, ¿no le parece?

Ella giró hacia él y asintió entusiasmada.

—He estado evaluando en incorporar a Oliver y a Fargg, como agentes, y a dos o tres hombres más para pesquisas.

—Es una excelente idea, los dos han demostrado su capacidad. Hay que conseguir un encargado también. La señora Walloski se encuentra un poco sobrecargada, ¿será posible buscar a alguien que la ayude?

—Sí, por supuesto. También deberíamos arreglar de alguna forma los dormitorios de los agentes para que quepan más.

—Estuve pensando que se podría usar un estilo de camas superpuestas como las de los barcos —propuso ella—. Mmm, ¿necesita algo en particular para la reunión de mañana, señor Baker?

Con la cabeza de repente erguida, Adam negó y la miró afligido.

—Soy el peor compañero de velada que pueda tener, Emily. Aquí estoy, con la mujer más bonita que jamás haya visto, hablándole del trabajo. Resulta patético.

Ella rio divertida; apoyó una mano enguantada sobre la manga de la chaqueta masculina sintiendo la acalorada tensión bajo la palma.

—Claro que no, señor Baker, no es usted un mal compañero, solo un poco, eh, exagerado, ¡pero en un sentido muy halagador! —se apresuró a agregar al ver la expresión confundida del hombre—. Si me permite que le dé un consejo, quizá debería salir un poco más o tal vez ver a un doctor por su problema.

—¿Salir más? ¿Ver a un médico?

—Si soy la mujer más bonita que haya visto, la única explicación a comentario tan peculiar solo puede ser que no sale mucho y no ha conocido a otras mujeres bonitas... O que no ve usted demasiado bien.

Él se rio, atrayendo la atención de la gente a su alrededor, y la miró con ojos brillantes.

—No puede dejar de analizar las cosas aun en broma. Déjeme sostener de corazón que es usted una mujer muy hermosa y que es un gran placer que haya aceptado salir conmigo. Y ratificarle que no hay nada de malo con mi vista.

Ella le sonrió y fijó la mirada en él. Cuando reía, el hombre era realmente atractivo. Su rostro tenía la misma serenidad que el de Bertrand Calvert, pero sin melancolía. Era un hombre sin dobleces, decidido a cumplir sus sueños, un bastión seguro para la mujer que lo conquistase, se le ocurrió.

La llamada advirtiéndole el comienzo de la obra sumió en rápido silencio a la pareja que se acomodó para escuchar la obertura. Pronto las luces fueron subidas y el telón se descorrió muy lentamente para dejar ver la escenografía. Mientras se sucedían las primeras escenas, Emily no dejó de echar vistazos curiosos de soslayo al hombre a su lado, que se hallaba profundamente interesado en seguir la historia. Para la segunda escena en el jardín del Palacio, ambos estaban inclinados uno hacia el otro, las cabezas pegadas: ella traducía las letras, y él escuchaba fascinado; es de presuponer que más por la cercanía de la traductora y su embriagador aroma a rosas que por la historia en sí misma. La belleza de los femeninos ojos cuando escuchaba, la plenitud

de la boca cuando le decía esas palabras de amor eterno, la voz exquisita que susurraba en su oído... Todo él se tensaba por el deseo de abrazarla, de besarla, pero se impuso recordar que la joven era una dama inocente y merecía ser debidamente cortejada.

El coro de los gitanos entusiasmó a Adam, que marcó el compás del yunque con los dedos sobre la rodilla, y el canto de la gitana, que trajo lágrimas a los ojos de la joven, le provocó la necesidad de tomar su mano y confortarla. La escena en el convento y el robo de Leonora generó un entrecejo masculino de absoluta concentración —que ya había tenido en los duelos con espadas—, la mirada fija en el escenario. Pero fue el aria de amor de los protagonistas la que lo impactó, pues tuvo la vista en la boca femenina mientras ella la traducía. Después de que el telón se cerró, tardó incluso unos momentos en ponerse de pie y aplaudir como la gente a su alrededor.

Fuera del teatro, Emily esperó sola un par de minutos a que el señor Baker encontrara un coche. Una vez en él, los pasajeros se miraron todo el recorrido beatíficamente, compañeros de una experiencia de espíritus elevados.

No tardaron en llegar a una ruidosa calle, muy iluminada, llena de gente paseando o entrando y saliendo de los numerosos locales de entretenimiento. Emily bajó del coche y miró en derredor llena de excitada curiosidad. Jamás había cenado fuera en Londres, es decir, no en un restaurante, ya que siempre lo hacía en su casa o en casas de familias amigas o conocidas. Adam la llevó hasta una gran puerta de cristal con hojas talladas en el marco de madera que se abrió al acercarse ellos, lo que le ofreció una clara vista de un suntuoso recibidor alfombrado y lleno de candelabros que iluminaban el lugar como si fuera de día. Un hombre muy atildado se les acercó, y Adam le indicó que tenían una reserva. De inmediato los llevaron a una zona algo alejada del salón donde cada mesa estaba discretamente separada de la otra por unos tabiques entelados en damasco a metro veinte de altura.

—Señor Baker, creo que esto es demasiado —comentó acongojada por los gastos en que había incurrido el hombre para agasajarla.

—Nada de eso —la interrumpió sonriente—; usted sabe cuánto le debo y no quería que mi deuda se hiciera imposible de pagar. Me ha ayudado enormemente con mi sueño, Emily.

—Apenas si ordené y archivé.

—Usted ha hecho mucho más; incluso ahora es casi una agente honoraria.

Ella bajó la cabeza abochornada, y él se rio.

—Buenas noches, ¿el señor desea ordenar? —intervino un envarado camarero.

Una vez que la comida fue servida y el vino escanciado en las copas, la pareja quedó a solas. “Los modales de ella son exquisitos”, observó mientras la contemplaba comer y mirar a su alrededor con interés, absorbiendo los detalles. Cuando concluyeron, les trajeron café y *cognac*.

—Emily, ¿me permitiría hacerle un pedido y una pregunta?

—Por supuesto.

—El pedido es que deje de llamarme señor Baker y use mi nombre, por favor.

—Oh. —Una expresión compungida se le instaló en el rostro—. Pero es que no debo, usted es mi jefe y no debo faltarle al respeto con una informalidad así.

—Si se lo pido yo, no es una falta de respeto. Menos aun si me considerase un amigo.

“Oh, caramba, otro más”, entró en pánico. “Jack se mofaría diciendo que son demasiados, Lydia me retaría señalando que son todos hombres y que no debo; y Louis y Bertrand, ¡ay!, ellos decididamente dejarían de hablarme”.

—Señor Baker, no me pida eso, no es correcto. Los demás agentes podrían hacerse una idea equivocada de su generosa oferta de amistad.

—Hay quien ya se considera su amigo y varios se ven como sus defensores.

El tono algo contrariado la puso en guardia.

—Es diferente, son empleados como yo, usted es el jefe. De todas formas, puedo ofrecerle pensarlo y darle una respuesta en breve, ¿le parece bien?

Él asintió, consciente de la táctica evasiva de la joven.

—¿Y la pregunta? —se apresuró ella a inquirir.

Adam se recostó en la silla con la copa de *cognac* en la mano.

—¿Quién es usted, Emily?

El café fue una excelente excusa para dilatar la respuesta a tan inesperada pregunta. Mientras lo bebía con sorbos cortos, se enfocó en los ojos oscuros que la observaban. Siguió en ese duelo silencioso hasta que ella desvió la vista y dejó la taza en el plato.

—No intento dar vueltas a su pregunta, pero ¿por qué quiere saberlo ahora y no cuando me presenté para el puesto de asistente?

—No, es cierto, no “intenta” dar vueltas, Emily, las da. Pero le concederé un poco más de tiempo para que piense qué quiere decir y qué no mientras le respondo.

Ella hundió un poco la cabeza entre los hombros en respuesta a la captación masculina, aunque se irguió enseguida para no demostrar debilidad. “Siempre valiente”, pensó complacido Adam.

—En aquel momento entendí que algo difícil le había sucedido hacía poco y quise asegurarme de no asustarla. Algo de usted me dijo enseguida que era una mujer inteligente y capaz que podría integrarse bien a mi agencia. Oírla hablar de mis sueños me convenció. Por supuesto, supe con el tiempo que su habilidad para leer a la gente la ayudó y admiré su estrategia, fue muy... refrescante. En cuanto a por qué ahora, bien, porque ya es una de nosotros y pensé que tal vez confiaba en mí lo suficiente como para contarme qué fue lo que le ocurrió para estar tan lejos del lugar al que pertenece. Por eso le pedí primero que me considerase un amigo.

—Tuve una seria discrepancia con mi padre y él me pidió que dejara la casa familiar —respondió de golpe.

Adam se puso serio al instante y la miró alentándola a continuar.

—La habilidad que resulta, según sus propias palabras, útil a la agencia no lo fue en mi vida anterior y me causó problemas serios con quienes me rodeaban. Por favor, ¿podríamos dejarlo así?

—Su padre es alguien importante, ¿verdad?

Ella asintió en silencio.

—¿Me avisaría si eso nos pudiera colocar en una situación inconveniente?

—No se preocupe, señor Baker, mi padre dejó muy en claro que debía alejarme. Pero sí, claro que se lo haría saber.

Los ojos nublados lo detuvieron. Se echó hacia delante y extendió su brazo para apoyar la mano sobre la de ella. Le transmitió la certeza de que todo estaba bien, que, con ellos a su lado, nadie le haría daño. Ella sonrió con timidez y retiró lentamente la mano. Adam la evaluó pensativo y le dijo:

—Creo que ya es hora de que nos vayamos. Necesitamos recuperarnos del día de hoy, ¿no cree?

* * *

El techo de su habitación, blanco y liso, con sus molduras de yeso que imitaban hojas de acebo en todo el contorno, era el punto ideal para dejar que su mente pasara revista a la salida de esa noche y lo que le había aportado. El sueño le era elusivo; como veía que no podía conciliarlo, se dejó llevar por las imágenes que se sucedían en su cabeza.

Extrañamente, vino a su memoria la imagen de Adam Baker mirando su boca cuando le traducía aquella aria y cómo había subido la vista hasta enfocar los ojos en los suyos con una emoción que la conmovía. Lo vio luego a través de la mesa y sin solución de continuidad, la siguiente imagen fue la de él durmiendo, la expresión distendida y amable. Sin duda sentía una peculiar atracción hacia los hombres de Essex, se dijo olvidada por un momento de las emociones anteriores al evocar los rostros de Louis y Bertrand. Misteriosamente, solo uno de ellos la acompañó cuando se fue entregando al sueño.

CAPÍTULO XXVIII

La jornada empezó activa y con suficiente trabajo para tener a Emily ocupada, sobre todo después de que la agencia había permanecido cerrada por un día entero.

A las dos menos cuarto, ya se encontraban todos los agentes en la mesa de reuniones, incluido Jack —débil y algo dolorido— que se había negado a quedarse en su casa. En el interior de la oficina, se había instalado un silencio calmo en vista de que el jefe leía con gran concentración los periódicos abiertos sobre el escritorio. Pero el silencio fue alterado por una voz que cantaba con suavidad en el despacho adjunto. No era excelente, pero había sido cultivada y entonaba con aceptable dramatismo —adaptada a su registro— una canción en otro idioma.

Los agentes miraron al hombre que con la vista fija en el diario, sonreía de costado. Cuando se dio cuenta de que lo observaban, aclaró en voz alta:

—Un aria de la gitana Azucena —terminó la lectura y llamó—. Emily, el libro contable, por favor.

Se oyeron los ligeros pasos ir y venir por la oficina; luego la vieron atravesar presurosa la puerta de comunicación abrazada al libro, canturreando por lo bajo. Se detuvo en seco junto al escritorio. Rígida de improviso, la cabeza hundida entre los hombros, bajó la mirada al suelo mientras apretaba los labios. Por el rabillo del ojo, pudo ver la sonrisa de su jefe y, luego de girar apenas la cabeza, sintió la extrema seriedad de algunos de los hombres.

—Aquí tiene, señor Baker. Disculpe —se ruborizó.

—Canta usted bien, Emily, pero su papel no es el de la vieja Azucena, sino el de la bella Leonora.

—Exagera usted.

—Otra vez como anoche —acotó divirtiéndose con los apremios de su asistente.

—Mi pobre registro no daría para soprano —comentó en voz baja y cambió de tema—. ¿Va a comenzar la reunión?

Él asintió sin perder el buen humor, y ella salió con la espalda rígida a paso acelerado. Los hombres la escucharon decir “ay” con desazón. Cuando se sentó a la mesa, Adam se reía abiertamente sin preocuparse por las miradas que recibía. Segundos después, Emily entró con la señora Walloski y una jovencita menuda de aspecto sencillo: llevaban té y café con panes que ubicaron en el centro de la mesa de reuniones. Cada agente recibió una taza y, después de que Emily verificó que Jack estuviera cómodo, fue junto a Baker.

—Para comenzar, dejamos asiento formal en actas —apuntó hacia Emily para que anotara— de la incorporación de los señores Oliver y Fargg como agentes.

—Ahora seremos “Los Siete” —comentó Louis sonriente.

—Como los enanos del cuento —acotó Jack con una mueca, lo que provocó la hilaridad general.

—Se agregarán como pesquisas los señores Victor Fanning y Francis Spaulder —retomó Adam—. Lo segundo es dejar constancia de mis felicitaciones por el excelente trabajo en el caso Pressing del que espero los informes el lunes próximo. Primm, como usted estuvo presente cuando nosotros no, y al parecer no desea guardar el debido reposo, se encargará del informe.

Jack asintió con una sonrisa de costado, afirmando que prefería ocupar su cabeza en algo —no así el resto de su anatomía— si Baker no tenía problema.

—He estado leyendo los periódicos y nuestro favorito ha sacado un artículo muy interesante sobre el asesinato de Pressing.

Adam colocó el ejemplar en la mesa y Bertrand lo tomó. Con el cuello extendido para ver, Louis exclamó: “¡una página completa con ilustraciones!”.

—Y lo más interesante de todo, con una descripción bastante detallada de lo sucedido en el interrogatorio de Primm como si lo hubieran presenciado. Y ahora no podemos decir que fue McColl.

Los presentes se miraron consternados.

—En efecto —confirmó Bertrand con el entrecejo arrugado—, resume casi sin errores todo lo que se dijo. Primm, fíjate.

—Sí, palabras más o menos, y cómo reaccionaron todos. Si hasta podría usarlo para el informe. Describe muy bien la perplejidad de Cotter; no hay duda, Dolman estuvo allí.

—En el pasillo, detrás de nosotros hablaban dos criados; es posible que el más bajo fuera Dolman vestido con la librea de Redfing —corroboró Bertrand—. Debe de haber sobornado al que lo acompañaba.

—Como sea, me temo que somos su fuente de inspiración y vamos a tenerlo sobre nosotros todo el tiempo. Veremos... Reporte de su caso, Calvert.

Bertrand entregó a Emily los informes de los dos casos ya terminados ante la expresión contrariada de Adam. Louis y Jones informaron sobre los suyos. Oliver comentó que no había podido hacer más avances en el caso Abramowitz.

—Primm, usted está al tanto del tema, trabaje con Oliver y procuren hacer todo lo posible por tener alguna respuesta para nuestro cliente el lunes o martes. Hay dos casos nuevos, Calvert, Fargg —repartió una carpeta a cada uno—. Los veré el lunes. Por último, una noticia: Stockard y Charles *Knives* Townsend fueron arrestados y llevados a prisión el martes pasado gracias a la información que Fargg y Oliver dieron a la Metropolitana; lamentablemente, ayer por la noche encontraron a Stockard colgado de un barral de la ventana de su celda.

—¿Y Knives?

—Todavía vivo. Emily, en la correspondencia hay un pedido para que me entreviste con el vicealmirante Crawford en Croydon. Me ausentaré este fin de semana por lo que no será necesario que mañana se quede más allá del mediodía.

Ella asintió; luego se dirigió a su oficina para poner en orden los papeles y redactar el acta de la reunión. Louis la esperaba por la otra puerta; no lejos de él estaba Bertrand. Le hizo un gesto a su amigo para que entrara y la aguardara; caminó hasta donde estaba el otro agente.

—Mañana pasaré para convenir la hora de nuestra salida.

Emily percibió la actitud defensiva; notó tensión en la voz.

—Lydia está encantada. Estaré hasta la una aquí; si no puede llegar, avíseme, por favor.

El rostro perdió algo de rigidez, pero no la adustez. Volvió a la oficina y encontró a Louis observándola con suspicacia.

—¿Qué sucede?

Él negó con la cabeza; ella exhaló.

—¿A qué hora pasarás por casa?

—A las ocho y media.

—¿A dónde iremos? —quiso saber—. ¿A bailar?

—Sí. A ti te gusta la música —agregó con intención.

—Louis... Me avisó que tenía los boletos el miércoles en medio del caos por la detención de Jack Primm. Lo olvidé por completo, pero tú sabías.

—No todo. Cuéntame la próxima vez.

—Louis, ¿me contarías tú todo? ¿Me dirías, por ejemplo, cuando te enamoras de alguien? Espero no ser la última en enterarme.

—Déjame asegurarte que no lo serás.

—No seré la primera, pero espero ser la segunda al menos —bromeó con una sonrisa dulce.

—Mmm, no sé si la segunda. En fin. Ponte ropa linda, pero cómoda.

—Pero, ¿con quién bailará Lydia?

—Yo la sacaré, aunque... sí, no estaría mal que tuviera compañero. Veré si puedo llevar a un amigo.

Con un gesto de despedida, se apresuró a salir y dejó a Emily pensando en pasar otra velada dedicada a algo que muy probablemente su padre no aprobaría.

* * *

La Asociación de Tenderos de Upper Street celebraba su Baile de Primavera Anual en Barnsbury Hall en la calle del mismo nombre. El lugar era un enorme salón destinado a todo tipo de actividades recreativas para los habitantes de Islington, las más populares los bailes de los trabajadores, los de los tenderos y los de Navidad, que organizaba el municipio y a los que concurrían jóvenes y mayores de las zonas aledañas.

Hacía solo unos minutos que los tres habían llegado a la entrada recibidos por una música alegre y pegadiza. Fueron hasta el guardarropa, donde Louis ayudó a la señora Zachary a quitarse la capa. Luego se volvió hacia Emily y, con una gran sonrisa, se preparó a recibir la larga capa de seda con capucha que traía. No era lo más apropiado para un baile de ese tipo; ya varias personas habían notado la sofisticada elegancia del abrigo y mirado a su dueña con ojos especulativos, pero Louis estaba más encantado que incómodo y disfrutaba de ser quien acompañaba al centro de las miradas azoradas. Sin embargo, la verdadera sorpresa no estaba en el abrigo, sino debajo: cuando Emily se quitó la capucha, mostró a todos que era la viva imagen de la frescura y la juventud por sus mejillas arreboladas, los ojos brillantes, los labios húmedos y la mirada atenta. El cabello, apenas adornado con una cinta de terciopelo marrón, caía suelto sobre los hombros cubiertos por la ligera muselina de color maíz del vestido que descansaba sobre un bajo de seda de color amarillo oro. Una faja de seda ceñía la cintura y se cerraba en un moño a la espalda con lazos sobre la parte trasera de la falda. El escote era bajo sin ser atrevido, y una observadora concienzuda notaría que se le había quitado la tela que lo cerraba dejando a la vista la blanca piel del pecho donde reposaba una pequeña cruz de oro.

—Estás preciosa —alcanzó a balbucear Louis admirándola de arriba abajo.

—¡Oh!, gracias. Tú te ves muy guapo también. Seré la envidia de muchas jóvenes esta noche.

Él asintió escéptico mientras les ofrecía el brazo a las mujeres para subir la escalera de madera. En el piso superior, desembocaron en un pequeño hall donde fueron recibidos por algunos de los tenderos prominentes de la asociación, que no pudieron ocultar su perplejidad ante la presencia de la joven exquisitamente vestida acompañada por una matrona viuda, que varios conocían de su acción en la Liga por la Templanza y en Saint Peter. Emily agradeció la cálida bienvenida que les daban, los felicitó por la decoración del salón con guirnaldas de flores y, después de saludarlos con una reverencia, entró al salón de baile apretando contenta el brazo de su acompañante.

Ya había varias parejas bailando una cuadrilla; la vista se le perdió en el ritmo jubiloso que marcaban los pasos precisos de los bailarines.

—Louis, ¿has retirado el carnet de baile?

—Aquí no hay carnet de baile —le explicó Lydia.

—¿No? ¿Y cómo sabré con quién bailar?

—Fácil, conmigo —dijo Louis con gesto travieso.

—¿Solo contigo? ¿No crees que nadie más quiera sacarme?

—Más bien creo que tendré que pelear con todos en este salón para que recuerdes mi presencia.

Para reforzar lo señalado por el joven, dos hombres de aspecto próspero se presentaron como parte del Comité de Tenderos e intercambiaron reverencias y cortesías para luego pedir cada uno un baile a Emily, que miró a Lydia para que le indicara el protocolo.

—Baila solo si quieres. Al fin y al cabo, no estaremos mucho —le susurró tras el abanico. La joven se dio vuelta hacia los hombres.

—Será un honor para mí, pero el primer baile corresponde al señor Montrose.

Los hombres aceptaron con una reverencia y se retiraron con sonrisas satisfechas.

—Te dije, terminaré sentado en un rincón esperando que te acuerdes de mí —observó dramáticamente Louis.

La música cesó y los dos jóvenes consultaron el programa que les habían entregado al entrar. Seguía una giga, luego una polka y más tarde una danza campestre.

—¿Cómo se baila una polka? —preguntó ella.

—¿No lo sabes?! Te enseñaré, es muy divertido. Oh, allí llega mi amigo, justo a tiempo.

Emily y Lydia dirigieron sus miradas curiosas a la entrada y vieron a Abe Jones, incómodo en su traje de domingo, tratando de aflojarse el cuello con el índice al tiempo que escrutaba con prevención la gran cantidad de gente. Finalmente pudo divisar a Montrose y se encaminó hacia él esquivando a las personas y a los que bailaban con una agilidad poco imaginable en un hombre robusto y pesado como él.

Saludó con un cabeceo rígido a las mujeres.

—¡Señor Jones! ¡Qué gusto verlo! —exclamó Emily, lo que provocó un rubor de placer al hombrón.

—Señorita Randolph, señora Zachary. —Su mirada se detuvo un minuto más de lo correcto en la mujer que apenas parpadeó un par de veces como admisión de la preferencia de la que era objeto.

—Llegaste a tiempo para ayudarme a espantar hombres. Este es el programa.

Jones negó una vez, tieso. “No bailo”.

—No puede ser, un hombre que se abre paso por un salón lleno con su agilidad ha de ser un consumado bailarín —comentó apreciativa Lydia, lo que atrajo la mirada del agente—. Sería una lástima.

Louis codeó a Puños que estiró la cabeza y se contuvo de pasar el dedo por el cuello de la camisa.

—Señora Zachary, quizá me haría el honor...

—Sí, claro —aceptó Lydia mientras ponía una mano en el brazo del hombre y se lo llevaba.

—Vaya, eso sí que fue rápido —dijo el joven mirando a su compañera con ojos pícaros.

—Pobre señor Jones, creo que, donde vaya Lydia, tendrá que ir él. Bertrand nos invitó a una lectura en la Sociedad Literaria de Islington mañana, y el señor Jones vendrá también.

—Caramba, qué truco tan bajo —se rio Louis.

—No sé a quién me hace acordar —apuntó ella golpeteando los labios con el índice.

Se perdió un par de segundos en la contemplación de la hermosa boca femenina a la que apuntaba el delicado dedo, pero logró reaccionar a tiempo para reírse junto con ella. Estaba tan linda esa noche; claro que lucía como una delicada rosa de invernadero en el medio de un campo de margaritas, pero eso solo hacía que destacaran más los rasgos delicados y los ojos ambarinos, la gracia y la elegancia, su...

—Buenas noches, soy Elias Rudd, ¿me daría el placer de...?

—La señorita ya está comprometida para los siguientes bailes, vuelva más tarde —intervino Louis molesto, seguro de que no podría distraerse ni un momento esa noche.

—Por favor, no hay necesidad de ser tan descortés —lo reconvino ella al ver cómo se alejaba el hombre con expresión ofendida—. Mira, allá hay unas jóvenes muy bonitas que te observan hace un rato, ¿por qué no las sacas a bailar? La giga recién comienza; te esperaré para la polka.

—No, no te dejaré sola —afirmó decidido y se paró a su lado con gesto determinado.

Emily exhaló y se dispuso a esperar que la danza terminara. Esa era una experiencia nueva más para ella, fuera por completo del protocolo de los bailes a los que había asistido y que se regían por estrictas normas de conducta que nadie parecía seguir allí.

—Preparate, necesitarás concentración para no perder el paso —le dijo un minuto después mientras la llevaba por la cintura hasta el grupo de bailarines—. Sígueme y sostente fuerte.

La mirada masculina de feroz diversión comenzó a preocuparla, pero no tuvo tiempo para más pues la música comenzó y, al instante, se encontraba sujeta por la cintura, recorriendo el salón de baile a paso vivo: daba saltitos, giraba y era llevada por su compañero cuyos ojos destellaban. La música era vivaz, muy rápida y, cuando concluyó, Emily necesitaba recuperarse con urgencia.

—¿Qué te ha parecido?

La respuesta tardó un poco en llegar.

—Mag-ní-fi-ca.

Jones y Lydia se les unieron tan agitados como ellos.

—A ver, Emily, aquí viene tu primer caballero —anunció Louis burlón y apenas alcanzó a agregar—: ¡Guárdame otros bailes!

Poco tiempo después, la joven dama que concitaba la atención general por su atuendo y modales refinados había terminado la danza campestre y comenzaba con el siguiente compañero, un *reel* escocés, que fue muy comentado por los presentes. La siguiente era una *schottische* y, aunque Louis no tenía mucha idea de cómo bailarla, no cedió su turno. La música empezó a sonar. Esa vez fue Emily la que lo llevó paso a paso por la suave danza. Tras varias parejas más, ambos llegaron exhaustos al intermedio sin haberse visto por largo rato. Fue él quien la encontró tratando de esconderse tras unas enormes macetas de adorno.

—¿Te ocultas de mí?

—No, claro que no: te buscaba.

—¿Detrás de una maceta? —repreguntó con una ceja alzada.

—Desde aquí puedo mirar sin ser vista. No he tenido un minuto de calma.

—Ay, sí, pobre de ti —se burló—. Ven, vamos por algo de beber.

—Tú ve; yo me quedo aquí.

Louis volvió casi de inmediato con ponche de frutas para los dos.

—¿Te diviertes?

—Por supuesto —le contestó con una mirada feliz.

—¿Qué harás el domingo? Tendríamos que practicar.

—Claro, ven a almorzar y luego iremos al campo de tiro.

Él asintió complacido. Tenía rivales, algunos tan duros como Baker y su ópera, pero él estaba más cerca de ella y la veía más a menudo, pensó confiado.

—¿Qué dice el programa? —preguntó Emily.

—Sigue un vals.

—¿Lo bailas conmigo? Es mi oportunidad de lucirme, mi padre decía... —Se interrumpió al darse cuenta, pero continuó como si no importara—. Decía que bailaba muy bien el vals.

Louis la miró serio por un momento al notar la nube que le había cubierto los hermosos ojos.

—Seguro, y quiero que me reserves otras piezas y el vals del cierre.

Ella le sonrió con afecto y asintió. El intermedio concluyó, se sintieron los primeros ensayos y afinaciones de los músicos para la segunda parte del baile. Emily tomó el brazo de Louis y fueron hacia el centro del salón. En su camino, pasaron cerca de Lydia y el señor Jones a quien Emily advirtió con una sonrisa traviesa que se preparara para bailar la próxima polka con ella.

Durante todo el tiempo que sonó el vals, se sintió transportada a un espacio sin tiempo donde se hallaba solo con Louis, sostenida en él, apoyada en su fuerza. Apenas experimentó un breve momento de pánico cuando él la atrajo más hacia su cuerpo y sintió cada músculo y cada hueso del joven contra los suyos; eso no era para nada correcto, lo sabía, pero no tardó en dejarse llevar. Todo era tan natural. Su pecho se elevaba y bajaba inapropiadamente apoyado en el de él y los ojos alimentaban la unión que los hacía deslizar como uno solo. ¡Qué extraña sensación! ¡Qué peculiar querer seguir así, protegida y segura hasta el final!

La música cesó y separarse resultó triste, pero enseguida un joven se acercó a ella y, sin mayores miramientos, la tomó del codo: “Mi turno, señorita Randolph”.

En un esfuerzo por no dar excesiva importancia al momento vivido, siguió disfrutando de la noche y hasta pudo reírse divertida cuando bailó la polka con el señor Jones que resultó ser un cabal bailarín.

—Es el boxeo —le explicó mientras saltaba con agilidad en puntas de pie.

—No he visto nunca una exhibición, ¿es muy terrible? —preguntó agitada entre salto y giro.

—No, es un arte si está bien peleado. Hace mucho que no practico.

—¿Lo dejó cuando se hizo agente?

Él asintió.

—Debería volver a practicarlo. Oí decir que hay gimnasios a los que se va a tomar lecciones. Dígame, señor Jones, ¿solo los hombres boxean?

—Por supuesto —bufó desdeñoso—. Una mujer no está hecha para recibir golpes.

—Pero sin combatir, ¿podría una mujer aprender a defenderse?

—Supongo que sí —murmuró ponderando la extraña idea—; no para atacar, claro, las mujeres son delicadas, no tienen fuerza.

—Ha de saber mucho de boxeo, escuché de su fama, un excelente púgil —lo halagó.

—Bueno, no era malo —aceptó fingiendo modestia, aunque sus ojos habían brillado con la alabanza.

—¿Nunca ha pensado en enseñar, señor Jones? Sería una lástima que lo que sabe se perdiera.

—¿Quién querría que yo le enseñara?

—Sé de alguien.

—Bef... ¿Quién?

—Yo.

El hombre se detuvo en seco por la impresión y casi causa un choque con las otras parejas. Con increíble agilidad la levantó, la puso a un lado y la enfocó con una mirada terrible.

—¿Se burla usted de mí?

—¡Por supuesto que no! Jamás le faltaría al respeto. Por el contrario, después de oír al doctor Parker alabarlo, he comenzado a admirar el noble arte del pugilismo; solo querría que me enseñara dos o tres formas de defenderme. Usted sabe que una mujer sola en esta ciudad está a merced de cualquier peligro.

La mirada perdió un poco de fuerza, pero el ceño se mantuvo adusto.

—Usted es una dama. ¿Lo dice en serio?

—Solo un par de cositas para no sentirme tan indefensa. Louis me está enseñando a disparar —apuntó para animarlo.

—No me parece correcto. Nada apropiado para alguien como usted. No. Lydia no estaría de acuerdo.

—¿Lydia? —repitió ella con mirada y tono intencionados. El hombre se ruborizó hasta la raíz de los cabellos—. Tranquilo, señor Jones, su secreto estará a buen resguardo conmigo. Como sin duda el mío lo estará con usted.

—¡Demonios! Usted es temeraria y atrevida, señorita Randolph. Pobre del tipo al que atrape —afirmó al tiempo que volvía a enlazarla para reintegrarse con perfecta sincronización al círculo de bailarines.

* * *

La noche terminó algo tarde, pero las dos parejas que caminaban por Upper rumbo a Cross no parecían tener prisa alguna. Delante iban los jóvenes tomados del brazo y, detrás, hacían lo propio los mayores. Conversaban entre ellos. Cada tanto, Jones y Lydia oían la risa alegre de la pareja. Incluso los esperaron con sonrisa comprensiva cuando en la esquina de Essex y Britannia Row, él la enlazó por el talle y dieron cuatro o cinco pasos de polka riéndose divertidos.

Al llegar a Dame, después de comprobar que Jones y Lydia estaban de espaldas hablando entre ellos, Louis se inclinó para darle un beso en la mejilla. Ella se sobresaltó, llevó la mano al lugar y se quedó quieta, disfrutando de la placentera sensación. Él volvió a echar un vistazo a la otra pareja y la atrajo hacia sí.

—Despídete, Emily —le susurró, al tiempo que le ofrecía la mejilla. Ella se puso en puntas de pie y obedeció.

—Hasta el domingo, Louis.

Él le guiño un ojo y con la frase: “Vámonos, Jones”, se alejó por la calle, las manos en los bolsillos, silbando alegremente la música de la polka que había bailado con ella.

CAPÍTULO XXIX

La mañana del sábado transcurría tranquila en la agencia, lo que resultaba muy beneficioso para Emily que no había dormido más que unas pocas horas después del baile y tenía las facultades mermadas y los movimientos aletargados. La noche anterior habían llegado casi al sonar la una y se había quedado conversando con una Lydia inusualmente excitada que hablaba sin parar del baile y de lo maravilloso bailarín que era el señor Jones, al que también había alabado por su cortesía y corrección. La joven había escuchado hasta que los ojos habían comenzado a cerrársele y había tenido que irse a descansar. Después de quitarse el vestido y acomodar el resto de sus prendas para llevarlas a lavar, había ido trastabillando a causa del sueño hasta el cuarto de baño y se había aseado torpemente tras lo cual había caído en la cama, olvidada de todo cuanto la rodeaba.

Había pasado una velada llena de alegría y excitación y había bailado hasta caer rendida de cansancio. El disfrute la había hecho sentir feliz, despreocupada; recordar la cercanía de Louis le había provocado una tibieza en el pecho que nunca había sentido.

—Disculpe, señorita Randolph, ha llegado esto para usted, y una señora la espera en la sala.

La señora Walloski entró a la oficina y entregó la misiva, pero no dejó el despacho; fue de un mueble a otro para sacar el polvo y ordenar un poco: quitó las flores secas del escritorio y repasó los marcos de madera. Con un gesto eficiente y elegante a la vez, Emily tomó un cortapapeles del escritorio y abrió el sobre: Bertrand le informaba que pasaría por ellas a las cuatro y

cuarto, lo que les daría tiempo suficiente para llegar –aun cuando la lectura comenzaba a las cuatro y media– dado que la Sociedad Literaria no estaba lejos de Dame 45.

Por un momento, la joven se perdió en sus pensamientos evaluando qué vestido le sentaría mejor y qué peinado destacaría sus rasgos más favorecedores sin llamar tanto la atención como le había sucedido en el Baile de los Tenderos. En esa nueva vida, debía acomodar no solo cómo debía comportarse, sino también la forma de vestir y la manera en que se dirigía a aquellos con los que convivía a diario. Con confianza, se dijo que el aprendizaje no le había sido tan dificultoso como había estimado y creía que se había adaptado con éxito a ser la señorita Emily Randolph, asistente del dueño de la Agencia de Investigaciones Essex. Una vida interesante con personas interesantes... Mmm, sí, el vestido azul oscuro resaltaba sus ojos y el color de sus cabellos: usaría ese.

El movimiento del ama de llaves por la estancia la devolvió al momento presente. Tenía que dejar todo en orden antes de irse; se acomodó el cabello, enderezó los hombros, tomó su anotador junto con el lápiz y, con paso decidido, fue a atender a la cliente que la aguardaba. Ya tendría tiempo de camino a su departamento para decidir el resto de su atuendo... Y de su actitud.

* * *

A las cuatro y cuarto en punto, Lydia y Emily vieron por la ventana de la sala de la planta baja la llegada de los hombres. Bertrand extrajo un reloj de bolsillo y comprobó la hora con calma. Jones le dijo algo y luego miró hacia la ventana del departamento de Lydia. Al verlos, esta se colocó su media capa

mientras Emily se abotonaba la chaqueta. Con los bolsos en las enguantadas manos, después de aprobar sus respectivos aspectos, salieron del departamento y bajaron bien erguidas los escalones.

—Buenas tardes —saludó cortés Bertrand. Se quitó la gorra y fue imitado con rigidez por Jones.

Lydia saludó sin poder ocultar su contento.

—¿Qué escucharemos? —inquirió al acercarse a Jones y mirar su brazo sugerente. El hombre lo ofreció en forma automática a la mujer que se colgó de él entusiasmada.

—Al parecer su interés no estará en la lectura. —Oyó Emily que le susurraba su acompañante.

Se giró apenas y lo vio inclinado sobre ella: le ofrecía el brazo. Se apoyó con ligereza y comenzaron a caminar detrás de la pareja.

—El mío sí —lo amonestó por el comentario intencionado—. ¿Qué escucharemos?

—Poemas y baladas de sir Scott.

—¿Sí? No lo hacía un romántico.

—¿No? Vaya sorpresa entonces —le replicó y ella frunció el ceño.

—Lydia —llamó la joven—, leerán obras de sir Walter Scott.

—¡Oh, qué maravilla! Me gusta su trabajo, en especial *Bonnie Dundee*, es tan dramático.

—Está incluida en el programa —comentó en voz alta Bertrand que luego bajó a un susurro—. ¿Cómo estuvo la ópera?

Ella reaccionó con un pequeño sobresalto y enfocó en él una mirada inquisitiva. Al no poder ver nada en el impassible rostro masculino, exhaló con suavidad. Bertrand no era diáfano como Louis, debía recordarlo.

—Tan buena como el baile de ayer. Muy bien ejecutada, maravillosa *mise-en-scène* y excelentes cantantes. La disfruté muchísimo —respondió con cierto desafío en la voz.

—La lectura de hoy no está a la altura de una ópera; espero que le guste.

—Sé que así será —aseveró rígida, alerta ante el tono casi duro.

Por un par de calles, la joven se mantuvo en cerrado silencio como muestra de desaprobación ante la rudeza del agente. Segundos después, más calmada —no estaba acostumbrada a que la azuzaran, excepto, por supuesto, por su padre—, se relajó y esbozó una media sonrisa. La dureza del hombre ya no la molestaba como antes, tal vez porque en ese momento comprendía que era fruto de haber vivido una realidad más difícil que ella nunca había experimentado. La vida para el común de la gente era algo más doloroso y llano que lo que le habían enseñado: había ambición, dolor, avaricia, rencor, bajos sentimientos, aunque también virtudes y valores que equilibraban la balanza.

—¿En qué piensa?

—Estamos atrasados con mis lecciones, ¿cuándo las retomaremos?

—Cuando Baker me dé un minuto de descanso —comentó él mordaz.

Ella lo miró cauta, mientras se mordía el labio.

—¿Cree que no me doy cuenta de sus estrategias? Y, aun así, ya ve que no funcionan —agregó irónico—. Llegamos.

Entraron al edificio de la Sociedad Literaria y se dirigieron a la sala de conferencias donde se realizaría la lectura. Bertrand buscó asientos cerca del improvisado escenario –más bien una sencilla tarima– con dos sillas y un par de atriles para sostener los textos como si fueran las partituras de un concierto. La sala se llenó con rapidez. Cuando segundos antes de comenzar la lectura entró una pareja de ancianos, Emily se levantó y le cedió el lugar a la mujer mientras Bertrand invitaba al hombre a tomar su ubicación. Se fueron hacia atrás, alejados de Lydia y Jones, que apenas notaron lo sucedido, y se quedaron de pie junto a una de las columnas de madera.

Eleu loro fue la apertura de la presentación. No tardó Emily en sorprenderse cuando Bertrand se inclinó sobre ella y, acercando los labios a su oído, recitó de memoria el poema. El aliento tibio rozaba su oreja y la estremecía con cada palabra que acariciaba la sensible piel. Los sonidos graves, bajos, reverberaban dentro de su cabeza y la combinación atacaba sus sentidos todos. No pudo más que cerrar los ojos y dejarse llevar por la electricidad que la recorría y le aflojaba los músculos de las piernas que apenas la sostenían. “¿Qué decían las palabras?” Qué importaba si todo lo que podía hacer era sentir esa extraña y vibrante energía, mezclada con una placentera lasitud...

Los aplausos la despertaron de golpe y a punto estuvo de perder el equilibrio de no haber sido porque él la sostuvo contra su cuerpo pasándole un brazo por la cintura. Levantar los ojos para mirarlo fue una experiencia nueva y atemorizante; su mirada era una mezcla de melancolía y fuego, y ella se hundió en el pozo de su oscuridad, atraída irremediablemente hacia el fondo.

Fue él quien tuvo que esforzarse por quebrar el hechizo en el que habían caído. No estaba seguro de qué estaba haciendo, había perdido el control de pensamientos y acciones con solo tenerla a su lado, el delicado perfume que lo envolvía, los ojos de miel pura que derramaban su dulzor sobre él. No, no era la forma, se amonestó... Pero ¿de qué “forma” hablaba? ¿Acaso pensaba que podía haber alguna manera de que ellos dos estuvieran juntos? ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Dónde había quedado su raciocinio? “Prendido

en las amatistas de sus ojos y en la sensualidad de sus labios, en su inocencia y en la inteligencia de su mente”, agregó y admitió cómo lo fascinaba la terrible combinación que era ella.

El intermedio resultó la salvación de la joven. Lydia se acercó y juntas se excusaron para refrescarse un poco. En la sala para damas, Emily fingió escuchar a su amiga que le contaba algo sobre el señor Jones, pero su mente estaba vacía y no podía procesar ni la más sencilla idea. ¿Qué había sucedido? ¿Qué eran esas inmanejables sensaciones de calor y mareo que le había provocado la proximidad del hombre? La debilidad de los miembros y ¡peor aún! de su voluntad era lo que había experimentado.

Durante la pausa, los organizadores habían agregado algunas sillas para los asistentes que habían quedado de pie. Emily miraba con aire pretendidamente distraído hacia todos lados, excepto al lugar que ocupaba el hombre a su lado. Bertrand le señaló una banqueta alargada en la que había espacio para uno. Su asombro fue mayúsculo cuando él se acomodó casi encima de ella.

—¡Pero...!

—Solo hágase un poco hacia la derecha —le indicó levantando la falda para colocar su pierna debajo.

Emily estaba a un paso de un ataque de nervios ante la osadía descarada del agente.

—¡Esto es de lo más indecoroso! —protestó en voz baja, ruborizada por completo, para no llamar la atención.

—¿Más que lo de antes? —le replicó con sequedad, el rostro serio—. Leerán extractos de *La dama del lago* y, por mucho que me guste Scott, no estaré una hora de pie.

Todavía conmocionada por la acción, le dirigió una ojeada preocupada, imposibilitada de entender el repentino cambio de humor. Se sentía triste y confundida. Recordó las palabras de Jack: “Es que usted le gusta”, y una ola de calor la recorrió.

Los ojos de Bertrand se negaron a mirarla, enfocados sin ver en los que leían. Emily no sabía que dentro de él se habían trabado en lucha el deseo con la razón hasta que echó una mirada a la tempestuosa expresión que se transformaba de a poco en otra de dolor que derivaba en una profunda melancolía. La aflicción masculina la tocó en lo recóndito del corazón.

—Por favor —le rogó mientras apoyaba la mano enguantada sobre su manga, asustada por el hondo pesar que resultó de la conflagración de sentimientos—, dígame qué sucede.

La voz de la joven era apenas un murmullo ahogado pleno de ansiedad, y el tono angustiado lo atravesó y le causó más dolor que si lo hubiera enfrentado enojada por su comportamiento errático y mezquino. Se volvió hasta dejar a la vista toda la mortificación y el sufrimiento que padecía.

—No puedo disculparme lo suficiente por mi comportamiento. No ha sido usted quien ha causado mi mala actitud, es solo que... No puedo ir contra lo que siento aun cuando entiendo que es imposible.

Emily retiró de golpe la mano y se echó hacia atrás por el impacto de la declaración. Los ojos agrandados lo miraban con asombro. Él se sintió mal por lo que entendió como un rechazo. Se levantó avergonzado de haber hablado y se quedó de pie, indeciso. La amaba tanto, admitió por fin, que cada vez que la razón le decía que ella no sería nunca para él, buscaba hacerle sentir el tormento que le significaba la comprensión de la distancia entre ambos.

—Cuando termine la lectura, la llevaré a casa —murmuró con rigidez antes de volver la vista al frente.

Escucharon el resto de los textos sin decir palabra, Bertrand a su lado, ella erguida en el asiento, comenzando a habituarse a la emocionante sensación de plenitud que la embargaba de a poco. Era el momento de tomar otra de sus decisiones y creía que podría ser tan trascendental en su vida como lo había sido la de dejar su casa. Pero debía pensar un poco primero: existía la probabilidad de que su padre le pidiera volver; era demasiado importante lo que estaba en juego para arrojarse de cabeza por más que el corazón la impulsase a ello. Quizá podría dejar abierta la posibilidad hasta tanto viera qué sucedería, se dijo más tranquila con su determinación.

La lectura concluyó. Mientras la gente se retiraba, ella se puso de pie de frente a Calvert.

—¿Qué haremos ahora? He oído que hay una nueva casa de té en Tyndale Place —propuso con un brillo decidido en los ojos. Desconcertado, él la observó unos segundos con el ceño fruncido.

—¿No prefiere que la lleve de vuelta?

—No. A menos que usted no desee continuar la velada —señaló humedeciéndose los labios. Él repitió la acción en un acto reflejo e hizo una mueca indescifrable antes de hablar, buceaba en el interior de esa mirada dorada.

—No me he comportado exactamente como corresponde con usted —comenzó, pero ella lo interrumpió con un movimiento señorial de la mano.

—Si promete no volver a hacerlo, olvidaré que sucedió.

—Quisiera poder —murmuró.

—Con eso es suficiente —aceptó con rapidez al ver aproximarse a la otra pareja y volvió a preguntar—. ¿Podemos ir a Tyndale?

Él aceptó dispuesto a concederle lo que quisiera por disfrutar de su cercanía un poco más.

—¡Qué hermosa lectura! Los poemas de sir Scott son tan emotivos, ¿no lo cree así, señor Jones?

El aludido cabeceó su asentimiento y los miró con intencionada curiosidad. Los dos se habían quedado solos durante la lectura y, aunque le había señalado el hecho a Lydia, ella había desestimado el comentario diciendo que Emily sabía comportarse como la dama que era. A Jones no le quedaban dudas al respecto; lo que temía en realidad era que Calvert no pudiera controlar el apasionamiento evidente que le producía la joven, a la que seguía a todas partes con una mirada posesiva que ni Baker ni Montrose exhibían en tal grado. Quizá lo de las clases para aprender a defenderse no fuera tan mala idea después de todo.

—Le decía al señor Calvert que hay una nueva casa de té...

—¿La de Tyndale Place? Me han dicho que está muy bien puesta.

—Si les complace, iremos allí y luego podemos asistir a una exhibición de fuegos artificiales en Upper y Park —propuso Bertrand en un intento por no arruinar aún más la salida.

La sonrisa femenina fue suficiente. Francamente, no sabía qué pensar de su actitud, pero trataría de comprender en otro momento. Lo había disculpado y tendría que contentarse con eso ya que no podía aspirar a más.

CAPÍTULO XXX

Después de tomar el té, durante el que Bertrand había compartido miradas cómplices con Emily por la actitud de incomodidad de Jones en el delicado ambiente de encajes, porcelana y pastelería, fueron hasta Park caminando del brazo.

—Es una tarde hermosa —musitó ella en pleno disfrute del atardecer primaveral junto al hombre cuya sola presencia comenzaba a causarla un deleitable cosquilleo.

—En verdad, así es —corroboró él tratando de no dejarse hechizar de nuevo por la mujer, aunque fallara miserablemente en el intento.

Llegaron al campo en el que se llevaría a cabo la exhibición de fuegos artificiales y vieron que el ambiente era festivo, animado por los gritos de los niños que, en su excitación, corrían por todos lados olvidados de sus padres. En el amplio terreno arbolado con bancos para que la gente descansara, se erguía un quiosco central donde una pequeña banda ejecutaba marchas militares y música popular de moda como parte de los festejos por la firma del Tratado de Paz por la Guerra de Crimea.

Las dos parejas se detuvieron a corta distancia de la glorieta y escucharon la música un rato mientras atardecía. Aquí y allá, algunos jóvenes daban unos alegres pasos de danza enlazando el talle de sus compañeras con distendido júbilo. En un pequeño solar aledaño, se encontraban una serie de puestos de bebida que vendían también golosinas, y Lydia fue decidida hacia ellos,

llevándose a Bertrand. Emily sospechaba que el pobre hombre tendría que oír hablar de Jones por un rato, pero no se preocupó: el agente sabría defenderse solo.

De pie uno al lado del otro, Jones y Emily contemplaban el movimiento de la gente, entretenidos con el bullicio y la diversión.

—¿Lo está pasando bien, señor Jones?

—Bueno...

—¿Se siente a gusto con Lydia?

—Sí.

—Me alegro. Pensé que se sentía, como le diré, un poco agobiado con tanta atención femenina.

—No; es solo que no estoy acostumbrado.

—Comprendo, entre sus amigos no se invitan a tomar el té o a ir a una lectura dramatizada.

—Sí, eso —aceptó sin explicar más.

Se quedaron callados un momento disfrutando de la vista y el clima.

—¿Ha tenido noticias del señor Balling?

—Estuve haciendo preguntas y creo que sé dónde puede estar. Quizá le tenga noticias el lunes.

—Sí, no ha tenido mucho tiempo estos dos últimos días, sus compañeros no lo han dejado en paz.

—Bah, los entiendo. Lydia no la dejaría ir sola, la aprecia a usted mucho.

—Es una mujer maravillosa; pero me refería a que Louis y Bertrand se abusan de que Lydia se siente muy cómoda con usted.

—Es una señora muy amable y gentil, me trata como si de verdad le agradara.

—¡Oh, señor Jones! ¡Pero usted sí le agrada! —le señaló sorprendida—. Creo que ha hecho una conquista seria.

—No, no, ella es una señora y yo... —balbuceó cohibido.

—Y usted es un señor, ¿no es así como funciona? —comentó con picardía.

—Solo soy un exboxeador, poca cosa.

—Permítame disentir con usted. ¿Acaso no ve su propio valor?

—Sé lo que veo en el espejo: un hombre torpe, rudo y demasiado simple.

—¿Y no ve a un hombre cabal y honorable, fuerte y capaz de defender lo suyo, con un buen trabajo, reconocido por su jefe y sus compañeros?

—Ya se pasó.

—No; aunque debo admitir que tiene algunas dificultades con el lenguaje vulgar...

—Ya ve —sonrieron rememorando cómo el léxico de Jones la había turbado en ocasiones pasadas.

—Sí, me temo que hay una pequeña falla en el dechado de virtudes que es el señor Jones.

—Se ríe de mí.

—Oh, no, no, acabo de comprobar que me gusta reírme con usted. Reconocer los defectos nos hace mejores, decía mi abuela.

—¿Su abuela? Nunca habla de su familia.

—Ninguno de ustedes lo hace tampoco. Excepto Louis, claro.

—Bueno, es que nuestras historias no son del todo agradables —con creciente confianza se largó a hablar—. El Dandi es hijo de un usurero de los muelles con dinero para vivir sin penurias, pero tan avaricioso y mala entraña que jamás le dio nada a su familia y los obligó a pasar las mayores miserias. Whiskey se enamoró de la esposa de un amigo y se escapó con ella para enterarse de que lo había usado para abandonar al marido y huir con su verdadero amante. El Monje, bueno, mató por accidente a un compañero de armas y, aunque nunca le presentaron cargos, todavía tiene pesadillas con ese asunto. No puede ver un arma ni a una calle de distancia; hasta estuvo en un monasterio después del ejército. En cuanto al señor Baker, viene de los barrios bajos y sufrió en las calles como cualquier persona que quiere salir de ellas y progresar. Y yo, en fin, no soy gran cosa: mi padre trabajaba de changador en los muelles y mi madre hacía lo imposible para mantenernos a todos vivos limpiando casas y lavando. Éramos once hermanos y solo los dos mayores sobrevivimos a una epidemia de cólera. Mary y yo. Ella trabaja en las variedades.

—¡Oh, qué historias tristes!

—Sí, solo se salva Sonrisas —comentó sin darle más importancia al asunto.

—Gracias, señor Jones. Algún día corresponderé a su gentileza y le hablaré de mí. Por ahora, preferiría no hacerlo.

—Ya, malos recuerdos —asintió comprensivo.

Emily se quedó en silencio; en verdad esas historias le habían planteado dudas profundas: a ella no le había acontecido nada tan dramático, no había sufrido miseria, desamor o abandono, por lo que ¿no sería la separación de su

padre nada más que el choque de dos voluntades obcecadas negándose a ceder terreno? ¿Perdería a los suyos por testarudez o su partida había sido en verdad un planteamiento de su deseo de pensar y actuar con independencia?

—Están muy serios, ¿no disfrutan la música? —preguntó Lydia al acercarse y ofrecerles unos cucuruchos de papel con nueces azucaradas.

—Sí, por supuesto. No, gracias.

—Aquí tienes, Jones. —Bertrand le alcanzó un vaso con cerveza exhibiendo una expresión ilegible.

Una banca quedó libre y Lydia se apresuró a ocuparla invitando a Jones a sentarse a su lado. Emily se aproximó a Bertrand, apoyado contra el tronco de un árbol a corta distancia, y se quedó junto a él.

—¿Lo ha atosigado Lydia con su charla?

Él negó y desvió la mirada.

—¿Le habló del señor Jones? —insistió curiosa.

La expectante mirada femenina lo llevó a exhalar.

—Habló de usted y de Montrose —terminó de decir como a desgano—. Y de Baker.

—¿Del señor Baker? —Los ojos se le abrieron por la sorpresa.

—Ajá. Y al parecer no alcanzo los méritos de ninguno de ellos para estar cerca de usted.

—¡Eso no es cierto! —Él esbozó una mueca escéptica—. Bertrand, tengo edad suficiente para conocer a la gente y sé que usted...

—No, es demasiado inocente para darse cuenta de muchas cosas.

—No tanto —murmuró molesta de que todos le dijeran lo mismo a cada instante. ¿Creía él que no empezaba a entender la razón de sus reacciones cuando estaba cerca de ella? Lo del poema solo había sido el disparador de un afecto latente, lo sabía—. El señor Primm y la señora Ribatti me han hecho entender.

—¿La señora Ribatti?

—A ella le agradó usted desde el primer momento.

—¿En verdad? —preguntó burlón y se puso grave enseguida—. ¿Y qué tiene que ver Primm en esto?

—Nada en particular, solo me explicó un par de cosas sobre las relaciones...

—Maldita sea —profirió empezando a enderezarse.

—¡Bertrand! —lo llamó al orden antes de continuar—. No; fue muy correcto y clarificador.

—Me lo imagino —apuntó con gesto torvo.

—No es así. Oh, no importa, el caso es que yo siento un gran afecto por Louis y aprecio al señor Baker, es cierto, pero también siento simpatía por el señor Jones, por el señor Primm y...

—¡No! ¡No vaya a decir que siente “simpatía” por mí! —exclamó con dolida rabia.

—A decir verdad, yo...

Una andanada de explosiones acompañada de relumbrantes destellos interrumpió lo que iba a decir atrayendo su atención y Bertrand maldijo por lo bajo. Pero el enojo no le duró mucho: los bellos ojos dirigidos al cielo reflejaban el estallido de colores de los fuegos que iluminaban la noche y la

boca entreabierta en detenido asombro dejaba escapar unos suaves “oh” y “ah” de encantado placer que lo fascinaron. A causa del hechizo en que había caído no sintió, sino hasta rato después, la mano pequeña que había buscado la suya para compartir la exaltación del momento. Se aferró a ella con fuerza y levantó la vista a la noche estrellada. Una brisa suave que soplaba meciendo el cabello suelto de Emily la envolvía como si fuera el calor de Bertrand. Se acercó, y él tiró suavemente de ella para que se apoyara contra el tronco, los cuerpos inevitablemente pegados.

Hubo una nueva serie de explosiones que hizo colorido día de la noche. La banda comenzó a tocar una marcha vibrante y llena de fuerza como complemento de la sensación de victoria que transmitían los fuegos nocturnos. Y ese mismo triunfo sentía la pareja que compartía el instante en que nada importaba, en que nadie era diferente. Ella reclinó la cabeza hacia el hombro masculino, él se acercó un poco más para que estuviera cómoda.

La exhibición concluyó; Bertrand la empujó suavemente con el hombro para que se separara. Ya había escuchado de Lydia Zachary un desagradable monólogo sobre las diferencias sociales, las personas adecuadas y las que eran obstáculos: no quería más de eso por lo que le quedaba de vida. Pero, aun cuando los cuerpos se habían separado, no pudo soltarle la mano tan fácilmente. Recién cuando llegaron cerca del banco donde estaban los otros, la dejó ir con renuencia.

—¿No ha sido un espectáculo maravilloso? —comentó Lydia emocionada.

—Hermoso —aseguró Emily aún con expresión soñadora.

Los cuatro caminaron de vuelta lentamente para prolongar el placer de la velada. Cuando acababan de dejar Rheidol y doblaban hacia Dame, Lydia avisó a Emily que ella y el señor Jones se detendrían un momento ya que el lazo de su zapato se había soltado. Antes de que la joven pudiera ofrecerse para ayudarla, Bertrand se apresuró a continuar la marcha tirando del brazo femenino. Al llegar a la esquina, echó un vistazo hacia la pareja detenida a buena distancia.

—Me temo que se rezagarán —observó con un arqueo expresivo de cejas.

—Gracias por su invitación, lo pasé muy bien —le dijo con la vista de miel posada en él.

—No tiene por qué ser cortés conmigo, arruiné la salida.

—¿Sí? No lo recuerdo —le respondió con dulzura.

—Agradezco su mala memoria entonces —aceptó él, imposibilitado de sustraerse a la seducción de los expresivos ojos femeninos—. La veré mañana.

Bertrand volvió a verificar la calle y, al no tener noticias de Jones o de la casera, aprovechó para tomarle la mano y apretársela. La cálida mirada ambarina lo envolvió mostrándole la dulzura de su generoso corazón; sin poder contenerse, tiró de ella para acercarla. Emily levantó una mano para interponer alguna protección, pero no fue suficiente y la palma quedó laxamente apoyada en el pecho masculino. Él bajó la cabeza hacia la boca, pero en un pensamiento de último segundo, se desvió y besó la piel suave junto a la comisura. Ella lo dejó hacer; cuando él se separaba, la pequeña mano en su pecho lo detuvo atrapándole la solapa de la chaqueta para ponerse en puntas de pie. Los labios tibios, apenas húmedos, subieron hasta la mejilla y le dio un beso que, aunque breve, se prolongó una fracción de segundo más de lo apropiado. Se separaron estremecidos, no hubo palabras. Él se apresuró a cabecear un saludo y fue hacia su compañero; tendría que dar una buena caminata hasta su cuarto para calmarse, gimió para sus adentros mientras aceleraba el paso por Dame hacia Rheidol, dispuesto a estropear la despedida de Jones como represalia por haberlo dejado solo en un momento difícil.

En los pocos pasos que cerraban distancia con la otra pareja, Bertrand meditó brevemente en la promesa de los ojos femeninos; su último pensamiento lo llevó a preguntarse: ¿podría ella cumplir con lo que ofrecían sus ojos?

—Esto no termina aquí, señorita Randolph —murmuró para sí con firme convicción—. Su promesa es mía. Me encargaré personalmente de que la cumpla.

* * *

Tras dejar la chaqueta en el respaldo de la silla cerca de la cama, se quitó los zapatos con una sonrisa complacida; sin prestar demasiada atención a cómo quedaría la ropa, se dejó caer de espaldas sobre el colchón, y el suave rebote del cuerpo la hizo reír. Desde esa posición horizontal, repitió el movimiento: una carcajada feliz le salió naturalmente de la boca. Satisfecha, se extendió con brazos y piernas abiertos hasta experimentar una plenitud y libertad totales. Respiró en profundidad, soltó el aire como si se hundiera un poco en la cama y fijó la vista en las molduras del techo para permitir que su mente revisara sus sentimientos como había hecho en otras salidas.

Recordó lo que había pensado esa misma mañana cuando sintió cuán natural le era ser Emily Randolph. Para ella, la vida —incluso la vida en ese lado de la calle, más humilde y desprovista de lujos, en el que se hallaba— se había transformado en una existencia plena de sentido en la que cada día podía trabajar y ayudar, y en la que era reconocida y respetada. Tenía un lugar propio en la peculiar familia que ahora integraba, era un miembro valorado por su jefe y por los agentes; tenía amigos reales —más de los que jamás habría imaginado— que no dudarían en defenderla y cuidarla como ella haría con ellos. Y aún más: había encontrado un espacio en el que su habilidad no era un pecado, anatémizada por propios y ajenos, sino fuente de recursos para las investigaciones de la agencia.

Suspiró. Lo mejor de todo era que ya no se sentía desdoblada entre la consentida y sobreprotegida señorita Winston-Davies y la independiente Emily Randolph: era una mujer completa con un objetivo valioso.

Segura de su valía, con el afecto sin dobleces que le profesaban Louis y Lydia, la consideración del señor Baker, la amistad de los hombres de Essex y –Emily se ruborizó sin poder evitarlo– el amor que Bertrand le había declarado, se sentía casi en las nubes; solo el recuerdo de sus padres del otro lado del camino que ahora transitaba, le presentaba una deuda pendiente que quizá no pudiese pagar en esa vida.

Cambió de posición en la cama volteándose sobre un costado; apoyó la cabeza sobre el brazo doblado. A pesar de ese resquicio de duda que, de vez en cuando, la había hecho tambalear en sus decisiones, el nuevo sentimiento de seguridad y confianza que latía en ella le permitía experimentar la certeza de una existencia sostenida en su fuerza y su capacidad. La exaltación que la embargaba teñía de optimismo su futuro: tras haber recorrido un largo camino, se sabía una dama –“no, una mujer”, se corrigió– capaz de decidir sobre el porvenir, su porvenir, que entreveía con la dosis precisa de errores y aciertos, de dolor y alegría, de amistad y afecto que hacen invalorable una vida y le dan sentido.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento para M. M. que sigue confiando en mí; su guía amable y firme es lo que necesita mi desmadrada imaginación y mi verbo excesivo.